



**NO
QUIERO
MATARTE**

DAN WELLS



En las dos primeras entregas de la trilogía, John Wayne Cleaver se había convertido en asesino de asesinos: él solo consiguió resolver dos casos y parar a los demonios que atemorizaban Clayton. En *No quiero matarte*, John vuelve a enfrentarse con el mal, pero esta vez le ayudará Marcy, una de las chicas guapas del instituto que se ha convertido en su nueva amiga. Juntos deberán resolver la gran duda: ¿cuál es la fuerza maligna sobrenatural que está arrasando con los jóvenes?



Dan Wells

No quiero matarte

John Wayne Cleaver - 03

ePub r1.1

Eibisi 06.07.14

Título original: *I don't want to kill you*

Dan Wells, 2011

Traducción: Maia Figueroa Evans, 2013

Editor digital: Eibisi

Corrección de erratas: alvardeflagg

ePub base r1.1



*Dedico este libro a mis profesores,
que me enseñaron a leer, y a mis padres,
que me enseñaron el porqué*

donde

siempre

es

primavera) y todo el mundo está
enamorado y las flores se cogen solas.

¿quién sabe si la luna no es

E. E. CUMMINGS^[1]

Agradecimientos

Me encanta escribir agradecimientos, porque puedo ponerme cómodo y recordar a toda la gente formidable que cree en mí y en mi libro, y que ha ayudado a convertirlo en realidad. Empecemos por el equipo profesional: Sara Crowe, mi agente; Moshe Feder y Hannah Sheppard, mis editores; y todo el equipo del Reino Unido de editores y publicistas: Maura Brickell, Sam Eades, Celine Kelly y todos los de Headline. Sois alucinantes. Ahora es el turno de mi grupo de escritura, los legendarios Rats with Swords: Karla Bennion, Drew Olds, Ben Olsen, Janci Patterson, Brandon Sanderson, Emily Sanderson, Isaac Stewart, Eric James Stone, Heidi Summers y Rachel Whitaker. Gracias a vuestra participación este libro es mucho mejor, ni os lo imagináis. Muchos otros amigos y familiares me proporcionaron apoyo y aliento, incluyendo a Martha Andelin, Dave Bird, Steve Diamond, Nick Dianatkah, Eric Ehlers, Dawn Wells, Rob Wells y, por supuesto, mis padres, Robert y Patty, a quien ya he mencionado en la dedicatoria. No van a caber por las puertas después de tantos elogios.

Una mención especial para Allison Hill y Jennifer Zeller, que querían salir en el libro y se emocionaron muchísimo al enterarse de sus truculentas muertes. Por último, y no por eso menos importante, mi agradecimiento a mi futuro yerno, Thorfinneas Olsen: va por ti, grandullón. Considéralo tu dote.

Prólogo

No conocía muy bien a Jenny Zeller. En realidad nadie la conocía bien. Supongo que por eso se suicidó.

Sé que tenía amigos y que en el instituto participaba en muchas cosas. Cuando éramos críos ella jugaba con una amiga suya a los unicornios, pero de eso me acuerdo solamente porque su amiga me parecía muy mona. Al acabar primaria, la amiga se mudó y Jenny se presentó a la comisión de estudiantes, aunque no para el puesto de presidenta, sino para uno de esos cargos menores tan raros como secretaria o tesorera. Los carteles de su campaña tenían dibujos de gatos, así que supongo que le gustaban. Pero no ganó. Cuando llegamos al instituto ya le había perdido la pista por completo. Según el obituario, Jenny conocía perfectamente la lengua de signos americana, aunque ése no es el tipo de dato que hace que la gente se acuerde de ti; es el tipo de información que lees en una necrológica y dices: «Ah, mira.»

A principios de julio su suicidio resultó una noticia impactante para todos. No dejó ninguna nota; simplemente, se fue a la cama por la noche, al parecer un poco más triste que de costumbre, y al día siguiente su madre la encontró en el suelo del baño con las muñecas rajadas. Y la cuestión es que yo he visto muchas muertes: durante el último año he visto a mi vecino de enfrente sacar unas garras de la nada y destripar a tres personas; he sacado a rastras de un coche a mi terapeuta, prácticamente sin cabeza (oh, qué gran ironía); y he pasado tres días encadenado en el sótano de un psicópata mientras él torturaba y mataba un montón de mujeres desvalidas. He visto excesivas cosas horripilantes y mucha sangre, y algunas de ellas las he hecho yo mismo. Resumiendo: me han pasado muchas cosas, pero la muerte de Jenny Zeller fue diferente. De algún modo, este suicidio tan simple del que ni siquiera fui testigo fue el que más me costó digerir.

Verás, yo no quería matar a esa gente. Lo hice para salvar la localidad de Clayton de un par de asesinos despiadados, pero para lograrlo tuve que infringir todas las normas que yo mismo me había impuesto. Se podría decir que arriesgué la vida por Jenny Zeller, aunque no la conociera demasiado.

Pero ¿de qué sirve salvarle la vida a una persona si se la va a quitar ella misma de todos modos?

1

El teléfono sonó cuatro veces antes de que lo cogiesen.

—¿Sí?

Una mujer. Perfecto.

—Hola —dije, hablando con claridad. Había envuelto el auricular con un jersey para disimular la voz y por eso quería asegurarme de que me entendiese—. ¿Hablo con Julie Andelin?

—Discúlpeme, ¿con quién hablo?

Sonreí. «Sin rodeos.» Algunas se enrollaban como una persiana y no me daban la oportunidad de decir ni pío. Había aprendido que muchas madres eran así: solas en casa todo el día, ansiosas por hablar, desesperadas por mantener una conversación con cualquiera que tuviese más de tres años. La última a la que había llamado creyó que yo era del AMPA y me habló sin parar durante casi un minuto, hasta que chillé algo impactante y conseguí que me prestase atención. Pero ésta me estaba siguiendo el juego.

De todos modos, no cabe duda de que lo que tenía que decirle ya era lo suficientemente impactante.

—Hoy he visto a tu hijo. —Pausa—. Siempre está muy contento.

Silencio.

«¿Cómo reaccionará?»

—¿Qué quieres?

Una vez más, sin rodeos. Puede que un pelín demasiado práctica. «¿Tiene miedo? ¿No se lo está tomando con demasiada calma? Será mejor que siga hablando.»

—Te encantará saber que el pequeño Jordan ha ido directo a casa desde la guardería. Ha pasado por delante de la droguería, ha bajado la calle hasta la vieja casa de color rojizo, allí ha doblado la esquina y ha pasado junto a los apartamentos para ir directamente a casa a verte. Siempre que cruza la calle mira a ambos lados y nunca habla con extraños.

—¿Quién eres?

Respiraba con más fuerza; estaba más asustada, más enfadada. No se me daba bien interpretar los sentimientos de las personas por teléfono, pero la señora Andelin había tenido el detalle de contestar la llamada en el salón, así que podía verla a través de la ventana. Miró hacia fuera; entrecerró los ojos, escudriñó la oscuridad y después cerró las cortinas de un tirón. Sonreí. Escuché el aire entrar y salir de su nariz, entrar y salir, entrar y salir.

—¿Quién eres? —dijo. Exigía una respuesta.

Aquel miedo era real. No fingía: estaba legítimamente aterrorizada por su hijo. «¿Significa eso que es inocente o una excelente mentirosa?»

Julie Andelin llevaba casi quince años trabajando en el banco, prácticamente toda su vida adulta; sin embargo, la semana anterior había dejado su empleo. Eso en sí mismo no daba pie a sospechas: la gente deja el trabajo todo el tiempo y lo único que eso significa es que querían uno nuevo. Sin embargo, yo no podía permitirme pasar por alto ni la pista más insignificante. No sabía qué podían hacer los demonios, pero había visto al menos uno que podía matar a una persona y tomar su lugar. ¿Quién dice que éste no podía hacer lo mismo? Puede que Julie Andelin se hubiese aburrido del banco, pero a lo mejor —quién sabe— estaba muerta y algo o alguien que no podía mantener sus mismas rutinas la había reemplazado. Desde cierto punto de vista, un cambio repentino de estilo de vida podía ser altamente sospechoso.

—¿Qué quieres de mi hijo?

Parecía muy sincera, igual que el resto de madres con las que había hablado en los dos últimos meses. «Sesenta y tres días, y nada.» Sabía que pronto iba a venir un demonio, porque yo mismo la había llamado. De hecho, la llamé por teléfono, a su número de móvil. Se llamaba Nadie. Le dije que había matado a sus amigos, los cuales habían tenido al pueblo atemorizado durante suficiente tiempo, y que iba a ocuparme del resto de demonios. Tenía pensado derrotar a todos ellos así: uno a uno, hasta que al final todos estuviésemos a salvo. Nadie más seguiría viviendo con miedo.

—¡Déjanos en paz! —chilló Julie.

Bajé la voz un poco:

—Tengo la llave de tu casa. —No era cierto, pero sonaba fantástico cuando se lo decías a alguien por teléfono—. Me encanta cómo has decorado la habitación de Jordan.

Colgó y yo pulsé el botón de fin de llamada del móvil. No estaba seguro de quién era el que estaba usando: la cantidad de cosas que la gente deja caer al suelo en los cines es sorprendente. Ya lo había utilizado para hacer cinco llamadas, así que probablemente había llegado el momento de deshacerme de él. Me marché de allí y atajé por un aparcamiento mientras abría el teléfono para sacarle la batería y la tarjeta SIM; tiré cada uno en un cubo de basura diferente, limpié los guantes y me escurrí por entre las tablas de

una valla. Tenía la bicicleta a media manzana de allí, escondida detrás de un contenedor de basura. Busqué en la lista que tenía en la cabeza y taché el nombre de Julie Andelin. No había duda de que era una madre de verdad y no una impostora demoníaca; de todos modos, se trataba de una apuesta difícil y mi consuelo era que no había empleado mucho tiempo en aquel caso. Había «acechado» a su hijo durante cinco minutos, pero no necesitaba más tiempo para saber qué decir. Dile a una madre algo tan asqueroso como «A tu niña le sienta muy bien el azul» y el instinto maternal entrará en acción al instante: se convencerá de lo peor sin que tú tengas que esforzarte más. Ni siquiera importa si su hija no ha llevado ropa azul en la vida. En cuanto consigues que reaccionen con un miedo tan intenso y sincero, das con la respuesta que buscabas y pasas a la siguiente mujer que guarda un secreto.

Empezaba a darme cuenta de que todo el mundo tenía secretos, aunque después de sesenta y tres días aún no había encontrado justo el que andaba buscando.

Saqué la bici de su escondite, guardé los guantes en el bolsillo y me eché a la calle. Era tarde, pero también era agosto y el aire de la noche era cálido. Pronto iba a empezar el curso y los nervios ya se me estaban haciendo insoportables. ¿Dónde estaba Nadie? ¿Por qué no había hecho nada todavía? Encontrar a un asesino es fácil: además de todas las pruebas físicas que uno deja tras de sí, como huellas dactilares y ADN, también hay montañas de pruebas psicológicas. ¿Por qué has matado a esta persona en lugar de a aquella otra? ¿Por qué lo hiciste aquí en vez de allí y por qué ahora y no antes o más tarde? ¿Qué arma utilizaste, si es que usaste alguna, y cómo? Si juntas toda esa información, obtienes un perfil psicológico, una especie de retrato impresionista que te puede conducir directamente al asesino. Si Nadie matase a alguien, podría localizarla.

Sí, encontrar a un asesino es fácil. Encontrar a alguien antes de que mate es prácticamente imposible. Y lo peor de todo eso es que, de acuerdo con esa premisa, yo era mucho más fácil de encontrar que el demonio. Había matado a dos personas: Bill Crowley y Clark Forman, ambos demonios con forma humana, así que si ella sabía dónde buscar y le dedicaba tiempo, podría encontrarme con mucha más facilidad que yo a ella. Cada día me notaba más tenso, más desesperado. Nadie podía estar a la vuelta de la esquina.

Tenía que encontrarla antes que ella a mí.

Pedaleé hacia casa, tomando nota en silencio de los hogares que ya había descartado: «Ésa tiene un lío con alguien. Ésa es alcohólica. Aquélla resulta que tiene una deuda enorme por culpa del juego: póquer por internet. Que yo sepa, aún no le ha dicho a su familia que sus ahorros han desaparecido.» Había empezado a vigilar a gente, a rebuscar en la basura, a ver quién estaba fuera hasta tarde, quién se veía con quién y quién tenía algo que esconder. Para mi sorpresa, casi todo el mundo tenía algo que esconder. Era como si toda la población estuviera infectada de corrupción, como si se estuviera destrozando a sí misma antes de que los demonios tuvieran tiempo de hacerlo ellos mismos. ¿Merece la gente así ser salvada? Más concretamente: ¿quieren esas personas que

las salven? Si realmente tenían esa voluntad de autodestrucción, el demonio iba a serles de más ayuda que yo, pues les proporcionaba una buena ventaja en la meta de la completa autodestrucción. Toda una localidad, todo un mundo que se rajaba una enorme muñeca común y se desangraba mientras el universo ni siquiera nos prestaba atención.

«No. —Negué con la cabeza—. No puedo pensar así. Debo seguir adelante.»

«Tengo que encontrar al demonio y pararle los pies.»

La cuestión es que la tarea es mucho más difícil de lo que parece. Sherlock Holmes resumió las bases de la investigación en una simple frase: cuando te deshaces de lo imposible, todo lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad. Un consejo genial, Sherlock; tú nunca tuviste que localizar a un demonio. Yo he visto dos y he hablado con otra, y todo lo que ellos hicieron era imposible. Los he visto arrancarse los órganos, ponerse en pie de un salto después de recibir una docena de tiros, asimilar extremidades de otras personas e incluso sentir las emociones de otras personas. He visto cómo le robaban la identidad, la cara y la vida entera a otros. Que yo supiese, podían hacer absolutamente cualquier cosa: ¿cómo iba a resolver aquello? Si Nadie tuviese el detalle de matar a alguien de una maldita vez y dejar de fastidiar, entonces tendría algo con lo que guiarme.

Casi había llegado a casa, pero me detuve en mitad de la manzana para mirar una casa alta de color beis. La de Brooke. Habíamos tenido dos citas; ambas acabaron con la aparición de un cadáver y ella empezaba a... ¿gustarme de verdad? Ni siquiera sabía si eso era posible. Un tiempo antes me habían diagnosticado una sociopatía: un trastorno psicológico que significaba, entre otras cosas, que era incapaz de sentir empatía. No podía conectar con Brooke, no de verdad. ¿Me gustaba su compañía? Sí. ¿Soñaba con ella por las noches? También. Pero los sueños eran terribles y mi compañía aún peor. Así pues, me parecía bien que me estuviera evitando. No fue una ruptura porque nunca estuvimos «juntos», pero sí era el equivalente platónico de eso, se llame como se llame. En realidad no hay forma posible de malinterpretar un «me das miedo y no quiero volver a verte».

Supongo que comprendía su punto de vista. Al fin y al cabo, la amenacé con un cuchillo: eso es algo difícil de superar por muy buenos que fuesen mis motivos para hacerlo. Sálvate la vida a una chica poniéndola primero en peligro y tendrá el tiempo justo de darte las gracias antes de decir adiós.

Aún con todo lo anterior, nada de eso me impedía frenar al pasar por delante de su casa o de pararme —como aquella noche— y preguntarme qué estaría haciendo ella. Me había dejado; tampoco era para tanto: era algo que todo el mundo hacía. En realidad, la única persona que verdaderamente me importaba era Nadie. Y la iba a matar.

Bien por mí.

Me alejé de la acera y seguí hasta dos casas más allá, hasta la funeraria del final de la calle. El edificio era más o menos grande y tenía una capilla, unas oficinas y en la parte

trasera había una sala para embalsamar. Yo vivía arriba, con mi madre, en un pequeño apartamento. La funeraria era el negocio familiar, aunque eso de que yo embalsamaba era un secreto. Malo para el negocio. ¿Dejarías que un chaval de dieciséis años embalsamase a tu abuela? Los demás tampoco.

Dejé la bicicleta tirada junto a la pared del aparcamiento y abrí la puerta del lateral de la casa. Allí había unas pequeñas escaleras con dos salidas: una puerta a su pie que daba a la funeraria y otra arriba que llevaba al apartamento. La bombilla se había fundido, así que arrastré los pies escaleras arriba a oscuras. La tele estaba encendida y eso significaba que mi madre seguía despierta. Cerré los ojos y me los froté, cansado. No quería hablar con ella. Me quedé de pie un momento, en silencio, preparándome; entonces oí algo en la tele que me llamó la atención:

«... encontrado muerto...»

Sonreí y abrí la puerta de golpe. Un nuevo asesinato: Nadie había matado a alguien por fin. Después de sesenta y tres días, por fin empezaba todo.

«Día uno.»

2

El demonio había matado a un cura.

Lo estaban diciendo en las noticias: un pastor había sido encontrado muerto en el jardín de la iglesia presbiteriana del Trono de Dios. Cerré la puerta y fui al sofá, donde me senté junto a mi madre. Miramos la tele en silencio. Aquello era demasiado bueno para ser verdad. Un reportero entrevistaba al sheriff Meier mientras éste describía la escena: el pastor estaba tendido boca abajo en el suelo y de la espalda le salían dos palos largos; uno era el palo de una fregona y el otro el de una bandera. Se los habían incrustado entre las costillas, justo entre los omoplatos, uno a cada lado. Me acerqué para ver la tele un poco mejor; estaba demasiado sorprendido como para ocultar mi entusiasmo.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó mi madre—. ¡Pensaba que todo esto ya se había acabado!

—Conozco al asesino —dije en voz baja.

Todavía no había caído en la cuenta, pero no cabía duda de que lo conocía.

—¿Qué?

—Es un asesino de verdad.

—Pues claro que lo es, John. El pastor está muerto de verdad.

—No, quiero decir que no es nadie de por aquí. Hace unos años leí algo sobre una escena del crimen exactamente igual que ésta. ¿También se ha llevado las manos?

El reportero parecía estar de mal humor.

«Además de clavarle palos en la espalda —dijo—, el asesino le ha cortado las manos y la lengua.»

—¡Ja! —dije, medio riéndome.

—¡John! —dijo mi madre con tono severo—. Pero ¿cómo puedes reaccionar así?

—¡Es el Manitas! —repliqué—. Siempre hace eso con las víctimas: les corta las manos y la lengua y deja los cadáveres al aire libre con palos en la espalda. —Me quedé mirando la fotografía borrosa de la escena del crimen, negando con la cabeza, asombrado

—. No tenía ni idea de que fuese un demonio.

—A lo mejor no lo es —dijo mi madre mientras se ponía en pie y llevaba el plato de la cena a la cocina. Ella había visto el primer demonio y conocía la existencia del segundo, pero seguía siendo muy reacia a hablar sobre ellos.

—Pues claro que es un demonio. Crowley era un demonio, Forman era otro demonio que había venido a buscarlo y ahora ha venido otro más a por él.

Mi madre se quedó callada un momento.

—Es imposible que sepas eso —dijo por fin.

Aún no le había hablado del día que llamé a Nadie. Solamente serviría para que se interpusiera en mi camino intentando protegerme.

—¿Tienes idea de las probabilidades que existen de que haya tres asesinos en serie en un pueblo como éste y de que no guarden ninguna relación entre ellos? —pregunté y la seguí hasta el salón—. ¿Y por qué narices querría el Manitas, cuyos ataques se han producido todos en Georgia, aparecer de pronto en el condado de Clayton, Dakota del Norte, sin ningún motivo en particular, justo dos meses después de la desaparición del último demonio?

—Porque este pueblo está maldito —dijo categóricamente y volvió al salón.

—Pensaba que no creías en nada sobrenatural.

—No me refiero a que esté maldito literalmente —dijo volviéndose hacia mí—. Quiero decir que... No sé lo que quiero decir. John, ¡son demonios! ¡O algo igual de malo! No sé... No sé si nos podremos quedar mucho más tiempo.

—No podemos marcharnos —dije rápidamente. Demasiado rápido.

Mi madre me miró un instante y después me señaló furiosa con el dedo.

—Oh, no —dijo—. No, no, no, no, no. No vas a perseguir a éste como hiciste con Bill Crowley. Ni hablar. Y no vas a jugar a ser un superhéroe ni a arriesgar la vida como si fueras idiota.

—Mamá, no soy idiota.

—Pues para ser un genio haces algunas cosas que son tremendamente estúpidas. Crowley trató de matarte. Forman casi lo consigue y además casi se lleva por delante también a Brooke. Y a Curt. Esto no es un juego.

—No me había dado cuenta de que la vida de Curt te preocupase tanto.

—No quiero que muera —chilló—, sólo que no forme parte de nuestra vida. Sí, es un imbécil arrogante, pero no puedes matarlo sin más.

—Entonces menos mal que no lo hice —dije. Me estaba enfadando.

—Sí. Pero por culpa de tu obsesión con estos... lo que sean... casi lo mata otro. ¿Cuántos tienen que morir antes de que te des por vencido?

—¿Y cuántos morirán si me doy por vencido? —pregunté.

—Para eso tenemos a la policía.

—El Manitas lleva matando al menos cinco años; ahora que sabemos que es un demonio, seguramente lleve siglos haciéndolo. Si la policía es tan alucinante, ¿por qué no han conseguido detenerlo?

—No vas a ir a por él —dijo mi madre con firmeza.

—La policía no tiene ni idea de cómo enfrentarse a un demonio —dije esforzándome por mantener la calma—. No tienen ni idea de con quién se las están viendo. Pero yo sí. Ya he eliminado a dos y si me encargo de éste puedo salvar... no sé: cientos de vidas, quizá. Puede que miles. ¿Crees que matará a un par de personas y después se marchará para siempre? Así es como viven estas cosas, mamá. Va a matar, matar y matar hasta que no queden víctimas.

—Él. Esa persona —dijo mi madre. Me obligó a mirarla a los ojos.

—¿Qué?

—Te has referido a él como a una cosa —dijo ejerciendo su autoridad—. Sabes que no te lo permito.

Cerré los ojos y respiré hondo. Uno de los sellos distintivos de los sociópatas, y en particular de los asesinos en serie, es que dejan de pensar en las personas como personas y los ven únicamente como objetos. Yo, cuando me despistaba o cuando estaba demasiado emocionado o excitado, llamaba «eso» a las personas. Y mis normas no me lo permitían.

Pero es que las normas estaban pensadas para humanos.

—Es un demonio —dije—. No es una persona, no es humano. No puedo deshumanizarlo si no es humano.

—Se trata de un ser viviente, de alguien que piensa —dijo mi madre—. Humano o demonio o lo que sea. No sabes qué es él, pero sí sabes quién eres tú y tú debes seguir tus normas.

Mis normas. Tenía razón.

—Lo siento —dije. Estaba algo más calmado—. Él. O ella —añadí al instante—. En este caso podría ser una mujer.

—¿Por qué dices eso?

«Porque la voz del teléfono era la de una mujer.»

—Por nada. Sólo digo que no lo sabemos con seguridad. —Fingí cara de indignación

—. ¿Insinúas que todos los psicópatas son hombres? ¿O que todos los hombres son psicópatas?

—No estoy de humor para bromas —dijo y apagó el televisor—. Me voy a la cama; se acabaron las noticias, se acabaron los asesinatos. Ya hablaremos de esto por la mañana.

Volví resentido a la cocina y me preparé un bol de cereales mientras mi madre se preparaba para irse a dormir. Yo raramente me acostaba antes de las dos de la madrugada, así que aún tenía un montón de tiempo para evaluar la situación.

Ya había leído cosas sobre el Manitas. Era un asesino muy poco ortodoxo de Macon, Georgia, o al menos allí es donde encontraron a la primera y la tercera víctimas que se le conocen. Viajaba por todo Georgia y mataba aproximadamente cada nueve meses; todas las escenas del crimen eran iguales que la nueva situación a la que nos enfrentábamos en Clayton. Mataba a las víctimas en un lugar a cubierto, normalmente en su lugar de trabajo o en casa, a solas, y allí les cortaba las manos y la lengua. Entonces llevaba el cuerpo afuera, les clavaba los palos y desaparecía. Aún no habían encontrado pruebas reales de quién podía ser el asesino, aunque pudieron averiguar algunas cosas analizando los crímenes. En primer lugar, todo el mundo asumió que se trataba de un hombre basándose en dos detalles: la fuerza física necesaria para cortar las manos, llevar los cadáveres afuera y clavarles los palos en la espalda, y, por otro lado, por el mero hecho de que casi todos los asesinos en serie son hombres. Nada de eso representaba una prueba consistente, pero la confección de perfiles criminales tiene más de arte que de ciencia. Simplemente cogieron la información que tenían y se quedaron con las respuestas que más sentido tenían.

Lo que también sabían de él es que era muy limpio: siempre dejaba los lugares donde se producían las muertes llenos de plásticos y bolsas de basura; habían encontrado hasta chubasqueros, de esos de usar y tirar. No se trataba de alguien dispuesto a mancharse de sangre y la falta de muestras útiles de sangre en el exterior demostraban que se le daba muy bien permanecer limpio. Esa afición por la pulcritud y el uso de palos de fregonas y escobas para la espalda de las víctimas le granjeó el mote de los medios del Manitas. Bueno, eso y el hecho de que les cortaba las manos a las víctimas.

Me metí una cucharada de cereales en la boca. La policía y el FBI llevaban años a la caza del Manitas y estaban haciendo una faena bastante decente, supongo, aunque yo sabía que no lo iban a atrapar porque se basaban en supuestos erróneos: concretamente, que era humano. Muy a pesar de lo que dijese mi madre, estaba seguro de que aquello era un demonio y de que lo más probable es que fuese un demonio hembra. Había hablado con ella por teléfono, no me fastidies; creo que sé distinguir entre un hombre y una mujer. Y con eso todo se podía explicar de maneras totalmente diferentes.

En primer lugar, la fuerza: todos los demonios habían demostrado tener una serie de extraños poderes sobrenaturales, y que el Manitas tuviese una fuerza superior a la media

tenía sentido, independientemente de su sexo. Las asesinas en serie eran extremadamente poco comunes, pero existían; nada indicaba que no pudiese haber demonios hembra también. ¿Por qué no? Suponiendo que tuvieran distinción entre sexos, seguramente tenían representantes de ambos grupos.

En cuanto a la limpieza, el detallismo indica... ¿qué? ¿Que el demonio era un neurótico? ¿Prudente? ¿Que le daba miedo la sangre? Si pudiese utilizar el ordenador podría consultar alguno de los sitios web sobre perfiles criminales que me solía gustar leer, pero mi madre lo tenía en su habitación y no me atrevía a hacer este tipo de búsquedas con ella. El demonio nos estaba diciendo muchas más cosas, sólo hacía falta saber qué significaba todo: cosas como por qué exponía a las víctimas en la calle y por qué les clavaba palos en la espalda. Todo eso eran mensajes que nos enviaba a los demás. De hecho, podían ser directamente para mí, ya que había venido a Clayton a buscarme a mí. Pero ¿qué decían esos mensajes? Llevaba años estudiando a los asesinos en serie, era una afición que rayaba con la obsesión, pero la mayoría de mis conocimientos se reducían a trivialidades del tipo quién era el asesino, cuál era su modus operandi y cosas así. Sabía el motivo por el cual un asesino hacía lo que hacía, pero únicamente después de que el hecho se hubiese producido. Desconocía los pasos que habían llevado a la policía a descifrar toda esa información. Tenía que estudiar más y eso significaba que necesitaba Internet o una biblioteca. Y no dispondría de ninguna de las dos cosas hasta la mañana.

Me acabé los cereales y miré el reloj: las diez y media. Faltaban muchas horas para la mañana.

Había otro asunto en el que definitivamente tenía ventaja sobre la policía y para el que no necesitaba sus estudios: los órganos y extremidades robados. La mayoría de los asesinos en serie guardaban recuerdos de sus crímenes porque les gustaba revivirlos o, en algunos casos, porque simplemente querían comérselos; pero los demonios eran diferentes. El señor Crowley, el asesino de Clayton, robaba partes del cuerpo de las víctimas porque las usaba para regenerar su propio cuerpo, órganos y extremidades que empezaban a fallar. El Manitas —¿o la Manitas?— podía estar haciendo lo mismo o cualquier otra cosa que fuese igual de sobrenatural. ¿Qué se podía hacer con unas manos? ¿Y qué me dices de las lenguas? ¿Qué representaban? Me miré fijamente las manos buscando alguna pista. Quizá fuese capaz de absorber sus huellas dactilares o su identidad o algo parecido. Ya era suficientemente difícil esbozar un perfil de un asesino normal que se rigiese por normas humanas, así que para un demonio que las infringía necesitaba más información antes de afirmar cualquier cosa de forma categórica. Necesitaba ver al demonio en acción.

Hasta entonces, los dos demonios que había conocido eran completamente diferentes: hacían cosas distintas de modos diversos y de acuerdo a una serie de motivos, pero sí guardaban una similitud. Forman había dicho que los demonios —o lo que quiera que fuesen— se definían por aquello de lo que carecían: rostro, vida, emociones, identidad.

Como con los asesinos en serie, la forma en que actuaban y reaccionaban se podía relacionar con los agujeros que tenían en la vida y que los convertían en quienes eran. Entonces, ¿qué le faltaba a Nadie?

Sonó el teléfono, alto y estridente en mitad de aquel silencio. Lo cogí de la encimera y miré la identificación de la llamada: Jensen. Lo llevé al otro lado del pasillo y se lo pasé a mi madre, que estaba en el baño, desmaquillándose con agua y jabón. Sonó de nuevo.

—El agente Jensen —dije y lo dejé sobre el lavamanos—. Seguramente tendrá que ver con el caso.

Mientras mi madre contestaba, yo volví al salón.

—¿Sí? ¡Oh! —Parecía sorprendida—. Vaya, hola, Marci. Creía que sería tu padre.

¿Una llamada de Marci Jensen? Marci era una de las tías más buenas del instituto. Hasta mi amigo Max, que saldría con la pata de una silla si ésta se lo pidiera, albergaba un amor imposible por ella. Pero yo debía de haber hablado con ella unas tres veces en toda mi vida; ¿por qué llamaba a casa a las diez y media de la noche?

—No te preocupes —dijo mi madre—, estamos los dos despiertos. Está aquí mismo, te lo paso.

Salió del baño con una de esas exasperantes sonrisas maternas y me pasó el teléfono.

—Es para ti.

Me llevé el teléfono al oído.

—¿Sí?

—Hola, John. Soy Marci Jensen.

Sonaba... ayyy, no tenía ni idea de cómo sonaba. Las caras las leía como un auténtico experto, pero las voces siempre me despistaban.

—Sí, ya lo he visto —respondí. Pausa. ¿Qué debía decir?

—Siento llamarte tan tarde —dijo ella—. He estado... bueno, llevo queriendo llamar durante todo el día, pero no lo he hecho.

—Oh.

¿Por qué quería llamarme?

—Bueno, no sé si esto lo puedo decir o no, pero mi padre me ha hablado de ti. Me refiero a que me ha contado lo que hiciste. Salvar a esa gente.

Gracias al «silencio protector» que hizo que mi nombre no saliese en las noticias, su padre era una de las poquísimas personas que sabía lo que de verdad había ocurrido. Bueno, al menos las partes en las que no había demonios. Cuando escapamos de la casa de la tortura que Forman tenía en mitad del bosque, él fue el primer agente en llegar al lugar.

—No fue para tanto —dije—. Bueno, sí lo es porque están todos a salvo, pero en realidad yo no hice nada. Quiero decir que no actué solo. Brooke también estaba; ella me ayudó a sacar a algunas de las mujeres.

—Yaaaaaa —dijo Marci alargando la vocal y la palabra unos cuantos segundos de más. Hizo una pausa brevísima y añadió—: Me han dicho que ya no salís...

—No —respondí algo sorprendido—. «¿Es esto lo que me parece que es?» Bueno, la verdad es que hace un par de meses que no quedamos.

—Ya. Ojalá me hubiese enterado antes —dijo ella—. El caso es que he pensado que si no estás saliendo con nadie más, quizá podríamos quedar un día.

—Yo... —¿Qué era eso, una observación o una invitación? ¿Me había pedido una cita o tenía que pedírsela yo a ella? No tenía ni idea de qué hacer. Después de una pausa, continué—: Claro. No estaría nada mal.

—Genial. Tengo el resto de la semana ocupada, ¿qué te parece dentro de una semana? El lunes por la tarde.

La imagen de Marci atada me cruzó la mente durante un instante, pero la aparté al momento. «No pienses en eso.»

—Sí, supongo que no tendré...

—Genial —repitió—. Podemos ir al lago. ¿Tienes bici?

—Sí.

—Muy bien. ¿Quedamos en mi casa? Está bastante cerca del desvío y podemos ir desde allí.

—Vale.

—¿A las tres?

—Vale.

—Bien, fantástico. Me alegro de haberte llamado de una vez.

—Yo... yo también.

—Muy bien, nos vemos. Adiós.

—Adiós.

Ella colgó y yo le di al botón de finalizar la llamada. Mi madre seguía allí, de pie, observándome. Siempre estaba insistiéndome para que intentase ser más sociable y al mismo tiempo parecía tener pánico por lo todo lo que yo pudiese hacer.

—¿Te acaban de pedir una cita?

—Eso parece.

Me miró un momento más, asintió y se dio media vuelta para volver al baño.

—Ve con cuidado —dijo desde allí—. Y no te olvides de seguir las normas.

Fruncí el ceño. ¿Por qué quería Marci salir conmigo? Aquél no era el mejor momento: tenía que atrapar a un demonio y una cita con ella era una complicación que no me hacía ninguna falta. Por otro lado, era gracioso: de pronto había dos personas en el pueblo que querían matarme. El Manitas y también Max en cuanto se enterase de que tenía una cita con Marci. Me eché a reír, pero el sonido fue débil y vacío.

El juego está en marcha.

3

Cuando asesinan a alguien, los detalles del caso se mantienen en secreto para no estorbar la investigación; así sucedió con el pastor Olsen: sabíamos dónde había muerto y cómo estaba el cadáver, pero la policía no difundió ningún dato más. Aparte de los investigadores, nadie tuvo permiso para ver la escena del crimen y nadie que no fuese el patólogo forense pudo ver el cadáver... Excepto los funerarios. Así fue como cinco días después del asesinato, cuando ya había analizado cien veces la información que daban en las noticias, cuando se me habían acabado las pistas y estaba desesperado por conseguir algo más de información, el FBI me trajo el cadáver a casa.

Tengo el mejor trabajo del mundo.

Mi madre y Margaret, su hermana gemela, eran copropietarias de la funeraria y yo las ayudaba con los funerales y el mantenimiento en general desde que tenía siete años. Fue mi padre quien me enseñó las herramientas para embalsamar; lo hizo antes de desaparecer y desde aquel momento se convirtió en mi pasión. Mi hermana ayudaba en la oficina haciendo el papeleo y contestando las llamadas; los muertos le daban mala espina o al menos eso decía ella, pero yo no comprendía que eso fuese posible. Los cadáveres están tranquilos y en silencio: totalmente quietos, totalmente inofensivos. Un cuerpo nunca se va a mover, no se reirá de ti y no te juzgará. Un muerto no te va a chillar, a pegar ni a abandonar. Lejos de los zombis y la basura que se ve en la tele, un cadáver es, de hecho, el amigo ideal. La mascota perfecta. Me siento más cómodo entre ellos que con gente de verdad.

Ron, el forense del condado, trajo los restos mortales del pastor en su gran furgoneta oficial, escoltado por un par de policías. Yo me quedé arriba hasta que se marcharon, mirando por la ventana mientras abrían las puertas de la furgoneta, sacaban la camilla tapada, soltaban las ruedas y la empujaban para hacerla entrar por la puerta trasera. Los policías recorrían el aparcamiento sin ton ni son; miraban el cielo, el bosque de detrás de casa o las grietas del asfalto que pisaban. Era mediados de agosto y las grietas estaban llenas de hormigas que correteaban de un lado a otro haciendo misteriosos y urgentes recados. Uno de los policías se agachó para mirarlas de cerca y después se puso en pie y arrastró el pie entre aquel hervidero. El enjambre se dispersó, volvió a formar y siguió con la vida como si nada. El policía se alejó distraídamente, pensando en cualquier otra cosa.

Cuando Ron se marchó, bajé y me reuní con mi madre y con Margaret en la sala de embalsamamiento. Me lavé las manos y me puse un delantal quirúrgico y unos guantes.

—Hola, John —dijo Margaret. Con la mascarilla puesta mi madre y ella eran casi imposibles de distinguir.

La sala estaba envejecida; tenía azulejos de un azul turquesa desvaído, pero estaba limpia y bien iluminada, y el ventilador del techo estaba prácticamente nuevo. El equipamiento ya era antiguo pero todavía estaba en servicio; las ruedas de los carros y las mesas estaban bien engrasadas y no chirriaban.

La nuestra era la única funeraria de la zona y hacíamos negocio de la muerte de nuestros amigos y vecinos. Admito que es una forma diferente de ganarse la vida, pero no tiene nada de morboso. El funeral es el último hurra del cuerpo antes de ser enterrado para siempre; la oportunidad que se le da a la familia de reunirse y recordar las mejores partes de la vida que han compartido. A mí me enseñaron a respetar a los muertos, a tratarlos como invitados de honor y a pensar en la muerte como una ocasión para celebrar la vida. No sé si me convencía todo eso, pero sé que embalsamar me gustaba más que prácticamente cualquier otra cosa del mundo. Se trataba de un tiempo que podía compartir con otra persona, aunque no la conociese, de forma más profunda y personal que con los vivos. No era de extrañar, entonces, que hubiese soñado tantas veces con embalsamar a Brooke.

—El pastor Elijah Olsen —dijo Margaret mientras leía el fajo de papeles que Ron nos había dejado. La bolsa descansaba tranquilamente sobre la mesa, aún sin abrir—. Fallecido hace seis días, más o menos. Autopsia completa; órganos en la bolsa; le faltan las manos y la lengua. Herida de bala en la espalda, agujero de salida en el pecho; heridas de arma blanca en la espalda. El resto es todo normal, suponiendo que Ron haya hecho bien su parte.

Dejó los documentos encima de un mostrador y soltó una pequeña carcajada sin el menor atisbo de humor.

Nadie se movió.

—Me estoy hartando de todo esto, la verdad —dijo mi madre con la mirada fija en la bolsa—. ¿Puede alguien morir de causas naturales de vez en cuando, por favor?

—Piénsalo así —dijo Margaret con las manos apoyadas en las caderas—. Con lo del asesino de Clayton compramos un ventilador nuevo y después de lo de Clark Forman cambiamos el ordenador de la oficina. Si el Manitas se queda el tiempo suficiente, podremos renovar el equipo de música de la capilla.

Mi madre se echó a reír secamente y sacudió la cabeza.

—En ese caso, espero que nunca podamos pagar un equipo de música nuevo.

Yo estaba tan ansioso por empezar como ellas parecían estar vacilando.

—Que empiece el espectáculo.

—Espero que el ventilador no nos deje tirados —dijo Margaret.

Era una vieja frase de cuando teníamos un ventilador mucho peor y los productos tenían un olor más penetrante, pero ya se había convertido en una tradición. No empezábamos hasta que Margaret lo decía. Los tres asentimos y nos pusimos manos a la obra.

Bajé la cremallera de la bolsa, la abrí y dejé el hombre muerto que había en el interior al descubierto. En un caso normal solíamos recibir el cadáver alrededor de un día después de su muerte, vestido y rígido por culpa del rígor mortis, éste solamente duraba un día o dos y las víctimas de asesinato que habían pasado por una autopsia nos llegaban ya flexibles, lavadas y separadas por piezas. Este cadáver tenía el pecho marcado por una gigantesca «Y» por donde el forense lo había abierto para sacarlo todo y volverlo a coser después sin darse mucha maña. Los órganos que había extirpado y examinado estaban dentro del cuerpo, en una bolsa hermética. Los brazos acababan en un par de muñones allí donde el asesino había cortado las manos y el forense los había vendado ligeramente para contener la hemorragia; los cadáveres no sangran mucho porque el corazón ya no crea presión para que la sangre circule, pero de todos modos ésta puede salir por las heridas y en aquel caso era más higiénico transportar el cuerpo de ese modo.

Mi madre y yo levantamos el cuerpo mientras Margaret sacaba la bolsa de debajo. Lo habíamos hecho tantas veces que trabajábamos sin hablar; cada uno de nosotros sabía qué había que hacer y qué tareas le correspondían: mi madre le cubrió la pelvis con un trapo esterilizado, Margaret empezó a descoser los puntos del vientre para sacar la bolsa de los órganos y yo le retiré las vendas de las muñecas.

Lo que solía ser cada una de las muñecas se había convertido en un corte transversal perfecto de carne, hueso y tendón; pasé la punta de un dedo enguantado por uno de esos cortes, tratando de imaginar con qué se podría haber hecho. Lo primero que me vino a la cabeza fue un mordisco: el señor Crowley podía distender la mandíbula y le salían docenas de afiladísimos y largos dientes. Era totalmente factible que Nadie, nuestra nueva criatura demoníaca, pudiese hacer lo mismo. Pero en la muñeca no había ni una sola marca de dientes: ninguna señal vertical de algo que hubiese desgarrado la carne ni una línea horizontal donde se hubiesen encontrado las dos hileras de dientes. El muñón era demasiado limpio. Pero ¿qué otra cosa podía ser?

El señor Crowley también podía convertir las manos en feroces garras que podían cortarlo prácticamente todo; no era difícil darse cuenta de que una zarpa como aquella podría haber hecho ese corte. Un tajo hecho con un único movimiento que había separado carne, hueso y tendones de un solo golpe; tenía sentido. Si había esgrimido una garra con tanta potencia para hacer un corte tan limpio como aquél, eso también demostraba una vez

más que el asesino era fuerte. Lo archivé en mis notas mentales y ayudé a mi madre a lavar el cadáver.

Margaret se llevó la bolsa de órganos a una mesa lateral y se dispuso a limpiarlos uno a uno y llenarlos de formaldehído. Eso le iba a llevar unas cuantas horas. Mi madre y yo limpiamos el cuerpo, arreglamos la cara para el velatorio y bombeamos los conservantes por lo que quedaba del sistema circulatorio. El embalsamamiento arterial de un cadáver en aquel estado normalmente suponía muchísima complicación, porque los vasos sanguíneos tenían tantas perforaciones que la bomba no podía hacer su trabajo. En lugar de fluir por todo el cuerpo, el líquido embalsamador se acumulaba en la cavidad pectoral y salía por las heridas. Afortunadamente (o no, si se lo preguntabas a mi madre), durante el año anterior habíamos recibido tantos cuerpos mutilados que habíamos desarrollado un remedio bastante sencillo: vaselina. Gastábamos un bote entero, pero si ponías una buena capa encima de las heridas y después las envolvías con esparadrapo, conseguías taponar la mayoría de los agujeros. Cuando acabamos de lavar las extremidades, la cabeza y el pecho, mi madre sacó un bote nuevo de vaselina y nos pusimos a sellar las heridas.

Había muchas heridas que sellar.

Primero de todo, las muñecas, claro, que recibieron una buena capa de la sustancia cerosa. Después me puse con la herida que supuestamente le había provocado la muerte: una gran herida de bala encima del corazón que debía de tener la pareja en la espalda, aunque seguramente era más pequeña. Yo era bastante generoso con la vaselina y llené el agujero de delante hasta que rebosó. Cuando acabé, le abrí la boca y le di una capa a la lengua —o al pequeño bulto donde solía estar— con otro espléndido pegote. Si el corte de las muñecas era limpio, el de la lengua era impecable: se la habían extirpado de forma prácticamente quirúrgica, con un cuidado excepcional y gran atención al más mínimo detalle. ¿Otra garra más pequeña, quizá, o una herramienta del tipo de un bisturí? Fuera lo que fuese, debía de estar afilado como una navaja y debía de tener una hoja larga y una punta muy fina con la que hacer un trabajo de tal precisión.

Fue justamente esa precisión tan asombrosa lo que me hizo pensar. Ya sabíamos que el demonio era extremadamente prudente, que llevaba lonas y chubasqueros y Dios sabe qué para evitar mancharse de sangre. Eso sugería una asesina muy meticulosa, una teoría que la extracción quirúrgica de la lengua ponía de relieve. Veía algo de mi propia precaución reflejada en ella, y eso significaba que iba a ser muy difícil seguirle la pista. Pero supuse que ahí había algo más en juego: algo que encajaba con el resto del ataque y al mismo tiempo no lo hacía. Le empecé a dar vueltas a este asunto y seguí trabajando.

Mientras yo cubría las heridas externas, mi madre extendió una gruesa capa de vaselina por todo el interior de la cavidad torácica, de arriba abajo. Tenía que meter todo el brazo dentro para asegurarse de llegar a todas partes; durante las autopsias el forense serraba el esternón para abrir el pecho, así que en realidad bastaba con apartar las costillas y trabajar en el interior. Pero mi madre odiaba hacer eso y, por lo tanto, dejó las costillas

donde estaban y se dedicó a sortearlas.

—Bueno, la parte de dentro ya está —dijo un momento después.

Asentí.

—Yo tengo la parte delantera lista. ¿Le damos la vuelta?

Dejamos los botes de vaselina y nos pusimos a la izquierda del cadáver. Yo lo cogí por el hombro, mi madre por debajo de las caderas, lo giramos primero sobre el costado y después lo colocamos boca abajo. Mi madre soltó un grito ahogado y los dos nos quedamos mirando.

—Me parece que vamos a necesitar más vaselina.

Tenía la espalda llena de agujeros que debían de ser heridas de arma blanca: algunas eran largas y otras irregulares, pero todas eran profundas y mortíferas. Cualquiera de ellas le podría haber provocado la muerte. Los dos agujeros donde le había insertado los palos se distinguían sin problema, porque eran algo más anchos y redondos que el resto, pero la policía no había hablado de ninguna otra herida en la espalda. Rocé una de ellas con el dedo intentando adivinar qué la habría causado: ¿una uña o la garra entera? Rápidamente recorrí todo el cuerpo con la mirada, buscando un patrón, pero no parecía que lo hubiese.

Los agujeros eran recortados y desordenados, y estaban mojados de sangre oscura y morada, como si fueran cardenales líquidos. Alguien se había ensañado con aquella espalda con una ferocidad bestial, hasta el punto que parecía carne picada. El método limpio y sistemático del asesino no indicaba de ningún modo que también pudiese hacer algo así.

—¿Qué ha hecho? —susurró mi madre.

Incluso seis días después de que se produjese el ataque y en una habitación esterilizada, el espectáculo era brutal. Margaret dejó lo que estaba haciendo y también se acercó a echar un vistazo. Mi madre me dirigió una mirada con las cejas enarcadas, como en una pregunta silenciosa.

—Madre mía —dijo Margaret mientras tocaba el cuerpo con cuidado—. ¿Esto lo mencionaron en las noticias?

—Ni una palabra —contesté—. Y tampoco recuerdo nada parecido en ninguno de los asesinatos anteriores del Manitas.

—Parece como si lo hubiese apuñalado treinta veces —dijo Margaret—, puede que cuarenta.

—¿Qué quiere decir? —exigió mi madre, que todavía me estaba mirando.

—¿Que qué quiere decir?

—Tú eres el experto, ¿no? —Me resultaba difícil interpretar el tono de voz: enfado,

curiosidad y desesperación, todo al mismo tiempo. No distinguía contra quién estaba dirigiendo esa ira—. Tú eres el que estudia todas estas cosas, ¿qué quiere decir?

Volví a contemplar el cadáver.

—Lo primero que significa es que la policía lo ha mantenido en secreto; en parte para que nadie se espante, pero sobre todo porque es una marca. Es como... una firma, de la que nadie sabe nada a excepción del asesino. Así pueden saber si se trata de un asesinato del verdadero Manitas o de un imitador. También puede servir para autenticar cartas que se reciban en la policía o en los medios: si la carta habla de algo que no se ha revelado todavía, saben que es genuina, que es del asesino real.

—¿Y eso ocurre muy a menudo? —preguntó Margaret.

—Más de lo que te puedas imaginar. A muchos asesinos en serie les gusta involucrarse en sus propias investigaciones.

—Pero ¿qué nos dice del asesino? —preguntó mi madre. Todavía me observaba con una mirada afilada y penetrante—. ¿Qué nos dice de... la persona que hizo esto?

La miré un instante y después volví a fijarme en el cadáver. «¿Me está preguntando por el demonio?»

—Significa que está enfadada por alguna cosa —dije.

—¿Enfadada? —preguntó Margaret.

—O enfadado —dije rápidamente—. Él o ella lo hace todo premeditadamente y es muy meticulosa con todo lo que hace. Pero después de muerto y después de haber hecho todo lo que tiene que hacer, se ensaña con él, como una loca. —Toqué la espalda una vez más—. Esto es rabia pura. Sea lo que sea lo que quiere la asesina, cualesquiera que sean las necesidades que cubre cuando mata, la base de todo eso es la ira.

—¿Ira contra qué?

—No lo sé —respondí lentamente—. ¿Pastores? ¿Hombres? ¿Nosotros?

—¿Nosotros? —preguntó mi madre.

La miré. «¿Es esto lo que quiere saber? ¿Si el demonio busca venganza?» Escogí lo que iba a decir con mucho cuidado.

—Quienquiera que haya hecho esto ha cruzado medio país para hacerlo. Hombre o mujer, es una persona muy motivada y muy cuidadosa y furiosa. Pero a falta de más pruebas, lo único que nos dice es que... pronto las tendremos. Seguramente, será muy pronto.

Volvimos a mirar el cuerpo, la sangre coagulada que brillaba bajo la resplandeciente luz de la sala. Ya tenía más piezas del rompecabezas y una idea más completa de cómo mataba ese demonio, y eso era bueno. Pero incluso mientras averiguaba más sobre el

«cómo», empecé a dudar sobre lo que sabía del auténtico «por qué».

Y eso no era para nada bueno.

4

Era domingo y yo iba camino de misa.

No soy una persona religiosa, aunque tampoco creo que esté en contra de la religión. La verdad es que no pienso mucho en ello. Nunca he ido a la iglesia porque mis padres no iban; y cuando escogí la palabra «demonio» para describir los monstruos que había visto, sinceramente, ni siquiera me di cuenta de que su origen era religioso. La utilicé porque David Berkowitz, el Hijo de Sam, la utilizó en una carta que escribió a la policía. Que «demonio» fuese una palabra chula no significaba que el Manitas fuese un ángel caído ni ninguna tontería por el estilo.

Así que no, no iba camino de la iglesia para asistir a una reunión de feligreses en la que se canta y se reza, o lo que sea que hagan. Iba a un edificio que era una iglesia porque ahí es donde pasan el rato los pastores; y lo hacía en domingo porque supuse que ése era el mejor día para encontrar a uno. En concreto, iba a la iglesia católica de Santa María para hablar con el padre Erikson, a quien todos los noticiarios consideraban el mejor amigo del pastor Olsen. La iglesia de Santa María y la iglesia presbiteriana del Trono de Dios colaboraban constantemente en cosas como comedores sociales y proyectos de servicio a la comunidad, así que imagino que no era una idea descabellada. Un amigo de la víctima era la mejor pista que había tenido en dos meses, así que me pareció oportuno ir a hacerle algunas preguntas.

El aparcamiento estaba lleno; dejé el coche al otro lado de la calle y me quedé esperando dentro hasta que empezó a salir gente: niñas con vestidos con estampados de flores y hombres con camisa blanca y corbata. Había más gente de la que me había imaginado. Me quedé sentado tranquilamente mientras ellos iban sin prisa a sus coches y observé sus rostros con atención. Hablaban y reían. Sonreían o fruncían el ceño. Parpadeaban al salir a la luz y miraban el mundo mientras reflexionaban con aire triste. ¿De qué eran culpables? ¿Hasta dónde podían llegar si se los presionaba?

Para mí todo el mundo era sospechoso: desde el más viejo al más joven. Cualquiera de ellos podía ser un demonio.

Uno a uno, se subieron a los coches y se marcharon. Yo salí del mío, crucé la calle y entré en la iglesia sin hacer caso de las sonrisas de un grupo de señoras mayores con las

que me crucé en el vestíbulo. El padre Erikson estaba en la capilla, recorriendo los bancos y ordenando un montoncito de misales de color rojo.

—Hola —dijo al verme. Sonrió—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Eh... —Nunca había hecho nada parecido y no sabía muy bien qué decir. No podía enseñarle una placa y empezar a hacer preguntas—. ¿Tiene un momento?

Ladeó la cabeza, me miró y dejó el misal que tenía en la mano.

—Por supuesto. ¿Qué problema tienes?

Caminó hacia mí y vi que fruncía el ceño ligeramente; tenía la frente arrugada y los ojos entrecerrados. Aquélla era cara de «estoy preocupado por ti».

Negué con la cabeza.

—No, no, no se trata de eso. No tengo ningún problema religioso ni nada por el estilo. Sólo que...

Realmente no había pensado lo suficiente la situación. ¿Por qué iba a contestar las preguntas de un chaval raro sobre su amigo muerto? Necesitaba inventarme algo rápidamente. Estaba a punto de llegar hasta donde yo estaba parado.

—Hola —dije—. Estoy haciendo prácticas con el periódico y... —Lo miré a los ojos y se me escapó una pregunta sin poder siquiera evitarlo—. ¿Cree usted en los demonios?

Se detuvo de pronto y sonrió, sorprendido.

—¿Demonios?

—Sí, demonios de verdad. Es un tema católico, ¿verdad?

—Bueno, sí —dijo lentamente—. La Biblia habla de demonios y espíritus malignos, pero no se trata de una parte muy importante de nuestra fe. Le enseñamos a la gente cómo vivir con rectitud y hacer buenas obras, y con algo de suerte nunca tenemos que preocuparnos de los demonios.

—¿Y si no tenemos suerte?

Estudió mi expresión, la suya había cambiado: interesado, pero con preocupación en lugar de altruismo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ¿no cree que es importante? —pregunté—. Si los demonios existen y pueden atacar a las personas y hacer cosas, como en la Biblia, entonces, ¿no deberíamos tenerlo en cuenta? Creo que ustedes deberían hablar más del tema.

Volvió a sonreír y señaló un banco.

—Permíteme una pregunta —dijo mientras se sentaba. Yo hice lo mismo, al otro lado

del pasillo—. No eres de mi congregación, ¿verdad?

—No.

—¿Acudes a alguna de las iglesias de Clayton?

—La verdad es que no.

—Hay un puñado de versos que hablan de demonios —dijo— y decenas de miles que hablan sobre Dios. Así que, si Dios es real y puede ayudar a las personas y actuar, como en la Biblia, entonces, ¿no deberíamos tener eso más en cuenta que a los demonios?

Enarqué las cejas.

—Ahora ya entiendo por qué la gente no quiere hablar con curas.

—Touché! —dijo y se rió—. Vale, admito que he jugado un poco fuerte, pero de todos modos: touché.

—¿Dice algo la Biblia sobre qué aspecto tienen los demonios? —pregunté.

—Así que solamente quieres hablar de demonios —contestó y asintió—. Bueno, pues hablaremos de demonios. Bien, la Biblia nos enseña que son ángeles caídos que fueron expulsados del cielo junto con Satanás. Por lo tanto podemos suponer que un demonio podría tener exactamente el mismo aspecto que nosotros: no son más que gente normal y corriente que tomó decisiones muy, muy equivocadas.

—Entonces, nada de cuernos ni horcas ni nada por el estilo, ¿no?

Se echó a reír.

—No que yo sepa.

—Quería...

Hice una pausa. Había roto el hielo y quería preguntarle por el pastor Olsen para averiguar si sabía alguna cosa que me ayudase a encontrar al demonio. Pero lo que estaba diciendo me parecía un poco raro: algo me había puesto la mosca detrás de la oreja. Se lo tenía que preguntar.

—¿Cómo puede creer en demonios y no preocuparse por ellos? Es como saber que fuera hay un lobo que te quiere matar y que ese detalle no te importe. No tiene sentido.

—Es porque también creo en Dios y estoy convencido de que es más fuerte.

—Dios no protegió al pastor Olsen.

Hizo una pausa y me observó con atención.

—Todos los días ocurren cosas malas —dijo lentamente—. A todas horas, todos los minutos del día. Hoy han venido doscientas personas de mi congregación y sé que a cada uno de ellos le van a pasar cosas malas. La estadística dice que este mes uno de esos

doscientos tendrá un accidente de tráfico; cinco de ellos perderán el empleo antes de que acabe el año, puede que más si el aserradero sigue perdiendo dinero. La mitad tendrá cáncer en un momento dado de la vida. Y aun así, consciente de todo eso, esta mañana les di un sermón sobre la esperanza y les dejé salir por aquella puerta a enfrentarse al mundo.

—¿Cómo puede eso servir de ayuda? Si quiere hablar de estadística, durante el último año hemos tenido tres asesinatos en serie en el pueblo. Al ritmo que llevan, puede estar prácticamente seguro de que matarán a alguien de su congregación. Está prácticamente garantizado. ¿Qué dirá su familia? «El cura podría haberlo salvado, pero en lugar de eso nos dio un sermón sobre la esperanza. Gracias a Dios.»

—Soy cura, no policía. Cada uno tiene un trabajo distinto y ayuda con lo que puede. Veamos, en cuestión de asesinatos en serie, yo no sé ni el abecé ni sabría cómo seguirle la pista a un criminal. Sin embargo, soy muy buen maestro y muy buen líder, y la mejor manera que tengo de servir a esta comunidad es ciñéndome a ese papel. —Cambié de postura y se inclinó hacia delante—. ¿Tienes idea de cuánto ha aumentado la cantidad de gente que viene a esta iglesia durante el último año? ¿Sabes cuántas personas más dan a los pobres o se hacen voluntarios? Las pruebas por las que pasamos unen a las personas. Los asesinatos vienen y van, pero la comunidad siempre estará aquí y la gente siempre necesitará comer y una casa donde vivir y un trabajo y alguien en quien confiar. Como tú dices, ahí fuera hay un lobo, pero algunos son cazadores y otros somos pastores. La única forma de mantener al rebaño a salvo es trabajando juntos.

Se recostó en el banco y juntó las manos sobre el regazo.

—Intuyo que tú estás entre los cazadores.

De pronto lo miré y me puse nervioso.

—No pasa nada por eso —continuó—. Necesitamos cazadores. Necesitamos alguien que nos proteja. Pero también necesitamos a todos los demás. No hay nadie que pueda hacerlo todo sin ayuda.

Nos quedamos un minuto sentados en silencio. No tenía ni idea de qué más decir. Estaba confundido, completamente perdido. No se me ocurría nada.

—Estoy intentando cazarlo —dije— para un artículo del periódico, como le he dicho antes. Y necesito su ayuda. Usted era amigo del pastor Olsen. ¿Sabe algo que pueda ayudar a atrapar al asesino? Cualquier cosa.

Farfulló y se le enredaron las palabras.

—Yo... no estoy seguro de...

—Cualquier cosa que sepa será de ayuda —añadí rápidamente—. Qué hizo ese día, por qué estaba en la iglesia por la noche, si había recibido alguna amenaza por teléfono o alguna visita... El Manitas viene de Georgia, ¿tenía el pastor Olsen algún vínculo con esa

zona? Tiene que haber algo que podamos utilizar para encontrar al que le hizo eso.

—No me refería a que fueses un cazador de verdad —dijo Erikson—. Quería decir que es obvio que te preocupas y estás ansioso por ayudar y, sinceramente, me parece maravilloso, pero... eres un chaval. No hagas nada peligroso.

—Oh, no se preocupe —dije y sentí que una mentira brotaba con total facilidad—. Esto es sólo en plan periodístico. Me dan un crédito en el instituto. Cualquier cosa que me diga irá directamente al periódico y serán ellos los que hagan el seguimiento.

Me observó sin decir nada.

—Se lo juro —afirmé—. No voy a hacer nada peligroso.

—Dame tu número de teléfono —dijo finalmente—. Si se me ocurre algo, te llamaré.

Marci Jensen vivía en una vieja casa de color amarillo en el centro de Clayton, a tan sólo una manzana de la calle Main. Éste era el barrio más antiguo y todo era muy alto: las casas tenían empinados tejados a dos aguas y los viejos árboles estiraban las ramas incluso más allá. Las aceras estaban oscurecidas y agrietadas, y se combaban formando picos irregulares allí donde las raíces empujaban el pavimento. Aparcado junto a la acera, había un coche de policía. Apoyé la bicicleta contra la valla baja de hierro forjado y caminé hasta la puerta de Marci pasando por entre dos estrechas franjas de jardín lleno de maleza y hierba amarillenta que seguramente no veía mucho el sol. Parecía una casita del bosque, un lugar donde la vida se abría paso por todas partes, poco a poco, hasta que formaba parte de todo.

El porche estaba envejecido y gastado por las inclemencias del tiempo, y, al otro lado de una puerta mosquitera que estaba cerrada con un pequeño pasador destartado, la puerta de entrada estaba abierta. Llamé con los nudillos.

Dentro se oyeron unos pasos ruidosos y un crío desaliñado de unos doce años salió al recibidor desde una de las habitaciones laterales. El sonido de un televisor flotaba desde el fondo de la casa. Abrí la boca para decir algo, pero él se dio media vuelta y gritó: «Marci, ¡te vienen a buscar!» Antes de terminar de chillar la frase ya había desaparecido en algún rincón de la casa.

Otro grito respondió desde arriba, indistinto y femenino, acompañado de un vago repiqueteo de puertas y escaleras. Un par de niños más pequeños, un niño y una niña que parecían mellizos, me echaron un vistazo desde otra puerta. Calculé que debían de tener cuatro o cinco años.

—Hola —dije.

—Hola —contestó la niña. El niño asomó la nariz.

—He venido a ver a Marci —dije para explicar mi presencia.

—No eres el mismo que vino el sábado —dijo el niño.

—Claro que no —dijo la niña—. Marci tiene muchos novios. Tiene más que yo y yo tengo cinco.

Enarqué las cejas.

—¿Cinco novios?

—Tyson y Logan y Ethan y un niño del autobús que no conozco.

—Eso hacen cuatro —dije con una sonrisa.

—Yo tengo cuatro años —intervino el niño rápidamente y sacó cuatro dedos para que los viera.

—Y papá —dijo la niña—. Es mi otro novio. Y el sheriff Meier. ¿Eso hace cinco?

—Casi —asentí.

Se oyó un estruendo de pasos por la escalera y Marci llegó al recibidor. Llevaba unos vaqueros cortados, de esos tan, tan cortos que mi madre dice que son como de Samantha Fox, y una camisa de manga corta de franela. Llevaba la larga y negra cabellera recogida en una coleta alta que botaba un poquito al caminar. Sonrió y se acercó a mí con los pulgares metidos en los bolsillos y, de pronto, la casa que unos segundos antes me parecía oscura y vieja me resultó «cómoda» y «rústica». Era la forma en que se movía, su porte. Hacía que todo lo que la rodeaba tuviese mejor aspecto.

—Uau —dije.

—¿Te gusta? —preguntó mientras abría los brazos y se miraba la ropa—. Compré los pantalones por Internet. ¿Cuánto crees que me costaron?

—No hay nadie en el mundo que juzgue el valor de la ropa peor que yo —dije negando con la cabeza—. No vale la pena ni que lo intente.

—Venga, atrévete —dijo y abrió la puerta y salió al porche.

—Más de cinco dólares y menos de quinientos.

Ella se echó a reír.

—Vale, creo que tacharemos el valor de la ropa de la lista de posibles temas de conversación.

—Sólo se me da mal el valor económico. El aspecto sí sé apreciarlo.

—Pero lo que importa es el precio —dijo mientras caminaba hacia la entrada y se quedaba de pie junto a una bicicleta que había junto a la casa—: cualquiera puede comprar ropa bonita, pero la que la encontró a un precio increíble fui yo. Bueno —se detuvo y posó echando la cadera hacia el lado—, también hago que parezca mucho más bonita. ¿Estás listo?

—Sí, tengo la bici ahí fuera. ¿Vamos al lago?

—Si no te importa, sí —dijo mientras sacaba la bici a la calle—. Ya sé que encontramos un cadáver allí y todo eso, pero es que hace muy buen tiempo y quiero salir en bicicleta todo lo que pueda antes de que empiece el instituto. Además, por lo visto, últimamente los muertos aparecen sólo en las iglesias, así que estaremos a salvo.

«Vaya —pensé—, habla de las muertes con mucha más naturalidad de lo que esperaba. Debe de ser por tener un poli en la familia.»

—Me parece bien.

Me subí a la bici y la dejé ir por delante, avanzando hacia la carretera. Pedaleé un poco para alcanzarla.

—No sabía que te gustase montar en bici.

—No en plan carreras ni nada, pero me encanta ir en bici. Y también caminar por el monte. Me parece increíble la suerte que tenemos de vivir aquí.

Estuve a punto de echarme a reír.

—¿Lo dices en serio? ¿En Clayton?

—Me encanta Clayton. Hay un lago, un bosque, kilómetros y kilómetros de senderos y carreteras; si pudiésemos solucionar el tema de la esperanza de vida, estaríamos en el paraíso.

—Supongo que tienes razón —dije, y la seguí cuando giró hacia la carretera del lago.

Montábamos tranquilamente, casi sin pedalear y yo levanté la cabeza para mirar el cielo. El sol brillaba, hacía calor y el aire olía a hierba cortada. Normalmente utilizaba la bicicleta para ir a los sitios: a la escuela o a la biblioteca o al almacén incendiado que había fuera del pueblo. Nunca montaba por diversión.

Llegamos a la carretera que llevaba al lago, que pasaba por delante de un taller mecánico y se dirigía hacia la frondosa orilla, que estaba más allá. Marci se adelantó, puso la marcha más larga y pedaleó de pie para coger más velocidad. Yo me esforcé por no quedarme atrás y el viento me rozó la cara como una cortina fresca. Marci era muy rápida y mientras miraba cómo movía las piernas arriba y abajo me di cuenta de que seguramente ella estaba mucho más en forma que yo. También me percaté de que quedarme un poco rezagado tampoco era tan terrible.

Solía tener normas acerca de mirar a las chicas: simplemente, nunca me había permitido hacerlo. He vivido media vida temiendo constantemente mis propios pensamientos o mi lado más oscuro, que acechaba en mi interior, ansioso por aferrarse a cualquier migaja que yo le diese para dominarme por completo. Soñaba con matar a mis amigos y familiares; fantaseaba día y noche con atrapar, atar y torturar a la gente con la que me cruzaba por la calle. Incluso había fantaseado con embalsamar a Marci. Había algo dentro de mí que anhelaba sangre y dolor, y no porque eso fuese lo que le gustaba, sino

porque nada más lo satisfacía. No sentía emociones normales como la gente común; las cosas como el amor y la gentileza eran conceptos ajenos a mí, mientras que sentimientos más duros como el odio y el miedo y la envidia estaban demasiado cerca de la superficie. Si deseaba una experiencia emocional potente y vibrante, la violencia era básicamente la única forma de conseguirla, y por eso permitirme el lujo de sentirme unido a una chica era, obviamente, una idea pésima.

Brooke alcanzó a ver fugazmente ese lado de mí cuando estuvimos encerrados en casa de Forman, unos meses antes. No le hice daño, pero ella lo sabía. Llevábamos desde entonces sin hablar.

La cuestión era que, dado que ya era un verdadero cazador de demonios, todo se había vuelto diferente. Mi parte oscura tenía una válvula de escape y por la noche mis sueños se habían convertido en las heroicas hazañas de John el Conquistador, donde daba muerte a todos los seres lúgubres del mundo; y si disfrutaba de la caza un poco más de lo necesario, bueno, tenía derecho a hacerlo. No hacía daño a nadie más que a los demonios y la cuestión era hacerles daño. Aquel cambio había venido acompañado del abandono de muchas de las normas, lo que me permitía por primera vez disfrutar de la vida: hablar con la gente, cazar un demonio, mirar a las chicas. Era libre.

Lentamente y con cuidado solté el manillar y abrí los brazos. Marci se volvió, me vio e hizo lo mismo; los dos empezamos a lanzar gritos de euforia al aire mientras volábamos por la carretera. Cerré los ojos y sentí el viento en la cara, afilado y excitante: había peligro en el aire. El pueblo desapareció a nuestras espaldas, la naturaleza se alzó ante nosotros; la carretera nos llevaba de cabeza hacia ninguna parte.

5

—¿Qué tal con Marci?

—Bien.

Era la mañana siguiente y yo trataba de desayunar en paz. Mi madre, por su parte, estaba ejerciendo de madre.

—¿Qué hicisteis?

—Salimos —respondí—. No fue nada.

Cosa que era cierta: no fue nada. Montamos un rato en bici, lo que supongo que estuvo bastante bien, aunque es difícil mantener una conversación cuando las dos personas están en un camino para bicicletas a siete metros de distancia el uno del otro. A mí me parecía bien porque hablar con la gente se me da fatal, pero es probable que Marci se aburriese como una ostra.

—Bueno, ¿cómo que nada? —dijo mi madre. Estaba de pie en el pasillo con un mechón de pelo enrollado alrededor de las tenacillas de rizar mientras yo comía cereales en la cocina—. Nunca habías quedado con ella, eso tiene que contar como algo.

—No se puede decir que haya quedado con muchas otras.

—Más a mi favor. Vi que te llevaste la bicicleta en lugar del coche, ¿fuisteis en bici a algún sitio?

—La verdad es que ni me subí. La llevé del manillar hasta casa de Marci y la dejé en el porche.

—No te hagas el listillo.

—Y entonces —continué—, como no tenía coche, tuve que llevarla a cuestas a todas partes.

Mi madre sonrió.

—Bueno, al menos no fue una pérdida de tiempo.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir con «qué»? ¿Crees que no sé distinguir a una tía buena?

—Me gustaría no tener que oír a mi madre decir cosas así.

Volvió a esconderse detrás de la esquina y entró en el baño; yo suspiré aliviado y me metí una cucharada de cereales en la boca. Un momento después volvió a emerger con otro mechón enrollado en la tenacilla. Entorné los ojos con desesperación.

—Mamá, en serio, ¿cómo tiene ese cacharro un cable tan largo? Creía que la cocina iba a ser un lugar seguro donde desayunar tranquilamente.

—Lo he enchufado en el pasillo —dijo—. Llega justo hasta la cocina y hasta el baño, y puedo moverme de un lado a otro.

—Me parece maravilloso.

—Así que fuisteis a montar en bici. ¿Por el pueblo? ¿Por los senderos del bosque?

—Sí. Fuimos hasta casa de Forman.

Hizo una mueca con ojos entrecerrados, las cejas enarcadas y las fosas de la nariz bien abiertas. Era su cara de «sorpresa negativa» con un toque de confusión.

—¿De verdad?

—Pues claro que no. Pero la cara que has puesto hace que esta conversación casi haya valido la pena.

—John...

—No ha valido la pena, pero casi.

—Entonces fuisteis al lago —dijo siguiendo con lo suyo. Aquella mañana se había levantado de un humor muy tenaz—. Hace un tiempo maravilloso para ir al lago. ¿Os bañasteis?

—Sí, desnudos.

—¿Podrás contestar a una pregunta sencilla sin esa actitud?

Volvió a desaparecer detrás de la esquina. Creía que iba a disponer de un momento de descanso, pero continuó hablando a gritos desde el baño.

—Puede que te resulte sorprendente, pero hay hijos, y algunos de ellos son adolescentes como tú, que mantienen conversaciones abiertas y sinceras con sus madres.

—Me resulta muy difícil de creer que haya otros adolescentes igual que yo. —Me acabé los cereales y me puse en pie—. También me resulta ligeramente aterrador.

Volvió a aparecer por la esquina, después de colocar las tenacillas en otro mechón. Su expresión ya no era tan pícara.

—Lo siento, no quería hablar de nada que te resultase incómodo.

Pasé por su lado y entré en el salón.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. ¿Por qué no paramos de hablar ahora mismo?

Encendí el televisor. Seguramente aún estaba a tiempo de ver casi todo el noticiario de la mañana.

—Venga, John —dijo—. Sólo te estoy preguntando qué tal fue la cita. Quiero formar parte de tu vida.

No tuve en cuenta el comentario y cambié de canal.

—El cable llega aquí mejor que a la cocina, podemos seguir hablando.

—Podemos continuar, pero también podemos parar. Se llama «libre albedrío».

—¿Sabes?, empezaba a gustarme el hecho de que no tuviésemos que ver las noticias durante todas las comidas.

Mi madre calló repentinamente: las imágenes del noticiario habían captado toda su atención. Lo mismo me acababa de ocurrir a mí; ambos miramos el televisor fijamente.

—Es el ayuntamiento.

—Sí.

Había una reportera en el ayuntamiento de Clayton, hablando mientras miraba la cámara fijamente. Detrás de ella pululaban varios policías armados y con los nervios a flor de piel. Al fondo, aparcada delante de la escalinata del edificio, se veía una ambulancia con las luces encendidas; a unos pasos había un enjambre de miembros del personal sanitario, que se apiñaban alrededor de algo que había en el suelo. Entre ellos alcancé a ver a Ron, el forense. Alguien había muerto.

—Sube el volumen —dijo mi madre en voz baja.

«Nos acompaña el sheriff Meier —dijo la reportera, y el cámara abrió el plano e hizo una panorámica para mostrar al sheriff, rígido, a la izquierda de la chica—. Sheriff Meier, ¿qué puede decirnos sobre el ataque que ha sufrido el alcalde?»

Mi madre ahogó un grito.

—El alcalde...

«Al parecer se produjo anoche —comenzó el sheriff. Parecía cansado y supongo que ya llevaba varias horas en pie—. En ese momento, los únicos que estaban en el edificio eran el alcalde y uno de sus asesores, y ambos fueron atacados; el asesor recibió un golpe en la cabeza, pero no sufrió más heridas. Ya está va camino del hospital.»

«El Manitas generalmente ataca a sus víctimas en su hogar —dijo la reportera—, ¿tienen idea de por qué ha atacado al alcalde aquí, en su oficina?»

La pregunta irritó al sheriff, que puso la cara de enfadado que tantas veces utilizaba con la prensa.

«Es cierto que este caso guarda una similitud muy grande con los asesinatos del Manitas, pero queremos hacer hincapié en que de momento la conexión no es más que una conjetura. Estamos investigando todas las pruebas de las que disponemos y si se trata del verdadero Manitas y no de un imitador, actuaremos de acuerdo con ello.»

—Además —añadí hablándole a la pantalla—, el Manitas mata a gente en casa y en el trabajo: una vez mató a un agente de policía en el coche. La reportera no tiene ni idea de lo que dice.

Mi madre negó con la cabeza.

—No puedo creer que esto esté ocurriendo. El alcalde...

Di un silbido.

—Está loca de remate.

—¿La reportera?

—No, la... el demonio.

—Entonces, que Dios nos ayude.

Mi madre se levantó y volvió al baño.

La reportera asintió con solemnidad.

«Muchas gracias por haber hablado con nosotros.»

«De nada —dijo el sheriff con aire impaciente; se dio media vuelta y regresó hacia la escena del crimen. La reportera se volvió hacia la cámara y el plano se cerró hasta que su rostro ocupó toda la imagen—. También queremos comentar que el ayuntamiento y el juzgado adyacente estarán cerrados durante todo el día, mientras la policía y los investigadores buscan pruebas. A algunos empleados del condado se les ha dado el día de fiesta y otros están siendo interrogados, pero de momento no hay pistas consistentes sobre el nuevo asesino del condado de Clayton. Carrie Walsh, Five Live News.»

—¿Han cerrado el ayuntamiento? —preguntó mi madre. Estaba de pie detrás de mí, rizándose otro mechón—. Hoy tenemos una reunión allí.

—Pues ya no —dije.

—Entonces, ¿para qué me estoy rizando el pelo?

—Porque si paras ahora que lo tienes a medias, parecerás una idiota.

—Era una pregunta retórica, John. —Volvió a entrar en el baño y desde allí voceó—: ¿Qué le está pasando a este pueblo?

—Hay un demonio que...

—¡Ya lo sé! —gritó y regresó al salón—. Ya sé que es un demonio, ¿vale? Lo sé, lo

reconozco y me aterra. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Cómo vamos a seguir así, sin más? ¿Cómo podemos quedarnos aquí y... hacer nuestro trabajo? Por el amor de... Me siento como los que especulan durante la guerra: enriqueciéndome mientras los demás mueren.

—No se supone que debemos seguir adelante sin más —dije—. Se supone que debemos impedir que siga ocurriendo.

—¿De eso nada! —dijo levantando la voz—. De eso se encarga la policía y tú no eres uno de ellos: no tienes entrenamiento ni armas y tampoco tienes... edad suficiente ni para votar.

—Da igual si soy joven o viejo: soy el único que sabe de qué va esto.

—Tiene que haber alguien más —dijo mientras se abalanzaba hacia mí y me cogía del brazo—. Si de verdad son reales y de verdad existen ahí fuera, tiene que haber más gente que sepa de ellos. Quizá podamos hablar con esas personas.

—¿Con quién? ¿Con un atajo de friquis de Internet de los que hablan sobre conspiraciones?

—No —dijo. Miró el suelo y se frotó la boca con la mano, mientras con la otra aún me sujetaba el brazo bien fuerte—. No hablo de otros civiles, sino de gente entrenada. Gente del gobierno. Tienen que saberlo, ¿no? Seguramente hay un departamento del gobierno diseñado justo para esto, algún grupo secreto del que nadie ha oído hablar...

—Y si nadie ha oído hablar de ellos, ¿cómo vamos a encontrarlos? ¿Qué les decimos? ¿Qué te parece si llamamos a la policía ahora mismo y les decimos que queremos hablar con la Unidad Especial Anti-Demonios? Nadie nos creería.

—No tenemos que buscarlos. Hacemos un informe oficial y ellos nos buscarán a nosotros.

—Ya informamos a la policía cuando murió Crowley, ¿te acuerdas? Eso nos puso en contacto con el FBI y, a su vez, con Forman, que resultó ser otro demonio. La última vez que me fié de alguien del FBI acabé bebiéndome mi propia orina dentro de un agujero en un sótano. Estamos solos.

Negó con la cabeza.

—No digas eso. No te voy a permitir que lo hagas.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a pasar del tema mientras todo el mundo se muere a tu alrededor?

—John, ¿qué crees que vas a hacer? —exigió con los brazos en jarra—. ¿Qué? Ayúdame a entenderlo.

—Eso es lo que quiero: entender.

—Quieres matarlos.

—Si hace falta, sí. Pero primero debemos entenderlos. ¿Es que no tienes la más mínima curiosidad? ¿Ni un poco? ¿No quieres saber quiénes son y por qué están aquí y por qué matan a todo el mundo? ¿Por qué os habéis empeñado todos en cerrar los ojos y no ver lo que está pasando?

—La vida es demasiado corta —dijo; cruzó los brazos y se apoyó en la pared—. Es demasiado valiosa. Tenemos que vivir en este mundo, pero no hace falta que nos regodeemos en él. No tenemos que llenar nuestras vidas con toda esta oscuridad.

—Alguien tiene que hacerlo —repliqué—. Alguien tiene que soportar el golpe y ocuparse de la oscuridad, porque, de otro modo, siempre estará ahí.

Me lanzó una mirada fiera.

—Pero ese alguien no tiene por qué ser mi hijo. —Me miró un instante con los ojos húmedos por las lágrimas—. Eres todo lo que me queda.

Se dio media vuelta y entró en el baño, y durante un momento me quedé mirando el espacio vacío donde ella estaba antes. Yo no era todo lo que le quedaba, aunque sí era el único que seguía en casa, eso sí. Mi padre se había largado hacía ocho años y ella y mi hermana Lauren apenas se hablaban. Pero tenía a Margaret y a... Bueno, debía de tener a más gente, ¿no? Y las cosas con Lauren estaban mejor que en muchos años, así que eso ya era algo.

¿Verdad?

Volví a concentrarme en el televisor. El noticiario pasaba a publicidad, pero la última imagen fue un plano rápido del césped de los juzgados que seguramente habían tomado aquella misma mañana, cuando encontraron el cadáver del alcalde. Se veía un bulto indistinto sobre la hierba que supuestamente era el cuerpo; de su espalda salían dos palos largos, como los del pastor. En los palos se habían enredado —o quizá los habían colgado ahí— un par de plásticos bastante anchos y rotos que ondeaban con la brisa y estaban salpicados de sangre sucia y roja. La corriente los agitaba como si fueran un par de alas artificiales, y entonces la pantalla fundió a negro.

La casa de Brooke estaba a dos puertas de la mía: un chalé de dos plantas que tenía la misma distribución básica que el resto de casas del vecindario a excepción, claro, de la mía, que no era más que un apartamento encima de la funeraria. Yo estaba sentado en el coche, aparcado de manera inocua junto a la acera, haciendo una relación mental de las estancias de la casa de Brooke. Tenía el porche de delante, con la puerta en el centro; ésta se abría a un largo pasillo que se extendía hacia la parte trasera. A la izquierda estaba el salón, pequeño pero acogedor, con una gran ventana; a la derecha había un comedor que daba por detrás a la cocina; ésta, a su vez, tenía una gran puerta corredera de cristal que llevaba al jardín trasero. La esquina de atrás, a la izquierda, estaba ocupada por un baño y

una gran despensa.

El piso de arriba no lo conocía tan bien, pues nunca había subido; pero había estado en la casa de los Crowley y por eso podía hacerme una idea de dónde estaba cada cosa. Del largo pasillo central salían unas escaleras que subían arriba, donde estaba la habitación principal —supongo que sería la de sus padres—, que quedaba en la esquina de la derecha, en la parte de delante. Desde el coche veía las ventanas: cortinas de encaje blanco y un par de adornos de cortesía. Al otro lado del pasillo y más cerca de donde yo estaba, había una habitación más pequeña que debía de ser de su hermano Ethan. La de la esquina de la izquierda de la parte trasera era la de Brooke, que tenía amplias vistas del bosque. De eso estaba seguro, porque solía sentarme oculto por la oscuridad de los árboles a observarla por la ventana. Pero ya estaba curado de eso.

Bueno, obviamente, no del todo.

No sé por qué estaba vigilando la casa. No es que necesitara compañía, porque si quisiera hacer algo podía llamar a mi amigo Max. No estaba mirando a través de las ventanas ni la estaba acosando. Simplemente estaba... pensando en ella. Me preguntaba si ella alguna vez pensaba en mí.

Era finales de agosto y corría suficiente brisa como para que el calor no fuera agobiante. Tenía la ventanilla bajada y el brazo fuera; sentía cómo se me estaba cociendo al sol. En algún lugar se oía el motor de una máquina cortacésped. Estaba mirando la casa de Brooke con la mente en blanco. El mundo estaba hueco como una campana.

Unos minutos más tarde el motor del cortacésped se paró y uno o dos minutos después Brooke apareció empujándolo desde el jardín de atrás. Lo colocó en una esquina del césped de delante de la casa, se agachó para agarrar la cuerda de arranque y tiró de ella hacia atrás y hacia arriba. La máquina se puso en marcha con un rugido y ella la empujó; iba dejando una estela larga y recta en la hierba. Era muy diferente de Marci: más alta y delgada; tenía menos curvas, pero era más... como una sílfide. Qué palabra tan estúpida. Brooke era larga, elegante y esbelta. Tenía el pelo dorado y aquel día se lo había recogido en una coleta alta que le colgaba por debajo de los hombros. Se movía con sencillez y mucha gracia.

Llegó a la otra punta del césped y dio media vuelta, y al empezar a cortar la segunda hilera, se iba acercando a mí. Me recosté en el asiento para que no me viese, pero tenía la mirada fija en la hierba. Cuando se volvió para regresar hacia el otro extremo, salí del coche y caminé lentamente hacia ella. Al llegar al camino de entrada, me detuve. Llegó al otro lado y le dio la vuelta al cortacésped para dar otra pasada, pero me vio e hizo una pausa. Apagó el motor y se sacó un auricular de la oreja.

—Eh, John.

—Hola.

Nos quedamos allí, en silencio. Quería decirle muchísimas cosas, pero... en realidad no había nada que pudiese decir. No porque no tuviese las palabras para hacerlo, sino porque no estaban en ningún orden en particular; cualquier cosa que lograra pronunciar sería una sarta de palabras aleatorias: comida casa zapato, mi no suelo sujetando. Por todas partes. Cielo. El lenguaje se desmoronaba, no sólo para mí, sino para todo el mundo, desde aquel momento hasta el albor de los tiempos.

¿Cómo era posible que las personas hablasen entre sí?

Al final, habló ella.

—¿Qué tal te va?

—Bien.

De nuevo, silencio.

Volvió a agacharse para tirar de la cuerda, pero se lo impedí.

—¿Crees que...? —Ni siquiera sabía lo que le quería preguntar.

—John... Siento... siento lo que dije. Pero sigue siendo cierto. Eres... quiero decir que... No sé qué es lo que quiero decir. —Suspiró—. Ya lo hemos hablado, ¿no? No puedo olvidarlo todo, sin más. No puedo mirarte a los ojos y ver la persona que solía ver. Lo que he visto... —Negó con la cabeza—. No sé lo que vi. Vi más de lo que me hubiese gustado.

Se preparó para tirar de la cuerda, pero la paré una vez más.

—Espera.

Ella cerró los ojos.

—¿Te ha llamado Marci para quedar?

Asentí.

—¿Cómo lo sabes?

—Me pidió permiso. Como si yo tuviera derecho a impedirselo: tú no eres mi... nada. Me refiero a que solamente salimos un par de veces, ¿no?

—¿Le dijiste que me llamara para salir?

Soltó la cuerda y se irguió.

—No le dije que no lo hiciera.

—Pensaba que tenías miedo de mí. Pensaba que la habrías advertido o algo.

Negó con la cabeza.

—Por favor, John, no pienses que te odio. Eres un buen amigo. Me salvaste la vida, puede que más de una vez. Pero ahora, cada vez que te veo le veo a él y veo el humo y

entonces veo la manera en que tú... —Calló y por la forma en que se le quebró la voz me di cuenta de que intentaba no llorar; tenía la mirada baja, evitaba la mía—. Veo la manera en que me miraste. Tu expresión cuando le pediste el cuchillo. Ya no tengo miedo, pero... —Miró el cielo—. No sé. Creo que es porque vi a otra persona, había alguien detrás de tu cara, como si te hubieses quitado una máscara. Seguías siendo tú, pero no eras tú. Y no creo que esa persona me vaya a hacer daño ni a Marci ni a nadie más, pero... supongo que lo que pasa es que no sé nada de esa persona. Nada en absoluto. Eso es lo que más me asusta: que podría haber dos personas tan diferentes y que una de ellas fuese tan secreta.

La miré: ojos azules y luminosos, más claros que el cielo; mejillas húmedas de lágrimas como gotas de lluvia. Quería secárselas, quería echar a correr, abrazarla y pegarle y chillar y desaparecer. Quería fundirme y convertirme en un charco viscoso como Crowley y Forman: desaparecer para siempre como una gota de nada. Quería negarlo todo, decirle que estaba loca, actuar con normalidad y convencerla de que yo era exactamente igual que los demás. Debería haberme quedado en el coche. Debería haberme quedado en casa.

Se agachó para coger la cuerda pero yo di un paso adelante y tendí la mano con desesperación.

—¿Podemos hablar?

—¿Sobre qué?

—Sobre...

«¿Sobre qué?»

No tenía nada qué decir. No tenía aficiones ni intereses ni una vida, más que aquélla que no podía compartir con nadie más y que era lo único en que pensaba.

—Creo que Forman era un demonio.

—¿Un qué?

—Sé que lo era —dije mientras daba otro paso adelante—. Y también lo era el asesino de Clayton.

Nadie sabía que se trataba del señor Crowley.

—Y creo que el nuevo también lo es.

—¿Un demonio? —dijo Brooke—. ¿Como un demonio con cuernos y cola y todo eso?

—Creo que eso es un diablo y que los demonios son igual que nosotros.

—¿De qué hablas?

—Eso no es lo que importa. Quiero decir que no es un demonio de verdad, técnicamente no. Pero es algún tipo de... como un monstruo, como un monstruo de verdad. Como los de las películas o algo así.

Me miraba fijamente, boquiabierta y con el ceño fruncido por la preocupación.

—John, ¿estás bien?

No debería haber dicho nada; normalmente era mucho más espabilado, mucho más cauteloso. ¿Por qué había pensado que ella sabría de qué estaba hablando?

—¿Viste algo cuando estábamos en aquella casa con Forman? —pregunté—. ¿Notaste algo extraño?

«¿Por qué sigo hablando?»

—John, los monstruos no existen. —Parecía preocupada—. ¿Quieres sentarte?

—No, estoy bien. Escucha: estoy bien, olvídalo, ¿vale? —Sentí como si me ahogara—. Oye, ha sido un cuento chino, ¿sabes? No era más que... una broma. —Di un paso atrás—. Nos vemos.

Me di media vuelta y me apresuré hacia mi casa.

—John, espera.

No hice caso y ni me volví ni frené ni respiré hasta que llegué a casa, entré y cerré la puerta con llave.

6

El cadáver del alcalde llegó a la funeraria el primer día de clase, a primera hora, justo cuando yo me preparaba para salir. Los muertos tienen su propio horario: siempre se descomponen a la misma velocidad, sin importar de quién se trate ni de lo importante que sea ni de cuánto tiempo necesite el FBI para estudiar las pruebas. Llevaba muerto una semana y, si la familia quería hacer el funeral con el ataúd abierto, no disponíamos de mucho tiempo para embalsamar el cuerpo. Cuando un cadáver aparecía a esas horas, quería decir que los forenses habían pasado la noche acabando la autopsia, haciendo las comprobaciones finales, limpiándolo y poniendo los puntos sobre las íes en el papeleo. Sólo faltaba un día para el funeral. Quedaba muy poco tiempo.

Me quedé en la cocina engullendo el desayuno hasta que por fin el forense se marchó y bajé las escaleras como un rayo. Mi madre se estaba lavando y yo me acerqué a ella como si nada.

—¿Qué crees que vas a hacer?

—Ayudar.

—En horas de clase, no —dijo y negó con la cabeza—. Tienes que marcharte dentro de unos minutos.

—Entonces tengo unos minutos. Deja que te ayude a empezar.

Mi madre hizo una pausa, me miró y suspiró.

—¿Te has comido los cereales?

—Sí.

—¿Y has lavado el bol?

—Sí —mentí. No lo había hecho, pero ella no se iba a enterar hasta que ya fuese demasiado tarde.

—Entonces lávate las manos —dijo y se volvió hacia el lavamanos—. Lo último que el alcalde Robinson necesita es que le metas salvado de trigo y pasas en la cavidad torácica.

Me hice un hueco junto a ella y me lavé con entusiasmo; después me puse un delantal,

una mascarilla y un par de guantes estériles de látex. Abrimos la bolsa donde estaba el cuerpo y la retiramos, y del cadáver salió un potente tufillo a los limpiadores y desinfectantes de la autopsia.

—Esperemos que el ventilador no nos deje tirados —dije.

—Margaret está de camino —dijo mi madre.

—Puedo quedarme hasta que llegue —sugerí, pero ella negó con la cabeza y miró el reloj.

—Puedes quedarte cuatro minutos, pero después te vas al instituto.

—Oliendo a cadáver.

Mi madre olisqueó el aire y se rió.

—Olerás a detergente y la mayoría de personas no relacionan ese olor con un cadáver. Diles que has limpiado el baño esta mañana.

—Seguro que eso causa buena impresión.

—Sólo a los que saben lo que vale un hombre trabajador —dijo mi madre—. A las chicas les encantará.

Quitó las vendas de las muñecas, tendí la mano para agarrar el bote de desinfectante y me quedé paralizado, con el brazo suspendido en el aire. Había algo en la muñeca que me había llamado la atención.

Retrocedí hacia la mesa y me incliné para mirar la herida más de cerca. Al primer cadáver le habían amputado las manos con un corte limpio —sin marcas de dientes ni de movimiento de la cuchilla, sin causar daños importantes en los tejidos—, pero la muñeca izquierda del alcalde era diferente. En lugar de ser una pared limpia e indescifrable de carne y hueso, estaba en peores condiciones que las anteriores. De acuerdo, era un corte limpio, directo, pero por detrás había otro corte que atravesaba la carne y caía en diagonal del pedazo grande de hueso, en el lado exterior. Parecía como si el demonio hubiese intentado cercenar la mano, hubiese fallado y lo hubiese vuelto a intentar con un segundo golpe de cuchillo.

¿Qué significaba eso?

Yo suponía que utilizaba garras como las del señor Crowley, y a él los huesos nunca le habían supuesto un obstáculo, pues con ellas podía atravesarlo todo. Le había visto clavarlas en el asfalto como si fuese arcilla. ¿Eran las garras de este demonio menos afiladas, era más débil o acaso utilizaba algo totalmente diferente? Quizá no fuese una garra ni nada parecido, sino un hacha. Pero eso no tenía sentido: con un hacha debería haber cortado la muñeca sin problema y tampoco podría haber hecho las heridas de la espalda.

—Es hora de que te marches.

—Sí —dije distraídamente mientras cogía al muerto por el hombro para darle la vuelta—. Tengo que mirar una cosa.

—Tienes que ir a clase —dijo y me apretó suavemente sobre el hombro—. Hemos hecho un trato.

—Pero mírale la muñeca —repliqué señalándola.

—Sí, sale en el informe de Ron —dijo con calma y apartándome de la mesa.

—¿Dice con qué se lo hizo?

—Ve al instituto —repitió.

—Pero ¡tengo que saberlo! —grité y sacudí el brazo con violencia para que me soltase.

Respiraba trabajosamente y estaba apretando los dientes. Ella se echó atrás con los ojos entrecerrados y retrocedí en la dirección opuesta, como si me apartase de una descarga eléctrica.

«¿De dónde ha salido eso?»

Respiré hondo.

—Lo siento. —Llevaba semanas sin tener ningún tipo de arrebatos de ira, ya fuese físico o de cualquier otro tipo—. Ya me voy.

Mi madre recuperó la compostura y asintió.

—¿Qué decimos?

Me detuve. Había pasado algún tiempo desde la última vez que nos habíamos tomado la molestia de hacer aquel ejercicio, pero era otro rito que solíamos practicar: un mantra que repetíamos siempre que yo salía de casa para ayudarme a recordar las normas. No quería tener que volver a eso.

Pero era mejor que la alternativa.

—Hoy sonreiré todo el día y tendré buenos pensamientos acerca de todas las personas con las que hable.

Mi madre lo repitió conmigo. Me dio miedo, y creo que a ella también, darme cuenta de lo rápidamente que ambos recuperamos la misma medida de precaución.

Me quité el delantal y la mascarilla, tiré los guantes y, de camino a la calle, me lavé las manos en el baño.

A posteriori, el hecho de pararme delante de casa de Brooke de camino al instituto fue una completa estupidez. Desde que me había sacado el carnet el año anterior, la había llevado y traído del instituto todos los días; la veía, hablaba con ella y olía la limpia y suave

fragancia que la acompañaba a todas partes. Esos viajes en coche tenían mucho valor para mí y, en aquel momento, la costumbre y un potente autoengaño hicieron que el primer día de clase volviese a las andadas. Ya sé que ella no me hablaba, pero aun así necesitaba ir al instituto de algún modo, ¿no? Nadie había cancelado el acuerdo de forma oficial, así que técnicamente seguía en pie. Y que la llevase en coche no significaba que tuviese que hablar conmigo. Aunque, con el tiempo, seguro que volvíamos a hablarnos: al principio no sería más que una charla sin importancia; entonces iríamos hablando más y más cada día, hasta que todo volviese a ser como siempre.

Esperé tres minutos junto a la acera delante de su casa, intentando armarme de valor para llamar a la puerta —antes siempre salía ella primero—, pero era una estupidez. Sabía que incluso el mero hecho de acercarme a su casa era una tontería; lo sabía antes de hacerlo, pero... bueno, de todos modos valía la pena intentarlo. Puse primera y me alejé de allí.

Dos manzanas más allá pasé por delante de Brooke, que estaba esperando en la parada del autobús. Ella no me saludó y yo pasé de largo sin reducir la velocidad.

Nunca me había gustado ir al instituto. Me gustaba aprender, pero el ambiente de aprendizaje en el que yo disfrutaba era muy específico. Aulas ruidosas con suelos de baldosas amarillas, fluorescentes y varios cientos de críos que me consideraban un friqui; no es en absoluto de extrañar que ninguno de esos elementos formase parte del ambiente que yo prefería. Dame una buena biblioteca, una conexión a Internet y algo de televisión educativa y podía sentarme a «aprender» durante horas siempre y cuando disfrutase del tema en cuestión. Me atrevería a decir que sabía más sobre asesinos en serie y perfiles criminales que prácticamente cualquier otra persona de Clayton, incluyendo al equipo del FBI que había acudido a investigar los crímenes del Manitas. Pero también era realista y reconocía que la educación organizada era un mal necesario. Cuando creciese, quería hacerme funerario de verdad y eso significaba que necesitaba ir a la universidad y que antes tenía que asistir a las clases del instituto. Si conseguía aguantar sólo dos años más de pupitres rotos, camarillas y espíritu escolar, habría superado la prueba.

Aparqué en la parte de atrás y me dirigí al instituto. Aún estábamos a finales de agosto y, aunque hacía calor, ya empezaba a refrescar. Grupos dispersos de chicos y chicas se gritaban alegremente los unos a los otros, apoyados en los coches o caminando distraídamente hacia los diferentes edificios del instituto, que tenía tres: el principal, el edificio técnico (que, pese a su nombre, albergaba muy poca tecnología) y el gimnasio. Vi a un par de novatos avanzando aturcidos, intimidados por el primer día en un instituto de verdad; seguramente no podían ni leer el horario de clases.

—Eh, John —dijo Marci, que estaba apoyada en una de las macetas de flores que había sobre el césped del lateral del edificio. Rachel, su mejor amiga, estaba con ella—. ¿Qué tal te va?

Me detuve. Después de la cita en bicicleta no había vuelto a saber nada de ella, así que asumí que había perdido el interés. Sin embargo, ahí estaba: el primer día de clase y ella estaba pasando de todo el que cruzaba aquel pedazo de césped para hablar conmigo.

—Bien —contesté—. Nada me motiva a salir de la cama tanto como el primer día de clase.

—Ufff —dijo Marci—, es como si fuera lunes.

—Es que es lunes.

—No, me refiero a la madre de todos los lunes. Es como esa sensación deprimente de «Oh, no, el fin de semana se ha terminado de verdad», pero multiplicada por mil. —De pronto sonrió con aire travieso—. Hemos apostado quién será el primero que falta a una clase.

—¿De todo el instituto? —pregunté—. Me juego algo a que algunos ni aparecen.

—Eso es lo que yo le he dicho —añadió Rachel.

—¿Qué tienes primero? —preguntó Marci.

Miré el horario a pesar de que lo había memorizado.

—Ciencias sociales, con Verner.

Marci sonrió.

—Genial, nosotras también. Pues éstas son las normas: fijaos en todos los que estén en la primera clase, elegid a alguien y los observaremos durante el resto del día. El primero que se largue es el ganador.

—Querrás decir que el que haya apostado por el primero que se escaquee gana —corrigió Rachel.

—Eso es discutible —dijo Marci y se puso en pie—. Vamos a pillar sitios al fondo de la clase para poder ver bien a todos los concursantes.

Rachel también se levantó y juntas caminaron hacia la puerta más cercana del edificio principal. Nunca había entrado acompañado al instituto, excepto con Max, pero él casi ni contaba. Sólo era mi amigo porque yo no tenía a nadie más y viceversa. Además, llevaba semanas sin verlo y ahora yo estaba con dos chicas muy monas.

Marci y Rachel saludaron, sonrieron y charlaron con una docena de personas en los pasillos, y yo me quedé detrás de ellas como una sombra: sin esconderme pero sin meterme en sus conversaciones. Parecía que todo el mundo las conocía y que ellas conocían a casi todos. Supongo que eso es lo que significa «popular» y no debería haberme sorprendido por ello, pero el caso es que así fue. Yo era capaz de pasarme toda una semana sin hablar con ni una sola persona del instituto, o sin hablar con nadie en general. Sin embargo, Marci era todo lo contrario, hasta un punto que para mí era

inimaginable. Daba un poco de rabia, pero sobre todo era agotador. Ser un marginado era mucho más fácil.

El aula del señor Verner estaba igual que siempre; creo que no había colgado ni un solo póster nuevo desde los noventa o quizá antes, cosa que me parecía rara en un profesor de ciencias sociales. ¿No debería estar más al día con la actualidad? La puerta estaba al fondo de la clase y Marci fue directa hacia la pared opuesta para tomar el asiento de la esquina de atrás. Rachel se sentó delante de ella, así que, después de vacilar un momento, me senté junto a Marci, en la última fila. Es difícil explicar por qué me sentía tan raro; no era porque Marci fuese popular o guapa, aunque no cabe duda de que sí lo era. Era más bien porque nunca había pasado el rato con alguien. Me sentía como si me estuviera olvidando de algo, como si tuviera que hacer o decir algo y no supiera el qué. No se me ocurría nada, así que me senté.

—Después tengo clase con el señor Coleman —dijo Marci—. Qué horror. ¿Sabes la cantidad de veces que ha intentado mirarme el escote?

—Pues ponte otra cosa —replicó Rachel—. Con esa camisa ni siquiera yo puedo mirarte a la cara.

—Es un profesor —dijo Marci—. Es asqueroso.

—Deberías denunciarlo —apunté mientras le miraba furtivamente el pecho antes de fijar la vista en otra parte.

Había abandonado las normas que no me permitían mirar a las chicas, pero las tenía tan interiorizadas que ni siquiera me había dado cuenta de qué camiseta llevaba puesta, porque de manera inconsciente estaba evitando mirarla. Era estrecha y sin mangas, de color negro, igual que su melena; tenía un estampado de hojas verdes y rizadas que le resaltaba las curvas a la perfección. La verdad es que era una chica preciosa...

Y de pronto me sorprendí pensando en Brooke. Qué raro.

—El año pasado estuve a punto de hacerlo —continuó Marci, pero cuando entré en la oficina del orientador, él también me dio un repaso, así que me di por vencida. Naturalmente, me gusta recibir algo de atención, pero no deja de sorprenderme lo descaradas que son algunas personas.

Dos chicas entraron hablando en el aula sin reparar en nosotros. Miré fijamente el rostro de Marci: tenía los ojos del mismo color verde que las hojas de parra.

—No deberías darte por vencida —dije—. Tenemos...

No sabía qué decir ni cómo: «Tenemos la responsabilidad de impedir a la gente que haga cosas malas.» ¿Por qué me resultaba tan difícil decirlo? Las personas con las que hablaba estaban todas muy satisfechas consigo mismas. ¿Había sido siempre así o es que yo no me había dado cuenta de ello?

—¿Qué tenemos? —preguntó Marci.

—Tenemos...

¿De verdad querían hablar de aquel tema? La mayoría de la gente no se interesaba en absoluto por las cosas que yo hacía y por lo general yo no me daba cuenta de ello hasta que ya había soltado algo insultante, aburrido o controvertido. Miré a nuestro alrededor. «Piensa, John —me dije—. Busca algo de lo que hablar. Hablar es fácil: la gente lo hace todos los días.» Miré a las dos personas que acababan de entrar, Kristen y Ashley, y las señalé.

—Tenemos a nuestras primeras concursantes —dije—. ¿Creéis que alguna de las dos podría ser la primera en saltarse las clases?

Marci me miraba por el raballo del ojo y pasó por alto la pregunta. ¿En qué debía de estar pensando?

Rachel se echó a reír y negó con la cabeza.

—Kristen no será la primera ni de coña —dijo—. Las que lo aprueban todo con sobresalientes no faltan a clase.

—Anda que no, faltan continuamente —replicó Marci—. Te recuerdo que en el último año de colegio saqué sobresaliente y hacía novillos en mates al menos una vez a la semana. —Sonrió de oreja a oreja, burlonamente—. Eso representa un índice de novillos del veinte por ciento.

—Pero Kristen no es una estudiante de sobresaliente cualquiera —dijo Rachel—. Se ha matriculado en todas las asignaturas que dan puntos para la universidad y además es la editora del periódico del instituto. El primer día de clase no faltará a ninguna.

—Lo hará si contamos las reuniones del periódico —apunté.

—No ir a una actividad normal del insti para asistir a otra extraordinaria no cuenta como novillos —dijo Marci—. Kirsten no será la primera y tampoco creo que lo vaya a ser Ashley. No es que sea precisamente una empollona, pero no tiene ni un gramo de rebeldía. Lo que buscamos es una mujer verdaderamente salvaje.

—¿Qué me dices de un hombre salvaje? —pregunté mientras miraba a la gente que iba entrando en el aula. Entre ellos estaba Rob Anders, a quien yo consideraba un abusón aunque en realidad no lo era: simplemente sabía lo suficiente sobre mí como para tenerme miedo, pero no tanto como para usar el conocimiento de manera inteligente. Me odiaba, pero, como la mayoría de chavales del instituto, era incapaz de hacerme daño. Es cierto que las palabras no hieren tanto como los puños, pero Rob era demasiado gallina para llevarlo a esos extremos. Si alguien llegaba a averiguar que yo había matado a dos personas, las cosas que él sospechaba sobre mí le garantizarían unos cuantos segundos de fama de «yo ya lo decía», pero de momento no pasaba de ser un chico enfadado. Incluso

en aquel momento, en que podía acercarse a provocarme, no lo hizo; seguramente se sentía intimidado por Marci, la verdad. Nadie que estuviera en sus cabales querría parecer un auténtico imbécil delante de ella.

A través de la puerta alcancé a ver a Max caminando por el pasillo, que estaba atestado de gente. Seguía siendo bajo y rechoncho, y aún llevaba gafas, pero parecía diferente. Tenía la cabeza gacha y el ceño fruncido. Y en cuestión de un segundo, desapareció.

—¿Estás pensando en Rob? —preguntó Marci al ver que yo miraba hacia la puerta, donde estaba él. Reflexionó un instante y negó con la cabeza—. El puñetazo que te dio el curso pasado en la hoguera fue la mayor locura que ha hecho en la vida y me han dicho que la negrera de su madre lo ha tenido todo el verano trabajando como castigo. Hoy se portará mejor que nunca para demostrar que ha cambiado. Necesitamos a otra persona.

—Hola, chicos. —Brad Nielson se dejó caer sobre el asiento que yo tenía delante, junto a Rachel—. ¿Qué tal?

Lo conocía mejor cuando éramos críos, aunque hacía años que no íbamos juntos. Era un tipo bastante agradable, pero de pronto me sorprendí a mí mismo odiándolo con todas mis fuerzas, de forma prácticamente violenta. ¿Quién se creía que era para invadir mi grupo y hablar así a mis chicas?

Respiré hondo y me obligué a tranquilizarme. Ése era exactamente el motivo por el cual había dejado de estar con gente: no quería pensar cosas como ésa. Había pasado de nervioso a celoso en un abrir y cerrar de ojos. Él no había hecho nada más que sentarse en una silla y yo me había puesto rojo de ira. ¿Por qué era incapaz de mantener una relación personal normal sin considerar a toda persona que conocía como una posesión o un competidor? Respiré hondo, conté lentamente hasta diez mientras él hablaba y lo puse todo de mi parte para calmarme.

—¿Os habéis enterado de lo de Allison? —Tenía el rostro serio y las chicas se acercaron a él con el ceño fruncido.

—¿Allison Hill? —preguntó Marci.

—Sí —dijo Brad y me miró—. ¿No habéis oído nada?

—No —respondí—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha suicidado —dijo Brad, antes de tragar saliva—. La han encontrado esta mañana con las muñecas abiertas, igual que Jenny Zeller.

Rachel se tapó la boca y abrió los ojos como platos. Marci se quedó boquiabierta.

—¿En serio? —dijo—. Pero ¿de qué va esto?

—Lo he oído por la radio justo cuando llegaba al instituto —afirmó Brad.

—¡Pero si me llamó anoche! —dijo Rachel, con los ojos a punto de derramar una

lágrima—. Me llamó cinco veces y ¡pensé que estaba siendo pesada! ¡No tenía ni idea!

Otro suicidio. Miré a mi alrededor, dentro del aula, y por primera vez reparé en las expresiones de preocupación del resto de los alumnos: los ceños fruncidos, los gestos torcidos de la boca, los ojos húmedos. Todo el mundo estaba hablando de lo mismo.

Por lo que yo sabía, Allison Hill era una chica bastante normal. No tenía millones de amigos, pero sí más que Jenny Zeller. Cantaba en el coro y estaba en el equipo de baile, tenía unos buenos padres y un trabajo en la librería. Unas semanas antes le había comprado un libro sobre Herb Mullin.

¿Por qué se suicidaba la gente normal?

—No lo entiendo —dije.

—Ya —acordó Brad—, es una locura.

—El índice de suicidios aumenta en periodos de grandes traumas —empecé— y durante el último año hemos tenido muchos. Pero ¿por qué adolescentes? No se encuentran entre el grupo de población que puede constituir un objetivo para ninguno de los tres asesinos, así que no creo que teman por su propia seguridad. Y tampoco creo que ninguna de las dos tuviera ningún tipo de vínculo con el resto de las víctimas. ¿Se conocían entre sí?

Nadie contestó y yo mismo me di una patada mental en el culo. Una vez más, ahí estaba yo soltando un rollo sobre los aspectos técnicos de un crimen y haciendo que todos pensasen que era un friki. Levanté la mirada y suspiré con alivio. Rachel no me estaba haciendo ningún caso, demasiado absorta en sus lloros como para escucharme, y Brad escuchaba solamente a medias, por educación, mientras intentaba consolarla. Cuando me callé se volvió hacia Rachel y se concentró en ella.

Pero ahí estaba Marci, mirándome con la misma expresión de antes: no me juzgaba ni tampoco me observaba, sólo... me miraba. Estaba pensando.

Brad y Rachel hablaban en susurros, perdidos en una conversación privada y lacrimógena. A nuestro alrededor la clase se dividía en una docena de conversaciones susurradas y urgentes; los chicos se esforzaban desesperadamente en gestionar sus emociones. Los observé sin comprender, sin saber cómo reaccionar. No estaba triste por Allison, sino... confundido. Enfadado. «¿Por qué me preocupo por estos idiotas si ése es el valor que le dan a su propia vida?» Me dije a mí mismo que no debía pensar de esa manera, pero era difícil concentrarse en cualquier otra cosa.

Marci sacó una libreta, buscó una página en blanco y se puso a escribir. Cuando acabó, se irguió en la silla y me sonrió: era una sonrisa falsa que intentaba ser traviesa, pero seguía teniendo la mirada triste.

—Ya he hecho mi predicción —dijo. Arrancó la página y la dobló con cuidado en

cuatro—. ¿Estás listo?

—No lo he pensado mucho.

—No importa —dijo ella y me pasó la nota—. Podemos formar un equipo.

Cogí el papel y lo desplegué.

JOHN CLEAVER

Miré a Marci y enarqué las cejas.

—¿Tú crees? —pregunté.

—Sí —contestó—. Y en lo que respecta a tu candidata, sé de buena tinta que una chica que se llama Marci Jensen hoy no se ve capaz de aguantar ni un minuto más en el instituto. —Se le vidriaron los ojos con la más mínima insinuación de una lágrima, pero parpadeó y ésta desapareció—. Escógela a ella y, ¿quién sabe?, a lo mejor tenemos suerte y ganamos los dos. —Volvió a sonreír, esta vez más convencida, aunque seguía sin conseguir encubrir su tristeza—. Es totalmente factible.

Miré el aula: lloros, alumnos confusos y un profesor que brillaba por su ausencia. Habían pasado cinco minutos de la hora de comienzo y, después de que se supiera la noticia sobre Allison, no tenía pinta de que se fuesen a dar muchas clases. Volví a mirar a Marci.

—¿Adónde quieres ir?

—Fuera —dijo y cerró los ojos—. Fuera y lejos.

Las ventanas del aula eran opacas y borrosas, pues estaban hechas de algún tipo de plástico antediluviano que se había vuelto amarillento con los años, hasta que casi no era ni traslúcido. Al otro lado, el cielo parecía viejo y avinagrado, como un ojo icterico.

Los demonios no nos hacían falta. Prácticamente ni siquiera importaba a cuántos matasen, porque ya lo hacíamos nosotros mismos como un perrito obediente. ¿Es que aquello no tenía fin? Y al final, ¿quedaría alguien con vida?

Y estaban allí porque yo los había llamado.

Cogí la mochila y me puse en pie.

—Vámonos de aquí.

7

El coche de Marci era mucho más nuevo que el mío, aunque eso tampoco quería decir mucho. De camino al Friendly Burger, pasamos por su casa para recoger algo. La puerta estaba abierta, como la vez anterior, y los mellizos de cuatro años seguían allí y, según pude ver, aún llevaban la misma ropa. Cuando entramos, Marci les sonrió y alborotó el pelo del niño.

—Hola, colega —dijo—. ¿Está mamá en el jardín?

—¿Ya se ha acabado el cole? —preguntó la niña.

—Sí —dijo Marci tendiéndole las manos—. ¿No te parece alucinante?

—Mami está en el jardín —dijo el niño.

—¿Por qué es tan corto tu cole? —preguntó la niña.

—Porque ya lo sabemos todo —respondió Marci y nos llevó a todos a la cocina. Era vieja, como el resto de la casa, y la mesa estaba pegajosa de mermelada, supongo que del desayuno de los mellizos.

—Mami está en el jardín —repitió el niño.

—Gracias, Jaden, ya te he oído.

—¿De verdad lo sabes todo? —preguntó la niña—. ¿Sabes cuántas estrellas hay?

Marci se volvió hacia los niños y se agachó para poder mirarlos a los ojos.

—Cuatro billones trecientas cinco mil seiscientas veintitrés. ¿Queréis ver los dibujos animados?

—¡Sí! —gritaron.

Marci los llevó pasillo abajo y oí cómo encendía el televisor. Un momento después, volvía a la cocina sonriente; se dirigió al fregadero.

—Me acuerdo de cuando yo era así de feliz.

Cogió un trapo húmedo, se acercó a la mesa y se puso a frotar la mermelada. Yo me volví para mirar el frigorífico: estaba cubierto de calendarios, folletos, dibujos hechos con lápices de colores, letras magnéticas y un montón de cosas más. Uno de los imanes era

una salpicadura de agua, con un pez de goma que flotaba sobre un chorro. Me volví hacia Marci y vi que se había inclinado sobre la mesa y tenía las manos apoyadas; me estaba observando. Volví a apartar la mirada, esta vez en dirección a la ventana, y de pronto me sentí como un idiota. ¿Por qué no dejaba de apartar la mirada? Seguramente ella pensaba que era un auténtico imbécil. De pronto me vino la respuesta a la cabeza: eran mis normas, que intentaban evitar que le mirase el pecho a Marci. Estaba tan acostumbrado a actuar así que ni siquiera me daba cuenta de que lo hacía; por eso debía prestarle atención a ella, no a mis normas. Me obligué a mirarla y vi que se había erguido y estaba apoyada contra la encimera, con los brazos cruzados.

—Eres diferente —dijo—. ¿Lo sabías?

—Lo siento.

Enarcó una ceja.

—Hagas lo que hagas, no lo sientas. —Cogió un monedero que había en la encimera y lo levantó—. ¿Tienes hambre?

—No mucha.

—No, yo tampoco. —Dio un paso adelante, retiró una silla de la mesa y se sentó. Tenía la mirada perdida; un instante después, sacudió la cabeza—. ¿No te parece increíble?

—¿Te refieres al Manitas o a los suicidios?

—A cualquiera de las dos cosas. A todo. ¿Qué nos está pasando? —Me miró tan intensamente que me obligó a devolverle la mirada—. ¿Te has enterado de que los Clark se han ido de Clayton?

Los Clark vivían al lado de Max, en el vecindario llamado Los Jardines. Nueve meses antes, el padre de Max había muerto delante de su casa, cuando el señor Crowley lo partió por la mitad. Yo estaba allí, escondido, y había dudado durante un segundo de más como para poder salvarlo. Me deshice de aquel pensamiento y la miré con aire inocente.

—¿Se han mudado?

—Aún no han vendido la casa, pero ya se han ido. Hace tres días. Dijeron que querían marcharse antes de que empezase el curso, para que sus hijos pudiesen empezar el año en algún lugar seguro. —Cerró los ojos—. Quince muertes en un año; diecisiete si cuentas los suicidios. —Abrió los ojos y me miró—. ¿Te parece muy extraño que sepa la cifra exacta? Llevar la cuenta de algo así no es muy normal que digamos...

De hecho, eran diecinueve, porque el señor Crowley había matado a dos vagabundos de los que nadie sabía nada y había escondido los cadáveres tan bien que no los habían encontrado. Uno de ellos estaba en el lago y yo lo sabía; seguramente el otro también estaba allí. Era posible que hubiese más, pues me había costado casi dos meses seguir la

pista de las muertes hasta llegar a Crowley y quién sabe qué había hecho antes de que yo lo descubriese.

Marci tenía la vista fija en la pared, con el codo apoyado en la mesa y el puño delante de la boca. Soplaba entre los dedos con la cara flácida y los ojos húmedos.

Cogí una silla y me senté delante de ella.

—Saberse la cantidad exacta de personas que han muerto no es nada raro —dije—. Yo también la sé. Seguramente podría darte los nombres y todo.

Marci se rió, pero de manera corta y forzada.

—A veces me pregunto cómo debe de ser crecer en un lugar donde la gente tiene otros temas sobre los que hablar. El tiempo, el fútbol americano, películas. ¿Sabes a qué me refiero?

—Aquí también tenemos todo eso —dije—, pero son temas demasiado aburridos.

—Supongo que tienes razón. Pero solíamos vivir así, ¿sabes? Da igual si era aburrido o no.

Había llegado el momento de hacer algo; de decir algo, de involucrarme en la conversación. Durante la primera cita apenas abrí la boca y cuando salía con Brooke no era demasiado activo: ella lo planeaba todo, lo hacía todo y lo decía prácticamente todo. Yo simplemente me dejaba llevar. Y con Marci ahora estaba haciendo lo mismo. Tenía que actuar, tenía que ser. Debía dar un paso en firme y ser una persona de verdad.

Pero...

¿Qué podía decir? Su hermanito había dicho que los chicos la visitaban constantemente. ¿De qué hablaban ellos? ¿De deportes? ¿Le decían lo guapa que era? No podía cogerla de la mano ni mirarla a los ojos ni nada por el estilo; si quería entrar en acción, debía dejar de actuar tal como yo creía que lo hacían los demás y empezar a comportarme como si fuera yo mismo. Era a mí a quien había invitado a su cocina: a John Cleaver. Y sin embargo, ¿cuánto sabía ella de John Cleaver?

¿Era posible que le interesasen las mismas cosas que a John Cleaver?

Estiré las manos sobre la mesa, sobre la madera. No tenía a nadie más con quien hablar: mi madre se negaba a discutir sobre los asesinatos y Brooke simplemente no me dirigía la palabra, punto. Estaba desesperado por comentarlo con alguien, pero si se lo contaba todo a Marci, o bien ganaba una confidente o cortaba de raíz una amistad floreciente. Pensándolo bien, ¿de qué me servía tener una amiga con la que no podía hablar? Quería ser yo mismo, así que decidí probar suerte.

—Tu padre te ha contado lo mío, ¿verdad?

Ella levantó la mirada.

—¿Qué?

—Nadie sabe lo que hice en aquella casa; la verdad es que casi nadie sabe que yo estaba allí, pero tu padre sí y te lo ha contado, ¿verdad?

Ella asintió.

—Salvaste a toda esa gente. Y atacaste al agente Forman.

—¿Y aun así me pediste una cita?

—De hecho, te la pedí por eso.

Me detuve un instante antes de seguir hablando.

—¿Qué más te contó?

—¿Sobre ti?

—Sobre lo que sea. Sobre Forman, el Manitas o el asesino de Clayton. ¿Te habla de otros casos?

—Él... —Hizo una pausa—. Le hago preguntas sobre su trabajo; en realidad, bastantes. Me parece fascinante, pero no me ha contado casi nada sobre los asesinatos. Sobre la casa de Forman y lo que él hacía allí sí me habló: de lo que te hizo a ti y a las chicas. Quería que yo supiese lo que estaba ocurriendo, para que estuviese preparada por si acaso me pasaba algo a mí.

—¿Y lo estás?

Hizo otra pausa, esta vez más larga.

—Creo que sí —dijo—. Sé algo de defensa personal y llevo un spray. Sé a qué partes de Clayton no debo ir y cuáles son seguras, pero... acaban de matar al alcalde dentro del ayuntamiento, así que no tengo claro que todavía queden lugares seguros aquí.

—Forman me raptó en la comisaría de policía. Sacó la pistola, le dio una paliza a Stephanie y nos abdujo a los dos allí mismo. No hubo testigos ni posibilidad de que alguien nos ayudase ni nada.

—Eso es terrible —dijo. Me miró y se le suavizó la mirada.

—Sí, fue horrible —convine con ella—; pero ahí no acabó la cosa. Aguantamos dos días más y al final ganamos. Y no fue por llevar un spray ni gracias a mantenerse lejos de determinados lugares peligrosos. Fue porque yo sabía lo que estaba pasando, cómo pensaba él y qué estaba haciendo. Sabía lo que él quería y volví todo eso en su contra.

Me observaba con la barbilla apoyada en la palma de la mano.

—¿Sabes?, realmente eres diferente.

Había captado su atención y ella estaba pensando en lo que yo había dicho.

—¿Te acuerdas de lo que has dicho esta mañana sobre el señor Coleman? —pregunté inclinándome hacia delante.

—Jesús, menudo perverso.

—Dices que te diste por vencida. Él hizo algo malo y tú ibas a pararle los pies, pero al final abandonaste.

—Bueno, seamos serios. Tampoco puedo hacer que arresten a todos los que me miran.

—No te estoy acusando de nada —dije levantando la mano para calmarla—. Admito que si yo tuviera tu aspecto, creo que la atención que recibiría me volvería loco. No sé cómo te las apañas. —Cuando dije esto ella sonrió un poco, pero yo seguí hablando—. Lo que quiero decir es que lo que sucede con los asesinos que vienen aquí es lo mismo; a mayor escala, pero es la misma situación. Cuando ocurre algo malo, tienes la opción de intentar hacer algo al respecto o puedes dejarlo pasar; y si intentas hacer algo, normalmente la cosa se pone peor antes de mejorar. Eso es lo que te pasó a ti y lo que me ocurrió a mí con Forman.

Había llegado el momento de mostrarle quién era yo en realidad.

—¿Sabes por qué fui a la comisaría aquella noche?

—No.

—Estaba ayudando a Forman a seguir la pista al asesino, aunque al final resultó que era él. Estaba... ya sé que suena extraño porque sólo tengo dieciséis años, pero estaba comentando el caso conmigo, discutiendo algunas ideas para averiguar si yo sabía algo.

Enarcó una ceja.

—¿En serio?

—Yo estaba allí cuando el asesino de Clayton atacó a mis vecinos. Es decir, todo el mundo sabe que yo estaba allí, pero lo estaba de verdad, metido en todo el meollo. Y no porque viviera al otro lado de la calle y aquella noche oyera un ruido. Estaba allí porque llevaba meses estudiando al asesino de Clayton, intentando averiguar quién era, a quién atacaba y por qué. Una vez tuve respuesta a todas esas preguntas, creí que también podría buscar la manera de impedirle que siguiera matando. De hecho, la encontré. Salvé a Kay Crowley y estuve a punto de salvar al doctor Neblin.

—Y también al señor Crowley —apuntó ella.

Ella no sabía que el señor Crowley era el asesino: de hecho, nadie lo sabía. Asentí y seguí con lo mío; no pasaba nada por estirar los límites de la verdad un poquito.

—Sí, casi lo salvo también. Y Forman lo sabía; sabía todo lo que yo había hecho para localizar al asesino de Clayton. Así que cuando el segundo asesino empezó a abandonar cadáveres por todo el pueblo, Forman me pidió ayuda para localizarlo. Después resultó

que el asesino era él y que solamente intentaba averiguar si yo representaba una amenaza importante o no. Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de resolverlo todo, de que estaba cerquísima de relacionarlo con él, me encerró para que no pudiese hacerle nada.

Esto no era del todo cierto, pero era lo máximo que me atrevía a revelar en aquel momento. Los demonios podían seguir siendo un secreto.

—Estás de broma —dijo ella entre risas, pero yo negué con la cabeza. Dejó de reír, me miró y frunció el ceño—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

—No tenía ni idea. —Se recostó en la silla con la mirada fija en la mesa y después me miró a mí—. Pero ¿quién eres? ¿Una especie de genio de la investigación?

—De eso se trata —respondí—. Cualquiera puede hacerlo, lo único es que nadie lo intenta. Lo dejan para la policía o el FBI, pero si prestas atención y sigues el caso, puedes encontrar todas las pistas. Podemos... —No podía confesarle que mi plan era ir yo mismo a por el asesino, así que tomé el camino más seguro—. Podemos contarle a la policía todo lo que encontremos y ayudarles a detener al asesino.

Ya está; se lo había contado todo. Le había dicho quién era yo: John el cazador de dragones. Una de dos: acababa de despertar el interés o se alejaba de mí por completo. La observé y esperé a ver qué decía.

Ella también me estudió. Me recorrió con la mirada, como buscando algo.

—Hablas en serio —dijo.

Ni siquiera asentí; me limité a devolverle la mirada y a esperar. Después de un momento que se me hizo muy largo, se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer?

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Asintió.

—John, mi padre es policía. Si quieres asustarme, tendrás que esforzarte mucho.

—Acepto el reto —dije, y ella sonrió con recelo—. Pongámonos manos a la obra. La cuestión principal a la hora de hacer un perfil criminal es la siguiente: ¿qué hizo la asesina que no necesitaba hacer?

—¿La asesina?

—Creo que el Manitas podría ser una mujer.

—¿Por qué?

—Es una corazonada.

Ella sonrió con cierta presunción.

—Empiezo a pensar que esto no es ni mucho menos tan científico como me quieres hacer creer.

—Los perfiles criminales tienen muy poco de científico —admití—. Son conjeturas con una buena base lógica y palos de ciego.

—¿Y funciona?

—Siempre —contesté—. ¿Qué tal si...? Vale, te voy a dar un ejemplo: el asesino de los caminos, de San Francisco. Mató a un puñado de personas, hombres y mujeres, en mitad del bosque. Estuvo haciéndolo durante todo un año hasta que por fin lo atraparon. Las pruebas forenses mostraban que todos los ataques eran rápidos, cosa que normalmente indica que el asesino no quiere que lo vea nadie; pero esto tenía lugar en mitad de la nada, sin ni un alma en kilómetros a la redonda. La persona que hizo el perfil del caso decidió que el único motivo para actuar de una manera tan veloz cuando no había peligro de que lo descubrieran era que el asesino se avergonzaba de algo y no quería que las víctimas se percatasen de ello.

—Así que pensó que el asesino tenía una gran cicatriz que lo afeaba o algo así —dijo Marci— y la policía empezó a buscar gente con estos rasgos. ¿De verdad sirvió de algo?

Sonreí.

—Es incluso mejor que eso. Verás: aunque en el bosque no había testigos, sí los había allí donde empezaban las rutas de senderismo y en los aparcamientos, y nunca nadie mencionó haber visto a una persona con un defecto físico. Así que el especialista supuso que se trataba de algo que nadie podía ver pero que le hacía sentir incómodo y rechazado. Le dijo a la policía que buscarse a un tartamudo.

—¿Dedujo todo eso sólo por la velocidad de los ataques?

—Bueno, obviamente, hay más detalles; sólo estoy parafraseando. Pero tu reacción es bastante típica: hasta la policía se rió de él. Y después detuvieron al tipo y resulta que tartamudeaba muchísimo.

Marci sacudió la cabeza, boquiabierta.

—Es flipante.

—Flipante y una locura, e increíblemente preciso —dije—. Eso si sabes lo que haces.

—Así que el asesino de los senderos hizo algo que no necesitaba hacer —asintió Marci— y encontrar el motivo de ello les proporcionó una pista muy valiosa sobre él.

—Exacto —dije. Lo había entendido mucho más rápido que Max.

—Vale. Creo que lo he pillado. Pero ¿qué te hace pensar que el Manitas es una mujer?

—Porque... De momento olvidémonos de si es un hombre o una mujer y volvamos a

mi pregunta: ¿qué hizo que no necesitaba hacer?

—Les cortó las manos.

—Correcto.

—Y eso significa que... ¿odia las manos? —Se echó a reír—. ¡Esto de los perfiles es imposible!

«Es aún más difícil si tienes en cuenta que el asesino es un demonio —pensé—. Aún no sé qué hace con las manos y las lenguas que se lleva.»

—La verdad es que no tengo ninguna idea válida para lo de las manos —admití—. Podría ser cualquier cosa, así que empecemos por otra parte.

—¿Como qué?

—Como... Bueno, las heridas son todas muy limpias. Las manos y la lengua han sido extirpadas con mucho cuidado. ¿Qué podría significar eso?

—Que es una persona muy limpia. Los plásticos que coloca son para eso, ¿no? —Sonrió con picardía—. Al final resultará que sí es una mujer.

—Muy graciosa —dije—, pero es posible. La atención que presta a la limpieza también indica su edad: los asesinos jóvenes son más chapuceros, más impulsivos, mientras que los de mayor edad tienden a ser más meticulosos.

—Entonces es un adulto, posiblemente una mujer —afirmó Marci—, que planifica las cosas por adelantado y es muy cuidadosa. Eso encaja a la perfección, porque atacó al alcalde en el ayuntamiento en lugar de en su casa, donde el sistema de seguridad es mucho mejor.

—¿Cómo lo sabes?

—Por algo que dijo mi padre. —Sonrió—. Vaya, esto de los perfiles funciona de verdad.

—Te lo dije.

—Entonces lo lógico sería —continuó— que la asesina llevase a cuestas una bolsa bastante grande, llena de cosas.

—¿Por qué?

Yo no había incluido una bolsa en ninguna parte del análisis.

—Porque necesita un montón de cosas. Una mujer no va a ninguna parte sin su bolso y menos una tan organizada como ésta; así que ha de tener una bolsa llena de plásticos, una pistola, una sierra de arco y lo que quiera que utilice. Vamos, un montón de cosas.

—Eso... —callé un instante—. Tienes razón, son muchas cosas. No se me había ocurrido. «Porque estaba convencido de que el demonio utilizaba sus propias garras para

matar y eso condicionaba el resto de mis teorías. Es muy posible que utilice un arma normal y corriente, como Forman, lo que significa que tiene que llevarla a cuestas. Pero entonces, ¿qué tipo de arma podría causar las heridas de las muñecas?» —Asentí—. Eres buena.

Marci miró hacia arriba con una expresión burlona.

—Esto es lo último que quiero que se me dé bien.

—La cuestión es que no corta las manos con una sierra —dije—, pues ésta dañaría los tejidos de forma muy característica y en este caso no fue así.

—Ahora me toca a mí preguntar cómo sabes eso.

Me detuve en seco. En las noticias nadie había mencionado que los tejidos de las muñecas no estuviesen dañados; yo lo sabía porque lo había visto en la funeraria y se suponía que lo que yo hacía allí era un secreto. ¿Cuánto debía contarle?

Marci me miraba directamente, sin acusarme de nada, solamente con curiosidad. Estaba siendo totalmente abierta y sincera, y yo debía aprender a hacer lo mismo.

—Ayudo a mi madre con el trabajo de la funeraria —dije—. Ayudé a embalsamar al pastor Olsen.

—¡No me fastidies! —Se revolvió en la silla—. Pero ¿eso no es totalmente... puaj?

—¿Puaj?

—Es la terminología técnica para «oh dios mío qué asco» —dijo—. No tenía ni idea de que la ayudaras.

—Créeme: hay muchísimas cosas que no sabes de mí. Pero pensemos en las heridas de las muñecas. ¿Tienes idea de qué podría haberlas provocado?

—¿No hay marcas de sierra? —preguntó.

—Nop.

—¿Un cuchillo?

—Es un tajo, sólo un golpe —respondí—. Con un cuchillo sería imposible asestar el golpe que necesitas para cortarlas así. Quizá con un machete sí.

—O con un hacha —dijo dándose golpecitos en la barbilla con los dedos—. O una pala.

—El hacha y el machete seguramente son demasiado grandes para ocultarlos, por no hablar de la pala. Aunque pensemos a lo grande y le demos a la asesina un talego para llevar sus cosas, cargar con algo lo suficientemente voluminoso para hacer cortes como éstos sería un problema.

Siempre volvía a las garras: tenían que ser el arma. Ninguna otra cosa tenía sentido.

Pero hablarle a Marci sobre los demonios sería dar otro paso de gigante y todavía no me atrevía.

—¿Qué me dices de un hacha pequeña? —preguntó. Yo levanté la mirada, sorprendido por la idea, y ella siguió hablando—: El mango de un hacha pequeña no es tan largo como el de una normal, así que no puedes golpear con la misma fuerza, pero quizá se pueda cortar una muñeca con ella. —La miré y ella sonrió, nerviosa—. ¿No? ¿A lo mejor? Yo no sé cómo se corta el hueso de la muñeca. —Seguí mirándola fijamente—. Mira, esto lo has empezado tú, no me mires así.

—No —dije rápidamente—, no; no te miro raro, para nada. Creo que es una idea brillante.

—Gracias.

—Quiero decir que no es brillante...

—¿Qué?

—Me refiero a que no lo había tenido en cuenta, aunque debería haberlo pensado. Un hacha pequeña. No me puedo creer que no se me haya ocurrido.

—Esta conversación me gustaba más cuando yo era brillante.

—¿Qué? —pregunté con una sonrisa—. ¿Ahora resulta que eres una especie de genio de la investigación?

—Eh —dijo arrastrando la palabra—, esto es fácil. —Me guiñó el ojo—. Sígueme el juego, chaval; juntos atraparemos a este psicópata.

—Vaya —dije ladeando la cabeza—. Eso... ¿qué era? ¿Un vaquero o un gánster de cine negro?

Me lanzó el trapo húmedo a la cara.

—Eso era una brillante investigadora criminal. Que además tiene hambre.

—La comprendo perfectamente —repliqué—. ¿Quiere la investigadora ir a comer algo?

—Sí —dijo Marci sonriendo—, yo diría que sí.

8

Al día siguiente se celebró el funeral del alcalde. Empezó con un velatorio a las cinco de la tarde y la funeraria estaba abarrotada. Mi madre, Margaret y Lauren habían pasado todo el día acabando el embalsamamiento, coordinándose con el cementerio y corriendo por todo el pueblo, de la floristería al ayuntamiento y de allí a la imprenta para recoger los programas. Cuando llegué de clase a las tres, me metieron en el meollo: me hicieron pasar la aspiradora en la capilla, sacar las alfombras buenas para la entrada y asegurarme de que todo se encontraba en perfecto estado. La policía también estaba allí y había acordonado la zona como nunca había visto antes; en la capilla había habido un buen montón de cadáveres víctimas de muertes violentas, pero aquél era nuestro primer funcionario del gobierno asesinado. El agente Jensen me saludó y yo le devolví el saludo. Me pregunté si sabría que Marci y yo habíamos faltado a clase durante todo el primer día del curso.

A las cuatro y media, con la capilla lista y el cuerpo preparado para ser visto, mi madre, Margaret y yo subimos arriba a cambiarnos de ropa. Yo tenía una camisa blanca que me ponía para los funerales con una corbata negra fina y una chaqueta negra de traje. Guardaba la corbata con el nudo hecho colgando de una percha dentro del armario, porque nunca recordaba cómo se ataba; metí la cabeza por dentro y me la apreté alrededor del cuello.

Aún quedaban algunos minutos antes de que me necesitasen abajo, así que me acerqué a la ventana. Al otro lado de la calle, puede que a unos treinta metros, estaba la casa de los Crowley. Allí estaba el Buick blanco en el que había encontrado muerto al doctor Neblin; el viejo cobertizo hasta el que arrastré su cuerpo; la marca en la calzada de las garras del señor Crowley. Al final conseguí impedirle que siguiera matando, pero había tardado mucho; demasiadas personas habían muerto ya. Y ahora teníamos otro demonio que estaba matando a más gente sin que yo supiese apenas nada sobre él o ella.

Una nube cruzó el cielo y lo oscureció lo suficiente para que yo pudiera ver mi reflejo en el cristal de la ventana, tenue y fantasmal. Me puse la corbata bien recta y bajé.

Los velatorios son algo extraño: a las familias les gusta ver a sus difuntos por última vez, así que los funerarios pasamos horas trabajando con maquillaje, masilla y cuerda, intentando que un saco de carne muerta se parezca lo máximo posible a una persona. Los cadáveres, sobre todo cuando llevan muertos una semana como aquél, sencillamente no

tienen el mismo aspecto que antes; no porque se les esté pudriendo la carne ni nada parecido, sino que los motivos son mucho más sutiles y menos radicales. Los músculos están flácidos, ni siquiera cuentan con la presión arterial para moldearlos, así que la cara tiene una forma diferente: más demacrada, sin la expresión que tenía en vida. La mandíbula se abre, así que tenemos que cerrarla usando unos ganchos y un alambre. Los ojos se arrugan y encogen, por eso rellenamos la cavidad con algodón, para que los párpados se vean curvados con naturalidad. A falta de sangre que le aporte color, la piel palidece, de modo que mezclamos el formaldehído con tintes y pintamos el rostro con maquillaje y colorete. Trabajamos a partir de fotos y hacemos todo lo posible para que aquello se aproxime no a un muerto cualquiera, sino al tuyo; no a cualquier padre, sino al tuyo, tu madre, tu hermana, tu tía. Entonces lo vestimos en el traje de tu difunto padre como si fuera un peluche gigante y lo tumbamos en un ataúd para que tú pases por delante y te sientas incómodo y violento.

Los velatorios incomodan a la gente, porque para la mayoría se trata del único contacto que tienen con la muerte y no saben cómo gestionarlo. Se quedan ahí, de pie, en silencio, y puede que salgan con lo tranquilo que parece el muerto o lo mucho que se parece a sí mismo. Nunca es cierto: jamás se parece a sí mismo. Ese alguien ya no existe, y eso que queda, vestido de traje y dentro del ataúd, podría ser cualquier cosa: quizá un extraño o incluso un árbol. De hecho, tarde o temprano lo será. Los amigos y familiares tienen la mirada perdida y se preguntan por qué aquella cosa sin vida no les proporciona ningún consuelo; y después se alejan lentamente y hablan sobre cuánto tiempo ha pasado, cómo están los niños y sobre si no te parecen fantásticos estos zapatos.

Me habían encargado quedarme junto a la puerta con los programas del funeral, repartirlos y indicar de vez en cuando dónde estaba el baño. Yo era una tabla informativa, cortés y contenta de ser útil. Al final dejé los programas encima de una silla y me retiré a la oficina a observar al lúgubre cortejo a través de un resquicio de la puerta entornada. Alguien se las arregló para encontrarme y preguntarme por el servicio; le indiqué dónde estaba y cerré la puerta del todo.

A las seis acabó el velatorio y salí para ayudar a conducir a todo el mundo hacia la capilla para la celebración del funeral. Normalmente también empujaba el féretro desde el sitio que ocupaba en la antecámara hasta el lugar de honor delante del facistol, pero aquel día la policía se ocupó de esa tarea. El sheriff Meier y el agente Jensen, con los uniformes limpios y planchados, precedían una larga procesión de familiares con el alcalde muerto a la cabeza. Yo observaba desde el fondo. Marci estaba sentada sola, en el otro extremo; miraba el desfile con ojos oscuros.

Mi madre apareció a mi lado.

—¿Dónde has estado? —susurró.

—Arriba —mentí.

—Te he buscado arriba.

—Fuera.

—Necesito que me ayudes, John. Esto es un trabajo, ¿sabes? Con esto pagamos las facturas y tenemos que hacerlo bien.

—¿Hay alguien que no tenga el programa? —pregunté.

—No se trata de eso...

—Todos tienen uno, así que mi parte está hecha.

Mi madre me miró con furia, pero la familia estaba acabando de sentarse y tenía que dar comienzo a la ceremonia. Me dejó allí y caminó hacia la cabecera de la sala; yo sabía que estaba poniendo su cara amable y ensayada de funeraria: comprensiva y profesional, seria y tranquila. Me di media vuelta para marcharme, pero oí otro susurro que me hizo volver atrás.

—¿Podemos escondernos en algún lugar hasta que esto acabe?

Me volví y vi que Marci estaba en silencio detrás de mí. Llevaba un vestido ceñido y unos tacones que la hacían parecer casi tan alta como yo.

—Odio los funerales —dijo—. Sólo he venido para acompañar a mi padre, pero se ha sentado delante con Meier.

—Ven —susurré y la llevé al pasillo, hacia la oficina. Si mi madre no me había encontrado antes, seguramente seguía siendo el mejor escondite—. Por aquí.

Sujeté la puerta para que pasara, la seguí y le ofrecí la silla buena, que estaba al otro lado del escritorio. Cerré la puerta y me senté enfrente de ella.

—Entonces —dijo mirando a su alrededor—, aquí es donde trabajas.

—Sip. Aunque en la oficina no hago mucho, es más que nada en la parte de atrás. Limpio los baños, paso la aspiradora... Embalsamo alcaldes.

—Ajjj —dijo—. Una cosa es verlos en las noticias, pero eso de acercarse y tocarlos no está hecho para mí.

—Disponemos de una semana.

—¿Tenéis los cadáveres durante una semana?

—No, me refiero a que disponemos de una semana antes de que se produzca la siguiente muerte. Los otros ataques se han producido en un intervalo de dos semanas: uno en domingo y el siguiente en lunes. Así que el número tres será dentro de una semana, siempre que se mantenga el patrón. Nos queda una semana para resolver el caso.

Marci hizo una mueca.

—¿Cómo? ¿Tú y yo? Pero si no sabemos nada, al menos que sea importante.

—¿Qué me dices de la bolsa y el hacha pequeña? Averiguamos ese par de cosas.

—La policía ya lo sabía —dijo Marci—. Se lo pregunté a mi padre. A lo mejor si hago las preguntas adecuadas consigo sacarle algo más.

—¡Ja! —me reí, y una ligera sonrisa apareció en mi rostro—. La hija de un policía y el hijo de una funeraria: adolescentes luchando contra el crimen. Parece una serie de poca monta.

—Lo sé.

Estiró los brazos y echó el pecho hacia delante, y yo aparté la mirada por instinto. Miré el archivador y me levanté rápidamente.

—Espera un momento —dije mientras me acercaba al archivador y abría el cajón de arriba—. Creo que el hijo de la funeraria podría tener un as en la manga.

—¿Qué quieres decir?

—No pude ayudar a embalsamar al alcalde —dije rebuscando entre las carpetas—, pero la documentación está aquí dentro. Mientras tenemos el cuerpo, los archivos del estado siguen aquí.

—¿Y qué hay en los papeles?

—Una lista completa de todas las heridas —dije. Cerré el cajón y seguí con el de abajo—. Madre mía, no tengo ni idea de cómo archiva Lauren las cosas. —Encontré el nombre del alcalde en una de las carpetas y la saqué—. Aquí está. Quizá no quieras mirar.

—¿Por qué no iba... ¡La hostia!

Abrí la carpeta sobre el escritorio y a la vista quedó un fajo de fotos de la autopsia que estaba sujeto al montón de papeles con un clip. Marci apartó la mirada farfullando y sintiendo náuseas, y yo eché un vistazo a los documentos.

—El primer cadáver tenía heridas que la policía no reveló a los medios —dije—. En la espalda había docenas, escondidas bajo la camisa de la víctima para que nadie pudiese verlas.

—No me puedo creer que trabajes aquí —dijo mirando la pared. Se estaba agarrando a la silla para mantenerse de pie.

—Te acostumbras —dije y di un golpecito con el dedo a una hoja rosa de papel de carboncillo—. Aquí está. Herida de bala en la cabeza... ambas manos cortadas... lengua extirpada... dos heridas en la espalda producidas por sendos palos... treinta y siete heridas de arma blanca en la espalda. Vaya. —Respiré lenta y profundamente—. Treinta y siete.

—Voy a vomitar.

—No te preocupes —dije y cerré la carpeta—, ya la guardo.

—Eso no me sirve de nada.

—Seguro que sí —dije metiendo la carpeta en el cajón para después cerrarlo—. Ya está: no hay fotos ni nada. Ya puedes darte la vuelta.

Marci se volvió a regañadientes.

—¿Sabes?, podría haber vivido toda la vida sin ver esas fotos.

—Si no resolvemos esto a tiempo, habrá muchas más como éstas.

—No me lo recuerdes. —Se recostó en la silla y miró el techo—. Treinta y siete veces. ¿Quién apuñala a un tipo treinta y siete veces?

—Ésa es exactamente la cuestión —dije—. Ella no tenía por qué hacerlo y eso significa que es un dato importante. Así pues, ¿quién apuñala a un tipo treinta y siete veces?

—Alguien que está verdaderamente... —Marci cerró los ojos— enfadada. Tanto que no podía dejar de asestarle puñaladas, incluso después de que la víctima muriese.

—Ya estaba muerto cuando empezó —corregí—. Le disparó en la cabeza.

—Entonces está muy, muy enfadada, tanto que apuñala un cadáver. Yo he estado así un par de veces.

—¿De verdad?

Abrió los ojos y me fulminó con la mirada.

—No, en realidad no; pero a veces te gustaría poder... dar rienda suelta a tus frustraciones, ¿sabes? Lo único que quieres es machacar algo.

—Pues me cuidaré mucho de hacerte enfadar.

—Tenemos un saco de arena en el sótano —dijo—. Te aseguro que gracias a él he podido borrar de mi memoria más de una cita desastrosa.

—Así pues, tenemos a un asesino que está dando rienda suelta a su ira —afirmé—. Pero eso debería indicar que los ataques son rabiosos: un asunto violento e impulsivo. Esta mujer ataca con mucha calma, habiendo planeado todo por adelantado con mucho cuidado. Entra, dispara, coloca los plásticos y, cuando ha terminado, se pone a dar puñaladas. Además, las manos y la lengua están extirpadas con mucha precisión: eso no sugiere furia en lo más mínimo.

Marci volvió a mirar el techo mientras se quedaba sentada en silencio. No parecía tener ganas de seguir con aquello; no había venido para eso y seguramente había un millón de cosas de las que prefería hablar. Me puse a pensar en qué podía decir para recuperar la excitación que había mostrado el día anterior cuando de pronto volvió a hablar.

—¿Crees que las víctimas la ven antes de que las ataque?

—No lo sé —contesté—. Supongo que es posible que sí.

«También lo es que se pueda volver invisible o cambiar de apariencia, o cualquier otra cosa sobrenatural que la ayude a esconderse de sus presas.»

Intentar hacer un perfil de un demonio se estaba convirtiendo en algo cada vez más complicado.

—Estaba acordándome de que una vez vino a mi casa un chico que, por algún motivo, estaba completamente furioso. Lo siento, es otra historia sobre una cita desastrosa. El chico estaba tan enloquecido que ni siquiera salí con él; me aterrorizó. CANCELÉ la cita allí mismo, en el porche de casa.

—Cosa que seguramente sólo sirvió para que se enfadase aún más.

—Obvio —dijo ella—, pero no podía volverse loco y chillarme con el coche patrulla de mi padre aparcado a menos de diez metros, así que se marchó. Pero a lo que voy es que si alguien se acercase a las víctimas con cara de estar lo suficientemente enfadados como para apuñalarlas treinta y siete veces, éstas saldrían corriendo despavoridas. Sin embargo, ninguna lo hizo.

—Tienes razón —confirmé repasando mentalmente las noticias—. Nadie oyó gritos, no se encontraron pruebas de forcejeos ni peleas y ninguno de los cadáveres tenía heridas que se pudiesen haber producido defendiéndose. Tenga el aspecto que tenga la asesina, está claro que no da miedo.

—Ni parece enfadada.

—Puede que ni siquiera lo esté: quizá estemos malinterpretando las puñaladas totalmente.

—¿Se te ocurre otra razón?

—Bueno, ¿y si es un mensaje? —pregunté—. Deja los cadáveres a la intemperie, donde cualquiera los puede encontrar, así que está claro que intenta decir algo. Puede que las heridas de arma blanca formen parte del mensaje.

—Pero estaban tapadas —dijo Marci y se inclinó hacia delante. Se estaba emocionando otra vez—. Has dicho que la camisa escondía las heridas. Como orgullosa poseedora del certificado de economía doméstica puedo asegurarte que treinta y siete cortes en la espalda de una camisa la destrozarían por completo. Con eso no podrías esconder nada en absoluto. Esta mujer les quita la camisa, les apuñala hasta el pasaporte y después los vuelve a vestir.

—Así que, en cualquier caso —dije—, intenta esconder las heridas en lugar de mostrarlas.

—Muy bien. Tenemos una asesina que empieza estando tranquila y después se enfada. Lo que hemos de hacer es averiguar qué han hecho las víctimas para hacerla enfadar, y seguramente sea algo bastante sencillo, porque los dos lo consiguieron.

Con ese comentario, otra pieza del rompecabezas encajó. Miré a Marci.

—El único factor común de ambas situaciones es ella. La asesina se enfada a sí misma.

«Forman dijo que los demonios se definen según aquello de lo que carecen —pensé—. Ella mata porque trata de rellenar un agujero en la mente o en el corazón, y de algún modo éste la llena de rabia.»

—¿Por qué iba a hacerse enfadar a sí misma?

—No lo hace adrede —dije—: es el resultado de alguna otra cosa. Está tranquila, entonces mata y pierde los estribos.

—Y entonces intenta esconderlo con la camisa —prosiguió Marci mientras asentía lentamente—. Todo encaja, pero ¿qué significa?

—Significa que no quiere matar. Seguramente odia hacerlo, pero no es capaz de evitarlo. Se promete a sí misma que no lo volverá a hacer jamás y después va y lo repite. Y entonces se le va la olla.

—Esto es... —Marci hizo otra mueca—. Es realmente repugnante.

—Y muy guay al mismo tiempo. Es un detalle que estoy seguro de que la policía aún no conoce.

—Se lo diré a mi padre en cuanto acabe el funeral.

—No —dije—, todavía no. Es una pieza fundamental, pero aún no nos lleva a nadie en concreto. —Su cara era de preocupación, así que tendí las manos hacia ella para reconfortarla—. ¿Por qué no esperamos hasta que tengamos algo más sustancioso? No tiene sentido que nos precipitemos cuando estamos tan cerca.

Marci parecía inquieta.

—¿Crees que estamos muy cerca?

—Mucho. Quizá lo suficiente como para predecir la próxima víctima.

—Y si somos capaces de adivinar de quién se trata —dijo Marci sonriendo por primera vez en toda la tarde—, podemos avisarle.

9

Esa semana fui a casa de Marci todos los días; allí intercambiamos teorías y repasamos todas y cada una de las pruebas que recordábamos. Al principio nos sentábamos en la cocina, pero a Marci le ponía nerviosa tener a los pequeños tan cerca y nos fuimos con la charla sobre asesinos en serie y cadáveres descuartizados a la calle.

—Y los palos, ¿qué? Eso tiene que querer decir algo, ¿no?

Era sábado y aún estábamos lejos de resolver nada.

—Se trata de un mensaje —respondí—, pero eso no nos sirve de mucho. La mayoría de las veces, cuando un asesino en serie deja un mensaje de ese tipo, suele ser el típico: «Estoy aquí y no me vais a atrapar.»

—Aunque sea únicamente para llamar la atención —dijo Marci—, el hecho de que desee hacerlo es una pista bastante buena, ¿no?

—Claro que sí.

No sé si Marci era psicóloga por naturaleza o si la cuestión era más bien que ella no era una sociópata como yo, pero aquello se le daba cada vez mejor. La sociopatía se define como la falta de empatía: somos incapaces de identificarnos con otras personas, cosa que significa que en realidad tampoco las comprendemos. Ella no tenía ese impedimento y por eso encontraba vínculos que a mí no se me hubiesen ocurrido jamás.

—Los palos son como banderas —dijo pensando en voz alta—, para asegurarse de que la gente ve el cadáver. De hecho, uno de los que le clavó al alcalde era en realidad el palo de una bandera.

—Pero había arrancado la bandera —apunté—. Si se supone que son banderas, ¿por qué la había desmontado?

—Era una bandera estadounidense; a lo mejor odia Estados Unidos. O puede que ame el país y no quiere que se asocie la bandera con los asesinatos.

—Los asesinatos en serie no son asesinatos —dije, pronunciando las palabras antes de poder evitar que se me escaparan. Era una manía personal mía, y por la cara de sorpresa de Marci, supe que me había malinterpretado—. Me refiero a que sí es un asesinato, pero no

sólo eso. Es como decir que... hackear un ordenador es robar. Lo es, pero posee sus propios motivos y métodos y eso lo convierte en un tipo distinto de robo, hasta el punto que es necesario considerarlo de forma diferente.

—Me parece una distinción un poco extraña. Matar a alguien es asesinato. Y ya está.

—Así es —repetí—, pero es un tipo de asesinato muy específico que hay que estudiar de forma diferente. —Todavía me miraba con una expresión extraña, así que intenté cambiar de tema—. Mira, no importa; volvamos a la bandera. Dices que la asesina ama el país y no quiere que se asocie éste con... matar.

Marci me observó en silencio un momento más antes de volver a hablar.

—Podría ser una protesta contra la guerra.

—El condado de Clayton me parece un lugar extraño para una protesta contra la guerra.

—Ya, estoy pensando en voz alta. Pero los palos sí que hacen las veces de bandera y estoy buscando por qué arrancó la de verdad. A lo mejor sólo le interesan los palos; puede que no quiera que haya nada que nos distraiga de ellos.

—No lo creo —dije recordando la imagen que había visto en las noticias—. Cuando mató al alcalde, colgó unos plásticos de los palos, como si estuviese creando sus propias banderas.

—¿Te recordaban a algo?

—De hecho, parecían alas. Pero era un palo de bandera y ella colgó la suya propia.

—Entonces, está sustituyendo a América.

—O eliminándola de la ecuación.

—¿Eliminándola?

—Bueno, puede que no del todo —dije—, pero por lo menos de la escena del crimen. Vamos a ver qué te parece esto: el o la Manitas siempre clava palos en la espalda de las víctimas porque así es como envía su mensaje. En esta ocasión, como estaba en el ayuntamiento, el único palo que encontró era el de una bandera, pero no quería que ésta interfiriese en su mensaje: es decir, no tiene que ver con América, sino con otra cosa. Así que tuvo que deshacerse de la bandera para que la gente no lo malinterpretase.

—Tiene sentido —dijo Marci—, pero implica que seguramente el mensaje es algo más que un mero «estoy aquí».

—Aquí estáis —dijo la madre de Marci al tiempo que abría la puerta mosquitera y salía al porche, detrás de donde estábamos nosotros. Marci y yo estábamos sentados con los pies en los escalones y su madre dejó un plato de pan con mantequilla entre los dos, en el suelo—. No lo acabo de sacar del horno ni nada por el estilo, pero he pensado que a lo

mejor os apetecía comer algo.

La madre de Marci era grande —no gorda, sólo grande— y tenía las manos curtidas y llenas de callos porque constantemente estaba haciendo cosas en el jardín. Era bastante agradable, pero era obvio que Marci había sacado la hermosura de alguna otra parte.

—Gracias —dijo Marci con una amplia sonrisa. Parecía agradecer la interrupción, aunque yo no estaba seguro del todo. Cogió un pedazo de pan—. El pan de mi madre es genial, John; te va a encantar. Tiene... ¿cuántos? ¿Cinco tipos de cereal integral?

—Seis —precisó su madre—. He añadido otro más.

Cogí un trozo y lo levanté para inspeccionarlo. Parecía un bloque de comida para pájaros.

—Vaya —dije—, no sabía que se podían meter tantos cereales en una hogaza de pan.

—No quiero interrumpiros —dijo su madre, antes de abrir la puerta y volver adentro—. Solamente quería traeros un tentempié. ¡Que os divirtáis!

—Que os divirtáis —dijo Marci entre risas—. Cree que estamos aquí fuera hablando de nuestros grupos favoritos o algo así.

Tendí la mano hacia ella con el pedazo de pan.

—¿De verdad os coméis esto?

Ella se rió.

—Por supuesto, ¿qué quieres que hagamos con él si no?

—Colgarlo de un árbol y dar de comer a todos los pájaros del vecindario.

—Es muy saludable —dijo con un tono de voz que significaba que sabía exactamente lo tonta que sonaba esta palabra, pero después le dio otro mordisco. Era obvio que a ella le gustaba.

Le di un bocado: era áspero y correoso. Intenté decir algo, pero estaba tardando tanto en masticarlo que era incapaz de formar ninguna palabra.

—Mi madre lleva años perfeccionando la receta —dijo Marci—. Tendrías que haberlo probado al principio; eso sí que era para uso industrial.

Finalmente conseguí tragar y agité la cabeza con incredulidad.

—Madre mía, es como una barrita de cereales con mantequilla.

—Nosotros lo comemos a todas horas —dijo Marci—, ya nos parece totalmente normal. El resto de los panes nos parecen demasiado ligeros: el pan de molde del supermercado parece un pañuelo de papel en comparación con éste.

—Algunas marcas lo son, da igual con qué las compares. Si me permites darle la

vuelta a la metáfora, en comparación con el pan de molde esto es como titanio.

—Eso es un símil, no una metáfora. Lo puedes saber porque hay un «como».

—Y esto en realidad es material de construcción, no comida. Lo puedes saber porque lleva pulpa de madera.

—Pobrecito —dijo Marci frunciendo el ceño exageradamente—. La pulpa de madera es buena para la salud; te hará crecer pelo en el pecho.

—¿Y cuánto tiempo llevas comiendo esto? —pregunté—. Qué horror...

Marci se echó a reír.

—¡Calla ya!

Oí el rugido del motor de un coche cada vez más cerca y miré hacia la calle justo a tiempo para ver al padre de Marci aparcar el coche patrulla delante de la casa. Dejé el pan en el plato y traté de parecer inocente; los policías no me daban miedo —de hecho, me caían bastante bien—, pero nunca había conocido a uno en su propia casa. Lo último que me hacía falta es que se volviese loco y me dijese que dejara de corromper a su hija.

—Hola, papá —saludó Marci después de tragar otro bocado de pan.

—Hola, nena —respondió el agente Jensen mientras salía del coche y cerraba la puerta—. Saludos también para el venerable John Cleaver, es todo un honor.

—Hola —dije y lo saludé con la mano, sin saber qué más debía hacer.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó. Se había detenido a unos metros de nosotros y había colocado los brazos en jarra. Parecía estar bastante alegre.

«¿Seguiría tan contento si supiese que estábamos hablando del Manitas?»

—Estamos hablando del Manitas —le contestó Marci.

—Muy bien —dijo él.

«Bueno, supongo que ya tengo la respuesta.»

—Estamos llevando a cabo nuestra propia investigación —dijo Marci y soltó un largo y falso suspiro—. Un pequeño perfil criminal; ya sabes, nada importante.

El padre se echó a reír.

—Vaya, pues John es el que sabe de esas cosas. Demasiada experiencia personal con psicópatas, ¿eh, chaval?

Estoy seguro de que no pretendía ser grosero con aquel comentario: él no sabía que yo también era un psicópata.

Cruzó los brazos.

—¿Qué habéis averiguado?

Marci me lanzó una mirada fugaz y se volvió hacia su padre.

—¿Trabajas mucho con los que hacen los perfiles de este caso?

—En absoluto. Apenas tengo relación con el caso del Manitas, solamente me toca de refilón.

—Bueno —dijo ella—, tenemos algunas cosas que quizá quieras contarles. —Me volvió a mirar rápidamente. ¿Por qué no dejaba de hacerlo?—. Por ejemplo, sabemos que matar hace que ella se enfade.

«Por eso no dejaba de mirarme: le acaba de decir justo aquello que yo quería mantener en secreto.» Me mantuve impassible. ¿Lo había contado porque no confiaba en mí o simplemente porque no entendía mis motivos para mantenerlo en secreto? Tampoco es que pudiese contarle mi plan: que podíamos encontrar a la asesina nosotros mismos y que, después, yo mismo iría a por ella. Tener a la policía y al FBI corriendo de un lado a otro y siguiendo las mismas pistas me iba a dificultar mucho las cosas.

—¿Ella? —preguntó el agente Jensen—. ¿Creéis que se trata de una mujer?

«Oh, no, lo va a confesar todo.»

—Sí, eso también —asintió Marci—. Estamos bastante seguros de que lo es.

—Una mujer que se enfada cuando mata, pero sigue haciéndolo igualmente —dijo él—. Interesante. —Sonrió ligeramente, sólo con las comisuras de la boca y volvió a hablar—: ¿Y qué habéis deducido respecto de las manos?

La sonrisa quería decir algo; significaba que sabía algo. Tenían alguna prueba sobre las manos que aún no habían revelado o, más probablemente, acababa de llegar. Si fuese un secreto, no lo habría ni mencionado. Sin embargo, ¿iba a compartirlo con nosotros? Tenía que formular mis preguntas con mucho cuidado.

Pero ¿qué podía decir cuando la única respuesta verdadera era «la asesina es un demonio que utiliza las manos y lenguas que roba para algún fin sobrenatural que aún desconocemos»?

Hablé lentamente y con precaución.

—La asesina les quita las manos y la lengua con mucho cuidado, de manera prácticamente quirúrgica. Seguramente lo hace después del ataque de rabia que se produce después de matar, porque es obvio que cuando lo hace está muy tranquila. Corta las manos con un hacha pequeña, con un único golpe para cada una, y la lengua con... alguna especie de bisturí, creo.

—¿Y qué hace él, o ella, lo que prefieras, con todo eso?

—Casi todos los asesinos en serie guardan recuerdos de sus asesinatos —dije procurando inventarme una mentira plausible—, porque les gusta recordarlos. Meses

después, pueden sacar una joya o un carnet de conducir y revivir el crimen. Los trozos de cuerpos no duran tanto, especialmente los tejidos más blandos como la lengua; así que, estadísticamente hablando, es más probable que se los vaya a comer.

—Qué asco... —dijo Marci.

Estaba seguro de que no era el caso. Si el demonio simplemente buscaba comida, no tendría necesidad de andarse con tanto cuidado. Tenía que existir alguna otra intención, pero si le daba al agente Jensen una respuesta falsa, le estaba ofreciendo la oportunidad de corregirme y la reacción humana normal sería aprovecharla y mostrar así lo que sabía. Tenía esperanzas de que eso funcionase.

—Es la única explicación que tiene precedentes importantes —dije—. Jeffrey Dahmer, Ed Gein, Albert Fish; los que se llevan partes del cuerpo normalmente son caníbales. Normalmente. Hay algunos de los que no sabemos demasiado, como Charles Albright; en su caso nadie llegó a averiguar qué hacía con las partes del cuerpo que se llevaba.

—¿Qué les robaba? —preguntó Marci.

—Los ojos.

—Sabía que no tenía que haberlo preguntado.

El agente Jensen había dejado de sonreír, pero tampoco fruncía el ceño. Tenía una expresión neutra, con las comisuras de la boca hacia abajo. No estaba enfadado, sino... siendo profesional. Sin darme cuenta, me había metido en el modo conferencia y él estaba a punto de morder el anzuelo.

—¿Crees que se come las manos y la lengua? —preguntó.

—Me parece probable —dije y lo observé con atención.

—¿Y si te digo que no es así?

«¡Perfecto!» Era tal como yo creía: habían hallado nuevas pruebas. Tener una amiga relacionada con la policía era alucinante.

—¿Qué han averiguado? —pregunté.

Bajó la voz.

—Esta mañana hemos recibido una llamada: dos excursionistas han encontrado una hoguera junto al lago; el fuego aún ardía. Llegaron justo a tiempo de oír que alguien echaba a correr entre los árboles en dirección a la carretera. Unos segundos después, oyeron el motor de un coche y cómo se alejaba. No les pareció raro hasta que notaron que del fuego venía olor a carne, y la tocaron con un palo. —Bajó la mirada a la acera—. Era una de las manos del alcalde.

«No —pensé—, eso no tiene ningún sentido. Debe de guardar las manos por algún motivo especial. ¿De qué sirve guardarlas y después destruirlas a las primeras de

cambio?»

—Entonces las estaba cocinando para comérselas —dijo Marci—, lo que John decía.

—Si le gusta la carne muy, muy, muy hecha, sí —respondió su padre—. No las tenía en una parrilla ni ensartadas en un palo: estaban dentro del fuego, debajo de los troncos.

Mis años de piromanía me habían enseñado que la zona del centro, debajo de los troncos, era la parte más caliente de una hoguera. Ahí era desde donde absorbía oxígeno nuevo y quemaba como una caldera. Cualquier cosa en aquel punto quedaba calcinada.

Pero ¿por qué? ¿De qué le servía al demonio quemar las manos? ¿Para destruir pruebas? ¿Acaso había alguien a punto de descubrirla? Pero si era capaz de absorberlas o desintegrarlas igual que hacía Crowley, entonces no necesitaría quemarlas. No me lo podía creer. Tenía que ser otra cosa: esas manos no tenían nada que ver, eran de otro ataque que no estaba relacionado.

—Es imposible que hayan identificado las manos con tanta rapidez —dije—. Las huellas dactilares estarán ilegibles y no han tenido tiempo de hacer una prueba de ADN.

El agente Jensen me sonrió de manera forzada, levantó la mano y se dio un golpecito con el dedo en el hueso de la muñeca.

—Éste es el hueso pisiforme. El golpe que cortó la muñeca izquierda del alcalde (seguramente con un hacha pequeña, tal como habéis dicho) rebotó primero en este hueso; el segundo impacto lo cortó ligeramente y dejó una marca muy característica. Los huesos que recuperamos del fuego encajan a la perfección.

—¿Y los excursionistas vieron al asesino? —preguntó Marci.

—No vieron nada —dijo negando con la cabeza—. Ni siquiera una silueta ni una prenda de color a través de los árboles. Y mucho menos algo que confirme el sexo masculino o femenino. Me temo que vuestra teoría de que es una mujer sigue siendo únicamente una hipótesis.

—¿Y el coche? —preguntó ella.

—Tampoco vieron nada; pero aún estamos interrogando a toda persona que encontremos que haya estado hoy junto al lago. Alguien podría haberlo visto, así que quizá consigamos una descripción.

«No, esto no puede ser. No cuadra con nada de lo que creía saber sobre el asesino. ¿Por qué necesita un demonio quemar pruebas? ¿Para qué iba una asesina a guardar las manos con tanto cuidado para luego destruirlas? ¿Qué indica eso: más rabia o más control? ¿Planifica más o menos de lo que creíamos? No tiene ningún sentido.»

—¿Y la lengua? —pregunté—. ¿La han encontrado?

Asintió.

—Además de las manos había una especie de masa calcinada que seguramente era carne y podría tratarse de la lengua, pero aún no tenemos modo de confirmarlo. Lo tienen los federales; ya veremos qué averiguan.

La lengua también. «Así que se trata del mismo asesino.» Me rebané los sesos buscando una explicación, pero fue en vano. ¿Qué era lo que se me estaba escapando? Necesitábamos otra víctima y, si queríamos encontrar la siguiente pieza del rompecabezas, tenía que ser pronto.

—John, ¿te encuentras bien?

Levanté la mirada y vi a Marci, que me miraba con el rostro distorsionado por el ceño fruncido. Estaba preocupada. ¿Tan mal aspecto tenía yo?

—Seguramente es un poco aprensivo —dijo su padre, pero Marci soltó una risotada burlona.

—John es la persona menos aprensiva del mundo —respondió ella—. Es a mí a quien le dan asco las cosas; a él sólo le molesta que... que se escapen los malos, supongo. —Me miró a los ojos—. No lo vamos a conseguir, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó su padre.

—Queríamos predecir la siguiente víctima —dijo—, para que intentaseis avisarla; pero solamente quedan unos días y tus pruebas lo cambian todo. Tendremos que volver a empezar.

Yo estaba molesto por haberme equivocado y ella creía que estaba preocupado por la víctima que no íbamos a poder salvar. Yo estaba desesperado por que hubiese otro asesinato y ella sólo pensaba cosas positivas de mí.

Igual que Brooke, hasta que supo la verdad.

Yo era un asesino. Cuando llamé a Nadie, sabía que ella iba a matar a más gente, y estaba dispuesto a aceptarlo porque era la única forma de localizarla. Yo seguía el rastro de cuerpos como si fuesen huellas de sangre, y cuando llegaba al final, producía otro cadáver más. Ya había matado a dos hombres —dos demonios—, pero tras de mí había dejado una estela de muchos más muertos. ¿Cuántos habían sido asesinados para que yo pudiese fingir ser un salvador?

¿Era acaso un salvador o simplemente un asesino más?

—¿Te encuentras bien? —preguntó el agente Jensen.

Levanté la mirada, me encogí de hombros y asentí.

—Sí, no pasa nada.

—Seguramente es culpa del pan de mamá —dijo Marci riéndose con muy poco entusiasmo—. El de hoy tiene seis cereales.

—Seis —dijo y soltó un silbido—. No me extraña que tengas esa cara: yo no tolero más de cuatro, pero ni te atrevas a decirle que te lo he confesado.

Subió las escaleras del porche pasando entre los dos y se dirigió hacia la puerta. Ya la estaba abriendo cuando Marci lo llamó.

—Eh, papá.

—Dime, nena.

Marci me lanzó otra mirada breve, pero diferente de las anteriores; éstas habían sido de vergüenza, pues sabía que iba a revelar nuestro secreto. Pero ésta era más inquisitiva, más... inquieta. Volvió a mirar a su padre.

—¿Has avanzado algo con lo del profesor? Aquello que te conté.

—¿Lo del señor Coleman?

—Sí, el que me... mira como un viejo verde.

«Así que al final se lo ha contado a alguien. Bien hecho.»

—Claro que sí, cielo. Pensaba que te habrías enterado.

—¿De qué?

La miró a ella y después a mí, como si se sorprendiese de que no supiésemos nada. La mirada del agente Jensen se oscureció.

—El subdirector echó un vistazo en su aula después de que yo le comunicase lo preocupada que estabas —dijo—, y resulta que el ordenador del señor Coleman estaba repleto de pornografía, casi toda con menores de edad. Chicas y chicos. Lo han despedido esta misma mañana.

10

El miércoles por la mañana, cuatro días más tarde, encontraron muerto al señor Coleman; le habían cortado las manos y la lengua. Aquello me pilló por sorpresa: no había nada en los anteriores crímenes ni en nuestro perfil que me hiciera pensar que la próxima víctima pudiese ser alguien como el señor Coleman. Las dos primeras eran hombres de mayor edad, de cincuenta y pico o sesenta y pocos, con familias y empleo y una buena reputación dentro de la comunidad. Coleman tenía treinta y pico años, y además de ser soltero era un paria. Todo el mundo lo odiaba.

No me extraña que de vez en cuando asesinen a una persona de esas que la mayoría de la gente odia, pero los asesinos en serie escogen a sus víctimas según métodos totalmente diferentes. ¿Qué fue lo que puso a aquel tipo en el punto de mira del Manitas?

—¿Vas a casa de Marci otra vez?

Era miércoles por la noche, y mi madre y yo estábamos cenando. Sin apartar la vista de la comida, respondí sin ganas de hablar.

—Sí.

—¿Habéis hecho algún plan divertido?

—No, nada en particular.

—Sabes que también podríais venir aquí, ¿verdad? —dijo mi madre removiendo la comida con el tenedor—. A mí no me molesta.

—Sí —dije.

No tenía ninguna intención de llevar a Marci a casa, pero era más fácil decir que sí y después no hacerlo.

—Lo digo en serio. No hace falta que estéis siempre en su casa. Tenemos juegos de mesa y películas, y si quieres yo podría hacer palomitas o algo así...

—No, gracias —respondí sin levantar la mirada—. Ya estamos bien en la suya.

Comí otro bocado; cuanto antes terminase, antes me podría marchar.

—Oh, ya lo supongo —dijo mi madre—. Seguro que es una casa fantástica; y conozco

a su madre: es una mujer muy agradable. Obviamente, su padre también es muy amable.

Me encogí de hombros, sin comprometerme a nada.

—Sí.

Nos quedamos en silencio durante un minuto y empecé a pensar que ya era libre; pero entonces eché un vistazo a mi madre y vi que seguía sin probar bocado. Eso no era bueno: significaba que estaba pensando y eso quería decir que iba a hablar. Después de una larga pausa, susurró:

—Siento que aquí no haya ningún padre.

«No, por favor... No.»

—Mamá, te agradecería que ni siquiera empezásemos esta conversación.

—John, ojalá tuvieses un buen padre. Pienso todos los días en ello e intento ser la mejor madre que...

—Mi padre es perfecto. Sobre todo porque no está aquí.

—No tienes ni idea de lo que me duele oírte decir eso.

—¿Por qué? Vamos, mamá, tú le odias aún más que yo.

—Eso no significa que me alegre de que no esté —dijo—. No significa que me alegre de que las cosas saliesen tal y como fueron. Sí, vale, era un mal padre y un mal marido y todo lo hacía mal, pero eso no te hace más fácil crecer sin un padre. No tienes un hombre que te sirva de modelo, ninguna influencia masculina positiva.

—Espera, ¿estás diciendo que voy a casa de Marci porque busco un hombre que me sirva de modelo?

—El agente Jensen es un buen hombre y en casa no tienes ninguno.

—Y Marci es prácticamente una modelo y en casa tampoco tenemos ninguna. A lo mejor si sales a comprar un papá nuevo, podrías pillar un par de tías buenas en otro pasillo del supermercado. Las podríamos colocar por ahí como si fueran lámparas y animarían un poco la casa.

—No te estoy hablando de eso.

—Mamá, tengo una amiga. Eso es todo. Siempre me estás pidiendo que salga y conozca a gente, pero en cuanto te hago caso te pones a psicoanalizarme.

—No te estoy...

—Y luego te preguntas por qué no traigo a Marci a casa —continué—. Cuando nos hayamos comido todas las palomitas y saquemos los juegos que llevan años cogiendo polvo en el armario de la colada le dirás que solamente salgo con ella porque no tengo padre. Fabuloso.

Mi madre se quedó callada, con los ojos entrecerrados.

—¿Estás saliendo con ella?

—¿Qué?

—Que si es oficial.

—No, no salgo con ella. Somos... amigos, y ya está.

—¿Y cómo tengo que enterarme de estas cosas si te niegas a hablar conmigo?

—Estamos hablando, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que al menos yo lo estoy intentando. Tú estás gritando.

—No estoy gritando.

—Háblame de Marci.

—¿Sabes qué?, que ni siquiera llamo a su puerta —dije mientras me recostaba contra la silla y me cruzaba de brazos—. Me quedo sentado fuera de su casa y miro por las ventanas mientras me hago cortes con una cuchilla.

—Ya estamos otra vez —dijo sacudiendo la cabeza—. Tan pronto como te pido que me hables abiertamente sobre tu vida te pones a inventarte cualquier mentira ridícula que ya sabes que no me voy a tragar. Suponía que alguien con tanta experiencia en terapia sería un poco más sutil a la hora de poner en práctica sus tácticas de despiste.

—Mamá, pupa. ¿Por qué sacas ahora lo de la terapia? Adelante, dime también cuánto dinero te costó, si es que van por ahí los tiros.

—No se trata de dinero, sino de tu vida.

—No, esto va de que tú te metas en mi vida. Va sobre tu dinero y tus expectativas, y sobre que tú eres una metomentodo y sobre todo lo demás. Siempre tú.

Me dio una fuerte bofetada. La miré sorprendido.

—No vuelvas a decir eso nunca.

Me escocía la cara; la tenía caliente y roja. Ella nunca me había pegado; mi padre sí, por supuesto, pero lo hacía con todo el mundo. Por eso se divorciaron. Pero mi madre era diferente: dura como el acero por dentro, aunque esto nunca llegaba al plano físico. Nunca se ponía violenta. La miré sin ninguna expresión en el rostro y ella me devolvió la mirada con los ojos bien abiertos y la boca fruncida. Estaba decidida, resuelta y tan sorprendida como yo.

La mejilla me palpitaba de dolor, pero no levanté la mano para tocármela; simplemente me quedé mirando a mi madre fijamente. Nos quedamos así, sentados en silencio, durante toda una eternidad, hasta que al final volvió a hablar en voz baja:

—Cuando eras más pequeño tenía pesadillas todas las noches sobre mi bebé: solo, pequeño y lejos de su mami. Solía ir a ver cómo estabas tres veces cada noche, a veces incluso cuatro, y te veía acurrucado debajo de la manta: una chispa de calor en una habitación fría y vacía. Algunas noches venías a nuestra cama, pero un día dejaste de hacerlo y me llamabas desde tu habitación; y después también dejaste de hacerlo y... ya no hiciste nada más. Ya no me necesitabas ni tampoco hablabas conmigo, y un día me di cuenta de que ya no era tu mami. —Sus ojos se movieron casi de forma imperceptible. Ya no me miraba la cara, sino que se había perdido en algún punto fantasma detrás de mí—. Yo solía ser April; solía ser «cariño». Ahora ya no sé qué soy.

Me levanté con calma, llevé los platos a la encimera de la cocina y tiré los restos de comida que no habíamos terminado a la basura. Me quedé allí un momento, mirando a la pared.

—Siento haberte dado una bofetada —susurró.

Estiré la mano hacia la encimera, hacia los cuchillos que había junto al fregadero y saqué del bloque uno largo, de cocina. Mi madre ahogó un grito detrás de mí. Era el mismo cuchillo con el que la había amenazado hacía casi un año. Me di media vuelta, me acerqué hasta la mesa y lo posé suavemente delante de ella.

—Acuérdate de esto la próxima vez que dudes de mí —dije—. De los dos, yo fui el que se reprimió cuando la discusión se puso violenta.

Salí por la puerta y me marché en el coche.

—Hola, John —dijo la madre de Marci al abrir la puerta—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Tu profesor ha muerto —dijo tirando de mí hacia dentro—; estoy segura de que te sientes mal por ello.

—Era un pederasta y miraba a su hija como si fuese un caramelo. En mi opinión, ha recibido su merecido.

—Merecía que lo despidiesen y alguna cosa peor —dijo, con un tono de voz severo—, pero no morir.

«¿No lo merecía?» La pornografía conduce a la violencia —así es exactamente como empezó Ted Bundy— y un pederasta en un puesto de autoridad desde el que podía controlar a menores como el trabajo que tenía el señor Coleman no era más que un criminal en ciernes. Llevaba años trabajando en el instituto, así que era muy probable que saliesen historias de alumnos y antiguos alumnos sobre ofrecimientos ilícitos, abusos y puede incluso que violación. Y si nada de esto había sucedido aún, hubiese sido una mera cuestión de tiempo. ¿Qué tenía de malo cortar el problema de raíz?

Por lógico o ilógico que pareciese, en aquel momento no quería discutir sobre aquel

tema. Tenía que analizar las últimas pruebas y para eso necesitaba a Marci.

—Tiene razón —mentí—, nadie se merece eso. ¿Está Marci?

—Está arriba, en su habitación —dijo la señora Jensen—. Me alegro mucho de que hayas venido; a lo mejor tú consigues que se anime un poco.

«¿Animarla? —pensé mientras seguía a la señora Jensen escaleras arriba—. Por muy molesta que esté la madre por la muerte del profesor, ¿por qué iba a estarlo Marci? Ella odiaba al señor Coleman.»

Nos detuvimos frente a una estrecha puerta que estaba cerrada y la señora Jensen llamó suavemente con los nudillos.

—Marci, cariño.

—Quiero estar sola un rato —respondió ésta con la voz quebrada y suave. Había estado llorando.

«Así que está molesta. Las personas con empatía son extrañas.»

—Ha venido John. ¿Quieres hablar con él?

Hubo una pausa y después se oyó cómo movía cosas al otro lado de la puerta.

—Vale —dijo por fin. Abrió la puerta frotándose el ojo con la palma de la mano. Tenía la ropa arrugada y los ojos rojos. Me vio y soltó una risa incómoda—. Siento tener un aspecto tan horrible.

—No, estás bien así —respondí.

—Entra. —Se echó a un lado y señaló la habitación—. Siento que esté tan desordenada.

—Deja la puerta abierta —dijo la señora Jensen con aire severo antes de darse media vuelta y bajar las escaleras.

Entré en la habitación, que efectivamente estaba hecha un desastre, y me senté en la silla del escritorio. Marci se sentó en la cama, que acababa de hacer a toda prisa; cruzó las piernas y se peinó la melena con los dedos.

—En serio, estás bien.

—Bien; entonces, a la mierda con esto. Dejó de toquetearse el pelo y se echó hacia atrás, tumbada en la cama con las piernas aún cruzadas.

—Esto es lo peor.

—Sí —dije mirando toda la habitación. Estaba llena de pósteres, fotos y adornos; algunos eran nuevos, pero otros parecían bastante viejos. No es que hubiese decorado la habitación: la había atacado—. Tu madre me ha dicho lo mismo, pero no pensaba que tú te lo fueses a tomar tan mal.

Soltó una risa hueca.

—¿Pensabas que no me lo iba a tomar mal? ¡Lo han matado por mi culpa!

—¿Qué?

—Esto jamás hubiese ocurrido de no ser por mí. Yo lo denuncié, yo lo puse a la vista de todos, yo lo convertí en un objetivo. Es como si yo misma hubiese apretado el gatillo.

—Eso es ridículo —dije.

Se echó a llorar de nuevo.

—No tienes ni idea de lo que es sentirse responsable de algo así.

Pues sí que lo sabía; de lo que no tenía ni idea era de cómo sentirse mal a causa de ello.

—Escúchame —dije—: si fuese culpa tuya, le habrías hecho un favor al mundo. Pero no eres responsable de nada porque no lo han matado como castigo, así que denunciarlo no conduce directamente a su muerte. Nada de lo que se sabe de la Manitas indica que esté castigando a alguien; las dos primeras víctimas eran totalmente inocentes.

—¿Y cómo es posible que esto no sea un castigo? —preguntó—. ¿No te has enterado de lo de los ojos?

—¿Los ojos? —Eso era nuevo.

—Mierda, aún no lo han hecho público.

—¿Es algo que te ha dicho tu padre? —pregunté inclinándome hacia delante—. ¿Qué es?

La palabra «ojos» me puso la mosca detrás de la oreja; intenté recordar por qué pero no conseguía dar con ello.

—Esta noche, no, John. Ya no puedo con esto.

—Pero ¡es importante! Si la forma de matar ha cambiado, tenemos otra pista. O eso o bien el asesino está empeorando. Si sabes algo nuevo, tienes que decírmelo.

—¿Es que no te importa nada? —preguntó Marci después de incorporarse—. Anoche murió una persona y ¡fue culpa mía!

—Claro que me importa —dije—. Si no fuese así no estaría intentando evitar que siguiese matando.

—No hablo de ella —dijo con ojos suplicantes—. Hablo de mí.

Empezó a sollozar de nuevo, se dejó caer sobre la cama y se acurrucó de costado.

Yo sabía que debía decir algo, pero ¿el qué? Ya me sentía suficientemente raro hablando con Marci cuando estaba contenta y, ahora que estaba triste, no tenía ni idea de

qué hacer.

Ojos... ojos... Lo tenía en la punta de la lengua.

«Charles Albright, el ladrón de ojos.» De pronto me quedé parado, sorprendido por haberlo recordado de forma tan repentina. Unos días antes había hablado de Albright con Marci y con su padre. Había hablado del robo de ojos con un hombre que ya tenía buenos motivos para odiar al señor Coleman; unos días después éste aparece muerto y con los ojos dañados o desaparecidos. ¿Se trataba únicamente de una coincidencia?

¿O es que el agente Jensen era el Manitas?

Era obvio que no era el ladrón de ojos en persona, porque Charles Albright estaba en la cárcel, feliz haciendo dibujos de ojos en las paredes de la celda, pero no obstante podía tratarse de una insinuación o una pista. Quizá fuese un mensaje para mí: «He matado al hombre del que hablaste de la forma que tú mencionaste. Ahora tienes que saber que soy yo.» ¿Acaso se estaba cansando de esperar a que lo averiguase yo mismo? ¿Había pensado en dar un paso más para hacer que yo entrase en acción?

Pero esto no encajaba. Si el oficial Jensen era un demonio y me quería muerto, ¿por qué no me mataba directamente? ¿Y cómo se había convertido en un demonio? Incluso si Nadie carecía de sexo y era capaz de cambiar de forma y asumir la identidad de un hombre con la misma facilidad que tomaba la de una mujer, ¿por qué iba a escoger al señor Jensen? Marci y yo ni siquiera habíamos cruzado una palabra cuando murió la primera víctima... Me detuve de nuevo y sentí náuseas. No habíamos hablado antes del primer asesinato pero sí justo después, concretamente porque su padre le había contado cosas sobre mí. ¿Era posible que hubiese estado orquestando todo esto para juntarnos y preparando cuidadosamente los crímenes por algún motivo que sólo él o ella conocía? ¿Qué podía estar planeando Nadie?

La idea tenía múltiples agujeros: sí, si el agente Jensen fuese humano tendría un buen motivo para odiar al señor Coleman, ya que éste acosaba a su hija; pero si un demonio se estuviese haciendo pasar por él, no lo odiaría. No tendría motivos para variar su patrón y matar a Coleman cuando los ojos de cualquier otra víctima le serían igual de útiles. Había demasiadas piezas que no encajaban en absoluto...

Y sin embargo había otras que encajaban prácticamente demasiado bien. El padre de Marci nos juntó. Él le había contado el secreto de los ojos de Coleman sabiendo que ella me lo diría a mí. El padre de Marci.

Marci.

Volví a mirarla. Estaba hecha un ovillo sobre la cama, sollozando. ¿Era ella o no? Si Nadie era capaz de cambiar de forma, entonces podía ser cualquier persona: Marci, su padre, incluso mi propia madre. Y si Marci era un demonio, eso explicaba por qué se había comportado tan amablemente conmigo. Ella era una chica popular, inteligente y

guapa que, hasta hacía tres semanas, ni siquiera había reparado en mí. ¿Qué planeaba? ¿Qué quería? Si lo que buscaba era matarme, ¿por qué no lo hacía ahora, cuando tenía la oportunidad? ¿Por qué se tumbaba y fingía que estaba llorando?

La camiseta se le había arrugado y recogido alrededor de la cintura, y parte del talle había quedado a la vista; veía su piel lisa y rosácea, el suave bulto de la cadera, la silueta embriagadora de los senos y el trasero a través de la ropa ceñida.

Podía matarla allí mismo: atacarla yo primero, antes de que se diese cuenta de que había averiguado su secreto. Y después de eso, con un poco de tiempo y las herramientas adecuadas podría desentrañar todos sus secretos. Podía abrirla y encontrar el demonio en su interior. Por fin lo entendía todo.

Me temblaban las manos al compás del cuerpo sollozante de Marci.

«Levántate y sal de aquí.»

Me revolví en la silla, lo suficiente como para ver un poco más de su espalda desnuda. Y entonces, sin decidirlo de forma consciente, me vi alejándome, volviéndole la espalda. Eran mis normas sobre mirar a las chicas. Me volví hacia la pared, respirando con dificultad, y me concentré en las chinchetas y arrugas que había en la esquina de un viejo póster.

No debía estar allí. Estaba actuando como un paranoico, viendo demonios por todas partes. Representaba una amenaza para mí mismo y para Marci, y tenía que marcharme.

Me levanté.

—Tengo que irme.

Marci se dio media vuelta.

—John, no te vayas, por favor. Lo siento. Es que estoy hecha polvo...

—No. Debo irme.

Di un paso en dirección a la puerta al tiempo que Marci se levantaba. La camiseta cayó alrededor de su cuerpo y el deseo de quedarme se acrecentó y se convirtió en un géiser a punto de explotar con violencia. Me obligué a desviar la mirada una vez más; todo lo que había pensado aquella noche era una estupidez, una paranoia. Estaba perdiendo el control.

—Debo irme.

—¿Por qué?

Había algo en su voz, pero tenía la mente demasiado confusa como para saber leerlo. ¿Estaba triste? ¿Confundida? ¿Arrepentida? ¿Contenta? ¿Enfadada? Yo estaba a punto de destruir nuestra amistad: iba a abandonarla en un momento de necesidad.

Le estaba salvando la vida.

—Lo siento —dije, pero mi voz sonó tenaz y robótica.

Intenté buscar una excusa, cualquier cosa que me hiciese parecer menos cruel, menos sospechoso, menos vacío. No se me ocurrió nada. Coloqué la mano en el quicio de la puerta y conseguí salir con una despedida.

—No me odies.

Fue lo único que conseguí decir.

Recorrí el pasillo, bajé las escaleras y salí por la puerta sin hacer caso de la confusa despedida de la señora Jensen. Tenía que pensar y allí no podía hacerlo; no podía arriesgarme más todavía. Aunque tampoco podía dejarlo: había pasado algo con los ojos del señor Coleman y necesitaba saber qué significaba eso. Tenía que terminar el rompecabezas y detener al demonio, pero ¿cómo? No podía contárselo a mi madre ni a Brooke y, después de lo que había pasado, quizá no pudiese volver a hablar con Marci. Supuse que siempre me quedaría Max, pero él no era lo que yo necesitaba: no era más que otro chaval bobalicón con visión de túnel. Nos enfrentábamos a un demonio real, no a un asesino corriente; y tratar el asunto como si fuera normal no me había llevado a ninguna parte. O bien la muerte del señor Coleman no tenía ningún sentido, o bien tenía todo el sentido del mundo, sólo que teniendo en cuenta una serie de factores que yo no había considerado. Hasta aquel momento se me habían escapado porque estaba lanzando ideas y discutiéndolas con personas que no reconocían la existencia de lo sobrenatural, pero eso tenía que cambiar. Había llegado el momento de visitar a la única persona que quedaba con quien podía hablar de demonios.

Había llegado la hora de volver a visitar al padre Erikson.

11

El padre Erikson vivía en un chalé de ladrillo de una sola planta, en la zona este de Clayton. Abrió la puerta cubierto con un grueso albornoz por encima de la ropa; era de color azul oscuro y tenía un logo de Disney en una esquina.

—¿Hola? —dijo.

—Hola. ¿Le importa si hablamos?

—¿Y tú eres...? —Me observó durante unos segundos—. Espera, ya te reconozco. Eres el chaval que me hizo preguntas sobre los demonios.

—Sí. ¿Podemos hablar?

—¿De dónde has sacado mi dirección?

—Se llama internet —dije—. Escuche: necesito hablar y necesito que sea ahora. ¿Puedo entrar?

—Eh... claro. Pasa. ¿Sabes tus padres que has venido?

—Por supuesto —mentí—. Nunca voy a ninguna parte sin decírselo antes a papá.

—Bien, eso está... muy bien.

No estaba seguro de que se lo hubiese tragado. Cuando entré, cerró la puerta y señaló el sofá. En televisión ponían alguna especie de culebrón, pero yo no entendía lo que decían.

—Estoy intentando aprender español —dijo, antes de coger el mando a distancia y apagar el televisor.

Yo me senté en el sofá y él se acomodó en un sillón reclinable que ya estaba bastante desgastado.

—Después de hablar contigo la última vez, pregunté en el periódico por el becario del instituto. Al parecer te llamas Kristen.

—En realidad no estoy haciendo prácticas.

—Eso ya lo había supuesto. ¿Cómo te llamas?

Hice una pausa.

—John.

—¿Quieres explicarme qué estás haciendo?

—Han matado al señor Coleman. Era un profesor del instituto.

—Y un miembro de mi congregación —dijo el pastor—. Una tragedia terrible.

—¿Por qué todo el mundo cree que es tan terrible que ese hombre haya muerto? —pregunté—. Era un pederasta; una persona repugnante. Cuando lo despidieron, la gente solamente decía que era un hombre horripilante y que teníamos suerte de haberlo expulsado del instituto. Y ahora que alguien lo ha eliminado de nuestras vidas por completo, ¿resulta que es un drama?

—No hablaba de su muerte —dijo el cura—, aunque eso también ha sido una tragedia. Me refería a su vida.

—Creo que está abusando de la palabra «tragedia».

—Puede que sí —dijo y se encogió de hombros—, pero creo que tú estás exagerando la maldad de David Coleman. Sí, es cierto que cometió pecados y sí, merece ser castigado; pero también hizo muchas cosas buenas que merecen ser elogiadas. Era muy buen profesor y muy buen amigo. Nadie es totalmente bueno ni malo.

—De acuerdo, era un hombre fantástico. Da igual. No he venido por eso: intento averiguar quién lo mató.

—Y como antes, crees que ha sido un demonio.

Asentí. El cura se lo estaba tomando con sorprendente calma. Debía de tratar con mucha gente rara en la iglesia.

—¿Por qué vienes a mí con este asunto? —preguntó.

—Porque intento encontrar a este demonio y pararle los pies, y para eso necesito ayuda. Usted es la única persona que conozco que admite creer en la existencia de criaturas paranormales. Y también porque usted es cura y, si yo se lo pido, tiene que tratar esta conversación como un asunto confidencial.

Enarcó una ceja.

—¿Por qué dices eso?

—Se lo repito: se llama internet. En serio... Como clérigo católico, su iglesia lo obliga a tratar las conversaciones privadas de la forma más confidencial posible. No es legalmente vinculante como en el caso de los psicólogos, pero un buen clérigo, como supongo que lo será usted, accedería a mi petición de buena fe.

Se quedó callado, observándome, como si se estuviera haciendo una composición

mental de mí.

—Eres un desconocido que sale vete a saber de dónde, menor de edad, estás obsesionado con un asesino y convencido de la existencia de monstruos mitológicos. Si soy tan buen cura como dices, debería llevarte a un orientador.

—Conviértase en mi orientador.

—No estoy preparado para hacer de...

—Escuche —dije mientras me ponía en pie—, júreme ahora mismo que guardará el secreto o me largo de aquí. Quiere ayudarme, ¿verdad? Pues así es como puede hacerlo.

Me miró, mientras pensaba, y finalmente asintió.

—Siempre y cuando no te considere una amenaza inmediata para nadie y me permitas presentarte a una terapeuta que conozco, no le hablaré a nadie de esta conversación.

Lo miré fijamente. Él se levantó y me ofreció la mano.

—Te lo prometo solemnemente.

Lo miré a la cara: la boca convertida en una delgada línea, los ojos abiertos, la mandíbula ligeramente apretada. Estaba diciendo la verdad. Le estreché la mano.

—Gracias.

—Gracias —respondió.

Volvimos a sentarnos.

—De acuerdo —dije—. Hasta ahora este demonio ha seguido criterios muy estrictos a la hora de escoger a sus víctimas; si nos fijamos en las dos primeras de Clayton y las siete u ocho anteriores, las de Georgia, resulta que el patrón es sumamente consistente. Se trata de hombres de mediana edad, casados y miembros respetables de su comunidad. El pastor Olsen; el alcalde Robinson; Steve Diamond, que era policía en Athens; Jack Humphrey, algún tipo de líder religioso de Macon; y los otros siguen así. Todos se ajustan al patrón, excepto Coleman: él era más joven, era soltero y la comunidad lo odiaba; además, cuando lo mató estaba desempleado. El resto de las víctimas tenían buenos trabajos, puestos estables.

—Puede que se convirtiese en un objetivo antes de perder el empleo —dijo Erikson—. Sólo hace unos días que lo echaron.

—Es posible —asentí—, porque está claro que ella planea los ataques muy bien y quizá no haya tenido tiempo de encontrar otra víctima. Pero aún hay más diferencias. Resulta que esta vez el demonio le hizo algo en los ojos, cosa que ella no había hecho nunca antes. No existe ningún precedente de esto; y lo que quiero decir con eso es que seguramente sí lo hay, pero no sabemos lo suficiente para identificarlo.

El cura se inclinó hacia delante y frunció el ceño.

—¿Por qué dices que el asesino, el demonio, es una mujer?

—Por la costumbre. Le juro que ya no tengo ni idea de qué sexo tiene esta cosa. Es muy posible que este demonio en concreto sea capaz de cambiar de forma y adquirir el aspecto de cualquiera, así que, si le soy sincero, la persona que buscamos podría ser hombre o mujer, e incluso alguien a quien conozcamos.

—Posesión demoníaca.

—Más o menos, sí.

El cura se echó hacia delante en el asiento y me miró a los ojos.

—Aquí es donde yo empiezo a ponerme nervioso, porque ya no estás hablando solamente de cazar un demonio: estás hablando de cazar a un miembro de la comunidad.

—A alguien que tiene el aspecto de un miembro de nuestra comunidad.

—No —dijo el cura—, no puedes pensar así. Has venido a verme porque crees que soy una especie de experto en demonios, así que escúchame: si a alguien lo posee un demonio, la persona original sigue ahí dentro. Así es como funcionan. A los demonios hay que expulsarlos, no matarlos, y ése es un proceso muy largo y delicado que está diseñado para proteger al anfitrión humano.

—¿Quiere hacer un exorcismo?

—No, no quiero —dijo negando con la cabeza—. No tengo la formación necesaria y no estoy seguro de que sea necesario. Pero lo que intento decirte es que lo más probable es que eso que tú crees que es un demonio no sea más que un tipo normal y corriente, como tú y como yo, y que no esté ocurriendo nada paranormal.

Solté una risotada seca mientras recordaba el día que Forman se convirtió en un montón de ceniza.

—En este caso, tendrá que fiarse de lo que le digo.

—Pero no me fío de ti —dijo—. He pasado contigo media hora, como mucho, y que yo sepa, el nombre que me has dado podría ser falso. Vienes aquí, hablas de cazar demonios y no tengo manera de saber si hablas en serio o en broma, o si estás completamente loco.

—Necesito que me ayude...

—En eso estoy de acuerdo —dijo—, pero estoy seguro de que hablamos de distintos tipos de ayuda.

Nos miramos el uno al otro, resueltos y en silencio; me hervía la sangre de rabia. «¿Por qué no respondía a mis preguntas?» Sus manos abarcaban todo el apoyabrazos del sillón; de tanto apretar se le habían quedado los nudillos blancos y le temblaban los brazos ligeramente, por eso supe que el pastor tenía miedo. Creía que yo era peligroso. Y aun así,

se había enfrentado a mí, estando solo en su casa y sin manera de defenderse. Si en realidad yo fuese tan peligroso como él creía, podría haberlo matado allí mismo.

«Quizá debería hacerlo. Puede que sea un demonio.»

La idea no había acabado de formarse en mi cabeza y ya sabía que era una estupidez. Era imposible que él fuese el demonio, igual que tampoco podía serlo Marci. Estaba desesperado; quería abandonar la caza y matar algo o a alguien: veía demonios en todas las sombras, detrás de cada rostro, mirándome a través de cada par de ojos.

«Ojos.» Los ojos debían de tener algún significado. Cuando una asesina cambiaba sus métodos, siempre significaba algo. Pero el padre Erikson no me iba a ayudar a averiguarlo. Nadie quería ayudarme a pararle los pies a los demonios: solamente querían salvarme de mí mismo. «¡Yo no soy la mayor amenaza en esta situación!»

Sin embargo, el cura estaba convencido de ello. Y no sabía cómo me apellidaba.

Podía utilizar esto a mi favor.

Había ocurrido lo mismo con mi antiguo terapeuta, el doctor Neblin. Empezábamos a hablar del malo y siempre acabábamos haciéndolo de mí. Gente como Max o Marci se interesaban de verdad por ese tipo de cosas, pero los adultos siempre asumían que les estaba hablando de mí mismo; que las situaciones que describía eran una especie de complicadas metáforas sobre mis sentimientos. Neblin, el cura, mi madre... Ésa era toda la ayuda que me querían prestar. Así que, ¿por qué no dejar al cura que lo hiciese?

—Digamos que soy tan peligroso como usted cree —afirmé y me incliné hacia delante. «Mantén una actitud imponente; aunque sólo digas cosas para ganar tiempo, al menos él sigue hablando»—. Digamos, por el bien de esta discusión, que yo soy el Manitas.

—No creo que tú seas el Manitas.

—Fínjalo. Vamos a ver: ¿qué quiere decirme?

Entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Acabo de matar a tres personas. ¿Por qué?

—No... no sé por qué.

—Acabo de arrancarle los ojos a un hombre, cosa que nunca había hecho antes. ¿Por qué razón?

—¿Por qué me haces estas preguntas?

—Ha dicho que quería ayudarme, ¿verdad? Pues, venga, hágalo. Psicoanalíceme. Ofrézcame los sabios consejos de la Biblia. —Apreté el puño; empezaba a ponerme nervioso, pero traté de mantener la calma—. Un asesino en serie le ha pedido ayuda;

maldita sea, ¡ayúdelo!

—Yo... —Hizo una pausa—. Tendrás que darme más datos.

—¿Sobre qué?

—Si eres un asesino, ¿por qué estás aquí?

—¿En su casa?

—En Clayton.

Asentí. «Buena pregunta. Puede que esto funcione.»

—Estoy buscando a alguien.

Tragó saliva.

—¿A alguien en particular?

—Sí. Pero no sé quién es. Alguien del pueblo ha hecho algo que me ha enfadado mucho y he venido a encontrarlo.

—¿Qué fue lo que esta... persona misteriosa hizo para que te enfadases?

«¿De quién cree que estoy hablando?»

—Eso no le importa —dije con cautela—. Sé que existe, pero nada más.

—Entonces, ¿por qué matas? —preguntó.

—Dígamelo usted.

—Estás... —Hizo otra pausa—. Estás enviando un mensaje. Las personas que matas y el modo en que lo haces son mensajes para el hombre que buscas; de algún modo, representan aquello que te enfureció tanto como para venir a buscarlo.

—Muy bien —asentí—. Pero recuerde que antes de venir aquí maté a ocho personas en Georgia, utilizando siempre el mismo método.

—En ese caso, si las muertes son mensajes —dijo el cura—, entonces el asesino, o sea tú, está enviando el mismo mensaje aquí que antes.

«Interesante —pensé—. Y si los mensajes de ahora van dirigidos a un cazademonios, o sea a mí, ¿significa eso que los de antes eran para otro cazademonios de Georgia? Los demonios existen desde hace muchísimo tiempo: es imposible que yo sea el primer humano que los haya descubierto.»

—¿Quiere decir que el hecho de que les falten las manos y la lengua es una amenaza? —pregunté siguiendo lo que yo estaba pensando.

—¿Tú crees que lo son?

—Tiene sentido. Es como una especie de «Esto es lo que te voy a hacer si te

encuentro», más o menos.

—¿Aún estamos hablando de ti?

—¿Le resulta más cómodo?

—No me siento cómodo de ninguna de las maneras.

—En ese caso, da igual —dije—. Siga hablando. Si los cuerpos mutilados son amenazas, ¿por qué cambiar el patrón después de diez cadáveres y empezar a arrancarles los ojos?

—¿Qué les hizo exactamente en los ojos? —preguntó el cura—. En las noticias no han dicho nada de eso —calló de pronto y volvió a hablar con un volumen más bajo—: ¿Cómo te has enterado?

—Soy el Manitas.

—No eres el Manitas, pero sí eres... algo. ¿Qué me estás ocultando?

—¿Cree que soy peligroso?

—No me cabe duda de que lo eres.

—¿Soy un peligro para usted?

Se quedó callado y me observó a través de los ojos entrecerrados. Un momento después, sacudió la cabeza.

—Sólo si crees que soy la persona que buscas.

—Es el demonio el que busca a alguien, no yo.

—Y tú buscas al demonio, o lo que quiera que sea; y cuando encuentres a la persona en la que crees que está, que Dios lo ayude. Eres un chico muy centrado, no te lo negaré, pero también eres como una pistola cargada. La tienes amartillada y estás apuntando. En cuanto el objetivo se cruce contigo, lo destruirás. —Se echó hacia delante—. Te lo suplico: ten cuidado a quién apuntas. Si escoges un objetivo equivocado, habrás tirado la vida por la borda.

Me acordé de Marci, tumbada totalmente indefensa sobre su cama; me acordé de Brooke, encadenada a la mesa de Forman. Pensé en mi madre, alejándose de la punta del cuchillo; en cien madres diferentes lanzando el teléfono contra la pared, chillándome que deje de llamar, abrazándose aterrorizadas a sus hijos, en la oscuridad.

—Entonces, ayúdeme —susurré—. No puedo hacer esto yo solo.

—Entonces, no lo hagas.

—No puedo pararlo. —Cerré los ojos y gruñí apretando los dientes—. Aunque yo me detenga, ella seguirá adelante. O muere ella o lo haremos todos. ¿Por qué nadie se da cuenta de ello?

—Si tu ojo te fuere ocasión de caer... —susurró el cura.

«Tu ojo.» Levanté la mirada con rapidez.

—¿Qué?

—Es parte del Evangelio. «Si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti.» Mateo, capítulo quinto, versículo veintinueve.

Sentí el cosquilleo de la anticipación. «Esto es importante.»

—Continúe.

—Es una metáfora —dijo—. «Más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.»

Hice una pausa para deconstruir la afirmación.

—Quiere decir que una parte puede estropear el conjunto, así que es mejor deshacerse de ella que permitir que se corrompa todo.

—Exacto —dijo él—. Si se saca de contexto, ese fragmento podría entenderse como una justificación del asesinato.

—¿Hay más? —pregunté—. Me refiero a los Evangelios, ¿dicen algo más?

—Sí —dijo el cura y levantó la cabeza para mirarme con expresión de sorpresa y los ojos bien abiertos—. Así es. El siguiente versículo dice lo mismo, pero sobre las manos.

—La hostia...

Se puso en pie, con la mirada perdida.

—Esto es real.

—Entonces, estábamos en lo cierto con lo del mensaje —dije—, pero lo que no habíamos entendido era su naturaleza: creíamos que era un anuncio, «Aquí estoy, vengo a por ti», pero se trata de una lección. Coleman murió porque era un pecador; miró algo que no debía y por eso perdió los ojos. Lo eliminaron por el bien común.

—Pero el resto no lo eran —dijo el cura—. ¿Por qué los mató?

—Usted mismo lo ha dicho: nadie es blanco o negro del todo. Los mató porque... por cosas que dijeron, supongo. Por eso les cortó la lengua. Y después las manos por lo que habían tocado o habían hecho.

El padre Erikson me miró con recelo.

—Realmente te crees todo esto, ¿verdad? Piensas que toda esta gente tiene que morir para que el resto nos salvemos.

—Yo... —negué con la cabeza—. No soy yo, es el Manitas.

—Pero tú has dicho lo mismo.

—Era un ejercicio para hacerle pensar —dije—. Evidentemente, no digo que debamos matar a nadie.

—Pero sí has dicho que deberíamos matar al Manitas —dijo y se acercó lentamente hacia mí—. Y antes, al llegar, también has dicho lo mismo: que no deberíamos sentirnos mal por la muerte de David Coleman. Has dicho que estábamos mejor sin él y que deberíamos alegrarnos de que lo hayan matado.

—Oiga... —callé, desconcertado—. Yo soy el bueno. Intento detener a un asesino.

—Matando. Tanto si lo consigues como si no, en nuestra comunidad seguirá habiendo un asesino.

«¡No!»

—¡Yo no soy un asesino! —grité—. ¡No soy una amenaza para ningún miembro de esta comunidad! ¡Intento ayudar a la gente!

—¿Y no crees que el Manitas se dice lo mismo?

Me abalancé hacia él con un rugido.

—¡Deje de repetirlo!

Él se mantuvo imperturbable y yo me detuve a centímetros de su cara. Me obligué a respirar de forma regular; luché por evitar que el gruñido salvaje que nacía en mi garganta saliese de mi interior. Aguanté su mirada un momento más y después me di media vuelta y caminé rápidamente hacia la puerta.

—¿Qué piensas hacer? —gritó con tono grave y triste.

Me detuve con la mano en el pomo de la puerta.

—Nos hemos hecho una promesa —dijo él—. Mantén tu parte y yo mantendré la mía.

Me volví hacia él e intenté leer su rostro. «Es imposible que me deje marchar. —Lo miré a los ojos—. Sabe que puedo poner a todos los que me rodean en peligro. ¿Va a dejar que me marche sin más?»

Él no se movió y yo tampoco.

—¿Has dicho que te llamas John?

Asentí.

—John, quiero ayudarte. Me gustaría que hablaras con una persona que conozco.

—Una terapeuta.

—Sí.

Miré la puerta fugazmente y volví a mirarlo a él.

—Si me marcho ahora mismo, lo único que tiene es mi palabra.

—¿Eres de fiar?

Hice una pausa.

—No.

—Entonces dime cómo te llamas.

—¿Para que me pueda delatar?

—Para ponerme en contacto contigo y presentaros.

La mera idea me puso nervioso. «Tengo que seguir manteniendo el anonimato.» Sentí acidez de estómago y me apoyé sobre los talones, listo para echar a correr. El cura no se movió.

«¿Puedo fiarme de él?»

Lo miré a los ojos.

—¿Y si lo amenazo?

—Yo no soy ese demonio y lo sabes. No me vas a hacer ningún daño.

—¿Y si salgo corriendo?

—En ese caso seré un buen ciudadano e iré a la policía para hablarles sobre el joven que me ha contado que quiere matar a una mujer del pueblo.

Respiré hondo. «Mátalo y ya está. Hazlo ahora que no se lo espera; lánzalo contra la pared y pártelo el cuello contra la silla. Escóndelo en el sótano. Nadie se enterará.»

—Deme una semana —susurré—. Sólo una semana.

—Acabas de decir que no me puedo fiar de ti.

Lo miré a los ojos.

—Puede fiarse de mí durante una semana.

Se quedó callado un momento; los ojos le brillaban mientras pensaba. Finalmente, asintió.

—Una semana y después vuelves aquí. Pero si le haces daño a alguien, te juro por Dios que el tormento no se acabará en esta vida.

Respiré.

—Una semana.

Abrí la puerta y desaparecí en la oscuridad.

12

Volví a casa por el camino más largo, mirando constantemente por encima del hombro para ver si alguien me seguía. Dondequiera que mirase, veía algún movimiento por el rabillo del ojo: formas y sombras que sabía que me observaban, que querían darme caza. Pero en cuanto me volvía, desaparecían. «He hablado demasiado.» Me sentía nervioso, tenía náuseas y no podía parar de temblar. Aparqué a varias manzanas de casa, entré en el jardín trasero de un desconocido y salté la valla para adentrarme en el bosque. Aquello era una orgía de oscuridad; las sombras y siluetas apenas se distinguían de la sofocante negrura de la noche. Esperé y observé a mi alrededor; escuché con absoluta concentración, pero nadie me había seguido. Estaba solo. Me abrí paso entre los árboles a tuestas; a un lado tenía casas a oscuras y al otro, una extensión interminable de bosque. Finalmente llegué al aparcamiento de la funeraria. Nadie me esperaba: no había coches de policía ni monstruos cubiertos de babas. Eran casi las dos de la mañana. Entré en casa, cerré bien la puerta y caí rendido en la cama.

La teoría religiosa tenía sentido: los tres asesinatos podían haber sido obra de alguien que se hubiese autoproclamado un vengador sagrado. Pero ¿por qué iba a querer Nadie, un demonio, castigar a los pecadores? No había venido a Clayton por gusto, pues yo la había llamado y había venido a cazarme. Cualquier cosa que ella hiciese tenía que tener sentido observada a través de esa lente.

¿Acaso me veía a mí también como un pecador? Había matado a dos de sus amigos...

Principalmente cabían dos posibilidades: o bien se trataba de un complejo plan para averiguar quién era yo y llevar a cabo su venganza, o bien estaba pasando el rato mientras me buscaba a través de otros medios. A todos los demonios que había conocido hasta el momento les faltaba algo: carecían de identidad, de cuerpo o de emociones. Mataban porque eso les ayudaba a rellenar esos huecos, aunque solamente fuese durante poco tiempo. Aquel demonio no mataba a gente porque fuesen pecadores, sino porque convencerse de que lo eran hacía que el asesinato cobrase un sentido vital en su mente. Era la única manera que ella tenía de tapar los agujeros que tenía en el alma.

Necesitaba saber qué significaba para ella la culpabilidad de las víctimas y eso implicaba que tenía que saber exactamente de qué los consideraba culpables. El señor Coleman lo era de haber mirado pornografía en la que participaban menores, así que lo

mató y le extirpó los ojos: los órganos que cometieron la ofensa. Hasta ahí todo estaba relativamente claro y sencillo. Pero ¿qué habían hecho las otras dos víctimas?

Al pastor Olsen y al alcalde Robinson no les había quitado nada, aparte de las manos y la lengua. Estos dos elementos parecían ser una especie de punto de partida; podía ser que se llevase las manos y la lengua de todos los pecadores, independientemente del crimen que hubiese cometido cada uno, y que se llevase algo más de los que eran especialmente malvados.

Era fácil adivinar lo que significaba la lengua: representaba lo que la gente decía. Pero ¿qué había dicho el pastor para desatar la cólera del Manitas? ¿Y el alcalde? En ese sentido, ninguna de las tres víctimas tenía mucho en común con las otras dos: uno hablaba de religión, otro sobre política y el último enseñaba matemáticas en un instituto. El alcalde y el maestro quizá coincidiesen en el tema de la economía, pero el pastor no, eso seguro; a menos que hubiese dado un sermón sobre la oferta y la demanda o algo así.

«Sermonear. Predicar y enseñar.»

Puede que la coincidencia no tuviese nada que ver con lo que decían, sino con su público: los tres ocupaban puestos con cierta autoridad. Las tres víctimas eran hombres que se ganaban la vida hablando con la gente. Hacían planes para los demás, los guiaban. El alcalde no era un maestro en el sentido que lo eran el pastor y el señor Coleman, pero sí tenía una influencia enorme sobre todo el pueblo. En resumidas cuentas, los tres hombres eran líderes.

Eso convertía al padre Erikson en un objetivo claro —a él y a cualquier otro pastor o maestro de la localidad—, pero de momento estaban bien. El demonio no mataba indiscriminadamente y el simple hecho de colocar los cadáveres con tanto cuidado implicaba que intentaba enseñarnos algún tipo de lección. Tenía un mensaje que darnos y quería que le hiciésemos caso y lo entendiésemos. Con los primeros asesinatos no habíamos comprendido lo que quería decirnos, así que ahora iba con más cuidado; por eso «firmó» el cadáver del alcalde con unas alas de plástico ensangrentadas y se representó a sí misma como el ángel de la muerte; también por eso había hecho la lección mucho más clara al arrancarle los ojos a Coleman. Eso quería decir que la próxima víctima sería un personaje similar al señor Coleman: un líder de la comunidad con un pasado sórdido, para que a nadie se le escapase el significado. Todo lo que yo tenía que hacer era encontrar el candidato con más probabilidades de ser el próximo y esperar, listo para pillar a Nadie a punto de matar. La idea era perfecta.

Y, sin embargo, no lo era.

El padre Erikson me había diseccionado; había anulado la cuidadosa sarta de mentiras que yo había ideado para protegerme a mí mismo de la verdad: que en realidad yo era un asesino, que no era mejor que cualquier otro. Pero no podía dejarlo; simplemente, no tenía forma ni recursos para dar media vuelta y alejarme de todo aquello. Si no le paraba los

pies a Nadie, ella iba a continuar matando, cosa que me convertiría a mí en responsable de los asesinatos. Y yo me negaba a ser responsable de la muerte de personas inocentes.

Si conseguía averiguar quién era el próximo objetivo y detenía a Nadie antes de que llegase al lugar, iba a salvar vidas. Eso si todo salía a la perfección, cosa que no solía ocurrir. Sin embargo, si encontraba la manera de involucrar a la policía, ellos podrían entrar en acción antes y proteger al objetivo. De ese modo, yo no tendría que matar...

«Pero quiero matar.»

No. Paso a paso. Encuentro el objetivo, hablo con la policía y después averiguo si yo estaba en lo cierto o no, sin poner a nadie en peligro. Entonces, la vez siguiente, lo haré yo mismo. Estaré preparado. Puedo matar al demonio.

Si ella se mantenía fiel a su patrón, la próxima muerte se iba a producir dos semanas después: la noche del miércoles veintidós o el jueves veintitrés por la mañana. Parecía que había tiempo más que suficiente para seleccionar un pecador, pero no era así.

En el condado de Clayton había una cantidad espantosa de pecadores.

La tarde siguiente, aparqué delante de casa de los Jensen y apagué el motor, pero estaba demasiado nervioso para entrar. El padre de Marci era el único agente a quien conocía en persona, así que si la idea era presentarle el plan a la policía, tenía que ser a través de él. Ya habíamos hablado antes: él era consciente de que yo sabía del tema y además se fiaba de mis opiniones. No obstante, si Marci me odiaba tanto como yo creía —o si simplemente había dejado de caerle bien—, mis posibilidades de hablar con él se reducían prácticamente a cero.

Todo ello sin tener en cuenta la posibilidad que aún me rondaba la cabeza de que él fuese el demonio. Sólo porque yo hubiese descubierto la razón por la que mataba el demonio, no quería decir que supiese quién era; y si Nadie era capaz de robar cuerpos e identidades igual que Crowley, en realidad podía tratarse de cualquiera. Aun así, por mucho que el agente Jensen fuese un demonio, si es que lo era, todavía no me había matado. Ahora que yo era consciente de que tenía de quien sospechar, yo podía andarme con los ojos bien abiertos y mantenerme un paso por delante. La única manera de descubrir su plan, si es que tenía alguno, era observarlo tanto como pudiese. Respiré hondo y salí del coche.

Era un día más fresco de lo habitual y cuando subía las escaleras para llamar a la puerta con los nudillos sentí un escalofrío. La puerta de dentro estaba abierta como de costumbre y a través de la mosquitera se filtraba un aire cálido. Oí los ruidos habituales de la familia de Marci: el televisor encendido, los niños gritando, pisadas en la escalera y correteos por el pasillo. Esperé un momento y al instante apareció Marci detrás de la mosquitera. No le vi expresión alguna.

—Hola —dijo.

—Hola.

A pesar de todo el rato que llevaba preparándome para esta visita —planificando la charla que iba a tener con el agente Jensen y la estrategia de huida si al final él resultaba ser un demonio—, no tenía ni idea de qué decirle a Marci. Una vez más me quedé quieto, sintiéndome como un robot, buscando en su cara una señal a la que aferrarme y que me indicase cómo comportarme. Pero ella miraba hacia un lado, apartando la mirada de mi cara.

Me acordé de que había estado llorando, de lo triste que estaba, e intenté obligarme a empatizar a base de fuerza de voluntad. Fue inútil. Al final tuve que recurrir a mi viejo truco: fingir. ¿Qué le diría una persona normal a una amiga triste?

—¿Estás bien? —pregunté.

Sonó bastante torpe, demasiado alto y directo. Observé con atención para ver si había alguna respuesta por su parte y ella asintió.

—Sí. ¿Y tú?

Se volvió hacia mí y me miró a los ojos. Los tenía rojos de llorar; no había venido a clase en todo el día, así que me pregunté si llevaba llorando desde anoche.

—Yo estoy bien.

«¿Qué diría una persona normal?» Aquello no se me daba bien y, al igual que la primera vez que nos sentamos en la cocina a hablar, supe que con ella no podía fingir. No podía ser otra persona. Respiré hondo.

—Mira —dije—, no tengo mucha mano con las personas. No sé hablar con ellas ni... reaccionar, y mucho menos consolarlas. Sé que anoche estabas muy triste y ojalá hubiese podido hacer algo para ayudarte pero... no pude. Lo siento.

Se echó a llorar de nuevo.

—No, no —dijo negando con la cabeza y me preparé para lo peor—. Anoche estaba hecha un desastre. Estaba histérica, no fue culpa tuya. —Hizo una pausa—. Tal y como te traté, no creía que fueses a venir de nuevo.

Ésa no era la reacción que yo esperaba.

Apoyó una mano sobre la puerta mosquitera.

—¿Quieres pasar?

Vacilé una fracción de segundo.

—Vale.

Ella empujó la puerta mosquitera para que se abriese y, cuando me disponía a entrar, me atrapó en un abrazo mientras aún tenía un pie en el aire. Me envolvió entre sus brazos

y escondió la cara en el hueco de mi cuello. Sus lágrimas me mojaron la piel y sentí cómo su pecho chocaba con el mío y los rápidos latidos de su corazón.

—No te odio —susurró—. Siento mucho que pensases eso.

Lentamente la rodeé con los brazos y la toqué con cierta vacilación. Las veces que yo había abrazado a alguien en los últimos ocho años se podían contar con los dedos de una mano: no tenía ni idea de qué hacer. Le di un par de palmaditas antes de dejar los brazos quietos y abrazarla, sin más.

—Lo siento —dijo. Se sorbió la nariz y se apartó—. Si me descuido te voy a llenar de mocos. Entra.

El teléfono sonó dos veces antes de que el padre Erikson contestase.

—¿Sí?

—No llame a la policía.

Yo estaba en la cabina que había junto al bar de carretera y ni me había molestado en disimular mi voz.

—¿Quién...? ¿John?

—Sí.

—John, hicimos un trato. O hablas con esa persona o llamo a la policía. No puedo dejarlo pasar.

Lo tenía todo pensado de antemano, había planeado todos mis movimientos para despistarlo.

—¿Cree que estoy loco?

Hizo una pausa.

—Sólo es una terapeuta, John, no una psiquiatra. Te ayudará a solucionar algunas cosas.

Una mujer. Ya había buscado a todos los terapeutas y psicólogos del pueblo y de los tres que había encontrado, dos eran mujeres: Mary Adams, que ayudaba a la gente a recuperarse en el hospital, y Pat Richardson, la orientadora del instituto. ¿De cuál de las dos sería amigo?

—No me estoy echando atrás, sólo... Es que no quiero que nadie piense que estoy loco, ¿sabe? —Intentaba sonar avergonzado y sincero, pero fingir emociones nunca se me había dado bien. Me pregunté si se lo estaba tragando—. Nunca he ido a terapia; estoy un poco asustado.

—No tienes nada que temer —dijo, y yo intenté interpretar el tono. ¿Tranquilizador? ¿Impaciente? Realmente odiaba tener que hablar por teléfono, pero en ocasiones era la

única forma segura de hacerlo: no podía verme ni tocarme y no tenía ni idea de dónde estaba—. Es muy discreta; nadie te verá hablando con ella, nadie que te conozca.

Sonreí. «Eso significa que no es la del instituto.» Dada su especialidad, la doctora Adams del hospital era una opción algo extraña, pero el plan podía funcionar.

—Por favor —dije—, sé que no era el trato que habíamos hecho, pero... hice caso de lo que me aconsejó y tengo cita con una orientadora del hospital. No se me ocurría a qué otro sitio podía acudir. Por favor, permítame hablar con ella sin llamar a la policía.

Se quedó callado y yo sabía que lo estaba pensando. Él sabía que yo era muy voluble y, si él creía que yo iba a ver a la terapeuta a la que me quería presentar, ¿por qué seguir insistiendo con el tema? Con ese plan no iba a conseguir quitármelo de encima para siempre, pero sí iba a conseguir algo más de tiempo, al menos una semana.

Eso si se lo tragaba.

—¿Padre?

—Sí, John. Me parece bien.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Gracias.

—Si necesitas cualquier otra cosa —dijo—, si quieres que volvamos a hablar, estoy a tu disposición.

—Gracias, padre. Es muy amable.

Y colgué.

Por muy sociópata que fuese, sabía que volver a mencionar al Manitas los primeros días después de la reconciliación con Marci era una estupidez. Lo que hicimos fue estar tirados en el sofá viendo la tele, juntos y en silencio, mientras yo me mordía la lengua e intentaba no hablar de asesinos, cadáveres y vengadores sagrados. Finalmente, un sábado lluvioso en que estábamos jugando al póquer en su habitación, no pude resistir más y posé la mano de cartas sobre la cama.

—Llevamos toda la semana sin hablar del Manitas.

—Gracias a Dios —dijo y señaló mis cartas—. ¿Vas o no?

—En serio: creo que lo he descubierto.

Marci frunció el ceño.

—¿Sabes quién es?

—No, pero creo que sé por qué mata. Y creo que podemos adivinar quién será el próximo.

Miró las cartas en silencio durante un buen rato. Finalmente, negó con la cabeza.

—No, no quiero.

—¿Qué?

—No quiero volver a eso. Me supera, es demasiado cercano. No quiero ser responsable de otra muerte.

—Pero precisamente por eso debemos hacerlo —dije—, para que no haya más muertos.

—Pero es que seguirá habiéndolos. No somos más que un par de críos de dieciséis años: no podemos detener a un asesino. No deberíamos ni intentarlo: tendríamos que dejar que la policía hiciese su trabajo y nosotros, el nuestro. No se trata de un juego.

—¿Quieres saber por qué lo del señor Coleman fue culpa nuestra?

—Por el amor de Dios, no.

—Porque el Manitas castiga a los pecadores —dije—. Nosotros pusimos a uno a la vista de todos y eso lo convirtió en su objetivo. Pero no le vale cualquiera; tienen que ser pecadores que ocupen puestos de cierta autoridad, líderes de la comunidad como pastores, profesores y funcionarios del gobierno.

—John...

—Cada ataque es peor que el anterior —dije—. ¿Te acuerdas de las treinta y siete puñaladas que tenía el alcalde Robinson en la espalda? Pues Coleman tenía sesenta y cuatro.

—Por favor, basta ya.

—Sesenta y cuatro —repetí—. Y dentro de semana y media se nos habrá acabado el tiempo y ella nos libraré de otro pecador, alguien importante, una figura pública. Así todo el mundo entenderá el mensaje. Pero ahora que hemos resuelto el rompecabezas podemos encontrar a la próxima víctima antes de que la mate. —La miré a los ojos fija e intensamente, y ella me devolvió la mirada—. Marci, por favor: tienes que ayudarme.

Me lanzó una mirada cargada de dureza. Intenté adivinar lo que pensaba. ¿Iba a cooperar conmigo o a rechazarme?

—Es imposible —dijo—. ¿Cómo vamos a saber a quién considera un pecador ese engendro?

«Eso significa que se lo está pensando. No descarta la idea del todo. ¡Más madera!»

—Podría tratarse de otro pastor o de un profesor —afirmé—; a lo mejor, el director del instituto.

De pronto se quedó blanca.

—Podría ser un poli.

Asentí.

—Cualquiera con cierta autoridad vale, aunque solamente si tiene algún tipo de oscuro pasado; no tiene que ser un secreto, sino algo que todo el mundo sepa. Tu padre debería estar totalmente a salvo.

Continuó mirándome fijamente con su boca convertida en una estrecha línea de color rosa. El ceño le proyectaba una sombra sobre los ojos y su mirada era lúgubre.

—El sheriff Meier debería estar a salvo —dijo—. Mick Herrman, Craig Moore; a ellos tampoco debería pasarles nada. —Me quedé en silencio y ella entrecerró los ojos, como si forzara la vista—. ¿Lo ves? Por eso no quería empezar con este tema; no me gusta pensar en las cosas malas que hayan podido hacer y no quiero sentirme culpable si me olvido de algún hecho terrible y alguien muere por culpa de ello.

—¿Qué me dices de...?

—Ellingford —dijo de pronto y abrió los ojos—. Larry Ellingford. Era un agente a quien le hicieron una inspección hace dos años por abuso de autoridad; estaba poniendo multas falsas por exceso de velocidad a gente que no le caía bien. Aunque no sé si sigue aquí; hace mucho que no sé nada de él.

—Muy bien. ¿Se te ocurre alguien más?

—¿Por qué estoy haciendo yo todo el trabajo?

—Vale —asentí—. ¿Qué me dices de la señorita Troyer, la subdirectora del insti? Por aquel asunto que se decía el año pasado de que había amañado los resultados de la elección al comité de estudiantes.

—¿Crees que eso sería suficiente? —preguntó ella—. Si el Manitas mata a alguien por eso, nadie está a salvo.

—Estoy en plena lluvia de ideas. Digo todo lo que se me ocurre.

Ella hizo una pausa y de pronto enarcó la ceja.

—¿Y Curt Halsey?

Un torrente de ideas se me pasó por la cabeza, tropezando las unas con las otras intentando llegar la primera. «Si hay alguien que se merezca que lo mate un demonio...»

—¿Te refieres al tipo que quemó la casa de Forman?

—¿Por qué no? —preguntó—. Es sospechoso de homicidio, un pecado bastante gordo.

—También está bajo custodia policial —dije—. Ella no podría ni acercarse a él. Además, considerarlo como un líder de la comunidad es estirar un poco los requisitos que debe cumplir el candidato.

—La gente cree que mató a Forman. Se está llevando todo el mérito, como si fuera un héroe; si la verdad saliese a la luz, se te concedería a ti.

—Cierto. Eso nos deja tres posibilidades: uno que podría haberse mudado, otra que sólo es un pecador en el sentido más amplio de la palabra y un tercero que está en la cárcel. No es una lista muy útil.

—Suficiente para esta noche —dijo, antes de coger sus cartas y desplegarlas como un abanico—. Se acabó pensar en todo eso por hoy. ¿Vas o no?

La miré, pero ella me devolvió la mirada y ladeó la cabeza con una expresión que quería decir: «Intenta llevarme la contraria.» Asentí, cogí las cartas y las desplegué.

—Dame todos tus cuatros.

—Te has equivocado de juego —replicó con tono severo, pero poco a poco se le fue dibujando una sonrisa en la cara y finalmente se rió—. Asumo que no vas. Gano yo. —Arrastró el montón de M&M's que había en la moqueta hacia otro montón mucho más grande que tenía junto a las piernas—. Aún te quedan unos cuantos. Baraja y así acabaré de librarte de todos.

—Los vas a compartir conmigo igualmente.

—No me provoques, listillo.

Recogí las cartas y barajé; mientras tanto, hacía una lista mental de los nombres de posibles víctimas.

El lunes por la noche sonó el teléfono mientras cenábamos. La pantalla del aparato decía «Jensen».

—¿Sí?

—John —dijo Marci a toda prisa—, ¿estás viendo las noticias?

—Ahora mismo, no.

—No importa; no sé ni si ha salido aún.

—¿Qué?

—¿Puedes venir?

—Un momento, que no te entiendo.

—Han detenido a William Astrup —dijo—. La emisora de mi padre estaba encendida y lo he oído desde el pasillo; lo han arrestado en Springdale por estar tratando con una prostituta.

Fruncí el ceño. Springdale —el valle de la primavera— a pesar de su alegre nombre, el barrio más pobre de todo el condado de Clayton: una larguísima cadena de bloques de apartamentos que se extendía por todo el centro de la ciudad. Era exactamente la clase de

lugar donde ir a buscar a una prostituta, pero no el tipo de sitio donde alguien esperaría encontrar a un líder de la comunidad.

—¿Quién es William Astrup? —pregunté—. ¿También es policía?

—¿De verdad no sabes quién es? Es el dueño del aserradero, el hombre más rico del condado y el que emplea a más gente. El resto de los empresarios ni se le acerca. ¿Cómo es posible que no lo sepas?

—La verdad es que estoy asombrado de que tú sí lo sepas. ¿Cómo sabes quién es el propietario del aserradero?

—Ven a casa, ¿vale? —dijo—. Es nuestra próxima víctima, tiene que serlo, y no quiero decírselo a mi padre sin ti.

Marci tenía razón: parecía la víctima ideal del Manitas y tan sólo quedaban unos días. Pero por ridículo que pareciese, no era capaz de quitarme una idea de la cabeza: que el agente Jensen podía ser un demonio. ¿Debía ir y contarle todo el plan? Me detuve un momento e intenté analizar la situación. Si él era el demonio, entonces seguro que tenía un plan mucho mayor del cual yo no tenía ni idea; por lo tanto, meterme en su vida era la mejor manera de descubrirlo. Y si al final resultaba que no lo era, él podría salvar a la víctima mientras yo me escabullía en la oscuridad y dejaba al demonio fuera de combate.

Por un instante pensé en no decirle nada en absoluto para estar completamente seguro de que nadie iba a interferir en la trampa que le iba a tender a Nadie. Si la víctima no sospechaba nada y la policía se mantenía al margen, el tal William Astrup podía ser el cebo perfecto. Pero ya era demasiado tarde: al involucrar a Marci en todo aquel asunto, también había arrastrado con ella su sentido de la ética. Ella quería proteger a la víctima y se iba a encargar de que así fuese, lo dijera yo o no.

—No tardo ni un minuto —dije.

—Hasta ahora.

Colgamos los dos y me di media vuelta para salir.

—¿Le ha pasado algo a William Astrup? —preguntó mi madre.

—¿Es que soy el único que no conoce a este tipo?

—¿Qué pasa?

—Nada —dije—. Tengo que ir corriendo a casa de Marci.

—¿Puedes acabarte primero la cena?

—No.

Bajé las escaleras, salí por la puerta lateral y fui en coche a toda prisa hasta la casa de Marci. Al llegar allí me crucé con su padre, que se dirigía al coche patrulla con ella pisándole los talones.

—Aquí está —le decía al tiempo que yo salía del coche—. Escúchale un momento.

—Venga, deprisa —dijo mirándome—. Al parecer tienes algo que contarme sobre el Manitas.

—Sí —dije. Se me agolpaban las ideas y estaba esforzándome por ponerlas en orden—. Tiene que... quiero decir que... —No estaba listo para explicar todo aquello. Me gustaba tomarme mi tiempo y planear las cosas en lugar de precipitarme a ciegas—. Va a intentar matar a William Astrup.

El agente Jensen entrecerró los ojos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque los objetivos de la asesina son líderes de la comunidad que, según ella, han obrado mal —dije—. El Manitas es una vengadora sagrada; no se trata de un perfil muy común de asesino en serie, pero le prometo que en este caso va en serio. Intenta salvarnos, enseñarnos algo, purificarnos o lo que sea. Y el arresto de un hombre rico y poderoso como Astrup es exactamente el tipo de cosa que le llama la atención.

—Un momento. ¿Cómo sabes...? —Me observó unos instantes y después gruñó entre dientes y se volvió hacia Marci—. Marci Elizabeth Jensen, ¿otra vez has estado escuchando cosas que no son de tu incumbencia?

—No tuve ni que intentarlo, sonó muy alto.

—Te he dicho cien veces que no puedes entrometerte en mi trabajo. Este asunto es muy serio. Si la gente se entera de que lo hemos arrestado...

—Llegará a oídos del público igualmente —dije—. Astrup es demasiado importante, la gente se enterará y después el Manitas intentará matarlo. Si sigue su propio patrón, lo hará el miércoles por la noche, dentro de dos días. Tiene que fiarse de mí; encaja en el perfil a la perfección.

—Si encaja en el perfil —replicó el agente Jensen—, el FBI ya estará al tanto de ello.

—En ese caso nadie pensará nada raro cuando sugiera que lo protejan. Escuche, el Manitas seguramente se queda despierto por las noches rezando por que alguien tan importante como William Astrup cometa un error tan gordo como éste. El mensaje que intenta enviarnos quedaría muy claro si lo matase; y si a Coleman le arrancó los ojos por mirar pornografía, no hace falta que le diga qué le cortará a Astrup por buscar los servicios de una prostituta.

—Ay —dijo Marci.

—¿También sabes lo de los ojos? —dijo el agente Jensen con tono severo, y se volvió hacia Marci.

—¡Eso me lo dijiste tú mismo!

—Mire —dije—, sé que no tiene ningún motivo para confiar en nosotros, pero... —De pronto me quedé callado, sin saber muy bien qué decir. «Si no protege a Astrup de ninguna forma, veré exactamente qué le hace el demonio y cómo. Y si tengo suerte, identificaré un punto débil y hallaré la manera de matar a Nadie allí mismo, sin tener que esperar más tiempo ni seguir especulando.» Sin embargo, no quería que Marci pensase que me estaba echando atrás—. Usted sabe que seguramente pagará la fianza directamente y no podrá retenerlo, pero aun así podría ponerle protección o algo parecido. Quizá. No sé.

«¿Qué estoy haciendo? Necesito aprender más cosas sobre Nadie y, sin embargo, me dedico a sabotear la mejor oportunidad que tengo de hacerlo para salvarle la vida a un criminal. ¿O hago esto porque tengo miedo de lo que Marci pueda pensar de mí? ¿Qué es lo que realmente importa ahora?»

El agente Jensen me lanzó una mirada intensa. Era obvio que estaba pensando en mis palabras.

—¿Qué pasa con la prostituta? —preguntó—. ¿Ella no te preocupa?

—Al Manitas no le importa. Solamente quiere a la figura con autoridad.

Volvió a hacer una pausa.

—No puedo ir a la comisaría y decirles que mi hija y su novio han resuelto el caso del Manitas.

—Entonces diles que lo has resuelto tú —replicó Marci—, pero sobre todo díselo.

«¡No! ¡Ha estado a punto de negarse y lo has estropeado!»

Nos miró a los dos y después suspiró.

—Vale, lo diré, pero no os garantizo nada. Y a cambio de eso —afirmó señalándonos muy serio con el dedo— vosotros dos no diréis ni pío sobre este asunto, dejaréis de escuchar cosas en la emisora por casualidad y no os volveréis a meter en este asunto nunca más. ¿Queda claro?

—Alto y claro —asintió Marci.

Subimos a la acera y el agente Jensen entró en el coche. Antes de salir nos miró una última vez y Marci lo saludó con la mano mientras se marchaba.

—Gracias por venir —dijo y me dio dos palmaditas en el pecho antes de volverse hacia la casa. Yo la seguí, maldiciéndome en silencio por haberlo convencido, y poco a poco nos acercamos a las escaleras—. No sabes cuánto me alegro de librarme de este asunto.

—Sí —contesté.

Ya estaba pensando qué piezas mover a continuación. Necesitaba encontrar la manera de vigilar a Astrup para ver quién contactaba con él y cómo reaccionaban a la presencia de

la policía. Pero ¿cómo podía acercarme lo suficiente?

—Marci —gritó su madre desde la puerta—, te llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—Otra vez Rachel.

—Madre mía —refunfuñó Marci y después gritó—: dile que estoy ocupada, que la llamaré más tarde.

La señora Jensen se metió en la casa y Marci sacudió la cabeza.

—¡Esa chica no me deja en paz! «¿Qué te vas a poner para el baile? ¿Con quién vas a ir? ¿Podemos ir en grupo? ¿Qué dieta hago para que me quepa el vestido?» Me está volviendo loca...

No le estaba prestando demasiada atención porque estaba demasiado preocupado con mis planes, pero aun así asentí y procuré que pareciese que la escuchaba.

—¿Va a ir a un baile? Qué bien.

«Las víctimas mueren sin oponer resistencia, normalmente en sus propios hogares, lo que significa que dejan entrar al asesino por voluntad propia. Eso generalmente significa que el asesino es alguien a quien conocen, pero en un caso como éste, con tantas víctimas, debe de tratarse de otra cosa. Sea cual sea el disfraz o la tapadera que Nadie utiliza, diría que no es nada amenazadora y que seguramente sea algo familiar para todos a quienes ha matado.»

—Sí, va a haber un baile —dijo Marci pronunciando cada sílaba—. El baile de principio de curso, ¿no te suena? Es un pequeño acontecimiento social que tiene lugar este viernes...

—Ah, sí, lo de principio de curso. Hay carteles por el instituto y tal.

«Todo este tiempo he asumido que Nadie puede cambiar de cara y cuerpo igual que hacía Crowley, pero éste solamente podía si mataba a alguien: les robaba el cuerpo, literalmente. El Manitas no roba cuerpos y, además, destruye los pedazos que se lleva. ¿Qué hace para ocultarse?»

—Rachel va a ir con Brad —dijo Marci— y habíamos pensado ir en grupo, aunque yo todavía no tengo con quién ir.

Eso me distrajo de mis pensamientos.

—¿No? Pero si tú eres... Pensaba que alguien te lo habría pedido ya hace semanas.

Marci me miraba boquiabierto, como si no supiese qué decir. Me di cuenta de que había dicho algo estúpido e intenté remediarlo.

—Quiero decir que eres... alucinante —dije—. Todo el mundo te quiere muchísimo y

creo que tienes más amigos que ninguna otra persona que yo haya conocido. ¿Cómo puede ser que no te lo haya pedido nadie?

—La verdad es que... —dijo tratando de encontrar las palabras adecuadas— me lo han pedido cinco personas. Cinco. Y les he dicho que no a todos.

—¿No quieres ir?

—Pues la verdad es que me gustaría bastante poder ir.

La miré con los ojos bien abiertos, esperando una explicación. «Qué raras son las chicas.» Me miró un instante y entonces entrecerró los ojos con aire resignado y levantó la mirada hacia el cielo estrellado.

—¿Es que tengo que hacerlo yo todo?

Y entonces me di cuenta: quería que se lo pidiera yo.

—Yo...

—¿Sí? —dijo volviéndose hacia mí—. ¿Querías decirme algo?

—¿Vas a...?

—¿Funcionan los engranajes dentro de esa cabezota que tienes?

—Espera.

—Oh, sí, ya llevo un tiempo esperando.

—¿De verdad que quieres...? —No acabé la frase.

—... ir. —Me estaba haciendo de apuntador.

—... ir... al baile de principio de curso...

—... con... —dijo ella.

—... migo? —concluí la frase.

—Me asombra todo lo que ha hecho falta para que me lo pidieras.

—Estoy confundido —dije.

—Es obvio. Deja que te lo explique: primero, sí, me encantaría ir al baile contigo; muchas gracias por pedírmelo. En segundo lugar, ¿qué narices te pasa?

—¿Qué?

—Vienes todos los días y pasas horas conmigo, es obvio que yo te gusto y que tú me gustas a mí y, sinceramente, no pasamos el suficiente tiempo separados para que tú hayas tenido tiempo de pedirle a otra que vaya contigo al baile y mucho menos de flirtear lo suficiente como para que quieras preguntárselo. ¿Cuánto tiempo más pensabas esperar si yo no hubiese sacado el tema?

—Yo... es que... no soy mucho de ir a bailes.

—¿Te refieres a que no me lo ibas a pedir? —preguntó—. ¿Llevo todo este tiempo esperando y a ti ni siquiera se te había ocurrido?

—Lo... ¿siento?

—No cabe duda de que eres el tío más raro que he conocido en mi vida.

Respiré hondo.

—Exactamente —dije—. Es que lo soy, el tío más raro que has conocido. Soy lo contrario de ti. Tú tienes un montón de amigos y yo no tengo ninguno; tú eres guapa y yo tengo un aspecto un poco raro; tú eres popular, interesante y divertida y yo... yo trabajo en la funeraria. Estoy obsesionado con la muerte y para divertirme estudio asesinos en serie. Los tipos como yo no van a los bailes y si lo hacemos alguna vez, no es con chicas como tú.

No creía que fuese a tener que explicar lo mal que estaba. ¿Es que no se daba cuenta de ello la gente con sólo mirarme?

Marci parecía estupefacta.

—¿De verdad piensas eso de ti mismo? ¿Y de mí?

—¿Que eres guapa?

—Que estoy por encima de ti. Que soy... demasiado buena para ti. Escucha, John, ¿cómo te digo esto? —Se lamió los labios—. Las chicas no son idiotas, ¿vale? Sabemos cuándo le gustamos a un chico y normalmente también sabemos por qué. Sí, sabemos que somos atractivas y sí, cuando un chico nos mira, nos damos cuenta de ello. Ni te imaginas la cantidad de conversaciones que he tenido este último mes con la frente de un tío porque no dejaba de mirarme las tetas. Y sí, admito que alguna vez las utilizo para conseguir la atención de alguien. Lo he hecho contigo, pero tú eres el primer chico heterosexual desde sexto curso con quien no ha funcionado. El primero que no me las mira. —Se encogió de hombros y miró en dirección a la calle—. Por primera vez en años, un chico está más interesado en hablar conmigo que en mirarme la delantera.

—Pero es que estoy... —¿Cómo se lo podía explicar?—. Sólo sigo mis normas. Intento tratarte como a una persona. Con respeto.

«La alternativa es tratarte como a los cadáveres de la funeraria, como si fueras un muñeco con el que puedo jugar y no me atrevo a permitirme algo así.»

—Con respeto —repitió—. John, una de las cosas más especiales que tienes es que no te das cuenta de lo poco común que es eso.

No sabía qué decir, así que continué en silencio. Nos quedamos sentados un momento, mientras el cielo se volvía anaranjado a medida que se ponía el sol. Un instante después,

hablé con vacilación.

—Entonces, ¿eso significa que estamos saliendo?

Marci se echó a reír.

—¡No me fastidies! ¿Cómo eres tan palurdo?

—¿Cómo quieres que sepa estas cosas si no me las dices?

—Hasta mi padre ha dicho que eras mi novio antes de marcharse. Todo el mundo cree que estamos saliendo; no tengo ni idea de cómo no te has dado cuenta.

—Vaya —dije—. Novio, ¿eh?

Recogió las rodillas, apoyó la cabeza encima y me miró de costado.

—Sip.

—Y eso significa que tú eres mi novia.

—Así es.

Me quedé callado un momento.

—Entonces tendría que ponerte un mote hortera como «cariñito» o «pastelillo».

—Creo que no hace falta llegar a tanto.

—¿Qué te parece «azucarillo mío»?

—Vuelve a llamarme eso —dijo entre risas— y me buscaré otra pareja para el baile tan deprisa que te quedarás con cara de tonto. He rechazado a cinco, no te olvides de eso. Cinco.

—Cinco —repetí.

«¿Y por qué has elegido al único que ha soñado con matarte?»

Dejé que Marci se encargara de los planes para el baile y yo me ocupé de los planes para atrapar a Nadie. Fui hasta casa de William Astrup y me puse a investigar: la policía no lo había soltado todavía y la noticia no se había hecho pública, así que su casa estaba vacía y pude recorrer el jardín a placer. Junto a la puerta de entrada había un gran seto; y la trasera, que daba al bosque, estaba rodeada de un montón de sitios en los que esconderse. ¿Cuál sería mejor? Suponiendo que Nadie no fuese completamente invisible —cosa que, dado su nombre, podía tener sentido—, lo lógico es que apareciese oculta tras algún tipo de fachada inofensiva. ¿Repartidora de pizza? ¿De paquetes? «Hola, se me ha estropeado el coche y no me funciona el teléfono, ¿puedo utilizar el suyo?» Fuera lo que fuese, lo que era casi seguro es que iba a acudir a la puerta principal. Ésa era la parte que debía vigilar.

Inspeccioné el seto de delante: si era necesario, podía esconderme allí durante horas y permanecer completamente oculto. Si tuviera una pistola podría sentarme allí a esperar y

disparar a la primera persona que apareciese con una bolsa de cadáveres; eso suponiendo que las balas pudiesen herir a Nadie. Con Crowley no servían de nada, aunque éste era más físico y brutal. Nadie era una asesina mucho más refinada que utilizaba herramientas y se tomaba su tiempo. Quizá no fuese capaz de regenerarse ni de cambiar de forma, pues es obvio que Forman no podía.

Una pistola podía ser útil, sobre todo una con silenciador. Podía dispararle incluso antes de que llamase al timbre y desaparecer con la misma rapidez, y las pruebas del crimen se derretirían y desaparecerían. Un manchurrón de ceniza en el porche de la casa. Sí, podía hacerlo, siempre y cuando la policía no se entrometiera. Me pregunté si el agente Jensen había creído todo lo que le habíamos dicho, si nos había tomado en serio.

Pero todo ello se quedaría en simples especulaciones si el Manitas no se enteraba de que habían arrestado a Astrup y no lo escogía como próxima víctima. Fui hasta el centro e hice una llamada anónima al periódico desde una cabina. El lunes por la noche salió en las noticias y el martes ya lo sabía todo el mundo; había conseguido colocar el cebo. Lo único que me faltaba era la pistola. Pensé en robar una de casa de Marci, porque sabía que el agente Jensen tenía varias, pero lo descarté de inmediato. No soy tan tonto como para robarle una pistola a un policía. Por otro lado, Max era otra cosa; su padre tenía una colección enorme y como estaba muerto ya no las usaba nadie. Nadie se iba a enterar jamás de que faltaba una.

Me levanté el miércoles por la mañana listo para visitar a Max y robarle un arma; mientras desayunaba, puse las noticias. El titular me sentó como una patada en el estómago: la asesina había actuado antes de lo que esperaba. William Astrup se encontraba bien, el muerto era el sheriff Meier. Le había cortado las manos y la lengua, y había clavado su cadáver al césped con un par de palos que se alzaban como dos alas.

13

—No te muevas —dijo mi madre mientras me colocaba la pajarita—. Podrías estarte quietecito y ponerme las cosas más fáciles, ¿no?

—Lo serían aún más si me dejaras tranquilo —dije apartándome de ella por quinta vez—. Ya está bien así.

—Está torcida. Por el amor de Dios, deja que te la arregle para la foto; no tardaré ni veinte segundos. Después te la puedes poner tan torcida como quieras.

Se me había acabado la paciencia, así que me di media vuelta y fui hasta el frigorífico, donde mi madre había guardado el broche de flores que me había comprado.

—No quiero que me hagas fotos.

—Pero ¡tienes que hacerte al menos una! —dijo, persiguiéndome por toda la casa—. ¡Es el primer baile de mi niño! —Le lancé una mirada fulminante—. Quiero decir que es el primer baile de este joven tan guapo que tengo por hijo. Tienes que hacerte una foto, la necesito.

—¿Para no mirarla jamás y borrar la tarjeta de memoria por accidente?

—Eso solamente me ocurrió una vez —dijo muy seria—. Y no, es para enseñársela a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? ¿Quién es «todo el mundo»? ¿Todos los amigos que no tenemos o toda la familia que no está aquí con nosotros? Lauren salió de trabajar hace una hora y no se ha molestado en subir; Margaret ni siquiera ha venido a la funeraria, así que no creo que les interese mucho la foto. Y si mi padre quería verme el día de mi primer baile, perdió la oportunidad hace ya unos años. —Alguien llamó con los nudillos a la puerta y me dio la ocasión perfecta para apartar la mirada de la expresión de pasmo de mi madre—. Creo que vienen a buscarme.

Abrí la puerta y allí estaba Brad Nielson, la cita de Rachel, de pie en el rellano.

—Ah, bien —dijo—. No estaba seguro de si ésta era la puerta correcta. Tenía miedo de que se abriera y detrás hubiera un montón de cadáveres o algo así.

—La funeraria está abajo. Y ahora mismo no tenemos ningún muerto.

—Está bien saberlo —dijo y saludó cortésmente a mi madre con la mano—. Hola, señora Cleaver, ¿cómo está?

«¿Cómo es posible que no sepa si ha muerto alguien recientemente en Clayton? —pensé—. Es lo único interesante que ocurre por aquí.»

—Hola, Bradley —dijo mi madre. Había recuperado la compostura después de mi arrebatado de ira, así que levantó la cámara—. Poneos juntos.

—No, mamá —repliqué—; nada de fotos.

—Pero ya ha llegado tu amigo —dijo y nos hizo una señal con la mano para que nos juntásemos—. ¡Una sonrisa!

—No hace falta que me hagas una foto con... —El fogonazo del flash— otro chico. Fantástico, mamá, muchas gracias. Envíasela a papá y dile que nuestra relación va en serio.

—¡Genial! —dijo Brad—. No te preocupes, tío, en el baile sacan fotos; ya nos harán alguna. ¿Qué tal está tu padre?

—Muy bien —contesté—. Ahora mismo es mi progenitor favorito.

Empujé a Brad hacia el rellano, salí de casa, cerré la puerta y lo conduje escaleras abajo, hacia la puerta lateral, y por fin nos envolvió la brisa nocturna. Era la última semana de septiembre y, a última hora de la tarde, el aire ya refrescaba y oscurecía antes. Entramos en el coche de Brad —el suyo era el mejor de los cuatro— y fuimos a buscar a las chicas.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —dijo Brad. Yo me volví para mirarlo.

—¿Mucho tiempo desde qué?

—Desde la última vez que hicimos algo juntos. En primaria solíamos ir juntos a todas partes. ¿Qué fue de aquello?

—No lo sé...

—¿Qué juego era aquel al que solíamos jugar con la cosa ésa, en el parque? Esa cosa grande, de madera...

—No me acuerdo.

—No, era algo que te inventaste tú, con la rampa de los neumáticos: numerábamos los agujeros, como en el billar, y después había que saltar dentro de uno en concreto.

Se echó a reír y de pronto me volvió la memoria: borrosa y distante, como si le hubiese ocurrido a otra persona. Críos en el patio, riendo y chillando y saltando y cayéndose, jugando todo el día sin preocuparse por nada en absoluto.

—Me cuesta creer que fuésemos nosotros —dije mientras miraba los coches, las casas

y la gente que íbamos dejando atrás.

«El de ahora es un mundo diferente, más oscuro. Está lleno de demonios; demonios vivientes y reales que quieren matarnos a todos. Me cuesta creer que aún pueda haber gente con tan pocas preocupaciones.»

—Ya, te entiendo —dijo Brad—. Antes fingíamos que hacíamos cosas y ahora las hacemos de verdad: tenemos un trabajo, practicamos deportes, vamos a clase. O sea, está claro que antes ya hacíamos todo eso, pero ahora esas cosas significan algo; ahora no jugamos al fútbol americano en la calle, sino en un campo grande con luces, comentaristas y todo el pueblo mirándonos.

Miré por la ventana sin comprenderlo del todo bien. Había otras casas, diferentes de las que había visto un minuto antes, y también otros coches y otra gente, pero aun así parecían iguales. Manzanas y manzanas, kilómetros y kilómetros, siempre iguales. «Luces y comentaristas. ¿De verdad que tu ambición solamente alcanza hasta ahí?»

—¡Y las chicas! —dijo Brad y dio un palmada en el volante—. Te parece que nosotros hemos cambiado, pero madre mía... Me acuerdo de cuando Rachel llevaba coletas y las rodillas peladas, y le gritaba al profe de gimnasia cada vez que jugábamos al fútbol. Y Marci era hippy o algo así; era como una cría salvaje, hasta que un día ¡bingo! Las niñas desaparecen y, de pronto, unas mujeres preciosas salen de la nada.

Todo el mundo crece. Pensé en Kendra, la hermana pequeña de Marci, que tenía cuatro años y el pelo encrespado; ella también iba a crecer y convertirse en una joven mujer. Su cuerpo iba a desarrollarse, se iba a hacer más guapa. Iba a ser la novia de alguien; la obsesión de alguien; su víctima. Tan mayor, sexy y muerta.

—Sí —dije—, así es como a veces funcionan las cosas.

—La casa de Rachel está ahí —dijo señalando la calle por la que estábamos girando.

Aparcó y corrió hasta la puerta mientras yo me metía en el asiento trasero. Unos minutos más tarde Brad acompañó a Rachel hasta el coche, le abrió la puerta, la ayudó a entrar y después la cerró. Yo observaba con atención, preparándome para hacer lo mismo.

—Hola, John —dijo volviéndose un poco para saludarme con la mano desde el asiento del copiloto—. ¡Qué elegante!

—Hola —dije.

Empezaba a recordar lo mucho que odiaba relacionarme con gente; cuanto más grande era el grupo, peor. Este baile iba a ser una tortura.

Llegamos a casa de Marci y yo fui hasta la puerta con el broche de flores, que llevaba guardado en una caja de plástico. Como de costumbre, la puerta estaba abierta y llamé con los nudillos a la puerta mosquitera. Al instante se oyó un golpe seguido de un estruendo: sus hermanos habían saltado del sofá y corrían por el pasillo para verme. La casa se llenó

de gritos de «¡Marci! ¡Ha venido John!» y la entrada se abarrotó de críos.

—Mi hermana está muy guapa —dijo Kendra—. Te va a gustar mucho, pero mi madre dice que no es muy recatada.

—¡Fuera! ¡Volved adentro! —dijo Marci, que venía por el pasillo.

Llevaba un vestido largo de color verde oscuro; cuando los niños pasaron corriendo junto a ella de camino a la sala donde tenían el televisor, se le levantó la falda ligeramente. La parte inferior del vestido tenía vuelo y brillaba suavemente en la tenue luz del pasillo, mientras que la superior era un elegante corsé bordado. Llevaba los hombros desnudos y más escote del que esperaba después del discurso que me había dado el otro día. Abrió la puerta y me hizo pasar.

—Será mejor que entres, mi madre quiere hacernos unas fotos.

—Todo el mundo querrá hacerte fotos —dije—. Estás increíble.

—Gracias.

—Pensé que ibas conmigo porque así no tendrías que enseñar el... —señalé la zona con un gesto muy general—. Ya sabes.

—El vestido lo compré en verano; ¿cómo iba a saber entonces que acabaría yendo con un verdadero caballero? Además, lo encontré de oferta en internet.

Le mostré el broche.

—Está muy bien, pero no me queda mucho sitio para colocarlo. Además, creo que si tu padre me ve intentando ponértelo, me descerrajará un tiro.

—Ya lo hago yo —dijo y me cogió la caja de camino a la cocina—. Pero eso significa que tú tendrás que ponerte tu propia flor en el ojal.

Sacó una cajita pequeña de la nevera con una flor dentro y me la dio, así que cada uno se puso la suya mientras su madre se reía y nos hacía fotos. Posamos, nos dimos la mano, me esforcé mucho por sonreír y por fin pudimos escapar e ir al coche. Brad metió primera y nos marchamos.

Cenamos en el mejor restaurante de Clayton: una brasería que, precisamente porque era el restaurante más agradable del pueblo, estaba hasta los topes de chavales de instituto con esmóquines de alquiler y una explosión multicolor de satén. Marci lo había planeado con antelación y había reservado una mesa, seguramente el mismo día que compró el vestido.

Yo llevaba varios meses siendo vegetariano, procurando evitar pensar en animales muertos en general y en humanos muertos en particular. En cuanto encontré un propósito en la vida y me centré en matar demonios, pude relajar el cumplimiento de alguna de las normas; por eso pensé que no pasaría nada si comía carne en alguna ocasión especial. Repasé la carta y pedí un chuletón porterhouse, mi corte favorito. Brad quiso lo mismo y

Marci y Rachel pidieron un par de ensaladas.

—Estoy enamorada de tu vestido —dijo Rachel acercándose a Marci, aunque se detuvo justo antes de tocarla—. Es mucho mejor que esta cosa tan aburrida que llevo yo.

—¡A mí me gusta mucho! —dijo Brad—. Estás muy guapa.

—Gracias —dijo Rachel y sonrió brevemente—, eres un encanto.

La sonrisa duró un instante y, aunque Rachel estaba vuelta hacia él, alcancé a ver algo... extraño, aunque desapareció en un abrir y cerrar de ojos. «¿Ha dicho Brad algo inapropiado? —me pregunté—. En una situación como ésta, hasta hacer cumplidos es complicado. Odio las normas sociales.»

—¿Os habéis enterado de lo del sheriff? —preguntó Brad.

Marci y yo intercambiamos miradas en silencio; aún no habíamos tenido ocasión de hablar del tema, aunque yo llevaba toda la semana elaborando mis propias teorías. El demonio había vuelto a romper el patrón de una forma en la que no habíamos pensado y eso me asustaba: quería decir que yo no sabía tanto como creía y para mí ésa era una situación demasiado peligrosa. Estaba desesperado por averiguar más cosas y que Brad sacase el tema me puso eufórico.

—No hablemos del tema —dijo Marci lanzándome una mirada de aviso.

Me recosté en la silla y suspiré, escuchando cómo la conversación derivaba a una sarta de cotilleos sobre el resto de los chavales del restaurante.

Brooke también estaba allí, sentada en una mesa al fondo del local; llevaba un vestido azul cielo y una chaquetilla de satén a juego, y la melena hecha una montaña de rizos sobre la cabeza. Estaba radiante. Estaba sentada al lado de Mike Larsen y de pronto me di cuenta de que yo lo odiaba con verdadera pasión.

Una troupe de camareros nos trajo los platos y mis tres compañeros se pusieron a comer. Yo me quedé mirando lo que había pedido y de pronto me sentí un poco mareado. La carne estaba roja y jugosa; al punto, tal como yo la había pedido. Pero mirándome desde el centro del chuletón había un hueso. Formaba parte de una vértebra, perfectamente cortada y normal, pero lo único que yo veía era el desfile de muñecas cortadas que había pasado por la funeraria. Carne roja y jugosa que rodeaba una perfecta columna central de hueso.

«No pasa nada —me dije—, come y ya está.» Clavé el tenedor y vi cómo el jugo de la carne se escapaba por los agujeros; levanté el cuchillo y de pronto tenía a Mike Larsen en el plato, muerto y ensangrentado: un montón de comida sin importancia que esperaba ser masticada y tragada. No sentí náuseas ni el sabor de la bilis en la garganta. Sabía que pensar algo así no estaba bien, pero a mí no me lo parecía. Para mí era una cosa como otra cualquiera. Así solía pensar antes, cuando no tenía el control de mis pensamientos.

Mis viejos pensamientos y antiguos hábitos estaban volviendo uno a uno; mi lado oscuro, la parte de mí que llamaba Mr. Monster se estaba despertando. El enfado y la discusión con mi madre, las sospechas paranoicas sobre Marci, el impulso de matarla aquella noche en su habitación. Estaba volviendo a ocurrir, pero ¿por qué? ¿No bastaba con ir a la caza de un demonio? ¿No valía con que estuviese planeando matar?

«Claro que no —susurré en las cavernosas profundidades de mi mente—. No quiero pensar en matar: quiero matar. Soy una criatura hecha para la acción. Pensar en ello nunca será suficiente.»

La sala se oscureció y sentí que me ardía la piel.

«No debería estar aquí. Tengo que atrapar a un demonio y, sin embargo, estoy aquí malgastando mi tiempo y, de paso, la vida de los demás en una estúpida cena antes de ir a un estúpido baile. Soy un idiota. Un bobo. Estoy aquí sentado sin hacer nada mientras Nadie nos imparte una terrible lección y deja una estela de muertos. Tengo que entrar en acción. Tengo que encontrarla y matarla. Es la única manera de hacer que pare.

»Pero, entonces, ¿qué? ¿Quién vendrá después de Nadie y cuánta gente morirá antes de que encuentre al nuevo demonio?»

Aparté el plato de comida.

—¿Estás bien? —preguntó Marci.

—Me parece que no me lo voy a poder comer —dije. «Creo que ni siquiera puedo soportar que esté sobre la mesa.» Le hice un gesto a uno de los camareros—. ¿Puede llevárselo?

—¿Hay algún problema, señor?

«Si les echo la culpa esquivaré las preguntas incómodas.»

—Sí. Lo he pedido al punto y está demasiado hecho.

—Por supuesto, señor. Haré que el chef le prepare otro inmediatamente.

—De hecho —dije mirando a Marci—, la ensalada tiene muy buena pinta. ¿Podría traerme una en lugar del chuletón?

—Cómo no, señor. ¿La quiere con pollo a la brasa?

—No, gracias. Sin carne.

14

El baile se celebraba en el ayuntamiento, en una gran sala con un suelo de mármol rodeado de hileras de pilares de madera tallada. Seguramente era demasiado pequeña para tanta gente, pero no había más para escoger: siempre que se necesitaba una sala mayor que la del ayuntamiento, se utilizaba el gimnasio del instituto; pero nadie quería hacer el baile allí. En vez de eso, los estudiantes preferían apiñarse en aquel espacio reducido, saltando y sacudiéndose al ritmo de la música, y retirarse a la fría oscuridad del exterior cuando en la sala había demasiada gente o ruido o hacía mucho calor.

Marci me cogió de la mano y se abrió paso entre el gentío, lo que nos separó prácticamente al instante de Brad y Rachel. Yo la seguí sujetando con fuerza su muñeca y pidiendo disculpas en silencio a todo con el que chocábamos por el camino. Casi todos sonrieron y saludaron a Marci, mientras se limitaban a saludarme con la mano. La gente se había acostumbrado a vernos juntos, pero eso no quería decir que supiesen cómo reaccionar; yo seguía siendo el chaval raro que vivía encima de la funeraria.

Cuando llegamos al centro de la sala, Marci se dio media vuelta, gritó con entusiasmo y se puso a bailar. Yo hice lo que pude por seguirla, que básicamente era ir cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro. En aquel momento me di cuenta de que mi destino no era hacerme bailarín. También supe que, de todas las torturas que sufrí en la casa de la muerte del agente Forman, ninguna era comparable a la que supone un baile de instituto.

Marci se reía, intentaba enseñarme cómo moverme y después, al comprobar que seguía haciéndolo como el culo, se volvía a reír. Una persona con más empatía hubiese dicho: «Mira, al menos ella se divierte», pero yo estaba a punto de dar media vuelta y salir corriendo. Menos mal que la canción terminó y la gente dejó de bailar. Hubo un coro de vítores que venía del público entusiasta y entonces empezó otra canción, más lenta, una especie de blues. Marci se me acercó, me envolvió en sus brazos y empezó a balancearse suavemente.

—¿Sabes? —dijo—, esto suele ir mucho mejor si el chico también toca a la chica.

Miré a las parejas que nos rodeaban, me fijé en lo que hacían ellos y, tímidamente, le puse las manos en la cintura. Era suave y tenía una curva perfecta; la toqué con mucha delicadeza, como si ella fuese un globo y tuviese miedo de reventarlo. Se echó a reír y

suspiró.

—¿Qué te parece tu primer baile?

—Hace unos segundos también iba a ser mi último baile, pero admito que esta parte es bastante agradable.

—¿A que sí? —dijo y se acercó un poco más.

Nos movimos atrás y adelante, sintiéndonos vacilantes e incómodos, pero también extasiadamente cómodos.

Estábamos muy cerca el uno del otro y aun así nos separaba todo un mundo. Raramente he sentido una conexión real con alguien, pero esas pocas veces se convirtieron en memorias muy fuertes: blandir un cuchillo ante mi madre, mirar a Brooke con sed de sangre en casa de Forman. Llevaba cada uno de esos acontecimientos como si fuesen una cicatriz en mi mente; violentos e intensos, como ir en un coche a la velocidad del rayo. Yo vivía escondido detrás de una cortina de bruma, sin emociones, separado del resto del mundo. Sin embargo, alguna que otra vez había conseguido atravesar esa cortina durante unos segundos; había sentido esa conexión, había compartido mis emociones con otra persona como si fuese un verdadero ser humano que tuviera empatía. Pero incluso esas experiencias eran limitadas: no por lo profundo de la emoción, sino por la falta de variedad. Solamente funcionaba con el miedo y el control.

Entonces Marci se movió ligeramente hacia un lado y empezó a girar; sin ni siquiera pensarlo, la seguí: un paso adelante con un pie, un paso atrás con el otro. Adelante con un pie, atrás con el otro. No hacían falta palabras: estábamos perfectamente coordinados. Quizá fuese una mera coincidencia o tal vez pensáramos lo mismo o puede que...

Quizá fuese mejor no pensar en absoluto.

Bailamos así durante una eternidad, en perfecta sincronía, moviéndonos, girando y balanceándonos con una armonía que me resultaba totalmente desconocida. «Esto es real.» La canción se acabó y yo seguía agarrado a Marci, desesperado por seguir, por aferrarme a aquella conexión como si fuese lo único que me unía a la humanidad.

Una machacona canción de música de baile se abrió paso como una explosión y la multitud rompió en vítores. Hicieron temblar el suelo con sus pasos y los gestos de las manos, y yo moví la cabeza en dirección a la mesa de refrescos que había a un lado de la sala.

—¿Te importa si nos saltamos ésta?

—¿Qué?

Me acerqué y al susurrarle al oído noté que el pelo me rozaba la cara.

—¿Tomamos algo?

—¡Vale!

Nos dirigimos hacia un lateral y nos resguardamos en un hueco donde el sonido era menos opresivo. Llegamos a la mesa de refrigerios justo cuando también apareció Rachel hecha un mar de lágrimas y se echó a los brazos de Marci.

—Rach, ¿qué pasa?

Rachel estaba demasiado afectada como para hablar y, mientras se serenaba, yo me concentré en el bol de ponche. Alargué la mano para coger el cucharón al mismo tiempo que lo cogía otra mano: pálida y esbelta, y flanqueada por un destello azulado que vi por el rabillo del ojo. Brooke. Levanté la mirada al mismo tiempo que lo hacía ella y nos miramos mutuamente durante un instante sin ninguna expresión en el rostro. Ella llenó el vaso, me ofreció el cucharón y desapareció entre el gentío.

—¡Toda la noche está siendo un desastre! —gritó Rachel mientras Marci chasqueaba la lengua y le susurraba cosas para consolarla—. Este vestido es horrible, me he manchado con la vinagreta de la ensalada y Brad ha estado toda la noche mirándote a ti.

—Venga, va —dijo Marci y la abrazó—. Eres preciosa y Brad no puede parar de mirarte.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —contestó Marci—. Estás guapísima y él también, y le gustas desde el año pasado. Lo que te hace falta es salir a la pista y divertirte.

—Gracias —dijo Rachel entre lágrimas—. Ojalá yo fuese tan feliz o tan guapa como tú.

—En serio, Rachel, eres muy hermosa.

—Eres la mejor amiga del mundo. Ojalá yo pudiera ser...

Y entonces se marchó, se fundió con el gentío y Marci se acercó a mí.

—A veces no sé ni qué hacer con ella —suspiró—. Es un problema emocional con patas.

—Pero ¿sabes qué?, que no le falta razón. —Me volví hacia ella—. Siempre estás contenta, siempre estás... ahí, para los demás. La mayor parte del tiempo se me da bastante bien leer a la gente: les miro a la cara y puedo interpretar con exactitud lo que están pensando. Pero eso es todo; sé lo que siente la gente, pero no cómo debería reaccionar yo. Y tú puedes hacer lo mismo, sólo que después usas esos datos de forma productiva.

Marci sonrió, se acercó a mí y me cogió ambas manos.

—John Wayne Cleaver, haces los cumplidos más raros de todo el mundo.

—Tienes más empatía que nadie que yo conozca —dije—. Sabes exactamente cómo

dirigirte a las personas, cómo conectar con ellas. Te parece raro porque para ti es fácil, pero para alguien como yo es...

«¿Cómo podría explicarle lo que ha hecho?»

—¿La gente como tú?

—Sí.

—Y, exactamente, ¿qué clase de persona eres tú?

Con los tacones que llevaba era casi tan alta como yo y, como estábamos tan cerca el uno del otro, teníamos los ojos a la misma altura, igual que los labios; nuestras narices prácticamente se tocaban. La miré a los ojos. «¿De verdad quiere saber lo que soy? ¿Me atreveré a decírselo?»

«No, no me atrevo. No puedo. Pero si lo averiguase por sí sola...»

—Tú eres la experta en cuestiones sociales —dije forzándome a sonreír—, ¿por qué no me dices tú qué clase de persona soy?

—Bueno —dijo sonriendo de oreja a oreja—, eres muy listo, pero también muy ecléctico. Te centras en las cosas que te interesan y pasas de todo lo demás.

Mientras ella hablaba, un movimiento me llamó la atención; no era nada en concreto, sino una oleada de actividad que se expandía entre la muchedumbre e iba acompañada de un vocerío que se oía por encima de la música. Me puse de puntillas para ver mejor y Marci se volvió con el ceño fruncido.

—Tienes una... ¿Qué está pasando?

Alguien gritó, pero no entendí las palabras. De repente alguien paró la música y, en mitad de aquel silencio repentino una chica chilló, aterrorizada.

—¡Alejaos de mí!

El grito fue como una señal para que el baile se sumiera en el caos. Todos los alumnos empezaron a chillar y a retroceder, a retirarse hacia las paredes. La muchedumbre nos empujó hacia atrás; la mesa de los refrigerios se inclinó y cayó al suelo con un gran estruendo, y un enjambre de bailarines aterrorizados llenaron el espacio que había dejado la mesa; pisaban el suelo mojado, impedían que aquellos que habían quedado atrapados detrás de la mesa pudiesen salir... Estaban desesperados por alejarse de... ¿de qué? Detrás de nosotros había un viejo radiador y me subí a él para poder ver mejor.

—Parecía la voz de Ashley —dijo Marci.

—Así es —confirmé mientras miraba por encima de las cabezas del gentío enloquecido.

Ashley Ohrn, una chica del instituto, caminaba por el centro de la sala con los ojos cerrados y apretados, sollozando con verdadera histeria. Encima del vestido de satén

llevaba un arnés negro, una especie de red de cintas o tiras que le sujetaban al pecho seis bloques de color marrón. Era una imagen que había visto en cientos de películas, pero que ahora era terriblemente real y estaba a tan sólo quince metros de nosotros: bloques de explosivo plástico unidos con cables de colores chillones.

—Lleva una bomba.

—Ashley —gritó alguien—, ¿qué estás...?

—¡No me habléis! —increpó a voz en grito.

La gente que se había acumulado junto a las puertas huía poco a poco, pero al resto nos estaban empujando contra las paredes: en el centro se estaba formando un amplio círculo de terror con Ashley en el centro.

—¡Apartaos todos!

—¿Qué está pasando? —preguntó Marci.

—Ha venido a por mí —susurré.

«Nadie está aquí, pero no sabe quién soy; ha ido descartando a gente y ha descubierto que soy un adolescente, pero no tiene ni idea de quién. Ha robado el cuerpo de Ashley, no el del agente Jensen, y ha construido una bomba lo suficientemente potente como para matar a todos los adolescentes de Clayton.»

Ashley llegó al centro de la sala llorando con auténtica histeria. Marci me cogió del brazo, se subió al radiador conmigo y se apoyó precariamente contra la pared.

—Lo va a hacer —dije.

—Está aterrorizada —replicó Marci—. Si eso es una bomba, no se la ha colocado ella misma.

Miré la puerta y la noche oscura que esperaba más allá. «Marci tiene razón. Ashley no es la asesina, sino un mero títere. Nadie está ahí fuera, observando desde un lugar seguro.» Flexioné los dedos con frustración, envolviendo con ellos armas imaginarias. No tenía nada, no tenía forma de enfrentarme a ella. Ni siquiera sabía si sería capaz de llegar a la puerta, y la ventana que quedaba detrás de mí estaba demasiado alta para alcanzarla. Pensé en llamar a Nadie y suplicarle que abortase el ataque, pero el teléfono de Forman seguía bien escondido en casa. «No puedo hacer nada.»

La gigantesca ola de personas se estrelló contra nosotros; algunos alumnos que no dejaban de gritar quedaron aplastados contra la pared y estuvieron a punto de tirarnos encima del radiador. Alguien estaba intentando subir por todos los medios; era un chico que se colgaba del brazo de Marci para hacerla bajar, así que le di un empujón para impedirselo.

—No puedo quedarme aquí mirando —dije con la mirada clavada en Ashley. Llevaba

algo en las manos, lo apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. Tengo que hacer algo.

—¿Estás loco? —preguntó Marci.

—Técnicamente, sí.

«Pero ¿qué puedo hacer?» De pronto alcancé a ver a Brooke en el lado opuesto del círculo; su expresión era de terror absoluto y yo me decidí a actuar.

—¿Llevas el móvil?

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a poner fin a esto —dije—. ¿Tienes el móvil?

—¿Dónde voy a llevarlo con este vestido?

—Entonces busca a alguien que tenga uno —dije— y llama a la policía. No te muevas de aquí.

Me gritó algo pero en lugar de prestarle atención salté entre la muchedumbre y me abrí paso a empujones entre un mar de pisotones y caras desencajadas. La voz de Ashley se oía por encima de todo el griterío, ronca y mojada de tanto llorar.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

—¡Dejadme pasar! —bramé, pero los únicos que estaban lo suficientemente lúcidos como para prestarme atención se limitaban a lanzarme insultos mientras intentaban alejarse y refugiarse en vano.

Luché contra la corriente de gente y finalmente conseguí abrirme paso tambaleándome dentro del círculo que se había formado alrededor de Ashley. Alumnos, profesores y acompañantes se apiñaban contra las cuatro paredes con verdaderas caras de terror.

—John, ¡apártate! —me increpó un profesor—. ¡Nos vas a matar a todos!

—No quiere matarnos a todos —dije. Las siguientes palabras se me quedaron atascadas en la garganta, pero me obligué a decirlas—: Esto no tiene por qué ocurrir.

—¡No soy yo! —chilló Ashley, con la voz casi quebrada—. ¡Juro que no soy yo!

—Lo sé —dije caminando lentamente hacia ella—. Ya sé que no eres tú; es la mujer que te ha puesto la bomba.

—¿Qué mujer?

Me quedé quieto.

—La mujer que te ha obligado a hacer esto.

—Era un hombre —dijo entre sollozos—, sólo un hombre. No he visto ninguna mujer.

«Entonces yo tenía razón: ha tomado el cuerpo de otra persona.»

—No pasa nada —dije y me acerqué un paso más—. Un hombre. ¿Qué te ha dicho?

—¡Aléjate! —dijo el director—. ¡No es seguro!

—¡Estoy bien! —grité—. Ashley no va a hacerle daño a nadie y nadie va a herirla a ella, ¿verdad?

Ella asintió y yo di otro paso adelante.

—¿Qué te ha dicho?

—Ha dicho... —Un sollozo interrumpió la frase. Ashley tragó saliva y continuó hablando—. Ha dicho que iba a apretar el botón y a matarnos a todos.

«Tiene que haber algún modo de salir de ésta.»

—¿Que nos va a matar pase lo que pase? —pregunté—. ¿Eso es todo lo que ha dicho?

—Dice que tengo que leer esta carta.

Levantó las manos. Tenía un pedazo de papel medio arrugado en la mano.

—Muy bien —dije y asentí aferrándome a un clavo ardiendo: «Si quiere que escuchemos algo es que no va a matarnos. No tendría sentido. Necesita que sigamos vivos para darnos su mensaje.» Asentí de nuevo—. Haz lo que te dijo. Léelo.

Ella se estremeció y oí el crujido del papel entre sus manos.

—«¿Por qué no escucha nadie?» —empezó diciendo.

«Eso es —pensé—. Ahora estamos escuchando. No nos mates.»

—«He intentado ser razonable. He intentado ser... —Tragó saliva—... amable. Vuestra ciudad está plagada de maldad y yo estoy intentando destruirla, pero lo único que hacéis es intentar combatirme a mí.»

«¿Soy yo el mal contra el que está luchando? —pensé—. Pero estos cuatro asesinatos parecen haber sido pensados para conducirme hasta ella, no para alejarme. No tiene sentido.»

—«Cuando yo... —Ashley sollozó y parpadeó para ver a través de las lágrimas— maté al... gran mentiroso, envié una carta al periódico y ellos se negaron a publicarla. Cuando maté al pederasta hablé con ellos directamente, pero aun así se negaron a compartir mis enseñanzas.»

Poco a poco me di cuenta. «Esto no tiene nada que ver conmigo. No es un plan ni un truco ni nada parecido: al Manitas realmente le importa su mensaje, más que cualquier otra cosa.»

—«Ésta es la gota que colma el vaso. —Ashley continuó leyendo e intentando luchar contra las lágrimas—. Habéis entendido la lección, pero le habéis dado la espalda. Habéis intentado proteger al adúltero. Pero yo soy misericordioso y por eso he dado muerte a

aquel que os llevó por el mal camino.»

Ashley se deshizo en sollozos, demasiado asustada como para seguir leyendo, y yo di otro paso adelante.

—¿Ya está? —pregunté—. Ashley, mírame. Mírame. —Ella levantó la mirada y yo la miré a los ojos—. Dijo que si lo leías estarías a salvo —continué—. Tienes que acabarlo.

Ella asintió y volvió a mirar el papel.

—«Yo no quería poner en peligro a estos niños inocentes, pero es la única forma de que me escuchéis. Éste es el último aviso. Seguid el camino que os marca el Señor y allanadle el camino. Así seréis purificados... —Ashley se calló y me miró— por el fuego.»

La sala se quedó en silencio; nadie se atrevía a moverse ni a respirar, todos estaban esperando. Tan sólo pasó un segundo, pero pareció que duraba una hora. No hubo ninguna explosión.

—¿Ya está? —pregunté.

—Sí.

—¿Estás segura? ¿No hay nada más?

—Lo he leído todo, ¡te lo prometo!

Di otro paso adelante.

—Entonces quiero que sueltes el papel y te des media vuelta. —Estaba tan sólo a diez pasos de ella y seguí avanzando lentamente—. Vuélvete para que pueda desabrocharte el arnés.

Se dio media vuelta poco a poco, con mucho cuidado, como si esperase saltar por los aires en cualquier momento. Yo estaba a tres pasos de ella, dos, uno. El arnés no era más que una sencilla red hecha de tiras y hebillas de plástico que le colgaba holgadamente de los hombros y alrededor del pecho: ni siquiera se lo había apretado. Inspeccioné la primera hebilla con mucho cuidado en busca de cables o contactos de metal y, como no vi nada, fui apretando lentamente los dos salientes de plástico hasta que la hebilla se separó. No pasó nada. Abrí el siguiente cierre, luego el otro y después pasé la mano por el otro lado para coger el paquete de explosivos antes de abrir el último cierre.

«Aquí falla algo.»

No sabía nada de explosivos, pero había visto suficientes películas como para saber cómo se suponía que era un bloque de explosivo plástico: como una masa, un ladrillo de arcilla en el que clavabas los detonadores. Y aquéllos no se parecían en nada a lo que yo tenía en mente. Rodeé a Ashley para ponerme delante de ella y mirar los bloques un poco mejor.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Silencio.

Daba por sentado que las sutiles diferencias que apreciaba entre las imágenes de Hollywood y la bomba que Ashley llevaba atada al pecho se debían a que las que había visto en la tele no eran muy precisas, pero entonces me di cuenta de que había mucho más. Vistas de cerca, las bombas eran muy diferentes: prácticamente parecían hechas a mano. «Casi falsas.» Cogí una esquina del papel que envolvía los bloques, metí el dedo por una pequeña grieta y lo rasgué.

—¡No! —gritó Ashley, pero no ocurrió nada.

El papel roto dejó al descubierto la textura de la madera, marcas de sierra y el sello de color rojo intenso del aserradero.

—Son de madera.

Retiré el papel de las demás y todas eran iguales: largos bloques de madera envueltos en papel. Los cables estaban sujetos con clavos que escondía el papel. No había explosivos ni batería ni detonador; no era más que un objeto de atrezo cuidadosamente diseñado para recordarnos los de las películas.

—Es falsa.

Ashley se apartó de mí y en un arrebato de frenesí se echó la mano a la espalda para abrir el último cierre. Se arrancó la falsa bomba y la sujetó en el aire con una mueca en la cara; después la dejó caer al suelo y retrocedió. Todos los que estaban en la sala ahogaron al mismo tiempo un grito. Los bloques de madera cayeron al suelo de mármol y el estruendo resonó por toda la sala. No ocurrió nada.

Di un brinco y agarré a Ashley por el brazo para susurrarle al oído con urgencia:

—¿Qué has visto ahí fuera? ¿Qué ha pasado?

—Era un hombre —dijo al tiempo que intentaba soltarse. Yo la sujeté con la fuerza de unas tenazas—. Tenía una pistola. Me dijo que si no me ponía el arnés, me dispararía; después me dijo que entrase aquí y leyese la carta porque si no me iba a hacer volar por los aires.

—¿Le viste la cara? ¿Puedes describírmelo?

—¡No! ¡No! —dijo entre sollozos—. Estaba muy oscuro y no vi nada, sólo una silueta. Era bajo, puede que midiese... metro y medio. ¡No sé!

—¿Y la voz? —exigí—. ¡Describeme la voz!

—No dijo nada. Lo tenía todo escrito en una nota. ¡Suéltame!

La muchedumbre se estaba abriendo por la parte de atrás y la policía empezaba a entrar. La solté justo cuando llegaron hasta nosotros; llamaron a una ambulancia y nos

sacaron a los dos a la calle. Había más agentes dirigiendo el tráfico en la entrada, una puerta ancha de doble hoja, e intentando que todo el mundo saliera del edificio. La brigada de artificieros entró corriendo, pero yo negué con la cabeza.

—Es falsa —les grité—. No pensaba volar nada.

De pronto sentí que alguien me posaba la mano en el hombro. Me volví y vi al agente Jensen; Marci, que estaba justo detrás de él, se apresuró a venir a mi lado. Yo me eché atrás, pues de repente temía que quisiera matarme, pero el agente me mostró una bolsa de plástico transparente con una pequeña pistola que alguien había dejado tirada.

—Tampoco pensaba disparar a nadie. Hemos encontrado esto ahí fuera, entre las sombras; limpia como una patena, sin cargador y con la recámara vacía.

—¿Se ha dejado la pistola? —pregunté.

—Seguramente quería que la encontrásemos —dijo el agente Jensen—. Parece que le ha borrado todas las pruebas y después la ha dejado en un lugar donde sabía que la encontraríamos.

De pronto me sentí agotado y me apoyé en Marci.

—Quería que supiésemos que realmente se trataba de él. Apuesto lo que quiera a que el análisis balístico coincide con los cuatro asesinatos, pero a que no habrá ninguna prueba que nos revele su identidad —afirmé.

El agente Jensen asintió.

—Eso es exactamente lo mismo que he pensado. —Ladeó ligeramente la cabeza—. Esto se te da muy bien, ¿lo sabías?

Lo estudié con atención, evaluándolo, intentando compararlo con la descripción que me había dado Ashley de su atacante. Pero el agente era mucho más alto; no podía ser el asesino.

Sin embargo, ella estaba segura de que se trataba de un hombre. Eso quería decir que Nadie podía cambiar de forma o que...

... no era Nadie.

De pronto di un traspié; estaba totalmente agotado y Marci me cogió y me llevó hasta el césped.

—Necesitas sentarte un rato —dijo—. En cualquier momento vas a tener un bajón después de esa subida tan bestia de adrenalina y será mejor que no estés de pie cuando eso te pase.

—Estoy bien.

Aun así dejé que me llevara hasta un banco. Estaba oscuro y la única luz provenía de las sirenas de una docena de coches patrulla y camiones de bomberos. Las aceras estaban

repletas de alumnos aterrorizados. Me temblaban las manos, así que Marci las puso sobre su regazo y me las sujetó con fuerza.

—No ha pronunciado una palabra —dije yo—. Le ha dado una nota y ya está. Eso significa que o bien no podía hablar o no quería hacerlo.

—Eres idiota —soltó Marci—. ¿Te das cuenta de que podías haber muerto?

—Esto es importante. Ninguna de las víctimas ha forcejeado con el Manitas y eso seguramente quiere decir que se gana su confianza. O sea, que casi no hay duda de que puede hablar. ¿Por qué lo hace con ellos pero no con Ashley?

—Olvídate de ello —dijo Marci—, sólo por esta noche.

—No —dije y la miré a los ojos—. Acaba de decir que va a seguir matando. Y resulta que el perfil que hemos hecho no vale para nada. No podemos dejarlo estar: tenemos que averiguar quién es él. O ella. Ni siquiera podemos estar seguros de eso.

Marci alargó la mano y me tocó la mejilla. Me acarició la cara y me atusó el pelo. De pronto me sentí incapaz de pensar en cualquier otra cosa.

—Eres un héroe, pero incluso los héroes necesitan descansar de vez en cuando.

—Podría tener una... «¿Qué iba a decir?» Un... un defecto del habla. Como el asesino de los senderos. Pero seguramente no es nada que, eh... le afecte demasiado. —Me estaba acariciando la cabeza y yo apenas lograba concentrarme—. Es probable que sólo sea un detalle que lo identifica, como un acento o algo así. No quería que Ashley le oyese hablar porque sabía que iba a seguir viva. Te apuesto lo que quieras a que el Manitas tiene algún acento característico.

—Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? —dijo Marci y se me acercó a la cara. Yo veía las luces azules y rojas reflejadas en su piel y ojos—. Ves algo que está mal y tienes que corregirlo, y al cuerno con las consecuencias.

—Pero es importante —repetí—. Él o ella o lo que quiera que sea seguirá matando hasta que yo se lo impida. —Miré las estrellas—. Y ahora resulta que he perdido dos meses en hacer un perfil que no sirve para predecir nada y estamos tan cerca de resolverlo como al principio.

—No tienes que solucionarlo todo tú solo —dijo Marci en un tono muy suave—. Sé que estás intentando dar lo mejor para que todo salga bien y eso es una de las cosas que me encantan de ti, pero no puedes dejar que te consuma vivo. El Manitas dejó pruebas y la policía las utilizará para seguirle la pista, a él o a ella. No tienes que hacerlo todo tú. —Sonrió sin apenas convicción—. No tienes que desfilas hacia el infierno cada vez que alguien abre las puertas.

Estudié su cara, catalogando cada línea y curva a las que ya me había acostumbrado. Respiré hondo y solté el aire como si fuese un veneno. «Cálmate», me dije. Me volví y

miré hacia la calle. Los coches pasaban lentamente, procurando ver algo de lo que sucedía en medio de aquel caos.

—¿Sabes qué?, de pronto me he dado cuenta de una cosa horripilante: que tú y mi madre podríais llevaros muy bien.

—En ese caso, tienes suerte de estar rodeado de mujeres inteligentes —dijo—. Ya veo que tenemos mucho trabajo que hacer contigo.

Había dicho «tenemos». Me había visto comportarme como un imbécil, obsesionado, arriesgando la vida... y aun así había dicho «tenemos».

—No te marchas —dije.

Ella me dedicó una sonrisa traviesa.

—¿Estás de broma? Mi novio acaba de salvar a todo el instituto. ¡Es un héroe! Un héroe idiota e insensato, pero qué narices: es mío.

—Así que soy tuyo.

Observamos el caos que se desataba a nuestro alrededor, aunque, curiosamente, la hierba y la oscuridad nos separaban de todo lo demás. Había policías en la escalinata, interrogando a los testigos; había largas filas de alumnos que intentaban llegar hasta su coche y largas filas de vehículos intentando salir a la calle. Eché la cabeza atrás y miré las estrellas.

—¿Sabes qué? —dijo Marci—, aquí fuera hace algo de frío.

Sonreí mirando al cielo.

—Te arrepientes de llevar un vestido tan poco recatado, ¿eh?

Se rió y me dio un suave puñetazo en el hombro.

—No me estoy quejando, inútil; te estoy pidiendo que me rodees los hombros con el brazo. Te juro que lanzarte indirectas a ti es como lanzárselas a una piedra.

Levanté el brazo y la rodeé. Ella me apoyó la cabeza en el hombro. Su tacto era cálido, suave y perfecto.

—Bueno —dijo—, ¿qué te ha parecido tu primer baile?

—En general no ha estado mal.

—Entiendo que también ha sido tu primera amenaza de bomba.

Sonreí.

—Sip.

—¿Qué me dices de tu primer beso?

Me quedé sin palabras: el cerebro se me había convertido en una esfera repleta de

ruido blanco.

—Todavía no ha pasado nada en ese aspecto, pero está siendo una noche perfecta para las primeras veces.

Ella levantó la cabeza hasta ponerla a la misma altura que la mía.

—Pues si es el primero, será mejor que sea un beso memorable.

Y así fue.

15

La mañana siguiente dormí hasta más tarde de lo normal, soñé con Marci y finalmente salí de la cama a las diez. Mi madre no estaba en casa, así que encendí el televisor; como no ponían nada, lo apagué. Me preparé un bol de cereales y, justo cuando me estaba sentando a desayunar, sonó el timbre. No le hice caso, pero se oyó una vez más y después otra. Me levanté con pereza de la silla, fui hasta la puerta, bajé las escaleras hasta la entrada y la abrí. Brooke ya se marchaba.

—Eh —dije y de pronto me di cuenta de que llevaba un pijama arrugado y el cabello enmarañado por culpa de la espuma para el pelo.

Ella se dio media vuelta.

—Hola.

Iba vestida con sencillez, con unos vaqueros y una camisa de manga larga. Se quedó un momento parada y en silencio, moviendo los pies.

—Acabo de enterarme de lo de Rachel y quería decirte que lo siento mucho.

—¿Rachel?

Brooke, que ya estaba pálida, se quedó lívida.

—No te has enterado.

No era una pregunta, sino un arrebato de comprensión repentina; y en aquel instante, al leer sus ojos, su cara y su postura, recibí el mismo impacto. Sabía exactamente lo que iba a decir.

—Se ha suicidado —dije.

Brooke asintió. Maldita sea.

Di un paso atrás; sentí que la cabeza se me vaciaba de sangre y se me quedaba ligera e inútil. Una cosa hueca y sin valor llena de ruido estático. Las paredes se volvieron oscuras y oprimentes, el sol era demasiado brillante y frío.

—Estuvo toda la noche hecha un desastre: lloraba y estaba deprimida, pero no creí que pudiese llegar hasta este punto. No tenía ni idea. —Me aparté de la puerta y, al ver la

pared tan cerca, le di un puñetazo con rabia—. ¿Por qué? —Mi grito se convirtió en un rugido, alto y ronco, que me arañó la garganta y me la dejó en carne viva.

—Siento habértelo dicho yo —dijo Brooke, que continuaba en el umbral—. Sé que últimamente pasabas mucho tiempo con ella y he pensado que debía venir para ver si podía hacer algo... John, lo siento mucho.

—¿Por qué siguen suicidándose? —exigí—. Todo lo que hacemos, lo que arriesgamos, no es... ¡no sirve para nada! Ni siquiera hemos podido detener a los asesinos. Todos siguen ahí fuera, matando a quien les apetece y no podemos hacer nada. ¡No sé siquiera por qué lo intentamos!

Me dejé caer sobre un escalón y al aterrizar me hice daño; saboreé el dolor, el hecho de poder concentrarme en él. Apreté los dientes y volví a darle un puñetazo a la pared; la aporreé hasta que la mano, enrojecida, me palpitaba de dolor. Brooke se metió las manos en los bolsillos y después las volvió a sacar. Luego se apoyó en el quicio de la puerta.

—¿Quieres hablar?

—¿Qué más da? Nadie me escucha cuando lo hago.

—Yo sí.

La miré, estaba enmarcada por la puerta.

—Pero tú crees que soy un friqui.

Se encogió de hombros, incómoda.

—Hasta los friquis necesitan hablar de vez en cuando. Si te soy sincera, a mí también me hace falta.

Me levanté lentamente frotándome la mano y le hice un gesto penoso a la pared, como queriendo decir que no era nada y que olvidase que aquello había ocurrido.

—Entonces, sube a casa —dije—. Los cereales se me están quedando blandos.

Subí las escaleras y ella me siguió. Me senté a desayunar e hice un gesto en dirección al armario.

—Ahí hay boles, si quieres.

—Gracias.

Se preparó un bol de cereales y se sentó delante de mí a aplastar los copos dentro de la leche con la cuchara.

—¿Conocías mucho a Rachel?

Dije que no con la cabeza.

—Creo que no conozco mucho a nadie. —Me metí una cucharada en la boca, mastiqué

y tragué—. Supongo que es la mejor amiga de Marci, pero nunca hacíamos nada con ella.

Brooke sonrió.

—Me parece que ahora el mejor amigo de Marci eres tú. —Sonrió y después se estremeció—. Perdón, quería decir que lo eras incluso antes de que su otra mejor amiga muriese. Lo siento, ha sonado fatal.

Me encogí de hombros.

—Es difícil hacer que un suicidio suene peor de lo que ya es. Puedes decir lo que quieras.

—Yo no sé si tengo mejores amigos —dijo Brooke mirando los cereales. Aún no había probado bocado—. Aunque conocía bastante a Rachel. Siempre nos hemos llevado bien. —Sonrió y levantó la mirada—. Me acuerdo de un día que hicimos una fiesta de pijamas en su casa y jugamos a decir quiénes eran los chicos que nos gustaban. Ella nombró a Brad. —Volvió a bajar la mirada—. Me alegro de que pudiesen ir juntos al baile antes de que ella muriese, aunque solamente fuese una vez.

Yo fruncí el ceño.

—No es que haya muerto: no le ha caído un meteorito encima ni nada por el estilo. No ha sido un desastre natural ni un ataque ni un accidente. Se ha suicidado. Estaba ahí, absolutamente viva, y de pronto pensó: «¿Sabes qué?, voy a poner fin a mi vida» y ahora ya no está. ¿Qué le pasa a una persona por la cabeza para hacer eso?

Brooke negó con la cabeza, tenía los ojos húmedos.

—No lo sé.

—Mi madre hablaba el otro día de marcharnos —dije—. Obviamente, no podemos; porque los tiempos peligrosos, momentos como éste en que se pasa miedo, son los únicos que nos permiten ganarnos la vida en un agujero como éste. Hemos de encargarnos de los muertos. Ahora tendremos que ocuparnos de Rachel. Pero a veces me gustaría poder marcharme de aquí. Salir a la autopista y conducir y conducir hasta que ya ni me acuerde de este lugar. Hasta que llegue a un sitio que esté bien. —Me eché a reír, pero era una risa débil y forzada—. Aunque supongo que cualquier parte será igual de horrible.

Brooke tenía la mirada perdida y los ojos húmedos. Removí un poco los cereales, le di un golpecito al bol con la cuchara y la dejé sobre la mesa.

—Creía que podía poner fin a todo esto.

Brooke me miró.

—Creía que podía agitar una varita mágica —continué—, o blandir un cuchillo o lo que sea y hacer que se terminasen los asesinatos, que se acabase la tristeza; que nadie más tuviese que morir. Nadie tendría que marcharse a ninguna parte. Pero eso no pasa. La

gente siempre se va y no importa si alguien les pega un tiro o una puñalada, si los atropella un camión o si se los lleva el cáncer o la edad: nunca dejará de ocurrir.

—Todo el mundo muere —dijo Brooke—. El problema es que no todos lo hacen cuando les toca.

—¿Cómo puedes saber cuándo les toca?

Se encogió de hombros.

—No lo sabes. Creo que lo único que puedes hacer es ayudar a los demás tanto como puedas y, aunque solamente les consigas un día más, ya es uno del cual no iban a disfrutar.

—¿Y crees que un día más puede hacer que algo cambie?

—No lo sé. Supongo que puedes hacer muchas cosas en un día, pero creo que en realidad le importa más al que ayuda, ¿sabes? Cuando le echas una mano a alguien, aunque sólo sea un día, eso significa que eres la clase de persona que ayuda a los demás. —Volvió a levantar la vista—. Y yo pienso que el mundo necesita más gente así.

La puerta de fuera se cerró de golpe y el sonido llegó amortiguado por las paredes que había entre la entrada y nosotros. A continuación se oyeron pasos en las escaleras y después otro golpe, al tiempo que se abría la puerta de arriba y mi madre entraba con los brazos cargados con la compra.

—John, ¿me ayudas con...? Oh, Brooke. —Se quedó parada, con la boca abierta—. No... no sabía que habías venido. ¿Qué pasa?

Brooke se secó las lágrimas con las mangas de la camisa.

—Hola, señora Cleaver. Estábamos charlando. ¿Necesita ayuda con la compra?

Mi madre pasó junto a nosotros mientras nos miraba a los dos, sorprendida.

—No, no te preocupes. Puedo cargarlo yo sola. —Dejó las bolsas sobre la encimera—. ¿Estáis bien? Has llorado. —Dio un paso adelante—. Los dos habéis llorado.

—Rachel Farnsworth se ha suicidado —dije.

A mi madre se le quedaron los ojos como platos.

—No.

—Anoche —dije—; supongo que fue después del baile. Brooke acaba de venir a decírmelo.

—Lo siento —dijo Brooke.

—¿No fuiste con ella al baile? —preguntó mi madre mientras se sentaba. Tenía las manos por encima de la mesa, flotando, como si quisiera acercarse y agarrar las mías, pero no lo hizo—. ¿Estaba bien?

—La verdad es que pareció deprimida toda la noche —respondí—. Después de que llegase la policía no la volví a ver. Brad la llevó a casa y Marci se fue con su padre.

—¿Has hablado con Marci?

Miré a Brooke, que hizo una mueca e inspiró aire entre los dientes. Conocía esa expresión: se sentía culpable.

Yo negué con la cabeza.

—Todavía no.

—Tengo que irme —dijo Brooke y se puso en pie—. No pretendía robar todo tu tiempo. Me voy y así podrás llamarla.

—Adiós, Brooke —dijo mi madre—. Gracias por venir.

—Sí —respondió ella y me miró.

Yo no dije nada, así que se marchó.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? Pareces afectado y normalmente las muertes no te impresionan. ¿Te pasa algo?

—No estoy triste porque esté muerta —dije levantándome de la silla—, sino porque no puedo hacer nada al respecto.

Cogí el bol de cereales y lo llevé a la cocina, vacié los restos en el fregadero y lo aclaré con un chorro de agua. Sostuve el cuenco en el aire un instante, inmóvil, y después lo posé con cuidado sobre la encimera. Dejé la cuchara a su lado con cuidado, me quedé mirándola y después la moví un poquito hacia la izquierda hasta que quedó paralela al bol. Estaban perfectamente colocados, como para la foto de un anuncio.

—¿John?

—No es normal —dije. Recoloqué la cuchara para que estuviese más cerca del bol.

—¿La cuchara?

—El suicidio. No es normal. Hay algo... raro.

—¿El qué?

—¿Te parece que lo sé? —Volví a tocar la cuchara y la moví de modo casi imperceptible. Miré más allá, hacia el todo y la nada—. Es demasiado perfecto.

—¿El suicidio es perfecto?

—Se ha cortado las muñecas —dije—. Igual que Allison Hill e igual que Jenny Zeller. Pero ¿por qué?

—Es una forma muy habitual de suicidarse —replicó mi madre—. No quiere decir que estén relacionados.

Levanté la mirada repentinamente, con los ojos bien abiertos.

—Pero lo están, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero sabes que es verdad. Todos somos conscientes de ello, lo que pasa es que aún no lo hemos reconocido. Demasiados suicidios, demasiado parecidos entre ellos. —De pronto estaba tan enfadado que dejé caer la mano con fuerza sobre la encimera—. ¡Maldita sea! ¡Alguien ha salido a matar todo lo que se le pone por delante! ¡Lo está haciendo delante de nuestras propias narices y nadie se ha parado a pensar en ello!

—John, son suicidios. Lo han hecho ellas mismas.

—No, no es cierto —dije. De pronto mi cabeza había vuelto a la vida con cientos de posibilidades que se arremolinaban en su interior. «¡Es tan obvio!»—. Se supone que debemos pensar que se están matando ellas solas, pero no es así. El Manitas no es el único asesino que hay ahora en la ciudad.

—¿Crees que la policía no lo ha pensado? —preguntó mi madre—. Si en alguna de esas muertes hay algo que huelga a asesinato, te garantizo que lo estarán investigando.

—Pero es que no hay pruebas —dije y me acerqué a ella—. Al menos no del tipo que la policía sabe reconocer. Es un demonio.

Me miró fijamente, en silencio. Sentí que el corazón me golpeaba el pecho con una mezcla de miedo y emoción. «¡Ha de ser esto! Anoche, en el baile, sabía que tenía que haber otro asesino; sabía que no podía ser el Manitas y ahora resulta que lleva todo este tiempo sin esconderse lo más mínimo.»

—No me digas que no te das cuenta —empecé a decir, pero ella me interrumpió.

—Sí que lo veo —dijo, con la cara blanca—. No quiero, pero me doy cuenta. Es como una ilusión óptica, que la miras una y otra vez... y una vez la has visto... ya no puedes dejar de verla.

—Somos los únicos que podemos detenerlo. Somos los únicos que saben lo suficiente como para hacer algo. —Salí corriendo al pasillo—. Tengo que vestirme para ir a casa de Marci.

—¡Espera! —gritó mi madre—. ¡Hemos de hablar de esto!

—Eso es lo que voy a hacer.

—No —dijo—. Me refiero a ti y a mí, juntos. —Mi madre me siguió al pasillo—. No tienes que meter a Marci en este asunto. Estoy intentando ayudarte y... estoy aquí, contigo.

—Sí. Lo sé.

Entré en mi cuarto y cerré la puerta.

—Marci, ha venido John.

Estaba en el pasillo de casa de los Jensen mientras la madre de Marci llamaba a la puerta de su habitación. Déjà vu. No hubo respuesta, así que volvió a llamar.

—Marci, ¿estás ahí?

—No quiero ver a nadie —dijo Marci suavemente. Tenía la voz quebrada y débil.

—¿Ni siquiera a John?

—A nadie —repitió Marci y su madre me miró sin saber qué hacer.

—Lo siento, John: lleva así toda la mañana. Pero no te preocupes, pronto saldrá. ¿Quieres un poco de pan?

—No, gracias —dije con cuidado de no hacer ninguna mueca—. Dígale que...

Me quedé callado, desesperado por hablar de los asesinos. «¡Hay dos —quería gritar—. Siempre han sido dos y no nos dimos cuenta!». Pero su madre estaba delante y no podía decir nada que pareciese estúpido.

—¡Marci! ¡Tenemos que hablar! —grité.

—Hoy no, John —respondió ella desde dentro—. ¿No puedes dejarlo estar?

Su madre me sonrió con tristeza.

—Lo siento, John. Ya sabes cómo se pone.

Respiré hondo.

—Sí, lo sé. Dígale que me llame. No sé si...

—Necesita estar sola un rato —dijo su madre mientras me conducía hacia la planta baja—, pero no pasará mucho tiempo hasta que vuelva a necesitarte. No te preocupes, te llamará aunque yo no se lo diga. —Llegamos a la cocina y cogió un par de guantes sucios de cuero—. Tengo que esparcir el compost antes de que refresque más. ¿Estás seguro de que no quieres comer nada?

—Estoy bien —le aseguré—. No hace falta que me acompañe.

Asintió y salió por la puerta de atrás mientras yo caminaba lentamente por el oscuro pasillo en dirección a la puerta. Ya hacía el frío suficiente para que finalmente tuviesen la puerta de la calle cerrada; era la primera vez que la veía así. Puse la mano en el pomo y me quedé helado al escuchar el ruido de una emisora, que provenía de la habitación de al lado.

—Agente Jensen, ¿está ahí?

Era la emisora de la policía. Oí el crujido de una silla y después el de un periódico; enseguida habló el padre de Marci.

—Sí, Steph, estoy aquí.

«Stephanie —pensé—, de la comisaría.»

—Nos acaba de llamar uno de los rastreadores, que estaba cerca del lago. Han encontrado otra fogata con huesos y unos guantes quemados. Al parecer los restos de los guantes son más grandes que los que encontramos cuando lo de Coleman. Moore quiere que vaya a echar un vistazo.

«Interesante», pensé y me acerqué un poco más sin hacer ruido.

—¿Los restos son de hace mucho? —preguntó el agente Jensen.

—De hace bastante —dijo Stephanie—. Es más probable que sean del pastor Olsen que del sheriff, suponiendo que no sean falsos. En cualquier caso, métalo todo en bolsas y tráigalo. Veremos si coincide con algo.

—De acuerdo, Steph. Hasta ahora.

—Hasta luego.

Oí un tintineo suave de hebillas, seguramente el agente Jensen se estaba poniendo el cinturón de policía. No podía abrir la puerta sin que me oyese y no quería que se enterase de que había estado escuchándolo a escondidas, así que salí del pasillo y me metí en el estudio, aguantando la respiración. Las pisadas de Jensen hicieron crujir las tablas del suelo, llegaron al vestíbulo y entonces se oyó el chirrido de las bisagras de la puerta. Salió afuera y la puerta se cerró de golpe detrás de él. Yo respiré, esperé unos segundos, me acerqué a una ventana y lo miré mientras caminaba hacia el coche, entraba en él y se marchaba.

«¿Por qué destruye las manos el Manitas?», me pregunté. Abrí la puerta y fui hasta mi coche. Hacía frío y me puse a temblar, pensando que debería haber traído una chaqueta. Me volví para mirar la ventana de Marci, pero la persiana estaba bajada del todo. «Le dije a ella que todo estaba perdido, que el perfil que habíamos hecho no servía para nada, pero me equivoqué. Acertamos con lo de los mensajes religiosos y con lo de que Astrup iba a ser el siguiente. Lo que pasa es que no nos lo tomamos suficientemente en serio y no nos dimos cuenta de que si le fastidiábamos el plan al Manitas, iba a vengarse. Meier no murió porque cometiésemos errores en nuestro perfil; murió porque lo hicimos bien pero lo aplicamos mal.» Temblando, le di la espalda a la casa y subí al coche.

«Dos asesinos: el Manitas y los suicidios. —Respiré hondo, intentando concentrarme—. Dos demonios; tiene sentido que Nadie haya traído refuerzos. Yo le había dicho que la mataría: venir sola hubiese sido una estupidez. Así que, en vez de hacer eso, ha cogido por banda a su amigo el Manitas y lo ha traído con ella para distraerme mientras ella cazaba. ¿Por qué no me he dado cuenta antes?»

Sacudí la cabeza.

«Todo lo que creía saber sobre Nadie, todo el perfil, pertenecía en realidad al Manitas. Eso me coloca en la casilla de salida en lo que respecta a Nadie, pero el perfil del Manitas sigue siendo correcto. Si lo encuentro, él me llevará a ella. Necesito centrarme.»

El timbre sonó tres veces antes de que me levantase a ver quién era. Abrí la puerta y me quedé helado.

Era el padre Erikson.

—Hola, John.

«¡Me ha encontrado!» El corazón me dio un vuelco y miré desesperadamente por la ventana, como si pensara que de pronto mi casa iba a ser asaltada por un enjambre de policías. Pero no había nada ni nadie. Retrocedí un paso y me preparé para salir corriendo.

—Menuda escena la que se montó en el baile —dijo—. Me han contado que tú salvaste la situación.

Así que se trataba de eso: mi actuación en el baile. Todo el instituto me vio hablando con Ashley. Es normal que saliese en las noticias, pero estaba tan distraído con Brooke, Rachel y Marci que ni siquiera se me había ocurrido poner la tele. Miré el televisor apagado, deseoso de encenderlo para ver qué decían, pero ya era media tarde: las noticias del mediodía habían terminado y aún faltaban horas para las de la noche. Suspiré.

—Así que ha atado cabos, ¿no? Hay muchos chavales que se llaman John, ¿sabe? No tenía por qué ser yo.

—No, no tenías por qué, pero era bastante probable. Me imaginé que serías tú y por eso he venido.

«Entonces no lo sabía seguro hasta que yo...»

—No te preocupes —dijo como si me hubiera leído el pensamiento—, he reconocido el coche. Habría sabido que eras tú aunque no hubieses abierto la puerta.

Asentí con expresión de tranquilidad, pero por dentro estaba aterrorizado. «Si al padre Erikson le basta ver las noticias para atar cabos y encontrarme, ¿quién más podría venir a por mí? ¿Nadie? La policía se esforzó mucho para que no se supiera lo de Forman, me pregunto si acabo de cargarme todo su trabajo.»

Alejé esa idea de mi cabeza y miré al cura. «Ocúpate de él primero.»

—¿Qué quiere?

—Me mentiste sobre la orientadora. En el hospital solamente hay una y ella no te conoce.

Me encogí de hombros.

—Bueno, sirvió para que usted se quedara tranquilo. Y menos mal, porque si me llega a denunciar y no puedo ir al baile, ¿qué habría pasado anoche?

—Según he oído, no hubiese pasado nada. La bomba era falsa. Evidentemente, eso no te hace menos valiente, pero sí que tu intento de desactivarla parezca mucho menos importante.

Sonreí.

—Tiene razón. ¿Piensa denunciarme ahora? ¿Va a entregar al héroe del baile?

—No... —Negó con la cabeza—. ¿Está tu padre en casa?

—No.

—¿Cuándo volverá?

—Llevo nueve años haciéndome esa pregunta.

El cura asintió, como si eso explicase algún asunto importante.

—¿Y tu madre?

—Ha salido a hacer la compra.

Volvió a asentir.

—¿Sabes?, no estoy seguro de entenderte, John. En la iglesia hablo con mucha gente con problemas y todos mienten de vez en cuando, todos rompen las promesas que hacen, pero tú... Tú eres la primera persona que conozco que me miente a la cara, es capaz de meterme el miedo en el cuerpo y después arriesga su propia vida para ayudar a alguien.

—Soy un pozo de sorpresas.

—No cabe duda —asintió—. Al menos parece que tu teoría sobre el Manitas es acertada.

Se apoyó nerviosamente en un pie y después en el otro, y miró por encima de mi hombro, hacia el interior del apartamento.

—¿Por qué ha venido?

Asintió lentamente.

—Por la misma razón que antes. Quiero que hables con mi amiga.

—Porque cree que voy a hacerle daño a alguien.

—Creo que te iría bien hablar con una terapeuta.

Solté una carcajada vacía y débil.

—¿Cuántas vidas tengo que salvar para que deje de pensar que soy uno de los malos?

—John, habíamos hecho un trato...

—Pues lo cancelo —dije con firmeza.

«Ha llegado la hora de acabar con esto —pensé—. Actúa con contundencia, no le des margen para discutir.»

—Vaya a la policía y dígales que hace dos semanas le hablé de matar a alguien. Le preguntarán por qué no les informé antes y cuando la única excusa que pueda esgrimir a su favor es que yo le pedí que no lo hiciera, creerán que es un idiota. Le preguntarán si tiene alguna prueba más allá de su propia palabra y, ¿sabe qué?, no las tiene. Le preguntarán si está al tanto de que John Cleaver arriesgó la vida para salvar un edificio lleno de gente y, oficialmente, usted se habrá quedado sin opciones. —Me crucé de brazos—. A la policía le caigo muy bien, pero si se va a sentir mejor, adelante: inténtelo.

Lo observé con atención y una expresión impasible. «¿Ha funcionado? ¿Se lo ha tragado? Si decide desafiarme y acude a la policía, me podría meter en un buen lío.» Lo único que me quedaba era esperar que mi confianza lo hubiese convencido.

Me observó en silencio desde el rellano. Un momento después asintió.

—Ya veo. —Hizo una pausa—. Ya veo.

Me miró a los ojos con las comisuras de los labios hacia abajo y la mirada apagada. Tristeza.

—Ten cuidado, John. Te estás adentrando en un terreno muy peligroso, seguramente mucho más de lo que yo pueda imaginar. Si necesitas algo, llámame, por favor.

No respondí.

Se dio media vuelta y se fue.

El cadáver del sheriff Meier llegó a la funeraria unos días después, el lunes por la tarde. Yo llegué de clase justo cuando mi madre y Margaret empezaban a trabajar en él. Me lavé y me uní a ellas, y las ayudé a lavar el cuerpo, a fijar la expresión, a tapar las heridas con vaselina. Mientras trabajábamos pensaba en Nadie e intentaba recomponer todas las pistas que tenía sobre ella. «Mata a chicas jóvenes. Hace que parezca un suicidio...» Ya está, eso era todo. No sabía nada más. En la escena no había huellas, únicamente las de la chica; no había señales de forcejeo ni nada que hiciese pensar que las muertes no eran simples suicidios. Supuse que cabía la posibilidad de que la policía supiese algo que no habían revelado, pero seguramente cualquier prueba que mantuvieran en secreto seguiría indicando un suicidio. De otro modo, el agente Jensen estaría mucho más pendiente de su hija.

Mientras realizaba las diferentes tareas con el cadáver, intenté varias veces darle la vuelta para ocuparme de la espalda; sin embargo, todas las veces mi madre encontraba algo que había que hacer antes: aún tenía el pelo sucio y había que repetir el lavado; el cordel de la boca estaba demasiado prieto y hacía que la nariz quedase con un gesto demasiado poco natural. No era cierto, estaba perfectamente. Pero mi madre intentaba ganar tiempo.

—Tarde o temprano tendremos que darle la vuelta —dije—. No podemos embalsamarlo hasta que sellemos la espalda.

—Lo sé —dijo con una mueca—. Es que no sé si podré soportarlo. Estoy bastante insensibilizada, pero... ¿Cuántas heridas tenía David Coleman en la espalda? ¿Y cuántas más tendrá este cadáver?

Me encogí de hombros.

—No hay vuelta de hoja.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Venga, vamos allá.

Nos pusimos a la izquierda del cadáver, lo levantamos y lo colocamos boca abajo con mucho cuidado. La sorpresa nos dejó boquiabiertos y helados, pero enseguida nos inclinamos para verlo más de cerca. Tenía la espalda destrozada, aunque ni mucho menos tan mal como la de Coleman. Me puse a contar y mi madre cogió la documentación, que estaba en el mostrador.

—Veintidós, veintitrés...

—Treinta y cuatro —dijo al tiempo que levantaba la vista del papel—. Menos incluso que Robinson.

—Y el pastor Olsen tenía treinta y dos —apunté—. Todos más o menos igual, excepto Coleman. ¿Qué tiene él de diferente?

—Eso no nos importa —dijo rápidamente mi madre; cerró la carpeta y la dejó a un lado—. Nosotros estamos aquí para asegurarnos de que el sheriff Meier tenga tan buen aspecto durante el funeral como en vida, nada más. No vamos a investigar nada.

—Pero es importante.

—No para nosotros —dijo de nuevo y cogió un tarro de vaselina—. Demos las gracias porque no esté tan mal como creíamos y no hablemos más del tema.

Me disponía a seguir protestando, pero me fulminó con la mirada y callé. Margaret nos miró desde la mesa auxiliar donde estaba y, sin decir nada, siguió con la tarea de limpiar los órganos de la bolsa. Cerré la boca y me puse a trabajar en los agujeros de la espalda.

«Tres víctimas, todas prácticamente idénticas, con una en medio que rompe el patrón. No solamente por los ojos, sino también por las heridas de la espalda: no se trataba de una tendencia que estaba empeorando, sino de un pico anómalo. ¿Cómo encaja eso? ¿Qué significa?»

Mientras rellenaba las heridas de arma blanca con pedazos de algodón, revisé los hechos intentando dar algún sentido a aquel caos. «El Manitas mata, se enfada y se desquita con la espalda. En el caso de Coleman, algo hizo que se enfadara mucho más que

con los otros. ¿El qué?»

La primera respuesta obvia era el pecado de Coleman: era el único a quien había matado por ver pornografía, específicamente con menores, cosa que podía tener un significado especial para el asesino. ¿Tenía algún trauma de la infancia o la adolescencia? ¿Abusaron de él cuando era niño o lo maltrataron? Aunque de todos modos estábamos hablando de un demonio que no tenía edad, no de un humano. ¿Acaso tenían los demonios una infancia en la que acumular traumas? Eso sí es que podían traumatizarse.

Cuanto más pensaba en ello, menos probable me parecía. El Manitas ya había reaccionado a la pornografía sacándole los ojos a Coleman y lo había hecho con la misma frialdad y pericia con que había extirpado las manos y la lengua. La rabia que se adivinaba en la espalda de Coleman era independiente, la había desatado algo completamente diferente. Por extraño que pareciese, tuve que contemplar la posibilidad de que las dos anomalías en el cadáver de Coleman no tuviesen nada que ver la una con la otra: algo lo enfureció de tal manera que perdió el control como nunca antes. «¿Ha sido alguna fuerza externa? ¿Algún detalle de su vida personal?» Perplejo, sacudí la cabeza. Ni siquiera sabía si tenía vida personal.

Acabamos de rellenar las heridas, las cubrimos de vaselina y después las tapamos con esparadrapo. Finalmente, le dimos la vuelta al cadáver. Mi madre preparó el líquido de embalsamar y yo le practiqué una incisión junto a la clavícula con un bisturí, y con ayuda de un gancho le saqué una vena. La abrimos, insertamos los tubos y pusimos la bomba en marcha.

Unas semanas antes, sentados en la oficina de la funeraria durante el funeral del alcalde, Marci y yo habíamos hablado sobre las heridas de la espalda. Nuestra hipótesis era que la causa de aquella ira era el hecho en sí de matar. El propio acto de dar muerte le enfurece; entonces, ¿por qué mata?

«Sabemos el motivo por el que mata —pensé—. Quiere castigar a los culpables, pero ¿qué le despierta ese deseo? ¿Cuál es el mecanismo que gira en su cabeza y dice: “Ha llegado el momento de matar”?» Todas las víctimas habían aparecido a intervalos de quince días, excepto la última: domingo, lunes, martes y martes. ¿Significaban algo los días de la semana o solamente importaba el tiempo que pasaba entre ellos? ¿Había cometido el último asesinato un día antes o se trataba más de una coincidencia que de un patrón?

Miré el calendario que colgaba de la pared: un póster grande de una playa con los doce meses impresos en pequeños bloques en la parte inferior. Mi madre me miró y seguramente adivinó que yo pensaba en los asesinatos, pero no le hice ningún caso y me acerqué a la pared, me quité los guantes de goma y señalé cada una de las fechas con el dedo. «8 de agosto, 23 de agosto, 7 de septiembre, 21 de septiembre.» Ningún dato que no conociese ya, así que me puse a buscar otras fechas; cogí un bolígrafo de la mesa y fui

señalando todo lo que se me ocurría. «Aquí fue el ataque del día del baile. Este día despidieron a Coleman. Aquí es cuando encontraron las manos del pastor y aquí las del alcalde...»

El sábado 4 de septiembre quemó las manos del alcalde y casi lo pillan. Eso fue tan sólo tres días antes de que convirtiese la espalda de Coleman en carne picada para hacer hamburguesas. Era la relación más estrecha que había entre todas las fechas que había marcado.

Me quedé mirando el calendario fijamente con la cabeza trabajando a toda velocidad. No podía creer que no me hubiese dado cuenta antes. «Casi lo pillan, ¿es eso lo que le hizo enfurecer?» Pero no; el Manitas había escrito cartas al periódico y después había obligado a Ashley a leer otra el día del baile. Lo que le enfadaba no era que se encontrasen pruebas, así que tenía que ser otra cosa. Algún otro aspecto relacionado con la quema de las manos. «¿Qué hizo que no necesitaba haber hecho?» No tenía motivos para salir corriendo. Podía haberse quedado junto al fuego y saludar a los excursionistas cuando éstos pasasen por su lado y nadie habría sospechado nada. El único motivo por el que vieron los pedazos de carne es porque se acercaron al fuego y lo removieron, y si actuaron así fue porque encontraron sospechoso que alguien echara a correr. No hacía falta huir, pero lo hizo. ¿Por qué?

Al final todo era cuestión de culpa: huyó porque no quería que nadie viese lo que había hecho. Se sentía culpable, estaba avergonzado. Mataba porque sus víctimas eran pecadores, pero el asesinato también era un pecado y él lo sabía. Eso era lo que lo enfurecía lo suficiente como para apuñalar a los cadáveres treinta veces y lo que le obligaba a salir al campo y quemar las manos como un ritual purificador...

«Un ritual.»

«¿Y si no había terminado?»

Los ataques del Manitas mostraban un comportamiento de marcado componente ritual: el sumo cuidado con que los planeaba, la precisión con la que mataba y la forma en que colocaba los cadáveres para que todo el mundo los viera. ¿Y si el ritual iba más allá del momento del asesinato e incluía una ceremonia de destrucción de los restos de la víctima? Lo había hecho con el pastor y con Coleman; con el alcalde Robinson lo había intentado, pero los excursionistas se habían topado con él y lo habían ahuyentado antes de acabar el rito. Usaba esta parte final para redimirse de toda culpa y aplacar su rabia, y al no poder contar con aquella válvula emocional, lo más probable es que la rabia se acumulase sin control hasta que se desquitó con el señor Coleman con una furia brutal. Sesenta y cuatro puñaladas. Tenía sentido.

O casi. Según lo que había dicho el agente Jensen, las manos y la lengua del alcalde fueron destruidas por el fuego: en realidad sólo quedaban huesos calcinados y pedazos de algo que en su día fue carne. ¿Qué más le quedaba por hacer? ¿Una oración que no tuvo

ocasión de recitar? ¿Una maldición que no había pronunciado? ¿Qué tuvo de diferente el ritual de aquel día?

«Los guantes.»

Stephanie había dicho algo de unos guantes: restos de unos guantes que había incinerado en el fuego junto con las manos de Coleman y las del pastor. Cuando encontraron las manos del alcalde, en la hoguera no había ningún guante. Ésa era la pieza que faltaba: la diferencia que había convertido el siguiente ataque en tan violento. No había podido quemar los guantes. Pero ¿qué significaban? Los llevaba cuando mataba, así que eran una prueba, aunque un rito como aquél suponía mucho más que el simple hecho de deshacerse de ciertas pruebas. Destruía las manos de las víctimas porque representaban los pecados de los que eran culpables; si equiparaba las manos con el pecado, no era ninguna exageración pensar que los guantes representaban las suyas propias y también sus pecados. Una y otra vez, asesinato tras asesinato. ¿Qué decía al final de la carta? «La ciudad será purificada por medio del fuego.» Usaba el fuego para lavar sus pecados y esa vez no había conseguido hacerlo. A pesar de sus bravatas y superioridad moral, en el fondo sabía que era tan culpable como el resto. Puede que más.

«Y ése es el punto débil de su armadura.»

Me aparté del calendario y miré rápidamente a mi alrededor. Margaret seguía en una esquina, limpiando los órganos extirpados, y mi madre estaba toqueteando la bomba. Levantó la vista, cruzamos un par de miradas y volvió a concentrarse en la bomba con los labios apretados. El sonido de la bomba de embalsamar llenó la sala como un latido rítmico y yo respiré hondo. «Ya le tengo —pensé—. He descifrado su código y ahora sé cómo piensa.» Sin embargo, aún no conocía cuáles eran sus poderes demoníacos, aunque el hecho de que utilizara armas normales y corrientes me hacía sospechar que no tenía garras ni una fuerza extraordinaria ni nada por el estilo. Aún era posible que Nadie sí poseyera estas habilidades, pues apenas sabía nada de ella; eso quería decir que debía andarme con mucho cuidado en lo que a ella se refería. Seguramente trabajaban juntos: él estaba creando un espectáculo para atraer mi atención, y en cuanto yo creyese que ya lo había cogido, Nadie saldría de la nada y me atacaría por la espalda. Tenía que encontrar la manera de separarlos. «Necesito tenderles una trampa. Ahora conozco mejor al Manitas; puedo atraerlo hacia mí y atraparlo como a una rata.» En cuanto lo tuviese a buen recaudo, podría enfrentarme a un demonio primero y al otro después.

«Fase uno: tengo que hacer que se enfade mucho, muchísimo.»

16

Estimado director:

El asesino conocido como el Manitas ha anunciado a nuestra comunidad que ha venido a purificar la ciudad, a salvar la población de Clayton de los hombres malvados cuyo objetivo es conducirla a la tentación y al pecado. Permítame que lo ponga en duda: ¡nada más lejos de la verdad! ¿Acaso debemos creer que un asesino que mata a sangre fría es un dechado de virtudes? ¿Pretende este pecador impenitente que lo aceptemos como guía espiritual? La Biblia nos dice: «Por sus frutos los conoceréis», y los frutos del Manitas están inequívocamente cargados de maldad. Él es un monstruo, un pecador vil, mucho peor que los hombres honrados a los que dice haber dado un justo castigo. Lo mejor que podemos hacer es no hacer ningún caso de él.

Al propio Manitas me gustaría decirle algo: vuelve al redil. Los pecados que has cometido desaparecerán; la pesada carga que tanto te abrumba se aligerará. El proceso será largo y difícil, pero si te dejas guiar por los que sirven al Señor, podrás volver a ser puro.

No busques cobijo entre los falsos profetas. Confía en la Iglesia y sus líderes. No dejaremos que te pierdas.

Atentamente,

PADRE BRIAN ERIKSON

—¿Estás lista?

Marci sonrió y abrió la puerta.

—Sin duda. ¿Qué te parece la camisa?

Llevaba una camisa negra de mangas cortas y abullonadas; asentí.

—Sí, está muy bien. Ya te la había visto.

—Tengo tantas que es difícil seguirles la pista —dijo entre risas.

—Me alegro de que te sientas mejor.

—Estoy genial —dijo ella—. Me encuentro perfectamente. —Marci sonrió—. ¿Adónde vamos?

—No hace falta que vayamos a ninguna parte —dije encogiéndome de hombros.

Empezaba a hacer demasiado fresco como para ir en bici, caminar o cualquiera de las otras cosas que a Marci le gustaban. Habíamos pasado los dos últimos días en su casa, viendo la tele y jugando a las cartas, y a mí ya me parecía bien. El periódico aún no había publicado mi carta y estaba demasiado nervioso como para hacer cualquier otra cosa.

—No aguanto más aquí dentro —dijo ella—. Necesito salir: volver a ver el exterior.

—Me parece bien. ¿Hay alguna parte en particular que quieras ver?

—Primero, algo de comer —dijo mientras me seguía hacia el coche—. Algo grasiento y asqueroso. Lo que comemos en casa es demasiado sano.

Yo me reí mientras entraba en el coche.

—Friendly Burger —dijo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. Hace tiempo que no voy.

Asentí y arranqué el coche. El Friendly Burger era uno de aquellos sitios que solamente se encuentran en las ciudades pequeñas: una hamburguesería donde los dueños, los trabajadores y los clientes eran todos del lugar. El cartel era una silueta gigante de madera de una hamburguesa sonriente con un par de brazos y los pulgares hacia arriba. Se veía desde manzanas de distancia.

—¿Sabes que es lo que más me gusta de este sitio? —preguntó Marci asintiendo en cuanto lo tuvimos a la vista—. Que no tiene franquicias.

—¿Y por eso te encanta?

—Significa que es el único que existe. Puedes ir a cualquier parte del mundo y verás que allí hay un McDonald's. Pero solamente hay un Friendly Burger y está aquí. Es completamente único.

—¿Así que lo que lo convierte en fabuloso es que nadie más quiere uno en su ciudad?

—Oh, todo el mundo quiere uno; al menos, todos los que han estado aquí. Lo que los convierte en fabulosos es que se niegan a vender.

Entramos en el aparcamiento y dejamos el coche debajo del cartel.

—¿Sabes?, hay algo que siempre he querido saber sobre este sitio —dije y señalé el cartel—. ¿Crees que una hamburguesa levantaría el pulgar si supiese que te la vas a comer?

—Puede que ésa sea la culminación de las aspiraciones de una hamburguesa: que te la comas. Debe de ser como su cielo particular.

—Pero ¿y si hubiese algo que se comiese a los humanos? ¿Qué dirías si abriesen una cadena de restaurantes donde se pudiesen comer hamburguesas de humanos? ¿Posarías sonriendo y saludando para un cartel donde le dirías a todo el mundo lo contenta que

estabas de que te fuesen a comer?

—Si fuese una franquicia, no —dijo con una pequeña sonrisa—. Solamente poso para los sitios que venden hamburguesas de humano que además son únicos.

—Al menos tienes principios.

—Dejemos de antropomorfizar la comida; prefiero comérmela. Tengo seis cereales en el estómago que han formado una piedra y necesito un poco de grasa y ketchup para deshacerla.

Entramos y nos pusimos en la cola. El local estaba bastante concurrido para ser martes por la tarde y, hasta que nos tocó, pasamos el rato charlando con varias personas que Marci conocía. Bueno, ella hablaba; yo simplemente estaba a su lado, cogido de su mano. No hizo falta mirar la carta porque no había cambiado en cinco años.

—Eh, John.

Levanté la mirada sorprendido y vi a Brooke detrás del mostrador con un gorrito de papel de Friendly Burger. Ya nos tocaba, así que nos acercamos.

—Hola, Marci —dijo Brooke—. ¿Qué tal?

—Muy bien —dijo boquiabierta—. No sabía que trabajabas aquí.

—Sólo llevo un par de semanas. Desde que empezó el instituto, creo. He pasado el verano en los parques, con el equipo de jardineros, así que en otoño me he tenido que buscar otra cosa.

—Genial —dijo Marci—. ¿Y te gusta trabajar aquí?

—Depende de lo que haga —dijo, y se rió mirando hacia arriba con cierta vergüenza—. Lo de atender a la gente no está mal, pero tarde o temprano a alguien le toca limpiar las máquinas de refrescos. —De pronto abrió mucho los ojos—. O sea, que las limpiamos cada día, claro, pero no me gusta tener que hacerlo yo. Lo siento, ha sonado asqueroso.

—No importa —dijo Marci y se inclinó hacia delante como para hacer una confidencia—. ¿Hay algo que no deberíamos pedir?

—Por supuesto que no —dijo Brooke en voz alta y mirando por encima del hombro; después señaló los nuggets de pollo de la carta que había en el mostrador.

Marci enarcó la ceja y Brooke asintió.

—Entonces pediremos dos hamburguesas Friendly Burger —dijo Marci—. ¿Quieres queso, John?

—La verdad es que prefiero la de pescado; no...

Marci se quedó mirándome, pero después se rió y negó con la cabeza.

—Claro, perdona: lo de la carne. Una hamburguesa Friendly Burger y un filete de

pescado Friendly. Y unas patatas y la bebida para compartir.

Brooke anotó el pedido en un pequeño bloc de espiral, arrancó la página y lo marcó en la caja registradora. Saqué la cartera y busqué los billetes; ella me dijo el total, le di el dinero y abrió la caja para darme el cambio.

—Tiene gracia, ¿no? —dijo ella mientras contaba las monedas.

—¿Eh?

—La última vez que nos vimos aquí estábamos en el mismo lado del mostrador y ahora yo he cruzado al otro.

Marci volvió a cogerme de la mano, un poco más fuerte que antes, y las colocó sobre el mostrador.

—¿Tuvisteis una cita aquí?

—No hay muchos sitios más adonde ir —respondí.

—Sí —dijo Brooke—. Fue... —De pronto se le ensombreció la cara—. Fue la noche que Forman... —Miró por todo el local, que estaba lleno—. Bueno, supongo que ya sabes a qué me refiero. —Se quedó repentinamente en silencio y me devolvió el cambio—. El número setenta y ocho.

Marci y yo nos apartamos del mostrador a esperar el pedido y Brooke ofreció una amplia sonrisa a la siguiente pareja de la cola. Parecía contenta y animada, ansiosa por hablar con la gente, y estaba guapa incluso con aquella espantosa camisa de Friendly Burger.

Marci me rodeó la cintura con los brazos. Yo la miré sorprendido y vi que miraba a Brooke.

—Qué raro que haya mencionado la última cita que tuvisteis.

—Ella es así —dije—. Habla sin pensar. Si supiese que te ha molestado se sentiría fatal.

—Puede que sí —dijo Marci; entonces se volvió hacia mí y me sonrió, y ocupó todo mi campo de visión—. Pero ahora te tengo yo, ¿no?

Le devolví la sonrisa, disfrutando de la cercanía.

—Sin lugar a dudas.

Nos entregaron el pedido y buscamos la mesa más limpia que había. Marci puso un montón enorme de ketchup en el centro de la bandeja y lo removió distraídamente con un manojo de patatas.

—¿Cómo era él? —preguntó mientras miraba el ketchup fijamente.

—¿Quién?

—Clark Forman. Yo lo vi alguna vez, claro, pero no lo conocía. No como tú; ni como Brooke.

—Ella solamente pasó allí unas horas —dije mirando cómo jugaba con el ketchup; era rojo e intenso, como sangre espesa—, y la mayor parte de ese tiempo Forman ya estaba muerto. De todos modos, yo estuve allí dos días, creo, y tampoco diría que lo conocía. Sabía algunas cosas sobre él, eso es verdad; lo suficiente como para escapar.

—Era horrible —dijo escupiendo las palabras como si tuviesen un sabor muy desagradable—. Era un monstruo y merece la muerte, da igual cómo era. —Levantó la mirada y la clavó en mis ojos—. Todavía me cuesta creer que tuvieses que pasar por todo aquello.

La miré intentando leer su expresión: amargura y enfado, pero también ternura. Levantó la mano y alargó el brazo para tocar el mío. «¿Es afecto o está siendo posesiva?» Eché un breve vistazo hacia el otro lado del local, en dirección al mostrador donde Brooke estaba hablando con un cliente; una mirada cortísima, de una fracción de segundo. Marci me apretó el brazo.

—En casa de Forman —dije intentando que se olvidara de Brooke—, pasé casi todo el tiempo encerrado. La primera noche estuve solo, y después me quedé en el sótano un día y una noche.

—Debe de haber sido aterrador.

—Supongo que sí —dije—. Pero creo que estaba más enfadado que asustado. No soy tan emocional como las chicas; cuando los demás estaban traumatizados, yo fui capaz de pensar y encontrar la manera de salir de allí.

—Y por eso eres mejor que el resto —dijo con total convicción.

—¿Mejor?

—Tú los salvaste a todos, ¿verdad?

—Sí.

Ella asintió y volvió a mirar el ketchup. Lo removió, se metió las patatas en la boca, masticó y tragó.

—¿Qué tal van los planes para salvar a todo el mundo del Manitas?

Ladeé la cabeza, confundido. «Supongo que ya ha superado lo que fuese que le impedía hablar del tema después del baile.»

—Bien. Si todo va como espero, quizá no vuelva a matar.

Ella levantó la cabeza para mirarme.

—¿Suelen salir las cosas como tú esperas?

Yo negué con la cabeza.

—Nunca me ha pasado.

El miércoles por la mañana me volví a levantar pronto y esperé junto a la ventana a que llegase el repartidor de periódicos. Llegó a las seis y lo lanzó más o menos en dirección a la funeraria; yo salí corriendo a cogerlo. Hacía frío. Una vez dentro le arranqué la goma, lo abrí sobre la mesa de la cocina y busqué las páginas de opinión. Ahí estaba, encabezando la sección de «Cartas al director»: la misiva que le había escrito al Manitas y que había atribuido al padre Erikson. «La han publicado.» Tenía miedo de que no lo hicieran por ser demasiado controvertida o de que llamasen a Erikson antes de incluirla; pero no, la habían aceptado tal cual y, creyendo que se trataba de un mensaje de esperanza en tiempos difíciles, la habían impreso.

Todo el mundo la iba a interpretar de ese modo, excepto el Manitas. Para él era como si alguien hiciese sonar la campana para ir a cenar.

«Tengo que llamar a Erikson», pensé, pero me obligué a tener paciencia. Si quería que me creyese, tenía que ser convincente: si le llamaba demasiado pronto podría hacerle sospechar que la carta la había escrito yo y así nunca accedería a mi plan. Me quedé sentado sin hacer nada, después di vueltas por la habitación y por último encendí el televisor, vi qué ponían en todos los canales y lo apagué. «¿Y si el Manitas ha visto la carta tan pronto como yo y decide matar a Erikson ahora, sin esperar a que caiga la noche?» Las dos semanas ya habían pasado. Si realmente iba a esperar quince días como de costumbre, tenía que atacar aquella misma noche: el miércoles. Por otro lado, si volvía a la pauta anterior, quizá esperase hasta el jueves; pero si decidía atacar antes, como ya había hecho en otra ocasión, yo ya llegaba tarde, pues seguramente habría matado a alguien la noche anterior. Volví a encender el televisor y busqué un canal donde estuvieran dando las noticias, pero no dijeron nada de un nuevo cadáver. Lo apagué y seguí dando vueltas por mi cuarto.

La espera fue una agonía.

Finalmente, a las ocho de la mañana, cuando mi madre empezó a dar señales de vida, me llevé el teléfono a la habitación, cerré la puerta y marqué el número de la casa del cura. Lo cogió al segundo tono.

—¿Sí?

«Empieza el espectáculo.»

—Padre Erikson, ¿está bien?

—¿Quién es?

—Soy yo, John Cleaver. El chico que habla de demonios.

—Oh. —Pausa—. ¿Necesitas algo?

—Necesitaba saber si estaba bien —dije procurando que mi tono reflejase cierta urgencia—. Acabo de leer su carta en el periódico y pensé que le había pasado algo.

—¿Qué carta?

—Su carta al director; la acabo de leer. No sé qué le pasaba por la cabeza cuando la escribió, pero el Manitas se va a cabrear de lo lindo.

—Yo no he escrito ninguna carta al director.

—Claro que sí. La tengo delante: «El asesino conocido como el Manitas ha anunciado a nuestra comunidad que ha venido a purificar la ciudad.» No me cabe duda de que el periódico pensó que no tenía nada de malo, pero...

—Eso no lo he escrito yo. ¿Sale mi nombre?

—Padre Brian Erikson. Es usted, ¿verdad?

—Es mi nombre, pero no la he escrito yo. —Pausa—. ¿Qué más dice?

—Entonces, ¿quién puede haberla escrito? —pregunté.

—No tengo ni idea —dijo, y a través del teléfono oí que se cerraba una puerta—. ¿Qué más dice?

—Un montón de cosas pensadas para hacer que el Manitas monte en cólera, incluyendo su odio por la autoridad y su obsesión por la religión. Usted sabe que se va a poner como loco. Hasta lo ha llamado pecador.

—Ya te he dicho que no he sido yo.

Volví a oír la puerta.

—Deje que se la lea.

—No hace falta, tengo el periódico aquí mismo. —Oí el crujido del papel, seguido de un largo silencio. Al cabo de de uno o dos minutos, volvió a hablar—. John, tengo que colgar. He de llamar al periódico y...

—¡No! —dije—. Tiene que salir de aquí.

—¿Salir?

—¿No ve lo que esto significa? Por mucho que usted no haya escrito la carta, el Manitas cree que sí, lo que prácticamente garantiza que usted será su próximo objetivo.

—Pero...

—Y si usted no la ha escrito, alguien lo ha hecho con la intención de ponerlo en su punto de mira. Eso significa que hay dos personas que quieren verlo muerto.

Pausa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Vuélvala a leer —dije mientras miraba mi copia—. El Manitas está obsesionado con la religión y con las figuras con autoridad; él mismo afirmó en la carta que envió al baile que ha venido a purificar la ciudad matando a los que nos hacen salirnos del buen camino. Eso sugiere un profundo sentimiento de culpa que viene de su experiencia con la religión; es el abecé de los perfiles criminales. La carta le restriega ese sentimiento de culpa por la cara, es más: lo hace en nombre de un líder religioso y eso es mucho peor. Y después está la manera en que usted hace alarde de su superioridad y le dice a toda la comunidad que no haga caso de su mensaje. Pero el Manitas cree que éste es tan importante que amenazó a todo el instituto con una bomba: decirle a la gente que no le haga caso y que le siga a usted es como pedir directamente que lo maten.

Silencio.

—La carta utiliza las palabras del mismo Manitas en su contra —continué—, con expresiones como «puedes ser purificado» y «no dejaremos que te pierdas».

«También habla de las manos del asesino», pensé. Seguramente eso era lo que más le iba a molestar de toda la carta, pero no quería decírselo a Erikson, pues no había manera de explicar la importancia de ese hecho sin revelarle todo lo que yo sabía. Solamente serviría para que sospechase de mí.

—Básicamente —continué—, usted ha atacado todo aquello en lo que él cree; desprecia todo lo que está intentando hacer y remueve sus heridas emocionales, las que seguramente lo convirtieron en un asesino.

—Pero yo no he escrito la carta...

—¡No importa quién lo haya hecho! —dije un poco demasiado alto. Intentaba parecer desesperado y esperaba estar consiguiéndolo—. No importa quién la ha escrito —repetí en voz más baja—, sino que lleva su nombre, y eso es lo que verá el asesino. Ya puede decir lo que quiera, pero usted es la siguiente víctima.

Silencio.

—¿Y si no lee los periódicos?

—Ha escrito dos cartas al director: sí que los lee.

Más silencio.

—De acuerdo —dijo por fin—. Tienes razón. Pero si consigo que el periódico publique una rectificación...

—Entonces usted parecerá un cobarde que se arrepiente de lo que ha dicho.

—En ese caso, tengo que llamar a la policía.

—¿Para que muera otro agente más? —pregunté—. Hace dos semanas intenté avisar a la policía después de que usted y yo averiguásemos la conexión con la religión. A raíz de

mi llamada intentaron proteger a William Astrup. El asesino se enteró y, como castigo, mató al sheriff. Que nosotros sepamos, podría ser incluso un policía. ¿Quiere que alguien muera para protegerlo a usted?

—¿Qué más puedo hacer? No puedo quedarme esperando a que venga a matarme.

«Allá vamos.»

—Puede marcharse —dije—. Puede hacer las maletas y salir de la ciudad para visitar a algún familiar o tomarse esas vacaciones que hace tiempo que necesita. Cualquier cosa. Si no está aquí, no podrá matarlo; y si tampoco hay agentes protegiéndolo, tampoco podrá cargárselos a ellos.

—¿Y mis vecinos?

—Mientras no les diga nada, son inocentes; y el Manitas se esfuerza por que éstos estén a salvo. Piense en el baile del instituto: la bomba era falsa y la pistola ni siquiera estaba cargada.

—Los protege hasta que monta en cólera —dijo él—. Entonces se convierten en objetivos fruto de la oportunidad. Atacó al asistente del alcalde simplemente porque también estaba allí.

—Pero no lo mató. Solamente lo atacó porque formaba parte de su plan. Es demasiado meticuloso para elegir víctimas sólo porque se han cruzado en su camino. Si no puede acabar con usted en el terreno que él mismo ha preparado, no matará a nadie.

—¿Realmente piensas eso?

«No.»

—Por supuesto —mentí—. Es un hombre muy cuidadoso y organizado.

—Entonces me seguirá —dijo— y me atraparé cuando esté saliendo de la ciudad.

—No si se marcha ahora mismo. No son más que las ocho y puede que ni siquiera haya leído el periódico. Váyase ahora que aún puede y vuelva dentro de una semana, cuando ya sea seguro.

Pausa.

—No estaré a salvo hasta que lo hayan atrapado —dijo el cura—. Me marchó, pero esta noche llamaré a la policía y les pediré que vigilen el vecindario. Si me busca por aquí, quizá lo encuentren. Si no se lo digo demasiado tarde, no tendrán tiempo de vigilarlo y averiguar cuáles son sus planes.

«¡No! Quiero usar su casa como trampa.» Sin embargo, su idea tenía sentido y no se me ocurría cómo convencerle de lo contrario sin que sospechase.

—Buena idea.

«Quizá pueda usar la funeraria: está en las afueras, en una calle sin farolas... Pero tendría que librarme de mi madre.»

—Y tú, John, quiero que me prometas que no te meterás en todo esto.

—Claro.

—¿Claro que me lo prometerás o claro que te involucrarás?

«Menudo tío tan listo, el cura.»

—Prometo que no me entrometeré —mentí. Si me diesen una moneda por cada vez que había roto una promesa solemne...

—Muy bien —dijo—. Por si acaso, le diré a la policía que te vigilen.

—¿No se fía de mí?

—Me marché de la ciudad porque tú me lo has recomendado —respondió—. Creo que eso deja bien claro si me fío o no. Me alegro de que me hayas llamado para avisarme, pero quiero asegurarme de que estarás a salvo.

—Gracias —dije dando golpecitos a la libreta donde había escrito el primer borrador de la carta—. Le prometo que me mantendré al margen.

Colgamos y eché un vistazo en la funeraria en busca de un buen sitio para retener a una persona. Los lugares más obvios eran demasiado evidentes: no podía decirle que entrase en el armario y esperar que me obedeciese. Tenía que ser un lugar en el que fuese a meterse igualmente; eso reducía las posibilidades a la entrada, pero las puertas principales eran de cristal y escapar a través de ellas sería demasiado sencillo.

Por otro lado, la entrada lateral era perfecta. Había una puerta de robusta madera que daba a unas escaleras; desde allí se accedía a la funeraria mediante otra de madera maciza o a nuestra vivienda por una tercera puerta. Tenía que bloquear esas dos puertas para impedirle el paso a un demonio desesperado y armado con un hacha pequeña, pero podía hacerlo. El plan podía funcionar.

Había llegado el momento de pasar a la segunda fase.

Media hora más tarde le dije adiós a mi madre y salí de casa, pero en lugar de ir al instituto, aparqué a media manzana de la casa del padre Erikson y esperé, vigilando. Tal como me había prometido, salió un rato después con una maleta, entró en su coche y se marchó. Esperé unos minutos más por precaución y finalmente entré con el coche hasta la casa y me dirigí al jardín trasero. Normalmente intentaría entrar con más disimulo y sutileza, pero en cuanto él llamase a la policía, ya no habría ningún problema: cualquier cosa que yo hiciese en la casa se la imputarían al Manitas. Le di una patada a una de las ventanas del sótano, metí la mano con cuidado para abrirla desde dentro y me deslicé por ella.

El sótano del cura era sorprendentemente prosaico; no tenía ninguna extraña parafernalia religiosa, sólo montones de muebles viejos y cajas llenas de revistas de aviones. Al subir las escaleras vi que la casa estaba tan ordenada y en buen estado como la noche en la que estuve allí.

Si el Manitas pensaba atacar al cura, no iba a dejar nada al azar: tenía que saber que su víctima estaría en casa y necesitaba asegurarse de que iba a confiar en él lo suficiente como para dejarle entrar en casa. Dicho de otro modo, tenía que llamar con antelación y concertar una cita. Todo lo que yo tenía que hacer era asegurarme de que esa llamada me llegase a mí. Con un par de guantes puestos, levanté el auricular del teléfono y pulsé el botón del buzón de voz; el sistema me pidió una contraseña y yo marqué la que solía haber por defecto: 1234. No funcionó. «Mierda.» Para prepararlo todo necesitaba que él hablase directamente conmigo. «No sé si me atrevo a quedarme aquí todo el día. No quiero que nadie me vea y mucho menos la policía. ¿Qué hará si llama y le sale el contestador? — Sonreí y negué con la cabeza—. No se atreverá a dejar una grabación de su voz. Hay algo, un acento quizá, como ya había pensado, que lo asusta tanto que le impidió abrir la boca el día del baile.» Seguro que iba a buscar otro número y llamar a la iglesia. Puede que allí tuviese más suerte.

Colgando de una hilera de clavos que había en la cocina encontré un juego de llaves; supuse que eran las de la iglesia. Las cogí todas y fui en coche hasta allí. El aparcamiento estaba vacío, así que fui directamente a la parte de atrás y probé las llaves. Una de ellas abrió la puerta y, para recordar cuál era, la guardé en un bolsillo diferente a las demás. La

iglesia era grande y estaba vacía y en silencio; por los ondulados ventanales de colores entraba una luz amarillenta. Recorrí el edificio sin prisa, asomando la cabeza dentro de aulas y armarios, hasta que por fin encontré la oficina del cura y probé el resto de las llaves. Una de ellas abrió la puerta, así que la deslicé en el mismo bolsillo que la otra y entré.

La oficina era muy modesta; la única decoración era una serie de cuadros y estatuas de Jesús, aunque en una pared colgaba un calendario en el que se veían más fotos de aviones. Consideré la opción de esperar en la capilla, pero no sabía quién más podía tener una llave y aparecer por allí a lo largo del día. No quería interrupciones ni espectadores. Cogí el teléfono de la oficina, pulsé el botón del buzón de voz y volví a probar la misma contraseña de antes. Esa vez funcionó y estuve a punto de echarme a reír. «Supongo que no se imagina que alguien vaya a entrar por la fuerza en una iglesia.» Escuché las opciones del contestador con atención hasta que apareció la de desviar llamadas e introduje el número del móvil de Forman. Confirmé el desvío y salí de allí.

Estaba listo para la llamada del demonio, pero aún no sabía cuál era su manera de trabajar, por lo que tenía que estar preparado para cualquier cosa. Entré en el coche y fui a casa de Max para la tercera fase: robar una pistola.

El teléfono sonó mientras conducía.

Miré el identificador de llamada; no reconocí el número y tampoco estaba en la memoria. Parecía un teléfono local. Respondí con mucha precaución.

—¿Sí?

Silencio.

—Disculpe —dijo una voz de señora mayor—, creía que éste era el número de la iglesia de Santa María.

«¿Es una señora mayor de verdad o es el Manitas fingiendo? ¿Podría ser Nadie llamando de su parte?»

—Sí, sí, es la iglesia —contesté rápidamente. «Tengo que hacer que siga hablando»—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Bueno —dijo lentamente—. ¿Está el padre Erikson?

—¿De parte de quién, por favor?

—Soy Fran, del círculo de costura; él ya me conoce.

«No sé si fiarme de ella. ¿Se haría pasar el Manitas por Fran, del círculo de costura? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Y cómo podría siquiera saber que existe? —Negué con la cabeza—. Creo que la llamada es real.»

—Le diré que ha llamado —dije—, muchas gracias.

Colgué y giré hacia la calle de Max. Su coche seguía delante de la casa, así que me paré a pensar. No podía forzar una cerradura para entrar en su casa estando él dentro.

Miré la hora: eran las diez y media. No había motivos para que se hubiese quedado en casa a menos que estuviese enfermo, cosa que quería decir que tampoco saldría pronto. Si quería entrar, tenía que hablar con él. Aparqué, fui hasta la puerta y llamé con los nudillos.

Max abrió la puerta, me vio y frunció el ceño. Llevaba un abrigo largo de color negro que le quedaba un poco largo de mangas y le escondía las manos.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—¿Dónde está tu novia?

—Supongo que en clase. Yo paso de ir.

—Sí —dijo y apretó los ojos—. ¿Qué quieres?

—He venido a saludar. ¿Cómo es que no estás en clase?

—¿Y tú?

—Por nada en especial.

Miró detrás de mí, hacia el coche, a la calle.

—¿Estás con Marci?

—No.

—¿Por qué no?

Miré hacia la calle.

—¿Eso es bueno o malo?

Se encogió ligeramente de hombros y dijo que no con la cabeza. Tenía la mirada vacía.

—¿Puedo entrar?

Me miró con desprecio, o al menos lo intentó, pero enseguida suspiró, se hizo a un lado y abrió la puerta del todo. Entré y Max, dejando la puerta abierta, se fue al sofá. Cerré yo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¿Qué más te da?

—Creía que te alegrarías de verme: no hemos hecho nada en el último par de meses.

—¡Hurra! —dijo mientras se dejaba caer sobre el sofá—. Mi mejor amigo ya no pasa de mí.

—No estaba pasando de ti.

—Gracias, oh maravilloso y fantástico John, por descender de tu lugar en el Olimpo para hablar conmigo. Mis disculpas por no haberme echado a dar saltos de alegría al verte.

—Tampoco hace falta que te lo tomes así.

—Te pido disculpas.

—Mira, simplemente se me ha ocurrido venir a saludar. No hace falta que montes un drama.

—¿Dónde has estado estos dos meses? ¿Qué estabas haciendo?

—Estaba con Marci.

—Estabas yendo por ahí con un montón de tías buenas y ni una vez se te ocurrió pensar que a mí también me gustaría pasar el rato con ellas. Hemos comido juntos durante seis putos años y de repente Marci menea las tetas delante de ti y resulta que yo tengo la peste.

—¿Todo esto es por Marci?

—Sí —dijo con aire de desprecio—, es por Marci.

Ponía ese tono y esa cara muy a menudo, aunque con bastante menos mala leche. Reconocí que estaba siendo sarcástico, lo que quería decir que había algo más, pero no tenía ni idea de qué podía tratarse.

—Claro —dije apoyado en la puerta—, porque tú no hubieses hecho lo mismo.

—Lo que tú digas. —Se quedó mirando el televisor un instante, donde ponían una película de acción con muchos gritos y tiros, y de pronto se levantó—. Tengo que ir a cagar.

Entró en el baño, puso el ventilador en marcha y cerró la puerta.

Yo conté hasta cinco porque creía que en cualquier momento iba a abrir la puerta y gritar cualquier otra cosa, pero no pasó nada. En silencio, me escabullí por el pasillo hasta la habitación de su madre y me puse a buscar las pistolas. Sabía que su padre solía guardar una en el armario, pero en la estantería de arriba no había nada y dentro de la cómoda que había debajo de la ropa colgada sólo había calcetines y ropa interior. Rápidamente me acerqué a la mesita de noche y, como no encontré nada, busqué debajo de la cama. Allí tampoco había nada.

De pronto la puerta principal se abrió y me quedé helado.

—Max, ¿estás en casa?

Era Audrey, su hermana pequeña; tenía ocho años y yo había asumido que estaría en el colegio. Max seguía en el baño y no contestó: con el ventilador en marcha era posible que

no la hubiese oído. Estaba dirigiéndome al pasillo, pero entonces di un pequeño brinco hacia atrás al oír que los pasos se acercaban. Me escondí detrás de la puerta y aguanté la respiración; Audrey pasó de largo, entró en su habitación y cerró la puerta. Salí corriendo de puntillas para no hacer ruido y fui hasta el salón; llegué a la puerta justo cuando Max salía del baño.

Me miró con una expresión casi vacía.

—¿Te has quedado ahí de pie todo el rato?

Intenté pensar una respuesta, pero Max vio la mochila de su hermana en el suelo y gritó:

—¡Audrey!

—¿Qué? —La voz de la niña sonaba amortiguada por la puerta.

—¿Qué haces en casa?

—¿Y qué haces tú en casa?

—No hemos ido a clase y más te vale que no digas nada.

—¿Tú y quién más?

Max me miró y después miró pasillo abajo, totalmente desconcertado.

—John y yo, idiota. ¿Por qué has vuelto a casa?

—Estoy enferma; la enfermera me ha enviado de vuelta a casa.

—Calla ya, mentirosa. La enfermera siempre llama a mamá.

—Mamá me ha dicho que la espere aquí.

—¿Va a venir pronto?

—No.

Max se quedó mirando en dirección al pasillo como si estuviese pensando qué decir; después le dio una patada a la mochila de su hermana y entró en la cocina totalmente indignado.

—En esta casa de mierda nunca hay comida.

«¿Qué hago ahora? —pensé—. No puedo buscar una pistola con él a mi lado y tampoco puedo dejarlo aquí y ponerme a recorrer la casa.» Seguí a Max a la cocina y me senté a la mesa, pero él volvió a salir de ella con una bolsa de snacks de maíz en la mano.

—Venga —gruñó.

Sopesé mis opciones: las escaleras del sótano estaban allí mismo y desde donde él estaba sentado en el sofá no podía verme; podía bajar a hurtadillas y echar un vistazo, aunque, ¿cuánto tiempo podría pasar antes de que viniese a buscarme? Vacilé sin saber

qué hacer y entonces oí que Audrey abría la puerta de su habitación; después oí pasos en el pasillo. Entró en el baño y cerró la puerta.

Sonreí. «Perfecto.» Salí al pasillo.

—Eh, Max, ¿te importa si uso el baño?

—Por mí bien.

—Pero ha entrado Audrey.

—Pues usa el de abajo, ni que fuera yo tu carcelero...

Asentí y caminé lentamente hacia las escaleras, procurando no parecer emocionado. En cuanto estuve abajo empecé a abrir puertas: la habitación de Max, el baño, la caldera, un trastero...

«Un momento: la caldera.» Volví a abrir la puerta del cuarto donde estaba y encendí la bombilla que colgaba del techo, pero la luz era pálida y débil. Bloques y cilindros gigantes se elevaban en la oscuridad; una caldera, un calentador de agua y un descalcificador, todos ellos rodeados de una red de tuberías y tubos que se retorcían por todas partes. En una esquina alcancé a ver un objeto largo y de color negro que brillaba con un resplandor metálico en la tenue luz. Una caja fuerte para guardar armas.

Me acerqué a ella agachándome por debajo de las tuberías de la parte superior. La caja era negra y de un material rugoso; parecía hierro forjado, pero estaba seguro de que era acero reforzado. Tenía un ribete rojo como la sangre y una manecilla plateada y lustrosa en mitad de la puerta. Encima, dentro de una especie de anilla metálica, había un teclado numérico.

«Mierda.»

Moví la manija, pero estaba cerrada. Miré el teclado de cerca como si fuese a revelarme el secreto de cómo anular las medidas de seguridad, pero ni qué decir tiene que no había nada. «El que estaba pirado por las armas era el padre de Max, no su madre —pensé—. Tengo que meterme en la mente de él, como si estuviera haciendo un perfil. —Pausa—. No: debo introducirme en la mente de ella; es la que está al mando. ¿Le preocupan las armas? No, lo que le importa son sus hijos. No las tiene bajo llave porque tenga miedo de que vengan a robárselas, sino para asegurarse de que Audrey no se pega un tiro sin querer. No tiene tiempo de ocuparse de pistolas que nunca utiliza y eso significa que no ha memorizado la combinación, lo que a su vez quiere decir que la tiene apuntada por algún lado. Y podría estar cerca de aquí.» Miré en el suelo, detrás de la caja fuerte, en las estanterías que había a cada lado, pero no encontré nada que me sirviese de ayuda. «¿Dónde guardaría yo una combinación de una caja fuerte para que no la encontrase una cría de ocho años? —De pronto me di cuenta y sonreí—. Encima de una caja fuerte muy alta.» Acerqué un cubo con cuidado de no hacer ningún ruido y me subí encima para llegar a la parte de arriba...

El móvil sonó, me sobresalté y di un traspié hacia atrás desde encima del cubo. Me apoyé contra la pared, recuperé el aliento y el teléfono volvió a sonar. Lo saqué del bolsillo y vi que el aparato no reconocía el número. «Otra señora mayor.» No pensaba responder, pero volvió a sonar y empezó a preocuparme que Max pudiese oír el ruido. Finalmente contesté.

—¿Sí?

—Hola —dijo una voz de hombre—. ¿Es la catedral de Santa María?

—Sí, pero... —dije, pero de pronto me quedé callado. Había algo en aquella voz... era amable y alegre, eso lo pude identificar con facilidad, pero había algo más.

«¿Qué es? Odio tener que interpretar voces por teléfono.»

—Sí —continué lentamente. Necesitaba escucharle hablar otra vez—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, seguro que sí —dijo e identifiqué el acento de la costa Este, de Boston, quizá, o de Nueva York. No conocía bien los acentos, pero no cabía duda de que él tenía uno.

«Tal y como predije cuando el Manitas se negó a hablarle a Ashley.»

—Estoy buscando al padre Erikson —dijo.

«El acento no es de Georgia —pensé—, pero tiene sentido: explica por qué nadie sospechó cuando le oyeron hablar.» Nadie, excepto yo. ¿Me estoy volviendo paranoico o es que el perfil que hice está resultando ser más acertado de lo que creía?»

—Me temo que ahora mismo no se puede poner —dije mientras pensaba en la manera de lograr que siguiese hablando—. Pero yo soy su asistente, ¿cómo podría ayudarle?

«¿Los curas católicos tienen asistentes?»

—¿Tiene un asistente? —preguntó la voz.

«Mierda: debe de ser que no.»

—Es una congregación muy grande —dijo—. Me pidió que le ayudase a coordinar asuntos, llevarle la agenda y... cosas así.

Soy mucho mejor mentiroso cuando tengo tiempo de prepararme.

—Ya veo —dijo el hombre—. ¿Tiene idea de cuándo podría hablar con él?

—Eso depende del tema que quiera tratar —dije mientras me volvía a subir al cubo—. ¿Por qué no me dice qué desea? Veré si puedo ayudarle.

Esta vez conseguí ver la parte superior de la caja y me alegré de encontrar un pedazo de papel rayado de color amarillo, como arrancado de un bloc de notas, pegado con celo. Había una serie de números escritos con letra fluida de mujer.

«¡Sí!»

—Ya veo —repitió—. Bueno, resulta que soy un reportero; estuve en Georgia cubriendo los asesinatos del Manitas y cuando se trasladó aquí lo seguí para estar al tanto de todo. La carta del padre Erikson que ha salido en el periódico de esta mañana me ha gustado mucho y querría saber si accedería a que lo entrevistase.

«Un reportero —pensé—. Podría ser totalmente cierto o la tapadera perfecta para un asesino. Es la excusa perfecta para hablar con las cuatro víctimas y con ella podría conseguir que confiaran en él al instante: les pide una entrevista, le dejan entrar en su casa y en cuanto le dan la espalda, les dispara.» Es más, hacerse pasar por reportero significaba que a la hora de difundir a su mensaje, ya tenía cierto terreno ganado. El Manitas mencionaba en la carta del baile que había intentado hablar con un reportero después de que no se publicara su primera carta; ¿habló con un periodista de verdad o se limitó a llevar la carta en persona afirmando que el asesino se había puesto en contacto con él?»

Tenía que averiguar más cosas sobre él y merecía la pena darle una oportunidad.

—¿Ha estado trabajando con el periódico local? —pregunté.

—Así es, señor.

—Por casualidad, ¿no sabrá con qué reportero habló el Manitas?

La voz tosió.

—De hecho, contactó conmigo. Debió de pensar que tenía más influencia de la que tengo, supongo.

—Supongo que sí —dije.

«Tenía que ser el Manitas: ¡parecía tan obvio! Pero no, solamente lo pensaba yo porque llevaba dos meses intentando meterme en su cabeza. Ninguna de sus palabras hasta entonces podían hacer sospechar a nadie.»

Era mi demonio: había llegado la hora de tender la trampa. Leí los números que había en el pedazo de papel, los pulsé en el panel numérico de la caja y sonreí cuando ésta se abrió con un clic.

—Creo que el padre estará encantado de hablar con usted —dije mientras bajaba al suelo y abría la caja. Estaba llena de rifles, pistolas, escopetas y un montón de munición para cada una. Bingo—. ¿Le parece bien hoy mismo o es demasiado pronto?

—En absoluto, hoy está bien —contestó—; aunque me temo que no estaré disponible hasta bastante tarde. ¿Le parece bien alrededor de las nueve?

«Después de anochecer, claro.»

—Muy bien. Solamente hay un problema: el padre Erikson ha recibido varias llamadas similares hoy y tanta atención le tiene preocupado. Cree que el Manitas podría intentar

atacarlo como represalia por la carta. Si no le importa, le gustaría reunirse en privado en un lugar donde nadie más pueda encontrarlo.

«Eso debería gustarle a este tipo.»

Pausa.

—Eso... me parece muy buena idea.

«Sí, ya me lo parecía.»

—Tiene una llave de la funeraria —dije—, porque les ayuda a cuidar de la capilla. La funeraria y su familia no estarán en casa esta noche, así que, si le parece bien reunirse con él allí, ése sería el lugar más adecuado.

—Supongo... que sí.

Intenté interpretar su voz: ¿estaba molesto? ¿Sospechaba? ¿Estaba contento? Ojalá pudiera verle la cara.

—Recuerde —continué— que no debe contárselo a nadie. Ni a un alma. Ahora mismo las únicas personas que saben esto somos usted, el padre y yo. Está intentando no llamar la atención en absoluto y no conviene que nadie más sepa dónde está.

«Ahora veremos si yo le preocupo como posible único testigo.»

—Comprendo —dijo—. Tiene sentido, la verdad. No se lo contaré a nadie. Y usted... ¿estará con nosotros esta noche?

«Te leo como si fueras un libro abierto —pensé sonriendo para mis adentros—. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.»

—No tenía intención —dije con mucha precaución—. ¿Cree que me necesitarán?

—Me parece que será lo mejor —dijo el reportero—. ¿Por qué no viene también?

—Cuenta con ello. Nos vemos a las nueve.

—Hasta luego.

—Espere —dije antes de que colgase—. Me temo que no he entendido su nombre.

—Oh, Harry —dijo el reportero—. Harry Poole.

—Perfecto. Nos vemos esta noche, señor Poole.

Ya llevaba abajo demasiado tiempo, seguro que a Max ya le parecía raro. En una cajita que había junto a la puerta encontré un silenciador que probé en todas las pistolas que había hasta encontrar la única en la que encajaba. Lo acoplé al arma y me la metí debajo del cinturón; después me llené los bolsillos de diferentes tipos de munición para asegurarme de que tenía las que necesitaba. Los pantalones me colgaban con el peso de los bolsillos, pero la camiseta era bastante larga y los cubría sin problemas. Cerré la caja

fuerte, después ajusté la puerta del cuarto de la caldera y tiré de la cadena antes de subir las escaleras, por si acaso Max estaba escuchando.

—Has estado ahí un buen rato —dijo sin despegar la mirada del televisor.

—Sí. —Me apoyé en la pared para intentar esconder el bulto que formaba la pistola—. Tengo que irme.

Sin dejar de mirar la tele, se metió otro snack de maíz en la boca, masticó y tragó.

—Ya me extrañaba —dijo.

—Nos vemos por ahí.

—Seguro que sí.

Abrí la puerta, salí afuera y me detuve para dar media vuelta y mirar hacia atrás. El salón estaba en penumbra, iluminado por la luz tenue y grisácea del televisor, que difuminaba los rasgos de Max y le hacía parecer agotado y demacrado. Movía la mandíbula mecánicamente y tenía los ojos oscurecidos, casi sin vida. Cerré la puerta.

Max se había cansado de la vida, había renunciado a ella. Ya no me resultaba tan extraño imaginar que alguien quisiera poner fin a la suya propia.

18

Fase cuatro: sacar a mi madre de casa. Cuando llegué estaba pasando la aspiradora por la capilla de la funeraria, así que escondí la pistola en el coche, entré en la oficina sin que se diera cuenta y cerré la puerta.

—Eh, Lauren.

Mi hermana apartó la mirada del ordenador de la oficina con sorpresa y sonrió.

—Eh, John. Qué pronto has vuelto.

—Hoy sólo teníamos medio día —dije mientras me dejaba caer sobre una silla—. Los profes tenían formación o algo así. No sé qué era.

—Me encantaban esos días —repuso Lauren y siguió tecleando.

—A mí también —dije. «Me pregunto cuándo habrá uno de verdad.»—. ¿Qué tal te va?

—Otro día más en la funeraria —dijo sin despegar la mirada de la pantalla; las teclas hacían un ruido furioso bajo sus dedos—. Estoy acabando la documentación de tu amiga Rachel. Creo que llegará mañana.

Respiré hondo y saqué el aire soplando poco a poco.

—Para lo que me sirve a mí... Con la última chica, mamá no me dejó ni ayudar.

Lauren hizo una mueca.

—Son tus amigas, ¿no? ¿No te parece muy macabro?

—No es macabro —repliqué—. Es un trabajo, ya está. Tratamos a los muertos con respeto y les proporcionamos la mejor despedida posible. Además, mamá no me aparta porque sea una amiga muerta, sino porque se trata de una chica muerta de dieciséis años y sin ropa.

—Oficialmente, eso es lo más espeluznante que te he oído decir —dijo Lauren. Dejó de teclear, hizo una mueca, después otra y se estremeció, como si acabase de comer algo asqueroso—. En serio, puajjj.

Sonreí.

—Ya tengo una novia que está viva, ¿para qué quiero una muerta?

Lauren se tapó los oídos.

—No te escucho.

Yo sonreí aún más, disfrutando de cada instante del tormento. Me quedé en silencio y al final Lauren se quitó las manos de las orejas.

Me recosté en la silla.

—De hecho, la que me preocupa es mamá, no yo —dije—. Creo que todo este asunto la está afectando de verdad.

—Ya, ya sé a qué te refieres. Últimamente ha estado muy tristonera.

—Creo que deberíamos hacer algo.

Lauren se inclinó hacia delante sobre el escritorio.

—Estoy intrigada; ¿qué has pensado?

—¿Por qué no la llevas al cine?

Lauren echó la cabeza atrás y sacó la lengua.

—Mátame.

—En serio, siempre está intentando hacer cosas contigo. Con que le preguntes si quiere que paséis un rato juntas, se echará a llorar.

—No intentes dorarme la píldora.

—Necesita un descanso —dije—. Sabes que es una buena idea.

—También le gusta mucho hacer cosas contigo —replicó Lauren—. ¿Por qué no la llevas a algún lado?

—A mí ya me ve todos los días, y eso no sólo significa que salir contigo una noche sería más especial: significa que me debes una.

Lauren sonrió y se cruzó de brazos.

—¿Y cómo sé yo que no intentas deshacerte de ella con algún fin nefando?

Sonreí.

—¿En qué líos quieres que me meta? La chica muerta no llegará hasta mañana.

—¡Ah! —dijo y me tiró un bolígrafo—. ¡Te he dicho que pares!

—Esta noche ponen una película en el cine que quiere ver desde hace tiempo —dije—. Una histórica. Salís a cenar y después vais al cine: más fácil, imposible.

—Te olvidas de que hay que hablar —dijo Lauren—. ¿Cuánto rato crees que

aguantaremos sin pelearnos?

—Por eso lo de la peli es tan buena idea: se supone que hay que estar callado.

Lauren agachó la cabeza y se frotó las sienes.

—Vale, tienes razón: es una buena idea. Cuenta conmigo. Pero ahora eres tú el que me debe una.

—¿Qué te parece si prometo no hacer más chistes necrófilos?

Levantó la mirada con cara de estar haciendo cuentas mentalmente y después hizo una mueca. «Acaba de entender qué significa “necrófilo”.»

—De acuerdo —dijo y me sacó la lengua—. Pero ¡exigiré que lo cumplas!

—Eres la mejor.

—Lo sé. Ahora márchate y deja que acabe esto.

No podía empezar a preparar nada hasta que se marchasen las mujeres, así que empleé mi tiempo investigando a Harry Poole en internet: no encontré nada sobre ningún periodista que se llamase así. Margaret se fue a las cuatro y finalmente mi madre y Lauren se marcharon a las seis y media. El plan era cenar en El Toro, uno de los pocos restaurantes de verdad, sin barra ni comida para llevar, que había en Clayton; después iban a ir a ver un películón histórico y romántico sobre extranjeros con problemas personales. No volverían hasta medianoche como muy pronto.

Lo primero que tuve que hacer fue bloquear todas las salidas a la escalera; en cuanto el Manitas entrase, no debía volver a salir. Saqué del quicio la puerta de mi cuarto y la de mi madre, y las apoyé contra la salida del apartamento que había en el salón. Después desenchufé el frigorífico y lo empujé hasta esta puerta, para que no se movieran de sitio; además, luego puse un sofá a cada lado. Cuando salí al tejado de la funeraria por la ventana de la habitación de mi madre y me dejé caer desde el tejado al suelo, ya eran las siete de la tarde.

La puerta interior que había a los pies de la escalera estaba al final de un estrecho pasillo de unos seis metros de largo que llevaba a la parte trasera de la funeraria. Me pasé media hora construyendo una barricada de pesados ataúdes de roble de la sala de exposición. Los encajé al milímetro: esa puerta no podría abrirla nadie. Eran las siete y media.

Yo podía salir y entrar por la puerta trasera que había en la sala de embalsamamiento, así que, rápidamente, escribí una nota a Harry Poole con la que pretendía dirigirle a la entrada lateral y la pegué a una de las puertas principales de cristal que daban a la calle. Entonces metí el coche marcha atrás en el lateral del edificio, lo dejé unos treinta metros más allá de la puerta, y apagué el motor. Coloqué el retrovisor del revés y me tumbé en el suelo. Tenía una especie de visión periscópica del lateral del edificio y desde allí podía

vigilar toda la zona sin que nadie me viese. Eran las ocho menos cuarto.

Todo lo que me quedaba por hacer era esperar.

El cielo se oscureció y el aire se enfrió, y yo me eché a temblar, escondido en un rincón bajo el salpicadero del coche. Las ocho en punto. Tenía hambre. No pasaba nada, pero no me atrevía a moverme por si el Manitas estaba ahí fuera, vigilando e investigando la casa antes de lanzarse de cabeza a una situación desconocida. En el piso de arriba las luces estaban encendidas y el exterior de la casa parecía completamente normal. Que mi coche estuviera en el lateral no era sospechoso en absoluto. No había nada que pudiese espantar al demonio.

Eran las ocho y cuarto.

Miraba el espejo fijamente, vigilando. Tenía el teléfono móvil apagado, la calle estaba vacía y todo estaba en silencio. Respiraba lentamente, procurando no moverme ni hacer ruido. A mi lado, en el suelo, tenía las armas: la pistola del padre de Max, cargada y lista para entrar en combate; un rollo de cinta americana y la manguera de color verde desteñido del jardín. Estaba listo.

Las ocho y veinte.

El tiempo pasaba con una lentitud desesperante y empecé a pensar en Marci: en su aspecto, su olor, la sensación que tuve cuando apretó su cuerpo contra el mío la noche del baile. Cerré los ojos y recordé sus labios, suaves y firmes al mismo tiempo, que apretó contra los míos con avidez, maravillosamente. ¿Qué significaba ella para mí? ¿Qué sentía por ella, si es que sentía algo?

Todo el mundo hablaba de amor y yo no tenía ni idea de qué significaba.

Quería volver a besar a Marci, a abrazarla, a tocarla y a sentirla cerca de mí, pero eso no era amor. Como mucho, lujuria. Aunque también disfrutaba hablando con ella y eso no tenía nada de lujurioso. Era inteligente y divertida, y le interesaban las mismas cosas que a mí. Me gustaba observarla, escucharla, saber qué pensaba del mundo que la rodeaba. ¿Qué era eso? ¿Amistad, amor? Pasaba mucho tiempo con ella y eso me gustaba, pero cuando no estábamos juntos no la echaba de menos, a menos que tengamos en cuenta los sueños en los que la embalsamaba. Ella era muy agradable, pero no me era imprescindible; podía formar parte de mi vida cuando la necesitaba y después la olvidaba por completo si estaba haciendo otra cosa. Era como encender y apagar el televisor.

Pero incluso mientras pensaba todo eso, sabía que no era del todo cierto. Sí que la echaba de menos: añoraba bailar. Aquel baile en el ayuntamiento —no el beso, sino cuando bailamos— tenía algo que no podía sacarme de la cabeza. La manera en que ella se movía o cómo lo hacía yo... la manera en que nos movíamos juntos, en perfecta sincronía, como si los dos conociésemos los pasos. No es que fuese un baile difícil, porque simplemente dábamos pasos adelante y atrás, adelante y atrás, pero estábamos... juntos.

Unidos. No era la ardiente y rabiosa conexión que producían la violencia o el miedo, pero ahí estaba, fuerte y resistente. Conexión.

Por el rabillo del ojo vi que algo se movía y miré el espejo. Un coche había aparcado junto a la acera. Había llegado con las luces apagadas y de dentro no había salido nadie. Miré el reloj: las nueve menos diez. ¿Era él? Rápidamente miré las ventanas de mi coche y de pronto me di cuenta de lo limitado que era mi campo de visión: casi no veía nada. Volví a mirar el espejo y observé el coche mientras esperaba que ocurriese algo. Pasaron diez minutos, con el recién llegado y yo quietos como estatuas. Cuando faltaba un minuto para las nueve se abrió la puerta del coche y salió una silueta negra, apenas visible contra la casa de los Crowley, que estaba detrás de ella. La silueta abrió el maletero, sacó una bolsa de deporte grande y se acercó a la fachada de la funeraria.

«Hola, Manitas.»

La silueta desapareció tras la esquina y yo aguanté la respiración mientras imaginaba a aquella persona leyendo la nota que había colgado en la puerta de entrada, con miedo de que diese media vuelta y saliese corriendo. Pero apareció de nuevo, caminando hacia la puerta lateral. Solté aire sin hacer ruido y preparé la llave del coche. Echó un vistazo a su alrededor, llamó a la puerta y esperó, pero ésta permaneció cerrada. Las luces del piso de arriba estaban encendidas y la nota decía que llamase a la puerta de dentro. Volvió a mirar a su alrededor una vez más antes de abrir la puerta y entrar. Yo me incorporé rápidamente y metí la llave en el contacto. «Dale tiempo de llegar arriba. Cuatro, tres, dos uno.» Giré la llave, el motor se puso en marcha con un rugido y pisé el acelerador. El coche saltó como un depredador ansioso por atrapar una presa y matar, y yo lo conduje contra la funeraria, directo hacia la puerta que estaba medio abierta. Uno de los retrovisores se rompió al chocar contra la pared y salió volando hacia atrás y, entonces, el guardabarros se estrelló contra la puerta abierta y la cerró con un gran estruendo. Pisé el freno con los dos pies y mantuve el volante recto hasta que el coche se detuvo. Miré hacia atrás: la puerta estaba totalmente bloqueada, atrapada por el maletero del coche.

«El otro demonio aparecerá en cualquier momento.» Puse el freno de mano, agarré la pistola, la manguera y la cinta americana y salí corriendo hacia el maletero. Nada ni nadie me atacó. Oí un grito que venía de dentro y un golpe sordo contra la puerta. Me arrodillé, embuté un extremo de la manguera en el tubo de escape y la sellé con cinta.

—¡Eh! ¡Abre!

La voz sonaba amortiguada por la puerta de madera. Me tumbé en el suelo y me arrastré por debajo del coche intentando no rozar el chasis de metal que vibraba encima de mí. Corté otro pedazo de cinta, metí el otro extremo de la manguera en el espacio que quedaba en la base de la puerta y lo enganché allí. Sin hacer caso de sus gritos, desenrollé otro pedazo, lo corté con los dientes y tapé el resto del espacio que quedaba. «Ya está.» Dejé caer el rollo de cinta, salí arrastrándome de debajo del coche, agarré la pistola y miré

como un loco a mi alrededor.

No había nada.

«¿Dónde está Nadie?»

19

La cosa que estaba atrapada al otro lado aporreaba la puerta con más fuerza que antes y la hacía vibrar contra el coche. Yo me agaché y maldije que no hubiera alumbrado público en la calle. «No veo nada; el otro demonio podría estar en cualquier parte.» De pronto el ruido de la puerta cesó durante un momento y después se oyó un fuerte «ping» metálico. Me agaché detrás del coche con el corazón latiendo con fuerza y oí otro «ping» más. Provenía de mi coche; levanté la cabeza un instante para mirar y vi dos cráteres brillantes en el maletero: agujeros de bala. Miré la puerta de la casa: en el pomo había otros dos agujeros. Parecía como si intentase volarlo. «No he oído el disparo, solamente el impacto; debe de tener un silenciador.» Sacudió el pomo e hizo temblar la puerta, pero el coche no se movió ni un ápice. La cosa de dentro maldijo y un momento después oí un ruido fuerte y sordo, como si algo pesado hubiese impactado contra la puerta. «El hacha. No nos equivocamos en nada: lo predijimos todo a la perfección, hasta el último detalle.»

«Está completamente bajo mi poder.»

Me quedé agachado, esforzándome por escuchar cualquier otro ruido, cualquier pista que delatase la presencia del otro demonio. El vecindario estaba en silencio; hasta mi coche, cuyo motor rugía ávidamente, se oía más que el sonido amortiguado de los hachazos. El ritmo de los golpes decayó y oí una potente tos ronca. Algo chocó contra la parte interior de la puerta, algo grande y pesado, y después volvió con el hacha. Pero parecía más débil. Me acerqué con precaución y olisqueé los agujeros de bala que había junto al pomo. El olor era fuerte y acre, como el humo. «Ahí dentro debe de ser casi imposible respirar.»

Confundido, volví a echar un vistazo al vecindario.

—¿Dónde estás? —dije entre dientes.

Los golpes cesaron.

—¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

—¿Dónde está la otra? —exigí.

—¡Sácame de aquí!

—¿Dónde está ella? —pregunté de nuevo y me volví hacia la puerta—. ¿Dónde está

Nadie?

—No... —Tosió—. No te entiendo.

—¿Ha venido alguien contigo?

—Por supuesto —respondió—. Vengo... vengo con el Señor. —Estrelló el puño contra la puerta una vez más, débilmente, y después oí el repiqueteo del hacha cayendo al suelo, seguido de una arcada y de tos—. Me estás matando. Sirviente... de Satán, déjame salir.

—Es monóxido de carbono —dije. Para los humanos era mortal, pero no tenía ni idea de qué podía hacerle a un demonio—. ¿Puede matarte?

—Nada puede matarme. —Le volvieron a dar arcadas—. Yo soy el... el elegido del Señor.

—Te estás muriendo —dije—. Si quieres salir de ahí, dime dónde está el otro demonio.

—Creía que estaba aquí —respondió, tan débilmente que apenas podía oírle—. El padre... Erikson, él destruye a... la gente. Creía que estaba aquí.

—No hablo de tus víctimas, sino de la persona con la que trabajas. Sé que ella está aquí porque fui yo quien la llamó, así que deja de fingir y dime dónde está.

—No hay... nadie... más.

—Escucha —dije acercándome más—. Yo maté a Forman y al que había aquí antes que él. También acabaré contigo; si creo que no me vas a decir lo que quiero saber, lo haré sin pensármelo dos veces.

—¿Clark... Forman? ¿El asesino de la casa de tortura?

No sabía que lo apodaran así, pero la descripción era bastante precisa.

—Sí. Y al asesino de Clayton.

—Pero yo he venido por eso —dijo; su voz sonaba más cerca de la puerta—. He venido a... salvaros de ellos. Si tú los mataste, entonces... estás en mi bando.

«Su bando.»

—No —le espeté—, no estoy en tu bando. Tú matas al primer idiota que te parece malvado. Yo acabo con demonios que son reales, seres hechos de verdadera maldad. Llevan miles de años matando, puede que más; alimentándose de los humanos como depredadores. Como parásitos. Yo no mato gente sin ton ni son: estoy salvándonos.

Volví a oír arcadas.

—Sí —dijo con voz ronca—. Tú los has visto. —Se echó a llorar—. Nadie más me creía, pensaban que era un asesino cualquiera; pero tú lo sabes. Tú sabes lo que son ellos en realidad y la verdad sobre nosotros.

Tuvo un nuevo acceso de tos y más arcadas. Creí que se iba a morir. Pero la tos mejoró y se detuvo, y su voz sonó más cercana que antes, como si estuviese pegando la cara a la puerta.

—Somos salvadores.

«Está loco —me dije—. Es un demente. Es un psicópata asesino en serie que diría cualquier cosa con tal de justificar sus actos...

»... Igual que estoy haciendo yo ahora mismo.»

Retrocedí un paso y bajé la pistola. Había llegado a la conclusión de que probablemente había otros cazadores de demonios en el mundo y de que el Manitas quizá hubiese matado a uno. «Nunca se me había ocurrido que él pudiese ser uno de ellos.» Volví a escudriñar en la oscuridad creyendo que un demonio iba a abalanzarse sobre mí desde las sombras. Al menos así sabría qué hacer. Pero el que había caído en la trampa... ¿era un demonio que cazaba demonios? ¿O es que no era ningún demonio? Quizá no fuese más que un humano normal, como yo, que había visto demasiadas cosas y se había jurado ponerles fin por cualquier medio.

Ya había matado a diez personas, puede que más; pero ¿era alguno de ellos un demonio de verdad?

—Tú has visto a los demonios —dije—. Descríbemelos.

Silencio.

—¡Descríbelos! —le ordené acercándome a la puerta. La única respuesta que recibí fue el olor fétido del humo.

«Maldita sea.»

Me quedé mirando la puerta, intentando recordar los ruidos que había oído. ¿Se había caído? ¿Seguía en pie? ¿Se había desmayado por culpa del gas o es que pretendía engañarme? Miré la pistola que yo mismo tenía en la mano mientras intentaba decidir si me atrevía a mover el coche. «No puede morirse aún —pensé—. Todavía tengo que hacerle muchas preguntas.»

Durante un breve instante lo vi mentalmente: un demonio descomunal envuelto en una nube de humo negro, esperando en silencio para eviscerarme en cuanto abriese la puerta. Vacilé, de pronto no me fiaba de la situación; pero entonces vi otra cosa: a mí atrapado en el armario de Forman, aporreando inútilmente las paredes reforzadas mientras él estaba al otro lado de la puerta con una pistola. Miré el arma que tenía en las manos con desconfianza, como si me hubiese traicionado.

Me lancé contra la parte trasera del coche, pero era demasiado pesado: mucho más que cualquier otro vehículo. Todo el peso que mantenía la puerta cerrada estaba jugando en mi contra y, por mucho que las ruedas ayudasen, solamente conseguí moverlo un par de

centímetros. «El freno de mano está puesto —pensé y retrocedí un paso—. Tengo que entrar en el coche para moverlo, pero eso significa que me alejaré de la puerta. Si echa a correr, lo perderé.» Me quedé mirando la puerta y la manguera que salía del tubo de escape y solté una maldición. «Tengo que hacerlo.» Tiré de la manguera, la arranqué del tubo y apunté la pistola hacia la puerta. No hubo ningún movimiento. Seguía sin oírse ningún ruido dentro. Lentamente me acerqué a la puerta del conductor, que estaba abierta, me asomé dentro y quité el freno. Salí inmediatamente del vehículo dando un brinco y apunté de nuevo hacia la puerta.

Nada.

Dejé el arma con mucho cuidado en el techo del coche, apoyé las manos y el hombro en la parte interior de la puerta y empujé hacia delante. Incluso sin la marcha puesta, era endiabladamente pesado, pero hice toda la presión que pude, empezó a superar la inercia y comenzó a moverse centímetro a centímetro, palmo a palmo, hasta que la puerta de la casa quedó libre. Volví a agarrar la pistola y me acerqué con mucha cautela sin dejar de apuntar el cañón hacia la puerta. No hubo ningún movimiento, así que estiré la mano con mucho cuidado; el pomo estaba hecho pedazos y giraba libremente sin accionar el mecanismo para abrir. Tiré de él, lo sacudí y finalmente le di una patada. Oí que la madera crujía alrededor del mecanismo. Sujeté la pistola delante de mí como si fuera un símbolo sagrado, como si su mera presencia me protegiese del peligro y abrí la puerta.

Dentro había un hombre desplomado en el suelo; llevaba un traje marrón y guantes de cuero negro. Estaba tirado sobre las escaleras como un saco de cemento y a sus pies había una pistola negra y una bolsa de deporte abierta llena de plásticos; en una esquina estaba el hacha. Del espacio cerrado de la escalera salía un humo ligero y venenoso, y tuve que echarme hacia atrás, tosiendo.

—¿Estás muerto?

No contestó y yo me acerqué poco a poco, lo justo como para darle un golpecito con el pie. Tenía los ojos cerrados, pero se quejó y tosió y se volvió sobre el costado.

—Eh, ¿me oyes? —Volvió a moverse y me acordé de su pistola; di un brinco, le puse el pie encima y la arrastré afuera—. Eh —dije hablando más alto—, contesta a mis preguntas.

El Manitas tosió e intentó incorporarse, pero lo único que consiguió fue volver a desplomarse escaleras abajo. Gimió y apretó los ojos, entonces tendió la mano y se arrastró unos centímetros hacia fuera.

Yo di un paso atrás.

—No te muevas de ahí. ¿Puedes hablar?

—Sí... —dijo con la voz hecha jirones. Volvió a toser, esta vez con más determinación—. Sí.

—Has dicho que has visto demonios. Descríbelos.

—Son malvados. —Hablaba sin moverse, con la cara pegada al asfalto, tragando bocanadas de aire fresco con cada respiración—. Abusan de su poder y conducen a los inocentes al pecado. Deben ser... destruidos.

—Descríbelos físicamente —dije—. ¿Qué viste? ¿Garras, colmillos? A tus víctimas les clavas palos en la espalda para que tengan alas: ¿ellos también las tienen? ¿Qué has visto?

—No tienen alas —dijo sin aire—. Solamente en el mundo del más allá.

—¿Qué mundo?

—El cielo y el infierno. Allí adoptaremos las formas que nos pertenecen y viviremos para siempre en paz o para siempre atormentados.

Lo miré fijamente sintiendo que mi ira aumentaba por momentos. Tensé el dedo sobre el gatillo.

—¿Eso es? ¿Eso es todo? Tú no has visto nada. No eres un demonio ni un cazador, no eres más que otro asesino en serie, un lunático.

—Soy un...

—¡Cállate! —grité con desesperación irracional—. Tú no eres nada, estás delirando. Las cosas que yo he visto sí que son reales, ¡ellos son reales! —Blandí el arma frente a él—. Si no cazas demonios, ¿a qué has venido aquí?

—Aquí ha habido demasiadas muertes —dijo tendiendo la mano débilmente—. Estáis siendo castigados por vuestros pecados y he venido a salvaros, a arrancar la corrupción de vuestro seno.

Tenía el brazo tendido hacia mí y de pronto reparé en el guante, aunque el cuero negro apenas era visible en la oscuridad. Se me aceleró el pulso y sentí una oleada de esperanza.

—Las manos —me apresuré a decir—. Llevas guantes porque odias tus manos. Enséñame por qué.

—No.

—¡Quítatelos!

«¿Qué puede ser: garras, escamas? Tiene que haber algo; tiene que ser un demonio.»

Se tumbó sobre la espalda y me fulminó con una mirada de verdadero odio. Yo acerqué la pistola adonde estaba y él levantó las manos al tiempo que un gruñido salía de lo más profundo de su garganta.

Lentamente, se quitó un guante y dejó ver una mano pálida cubierta de tatuajes: símbolos, palabras, calaveras con cuernos, hasta una esvástica. Me quedé mirándola

mientras intentaba encajar aquella mano en el perfil que había hecho. Él gimoteó sin hacer casi ruido. Se quitó el otro guante y se echó a llorar: emitió otro suave gemido, dejó caer los hombros y puso una expresión de profunda pena. De pronto se deshizo en sollozos. Tenía aquella mano tan tatuada como la primera.

—Perdóname, porque he pecado —dijo, antes de girarse sobre el costado y taparse la cara con las manos—. Perdóname, porque he pecado.

«Ésa es la fuente de su sentimiento de culpa —pensé y me eché atrás—. Mata por culpa de esas manos tatuadas: la señal de un pecado del que no se puede deshacer. Cada vez que mata sirve para pagar el precio del anterior pecado; libera al mundo de otro pecador, pero al asesinar vuelve a cometer otro pecado. Es una cadena de la que no puede escapar, y lleva hasta...»

—¿Quién fue el primero? —pregunté en voz baja.

—No —dijo con tono quejumbroso, balanceándose lentamente a un lado y otro.

—La primera persona que mataste —pregunté—, ¿quién era? Era un cura, ¿verdad? Un líder religioso, seguramente alguien que fue demasiado severo con sus castigos; quizá alguien que abusó de ti.

—No —repitió entre sollozos—. No, no, no... Yo no quería hacerlo.

—No importa —dije y me erguí. Tenía la pistola bien sujeta en la mano y sentía su poder: una varita mágica que iba a hacer desaparecer al asesino—. Has matado a mucha gente, llevas haciéndolo demasiado tiempo. Ésta es mi ciudad y me he propuesto librarla de parásitos como tú, ya sean demonios o no.

Le apunté a la cabeza y él intentó protegerse con los brazos, llorando lastimeramente. Era la imagen perfecta de la debilidad y la maldad: un asesino confundido que vivía de mentira en mentira, reducido a un montón de lágrimas porque no encontraba una víctima lo suficientemente mala para justificar el resto. Todos sus crímenes, todo aquel horror, todos sus pecados habían caído sobre él con el peso de un mundo y lo estaban aplastando, convirtiéndolo en nada. Aquello no estaba ocurriendo porque yo lo hubiese elegido. Yo simplemente era el mecanismo que el mundo había escogido para deshacerse de aquel cáncer.

Mantuve recta la pistola, pero no disparé.

«Debe morir —me dije—. Hay un millón de motivos por los que debería hacerlo y ni uno solo para dejarlo vivir. ¿Quién quiere a este infeliz en el mundo? ¿Quién llorará ante su tumba? ¿Quién se preocupará por saber dónde está? Yo ya he matado a otros dos y él no es mejor que ellos; podría ser incluso peor. El señor Crowley mataba para seguir con vida, pero este gusano ni siquiera tiene eso a su favor.»

El dedo que tenía apoyado sobre el gatillo no se movió.

Apreté los dientes, intentando convencerme de que era un demonio, un objeto que podía destrozar a placer. Pero en lugar de eso lo vi de forma totalmente diferente: no como humano, sino como si fuera yo mismo. «Él es como yo. Si continúo por este camino, acabaré así: asustado, débil y culpable, siempre escapando de todos mis actos, siempre desesperado por volver a hacerlo, una y otra vez.» Vi a Crowley y a Forman, ambos en la misma posición, tirados en el suelo, indefensos, mirándome fijamente mientras yo acababa con sus vidas. «Dos abatidos y uno más, que hacen tres.» Tres era un hechizo. Tres era un patrón. La definición legal decía que tres víctimas te convertían en un asesino en serie.

Y yo no soy un asesino en serie.

Bajé la pistola.

—Voy a llamar a la policía.

—No.

Saqué el móvil de Forman y lo abrí.

—No voy a matarte —dije—, yo no soy un asesino. La policía te arrestará, encontrarán todas las pruebas que necesitan y te meterán en prisión el resto de la vida.

—¡Me matarán!

—Yo no he dicho que el resto de tu vida fuese a durar mucho tiempo. —Marqué el número de emergencias y miré a mi alrededor, al coche, la pistola, la manguera y la complicada trampa que había preparado—. Tendré que explicar un montón de cosas.

El teléfono sonó y me lo puse al oído. «¿Qué puedo decir? ¿"Hola, he atrapado al Manitas en mi casa; vengán a por él antes de que lo mate"?» Volvió a sonar el teléfono...

Y el Manitas se me abalanzó sobre las piernas. Me tambaleé hacia atrás y perdí el equilibrio; mientras caía me di cuenta de que había soltado el móvil y el arma en un acto reflejo para protegerme de la caída. Estiré las manos hacia atrás intentando atrapar la pistola, que daba vueltas suspendida en el aire como si se hubiera parado el tiempo. No pude alcanzarla. Caí de espaldas como un peso muerto y me golpeé la cabeza contra el asfalto. Gemí de dolor y cerré los ojos mientras veía estrellas y rayos de luz. Oí un ruido metálico delante de mí y grité «¡la pistola!» para mis adentros, justo a tiempo de rodar a un lado una vez y otra, mientras oía cada vez el escalofriante susurro del silenciador y el roce áspero del metal en el asfalto. Pasé por encima de algo frío y metálico, lo agarré y le apunté.

Era el móvil.

—¿Crees que puedes amenazarme con eso? —dijo el Manitas con tono burlón.

Todo rastro de debilidad había desaparecido. Se alzó sobre mí como una pesadilla: el pelo de punta, la mirada salvaje, dientes al descubierto. Sostenía la pistola con ambas manos, temblorosas pero estables, y me apuntaba directamente a la cabeza.

—Parece que al final voy a poder destruir un demonio —afirmó.

«Tengo una oportunidad para asustarlo y que se marche.»

—Harry Poole —dije en voz alta—. Reportero de fuera de la ciudad. El hombre que hace unas semanas afirmaba tener un mensaje del Manitas resulta ser el Manitas en persona.

—Yo no soy el Manitas —dijo con una expresión de rabia incontenible—. Yo soy el brazo del Señor, la flecha que Él guarda en el carcaj, el rayo que acompaña a Su ira.

—Funeraria de Clayton —dije—. Jefferson, 724. —Muy lentamente me acerqué el móvil al oído—. ¿Ha tomado nota de todo?

El Manitas abrió los ojos desmesuradamente y volví a tender hacia él la mano con el teléfono.

—Tienen todos los datos. ¿Qué piensas hacer ahora?

Dio un paso atrás y otro adelante, y después se abalanzó sobre mí y me empujó. El móvil salió volando, cayó en el suelo y él le propinó un violento pisotón y lo hizo añicos con el talón. Se apartó de él y le disparó dos veces.

—Ya saben quién eres —dije mientras me incorporaba con mucho dolor—. Y también dónde estás. Calculo que tienes unos dos minutos para escapar. Cuando el año pasado llamé a la policía para que arrestaran al asesino de Clayton consiguieron acordonar todo el vecindario en menos de cuatro minutos.

—Me van a matar —dijo después de levantar la mirada del teléfono roto. Estaba lívido y el pánico le hacía abrir los ojos como si fuera un salvaje—. Me van a matar.

—Peor que eso —dije, obligándome a no hacer ningún caso de la pistola y recordar el perfil. «Tengo que atacarlo usando sus puntos débiles»—. Te juzgarán ante un desfile de policías y abogados y testigos y jueces. Hasta tus compañeros de prisión te juzgarán. Te mirarán y se reirán de ti. Dirán que eres malvado.

—Cállate.

—Los psicólogos te entrevistarán y dirán que eres esquizofrénico: no vale para alegar demencia en la defensa, pero sí para decirle al jurado que justificabas los crímenes con delirios sobre Dios. Habrá curas que testifiquen en el juicio y dirán que tu mensaje divino no es más que los desvaríos de un pecador.

—¡Cállate! —chilló y me clavó el cañón de la pistola en la cara.

—Te castigarán —dije intentando por todos los medios mantener la calma—. Si te marchas ahora, podrás escapar: los despistaré, te lo prometo; de un cazador de demonios a otro. Pero tienes que huir ya. Irán a por ti, y tu nombre y tu cara se verán por todo el país; pero si eres precavido podrás esconderte. Corre.

—Todo el país —dijo con la mirada perdida o fija en algún recuerdo, quizá—. Ella lo sabrá.

Fruncí el ceño sin saber muy bien qué decir a continuación. Asentí.

—Así es, ella lo sabrá.

—Ningún hombre me juzgará.

Se puso la pistola debajo de la barbilla. Un chorro rojo le salió de la cabeza al tiempo que se desmoronaba y caía al suelo como un muñeco roto.

20

—Hola, John —saludó el agente Jensen, que estaba sentado al otro lado de la mesa—. Ya conoces al agente Moore. Y ella es Cathy Ostler, del FBI. Ya sé que has contestado muchas preguntas, pero quieren hacerte unas pocas más.

«El cuerpo del Manitas no se ha desintegrado —pensé—. Al final no era un demonio, así que en alguna parte de Clayton tiene que haber uno de verdad. Pero ¿dónde?»

—Hola —dije. La agente Ostler se sentó y Moore se apoyó en la mesa.

—Bueno —dijo Ostler—, parece que ha sido una noche movidita.

—Supongo que podría decirse que sí.

—No cabe duda —dijo ella—. A las diez de la noche recibimos una llamada de un asesino en serie que está muerto y escuchamos la confesión de otro. Cuando llegamos a la escena nos encontramos con un fugitivo de la otra punta del país que está en busca y captura, y resulta que está muerto a los pies de un adolescente que ha estado involucrado en las muertes de una, dos, tres, cuatro personas más. Llamarlo «una noche movidita» no es decir mucho.

—¿Me está acusando de algo?

—¿Has hecho algo?

—Bueno, al parecer he sido testigo de demasiados crímenes. ¿Cuántas veces tengo que estar a punto de morir antes de que asuman que no soy culpable de nada? ¿Hay un límite legal establecido o se lo inventan sobre la marcha?

—Nadie te está acusando de nada —dijo el agente Jensen, que me miraba con el ceño fruncido.

«Me está advirtiéndome de que vigile lo que digo.»

—Pero tú mismo admitirás que tu relación con este último ataque es mucho más complicada de explicar que con los otros dos.

—En realidad, no —dije con la esperanza de que mi actitud confiada diese más solidez a mi historia—. El Manitas pensaba que ciertos líderes de la comunidad estaban conduciendo al resto al pecado y por eso los mató. Eso lo admitió en su propia carta.

Entonces todos los noticiarios me hicieron parecer un héroe por salvar a los chavales del baile y llegó a la conclusión de que yo era una de las figuras «malas» de la comunidad. Así que vino a por mí. Fin de la historia.

—¿Y la barricada que hay en el salón de tu casa? —preguntó el agente Moore.

Había tenido el tiempo suficiente para esconder la pistola y la manguera del tubo de escape antes de que llegase la policía, pero no para ocultar las barricadas, así que intenté ofrecer una explicación.

—Estaba solo —dije— y vi a un hombre sentado dentro de un coche, delante de mi casa. Me asusté: vi un extraño y me pareció peligroso, ya sabe. En ese momento me pareció buena idea.

—Si tanto miedo tenías —preguntó la agente Ostler—, ¿por qué saliste por la ventana para enfrentarte con él?

—Salí por la ventana para escapar de él. No dejaba de llamar a la puerta y pensé que iba a conseguir entrar. Creía que podía huir con el coche antes de que me encontrase, pero seguramente oyó el motor.

—Claro que sí —dijo la agente—. También debe de haber sido el pistolero más rápido del mundo, porque se las arregló para pegarle dos tiros al coche en movimiento; dos tiros que están muy cerca el uno del otro. Los agujeros de bala están separados por sólo un par de centímetros.

—Iba muy despacio. Creí que si ponía punto muerto y lo empujaba hasta la calle no me oiría.

—Pero lo hizo.

—Resulta que es difícil manejar el volante mientras vas corriendo y empujando el coche, así que choqué contra el edificio. Este último año he tenido muy, muy mala suerte.

La agente Ostler me miró fijamente y en silencio, como un halcón; el agente Jensen la observaba con el ceño fruncido. El agente Moore negó con la cabeza y habló.

—Todo lo que nos has dicho tiene cierto sentido —dijo—, dependiendo, obviamente, de lo que diga el análisis forense. Lo único de lo que aún no estamos seguros y que quizá tú nos puedas aclarar es...

—¿Cuánto tiempo pensabas quedarte con el teléfono del agente Forman? —ladró Ostler.

Se me daba muy bien fingir ser inocente.

—¿Qué?

—El teléfono con el que llamaste al número de emergencias —dijo—. La ocultación de pruebas de un caso anterior no sólo supone haber cometido una media docena de

delitos graves, sino que coloca todo el caso y tu participación en él en tela de juicio. ¿Qué hacías con su móvil?

—Me temo que no sé de qué me está hablando.

—No me hagas ponerme en plan oficial —dijo con dureza—, porque puedo hacer que esta reunión de colegas termine ahora mismo y acabemos tratando el asunto como un caso federal, que es lo que es.

El agente Jensen levantó la mano para calmarla y se volvió hacia mí.

—Simplemente dinos de dónde sacaste el teléfono con el que nos has llamado esta noche.

—Yo no os he llamado —dije—. Fue él. ¿Ese teléfono era de Forman?

Se quedaron mirándome fijamente.

—Porque eso me parece espeluznante —dije—. ¿Podría ser el cómplice que estabais buscando?

—¿Llamó a la policía para delatarse a sí mismo? —preguntó la agente Ostler con los brazos cruzados.

—Supongo que querría entregarse —respondí—. O al menos confesar ante las autoridades antes de pegarse un tiro.

El agente Jensen suspiró y Moore se inclinó hacia delante.

—Primero has dicho que tenía la intención de matarte y ahora que en lugar de eso se suicidó. ¿Qué ha pasado para que cambiase de opinión?

—No lo sé —dije con el rostro vacío de expresión—. A lo mejor tengo ese efecto sobre las personas.

La agente Ostler me fulminó con la mirada.

—Estoy autorizada para ponerte bajo custodia policial si tengo motivos para pensar que estás en peligro. Créeme si te digo que el tipo de custodia que tengo en mente sería bastante difícil de diferenciar de la cárcel.

—No se va a escapar —dijo el agente Jensen; tenía los ojos cerrados y se estaba frotando las sienes—. Yo respondo por él.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Se quedará en Clayton, colaborará en todos los interrogatorios y ayudará a la investigación de todas las formas que le sean posibles. —Me miró como lanzándome una indirecta—. ¿Verdad, John?

—Por supuesto —asentí—. Lo que haga falta.

—De acuerdo —dijo la agente Ostler—. Puedes irte, pero te aseguro que voy a vigilarte de muy cerca.

—John, ¡estás bien!

Mi madre cruzó el vestíbulo de la comisaría corriendo y me atrapó en un abrazo tan fuerte que estuvo a punto de aplastarme. Yo agité los brazos, le di un par de palmaditas en la espalda y conseguí despegarme de ella lo suficiente como para poder respirar.

—Estaba muy preocupada por ti. No me puedo creer que estés bien.

—Estoy bien —dije y me aparté un poco más—. Déjame respirar un poco.

—No debería haber salido —dijo—. No lo haré nunca más.

—No, por favor. Que un asesino demente no justifique tantas atenciones o me volveré loco.

—Ya van tres asesinos dementes, estoy segura de que eres consciente de ello.

Se agachó para mirarme a los ojos, aunque no necesitaba agacharse mucho.

—Dime que no tuviste nada que ver con todo esto —dijo—. Dime ahora mismo que ha sido un ataque no provocado.

La miré con un rostro cargado de inocencia.

—Nunca había visto a ese hombre. Ni siquiera sabía que existía.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Miré detrás de ella y vi a Lauren con los brazos cruzados y la cara tensa y pálida; tenía miedo, pero también estaba enfadada. «Sabe que yo planeé esto. Y también que la engañé para que se llevase a mamá por ahí. ¿Se lo dirá a la policía?»

Cuando salimos de la comisaría eran casi las dos de la madrugada, y era bastante más tarde cuando mi madre por fin se quedó dormida. Yo estaba inquieto y no paraba de dar vueltas en la cama sin poder dormir. A las tres seguía sin pegar ojo. Salí de casa a hurtadillas y me adentré en el bosque, buscando en la oscuridad la pistola del padre de Max. Seguía allí, a unos cincuenta metros de la linde, perdida entre los árboles; nadie la había tocado, ni siquiera se imaginaban que estuviese allí. Le quité unas manchas de tierra con la mano, la sopesé y después me agaché y la enterré más profundamente. La agente Ostler sospechaba demasiado de mí, así que no podía permitir que me encontrase con una pistola, por mucho que fuese una que nadie había disparado. Volví a la funeraria, entré por la puerta trasera y pasé la siguiente hora guardando los ataúdes e imaginando la presencia de cien asesinos diferentes: silenciosos, invisibles, imparables. «¿Dónde está Nadie?»

A las cuatro y media no fui capaz de soportar más la espera y marqué el número del móvil de Marci desde el teléfono de la cocina. Sonó siete veces antes de que saltara el

contestador; colgué, conté hasta tres y volví a marcar. Contestó cuando sonaba por sexta vez.

—¿John?

—¿Estás bien?

—John, son las cuatro y media de la mañana.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy... Estoy bien. ¿Qué pasa?

—Quédate muy quieta y escucha con mucha atención. ¿Oyes algo?

—¿De qué hablas?

—Hazlo.

Pausa.

—Oigo el descalcificador de agua en el sótano.

—¿Nada más? ¿Estás segura?

—Nada más —dijo; ya sonaba más despierta—. Ahora dime qué pasa. ¿Hay algo en mi casa?

—No lo sé. No sé si hay modo de saberlo.

—John, ¿estás... borracho? Lo que dices no tiene sentido.

—Estoy preocupado por ti. Es una experiencia nueva, así que no se me da muy bien. Mira por la ventana.

—John, me estás asustando. Dime qué pasa de una vez.

Respiré hondo.

—Creo que va a ir a por ti.

—¿El Manitas?

—El Manitas murió anoche; vino a mi casa, me largó un sermón y después se descerrajó un tiro en la cabeza.

—La hostia...

—Pero creo que hay otro —dije—. Uno del que no hemos hablado.

—¿Dices que te ha atacado?

—Yo estoy bien. Escucha: preocúpate por ti misma. Enciende la luz, enciende todas las luces de la casa y ve a la habitación de tus padres.

—¿De qué servirá eso?

—Este asesino no te hará nada si hay testigos... o quizá no pueda hacerte nada delante de otras personas. No lo sé. Siempre se las arregla para que parezca un suicidio.

Marci ahogó un grito.

—Y creo que...

«Nunca le he hablado de los demonios: con todo lo que le he contado, ése es el único secreto que le he guardado a Marci. ¿Me atrevo a contárselo? Sinceramente, creo que no tengo otra opción.»

—Esto va a sonar extraño —dije—, pero tienes que confiar en mí. Creo que este nuevo asesino podría ser sobrenatural. —Esperé a que se echara a reír o se burlara de mí, pero guardó absoluto silencio, así que continué—: El asesino de Clayton y el agente Forman eran... algo. Criaturas, demonios: no lo sé. Te lo digo porque creo que el nuevo asesino es lo mismo que ellos y no sé si viene a por ti o... No lo sé. Pero quiero que estés a salvo.

Hubo un largo silencio.

—¿Marci?

—Tu estuviste ahí —dijo lentamente—, en su casa.

—Sí, por eso lo sé. Sé que parece una auténtica locura, pero debes confiar en mí.

—Y Brooke también estuvo allí.

—Yo... —«Qué comentario tan extraño», pensé—. Sí, ella también.

—¿Ella también lo vio?

—¿Al demonio? No lo sé. No creo.

—Ella no tendría miedo ahora; no con las cosas que le han pasado y teniéndote a ti para ayudarla.

—Marci, estás... —Hice una pausa—. ¿Estás bien? ¿Has encendido todas las luces como te he dicho?

—Perdona —dijo—, estaba pensando. A veces me gustaría ser... —Pausa—. Vale, ya he encendido las luces.

—Ve a la habitación de tus padres —dije—. Quédate allí hasta que se despierte todo el mundo; ahora mismo es el lugar más seguro. Yo iré a verte a las siete.

—Gracias. —Pausa—. John, te quiero.

«Amor. Al final todo tiene que ver con el amor. Me pregunto si yo también la quiero.»

—Estaré allí a las siete —dije y colgué.

Cuando llegué a su casa a las siete menos diez, Marci ya estaba muerta.

21

El cadáver de Marci estaba acurrucado en un rincón del baño del piso de arriba, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos colgando dentro de la bañera. Había sangre por todas partes: en las paredes, el espejo, el suelo y el techo; en la bañera ésta formaba un largo y espeso río, y el lavamanos estaba lleno de agua tibia de color rosa. Entré con cuidado, evitando pisar las salpicaduras y charcos más grandes.

—¡Rápido! —gritó el padre de Marci al micro de la emisora y su voz retumbó por todo el pasillo—. Quiero a todas las ambulancias de la ciudad en mi casa dentro de cinco minutos o, que Dios me ayude, me pondré a... —Se oyó el crujido de la emisora—. ¡No me contestes! ¡Tu hija no está tirada en un charco de sangre!

La señora Jensen se encontraba en otra parte de la casa, llorando en silencio. Supuse que los otros críos estarían con ella.

Estiré la mano y toqué el brazo de Marci: estaba frío y sin vida. Lo giré un poco, vi la raja de intenso color rojo y lo solté. Las articulaciones ofrecieron suficiente resistencia como para llamarme la atención: el rígor mortis no empezaba, como muy pronto, hasta tres horas después de la muerte y yo había hablado con ella hacía tan sólo dos horas y media. No debería haber empezado a ponerse rígida a menos que hubiese muerto apenas unos minutos después de colgar, y eso ya era forzar un poco la situación. Me erguí, retrocedí un paso y miré la sangre de las paredes. En el espejo había una grieta que dos días antes no estaba allí.

«Esta vez no se puede decir que no hay señales de forcejeo. Bien por ti, Marci.»

Di otro paso atrás y me quedé en el pasillo, contemplando en silencio la escena. Me sentía como una piedra: frío y duro. «¿Me está afectando? ¿Debería hacerlo?» Ni la sangre ni la muerte me habían afectado nunca, pero tampoco me había sentido... así. «Quizá esté cansado. O enfadado.» Pero no se trataba simplemente de eso. Me sentía hueco y vacío, como hacía mucho tiempo que no me pasaba. Era una estatua. Una gárgola. Un ladrillo de la pared, parte del paisaje, un puñado de tierra. Estaba muerto. «No soy nada.»

—Eso —dije en voz baja.

La cosa que había en el suelo ya no era Marci. Ella era todo vida y energía; un torbellino de actividad, palabras y luz. Era una sonrisa y una broma, perspicacia

reveladora, un destello de lógica ingeniosa. Pero aquello del suelo era... carne y pelo. Era un cuerpo que nadie volvería a abrazar, envuelto en una ropa que nadie se volvería a poner. La parte de ella que había sido Marci había desaparecido y allí no quedaba más que muerte y silencio.

Oí pasos en el pasillo y sentí que alguien me posaba una mano en el hombro. «El agente Jensen.»

—Ya vienen.

—¿Es usted? —pregunté.

—¿Eh?

Me volví hacia él y al girarme me quitó la mano de encima.

—Dígamelo directamente. ¿Usted es Nadie? Porque si lo es, podemos acabar con esto ahora mismo.

—Eh... —dijo y volvió a buscarme el hombro—. Cálmate, John. Sé que esto es duro, pero tienes que tranquilizarte. Podemos supe...

—Yo no quiero superarlo, quiero que se acabe. Y ahora dígame, porque no estoy de humor para más juegos: ¿es usted Nadie?

—John, estás diciendo cosas sin sentido. Vamos a sentarnos un momento.

—Nada tiene sentido. —Lo miré fijamente, observándolo, vigilando su rostro en busca de señales, de cualquier reacción que me diese la pista que necesitaba—. Si es usted, me lo puede decir. Lo puede gritar a los cuatro vientos porque yo ya lo sé, ya lo sé todo. —Jensen se quedó en silencio—. ¡Dígamelo, maldita sea!

—Tranquilo —dijo alzando la otra mano—, tranquilo. Respira hondo. Respira bien hondo.

Tenía los ojos bien abiertos y su boca era una línea recta con las comisuras ligeramente hacia abajo. «Inquietud. Preocupación. Tristeza. Las reacciones totalmente normales de un humano totalmente normal. No sabe de qué hablo. No es un demonio.» Respiré hondo y él asintió mientras me observaba atentamente.

—Dices que ya lo sabes. ¿Qué sabes sobre Marci?

—¿Sobre Marci?

Miré a la cosa en forma de Marci que estaba en una esquina, diminuta y rota. «¿Quién o qué la ha roto? ¿Dónde está esa cosa? ¿Y cómo puedo romperla yo?»

—No, yo no sé absolutamente nada. Pero voy a averiguarlo.

Volví a casa a la carrera, sin apenas frenar en los cruces; cuando giré bruscamente para entrar en el aparcamiento, estuve a punto de estrellarme contra una pared. Pisé el

acelerador yendo hacia la parte trasera, di un volantazo y frené bruscamente delante de la puerta de atrás, la entrada de la sala de embalsamamiento. Salí tambaleándome del coche, dejé la puerta abierta de par en par y metí la llave en la cerradura de la funeraria. Cuando abrí la puerta de golpe, mi madre y Margaret levantaron la cabeza al mismo tiempo: dos gemelas idénticas con mascarillas y delantales azules que estaban arreglándole la expresión a Rachel, como dos niñas jugando con una muñeca.

—Fuera —dijo mi madre de forma cortante—. Sabes que te dije que no puedes ayudar con las chicas.

Sin hacer caso de lo que me decía, entré y cerré la puerta con llave.

Margaret negó con la cabeza.

—Te ha dicho que no, John. Ya hemos hablado varias veces de ello.

Fui directo a la mesa. El cadáver de Rachel estaba tendido ante mí como una muñeca gigante. Cogí el bisturí.

—John —dijo mi madre—, acabo de decirte...

—Cállate.

—¡John!

—¡Cállate! —rugí. Entonces, en voz más baja, dije—: Marci está muerta.

Se quedaron heladas, sin habla.

—Marci está muerta —repetí con mayor convencimiento—. Y lo que sea que mató a Rachel, la ha asesinado a ella del mismo modo. Podéis chillarme todo lo que queráis; llamad a la policía, me da lo mismo: este cadáver contiene respuestas y voy a encontrarlas.

Les lancé una mirada desafiante, retándolas a que se atreviesen a discutir conmigo. Mi madre se echó a llorar.

—No sabíamos lo de Marci —dijo Margaret y se acercó a mí—. Lo sentimos mucho. Creo que en realidad ninguno de nosotros está preparado para quedarse aquí, así que es mejor que esperemos.

—Apartaos —dije poniendo la mano sobre la mesa.

—No —dijo mi madre mientras rodeaba la mesa—. John, por favor, no lo hagas. Por favor, vamos arriba y...

La agarré de la muñeca y apreté tan fuerte que se me quedaron los nudillos blancos.

—Sal-de-en-medio.

Y la aparté de delante de mí.

—John, por favor —dijo entre lloros—. ¡No lo hagas! ¡No le hagas daño!

—¡Es una cosa! —grité y di un puñetazo sobre la mesa—. Esto no es una persona, no es un ser humano; ni siquiera es un animal. ¡Son pruebas! Es...

—Es algo que merece tu respeto —dijo mi madre.

La miré con auténtica rabia, con la fuerza del odio que hervía en mi interior, pero ella me aguantó la mirada sin ni siquiera parpadear. «No estás furioso con ella —me dije—, sino con el demonio. Encuéntralo, es lo único que importa.»

Asentí y respiré hondo.

—Vale. Con respeto. Pero no intentéis impedírmelo.

Margaret miró a mi madre con el ceño fruncido. Sin hacerles caso, miré el cuerpo. Estaba pálido, casi azulado; si Rachel había sangrado tanto como Marci, el cadáver tendría aún menos sangre de lo habitual. Contrastaba enormemente con la carnicería de hombres mayores que habíamos visto tanto últimamente: en lugar de carne amarillenta y arrugada, aquel cadáver era suave y blanco y prácticamente estaba intacto. Tenía los pechos y las caderas cubiertos con un par de toallas azules, pero la parte del vientre que se veía entre ambas zonas estaba plana y limpia. No le habían hecho la autopsia, no había ninguna incisión en forma de «Y» ni heridas de ningún tipo. Si no fuese por las dos grandes rajadas de las muñecas y los tubos de embalsamar que mi madre y Margaret ya le habían insertado en las venas del cuello, el cadáver estaría immaculado.

Cogí uno de los brazos para mirar la herida más de cerca y me sorprendí al ver que las articulaciones parecían resistirse al movimiento, como las de Marci. «Rachel lleva muerta demasiado tiempo para tener rígor mortis y Marci, demasiado poco. ¿Por qué están rígidas?» Moví el brazo para comprobar el endurecimiento del hombro, del codo, de la muñeca. Se movía lentamente, pero no había solidez; ofrecía la suficiente resistencia como para que me pareciese extraño. Al mover las piernas tuve la misma sensación pero, más allá de eso, no sabía qué hacer. Volví a posar la pierna sobre la mesa, la cogí de nuevo, solté una palabrota y la dejé. «No sé qué hacer.»

Una vez más, miré las heridas con atención; le cogí una mano y después la otra para observar las heridas, e hice presión con el bisturí. El forense las había limpiado muy bien y no vi nada fuera de lo común: un corte largo y limpio a lo largo del antebrazo que abría un tajo en la arteria de unos veinte centímetros. Llegaba justo más allá de la muñeca. Pensé que el pulso se toma en esa parte del cuerpo, y que una herida como aquella sangraría sin control y por ella se vertería la vida a borbotones en cuestión de segundos.

«Se desangró, como Marci. ¿Por qué Nadie las mata así? ¿Qué consigue con eso? ¿Qué significa?»

Me obligué a frenar un poco, a pensar en la situación con mayor claridad. «¿Qué hizo la asesina que no necesitaba haber hecho?» Si lo que quería era matar, lo único que tenía que hacer era buscar a una persona y, sencillamente, acabar con ella; sin embargo, lo que

hacía era concentrarse en chicas adolescentes, todas bastante guapas y que en general caían bastante bien. En realidad prácticamente se trataba de una progresión ascendente que empezaba en la discreta Jenny, pasando por Allison y Rachel, que eran más activas, hasta llegar a la dinamo social que era Marci. Cada una de las víctimas era un paso que la acercaba a mí, pero me pregunté si no sería algo más que eso: si el estilo de vida de las propias víctimas, su aspecto, su ropa, sus vidas no era también un factor. «¿Qué podría hacer que alguien quisiera matar a chicas jóvenes, atractivas y populares? ¿Deseo? ¿Era por celos?»

También merecía la pena tener en cuenta la herida: ¿por qué hacerlo pasar por un suicidio? ¿Y cómo conseguía que lo pareciera? Examiné el resto del cuerpo de Rachel en busca de heridas de defensa, pero no encontré nada. En las manos no tenía ningún rasguño ni corte, ningún cardenal en los brazos fruto del ataque o de la presión de otros dedos; no había rozaduras ni quemaduras que indicasen que hubiese estado atada con cuerdas ni con cualquier otra cosa. Todo apuntaba a que había participado de buen grado en su propia muerte: hasta los cortes de las muñecas eran demasiado limpios como para haberlos hecho sin calma ni precisión. «¿Es posible que Nadie las incapacite de algún modo? Es un demonio, así que puede hacer cualquier cosa: ¿las duerme, les controla la mente? Sin embargo, a juzgar por las salpicaduras de sangre que había por todo el baño, Marci sí que había opuesto resistencia. «Pero no sé con quién ha podido forcejear. No lo entiendo.»

Cogí el peine y recorrí el cuero cabelludo del cadáver buscando magulladuras o heridas. Nada. La base del cráneo también estaba intacta: ni cortes ni pinchazos. Ni siguiera el diminuto agujero de una aguja hipodérmica.

—Ayúdame a darle media vuelta —dije haciéndole una señal a mi madre para que se acercase.

Coloqué las manos debajo del hombro, pero mi madre me posó la mano en el brazo para detenerme.

—Ya lo hacemos nosotras. Cierra los ojos.

Le hizo un gesto con la cabeza a Margaret, que se separó de la pared y se acercó a la mesa lentamente. Se colocaron a la izquierda del cadáver y se quedaron quietas, mirándome. Yo cerré los ojos y oí el rumor de la ropa, el roce de los pies en el suelo, el suave repiqueteo de las uñas sobre la mesa de metal.

—Ya puedes mirar.

Abrí los ojos y vi que el cadáver yacía boca abajo con una toalla sobre las nalgas. Tenía la espalda negra y la piel descolorida, pero eso era habitual, ya que allí es donde se deposita la sangre. Toqué la espalda haciendo presión con los dedos, pasé las manos por encima buscando agujeros o cortes, pero no había nada. Suspiré y me apoyé sobre la mesa.

—Solamente queda un lugar donde mirar —dije— y apostaré todo mi dinero a que

querréis hacerlo vosotras.

Mi madre me miró con los ojos mojados y enrojecidos.

—¿Crees que la violaron?

—No tengo ni idea. Seguramente no.

—Entonces nos negamos —dijo mi madre—. Y tú tampoco lo vas a hacer.

Levanté la mirada, frío y tranquilo.

—Os doy una oportunidad. Hacedlo vosotras o lo haré yo. Seguramente no habrá nada, pero me niego a dejar morir a más gente sólo porque gracias a vuestro sentido del decoro no descubrí una pista.

Nos miramos los unos a los otros, cada uno poniendo a prueba la voluntad de los otros dos, hasta que por fin mi madre refunfuñó y se acercó a la mesa.

—¿Qué quieres que busque?

—Cualquier cosa: daños, heridas, lo que sea. Algo que pueda decirnos quién la mató o por qué.

—Bien. Cierra los ojos.

Así lo hice y durante algunos minutos estuve oyendo cómo mi madre y Margaret movían la toalla, susurraban entre ellas, le daban la vuelta al cadáver y seguían hablando en voz muy baja.

«No hay nada —pensé—. Puede que no haya pruebas en los cadáveres: quizá se trate de control mental, simple y llanamente, sin pruebas físicas. Tal vez no pueda atraparla jamás.»

—Nada —dijo mi madre—. Tampoco hay nada.

Suspiré y me apoyé en la pared sintiendo cómo se me acababa la energía.

—En ese caso, hemos perdido. No sé qué más hacer.

Sentí una mano en el hombro y abrí los ojos para ver a mi madre de pie junto a mí.

—Descansa. —Me empujó suavemente hacia la silla y yo me desplomé en ella—. Tu novia acaba de morir, tu mejor amiga; necesitas hacerte a la idea de ello de algún modo. Es muy comprensible que no sepas qué hacer. Sonrió; era una sonrisa llena de dolor. Negó con la cabeza. Obviamente, la mayoría de la gente no elegiría hacerlo con una autopsia, pero yo sé que tienes muy buen corazón.

—Mi corazón no tiene nada que ver con esto.

—Descansa —repitió—. Tómate un momento y después subiremos arriba a comer algo. Margaret puede acabar sola. Esta mañana te has ido sin desayunar siquiera, es

normal que te sientas débil.

Me quedé mirando el cadáver: lánguido y sin vida sobre la mesa, prácticamente desangrado y con los tubos de embalsamar colgando del hombro.

«Prácticamente desangrado... Sin embargo, tiene la espalda tan amoratada y ennegrecida como la de cualquier otro cadáver.»

De pronto me puse en pie.

—Enchufa la bomba.

Crucé la sala y descolgué el tubo de drenaje de la pared.

—No te preocupes —dijo mi madre—, eso puede esperar.

—No. —Inserté el tubo en el que salía del cuello de Rachel—. Tiene la espalda demasiado magullada para la cantidad de sangre que perdió. Y además tiene las extremidades rígidas. Tiene algo dentro. Hemos de sacarlo.

Normalmente el tubo iba a parar a un sumidero que había en el suelo, pero esa vez metí el extremo dentro de un cubo: quería recoger lo que saliese de dentro.

—No es más que el rígor mortis —dijo Margaret.

—Murió hace cinco días —corregí—: no es rígor mortis.

Las dos mujeres se miraron y yo fui hasta la estantería donde guardábamos los productos químicos para los embalsamamientos.

—Podéis quedaros ahí como un par de pasmarotes o podéis ayudarme; sea como sea, voy a embalsamarla ahora mismo.

Vacilaron un momento más y entonces se pusieron en marcha poco a poco: conectaron la bomba, mezclaron los coagulantes y tintes, y midieron la cantidad de formaldehído. Lo conectamos todo, sellamos las heridas de las muñecas con un vendaje muy prieto y pusimos la bomba en marcha. Estaba diseñada para utilizar el sistema circulatorio del cuerpo a fin de llenarlo de nuestro cóctel de productos a la vez que empujaba todo el icor hacia el exterior. Mi madre la ajustó con cuidado, buscando el ritmo perfecto, lo más parecido posible a los latidos del corazón. Estuvo toqueteando los mandos mucho más tiempo que de costumbre.

—Hay algo raro —dijo—. No consigo que entre el líquido.

—Después de perder tanta sangre las arterias estarán vacías —dijo Margaret—. Es posible que se hayan pegado.

—Algo las está bloqueando —dije con la mirada fija en el cubo—. Sube la presión y lo verás.

Mi madre hizo girar el potenciómetro y la bomba empezó a hacer más ruido; los

latidos artificiales eran cada vez más seguidos. Pronto se movió el tubo de drenaje: se desvió ligeramente hacia un lado mientras se llenaba y presurizaba. Entonces una pasta espesa y oscura empezó a caer dentro del cubo, gota a gota.

«Negra y hecha como de ceniza, igual que Crowley y Forman.»

Mi madre ahogó un grito.

—¿Qué diantres es eso? —murmuró Margaret, boquiabierta, inclinada sobre el cubo.

Miré a mi madre. Ella me devolvió la mirada en silencio, con los ojos como platos. De pronto empecé a respirar con dificultad, me sentía agotado.

—Teníamos razón.

Se me quedó mirando un momento más y después negó con la cabeza, débilmente.

—¿Qué hacemos?

Margaret recogió un poco de aquella materia viscosa con un dedo; aún llevaba los guantes puestos; aquello estaba quemado y grasiento, como los residuos calcinados de una parrilla sucia.

—¿Cómo es que Ron no se dio cuenta de que el cuerpo estaba lleno de esta mierda?

—Porque asumieron que era un suicidio y no se molestaron en mirar. Con las otras chicas no os disteis cuenta porque subisteis la potencia y lo dejasteis caer directamente al sumidero.

—Parece aquello que solían encontrar en las escenas del crimen del asesino de Clayton —dijo Margaret.

—Exacto —acordé yo.

Me miró, y después a mi madre.

—¿Qué está pasando?

Metí el dedo enguantado en aquella porquería, me la acerqué y la observé de cerca. «Exactamente igual que Crowley y Forman.»

—Es un demonio —dije en voz baja—. O lo que queda de uno. Estaba viviendo dentro de ella. La estaba controlando.

—¿Un demonio? —preguntó Margaret. Abrió la boca para decir algo, pero sacudió la cabeza y la cerró. Un momento más tarde volvió a hablar—. ¿Qué hacemos?

—Llamar a la policía —dijo mi madre y apagó la bomba—, a la agente Ostler...

—No podemos —dije.

—... para que venga —continuó con decisión— y se lo enseñamos todo.

—No podemos. Ya te lo he dicho: no podemos fiarnos de nadie del FBI. Si Forman era

un demonio, ¿quién nos dice que Ostler no lo es también?

—Tenemos que avisarles.

—¿A quién? —preguntó Margaret.

—A todos —dijo mi madre—. Si no podemos acudir a la policía, iremos a las noticias.

—Y nos echarán del pueblo de lo que se van a reír de nosotros.

—¡No podemos quedarnos aquí sin hacer nada! —gritó mi madre.

Volví a mirar aquella pasta viscosa y la imaginé dentro de las venas de Marci, controlando sus movimientos, obligándola a cortarse las venas mientras ella trataba en vano de impedirselo. «¿Cómo se le metió dentro? ¿Y por qué?» De pronto retumbó en mi cabeza la confesión que me había hecho Forman: «Nos definimos según lo que nos falta.»

«¿Qué le falta a Nadie? Un rostro, un nombre, una identidad. Un novio. Ropa bonita. Quiere una vida normal, por eso toma la de las chicas, como Crowley solía hacer, sólo que Nadie no las mata: se apodera de su mente, de su cuerpo y de su alma.»

Repasé los recuerdos de las últimas semanas intentando recuperar cualquier pista sobre las cosas que el demonio había hecho o dicho. «¿Cuánto tiempo llevaba dentro de ella? ¿Qué parte era en realidad Marci y qué parte el demonio? ¿El beso fue real? ¿Y el baile? Pero Rachel no había muerto hasta unas horas después del baile, así que como muy pronto entró en Marci a la mañana siguiente. Y esa noche Rachel estuvo actuando de forma muy extraña, hablando sobre... sobre Marci. Pensándolo bien, estuvo hablando sobre ella toda la noche alabándola y adulándola sin parar. Las últimas palabras que le oí decir era algo sobre que le gustaría ser... ¿qué? ¿Ser como Marci? ¿Ser Marci?

Me quedé helado. Marci había dicho exactamente lo mismo unas horas antes, antes de morir: «Ojalá pudiera ser...»

Estaba hablando de Brooke.

22

Salí corriendo hacia la puerta.

—¡John!

—Tengo que irme.

—¡Pero mira cómo vas!

Me miré. Aún tenía el dedo cubierto de aquella materia viscosa, y el delantal y los guantes teñidos de color rosa por la sangre. Me los quité y los tiré a la basura.

—¿Adónde vas? —preguntó mi madre, pero no le contesté; salí corriendo por la puerta y me apresuré a ir a casa de Brooke.

Marci llevaba diciendo cosas sobre Brooke desde la noche del baile. Hablaba de lo valiente y fuerte que era, de la relación tan estrecha que tenía conmigo. Cuando la vimos en el Friendly Burger, Marci prácticamente echaba chispas de lo celosa que estaba y cuando la llamé de madrugada para advertirla sobre el demonio, en lo primero que pensó fue en Brooke.

«¿Cómo puede viajar esa cosa sin ser vista? ¿A qué velocidad se mueve? Desde que Marci murió han pasado... cuatro horas, puede que cinco. ¿Será demasiado tarde?»

Subí las escaleras que llevaban al porche de Brooke de un brinco y aporreé la puerta.

—¡Abre!

Oí pasos dentro de la casa y volví a golpear la puerta con el puño. La madre de Brooke me abrió.

—Hola, John...

—¿Ha ido Brooke al instituto?

—Eh... —Se quedó callada por la sorpresa—. Oh, no, no; dijo que se encontraba mal y...

La aparté y entré a toda prisa; recorrí el pasillo a la carrera y subí las escaleras. La distribución de la casa era diferente de la de Crowley, pero no fue difícil adivinar qué puerta daba a la habitación cuya ventana estaba en la esquina trasera. Giré bruscamente al

llegar al final de la barandilla mientras la madre de Brooke me chillaba y golpeé la puerta de la habitación con los puños.

—¡Brooke! Brooke, abre, soy John.

—No quiero ver a nadie.

Su voz parecía muy débil.

«No, por favor; no.» Sacudí el pomo, pero estaba cerrada por dentro.

—Es importante, tienes que dejarme entrar.

«Si ya la tienes dentro, no sé cómo salvarte.»

—¡John Cleaver! —gritó su madre, que subía corriendo las escaleras y venía a por mí—. ¿Qué te has creído?

—Por favor, Brooke, puede que aún estemos a tiempo, ¡tienes que abrir la puerta! —Estampé la mano en la puerta con tanta fuerza que estuve a punto de rompérmela—. ¡Abre!

La madre de Brooke me agarró por detrás y tiró de mí, pero yo intenté apartarla.

—No lo entiende —grité— ¡Brooke está en peligro!

De pronto oí el clic del cerrojo y la puerta se abrió unos centímetros. Me abalancé hacia delante y arrastré a su madre conmigo. La voz de Brooke se escapó por la rendija.

—No pasa nada, mamá.

La puerta se abrió del todo y allí estaba ella. Tenía ojeras, como si no hubiese dormido en varios días. Se movía lentamente, con rigidez, como una zombi que acabase de volver de entre los muertos. Dejé de forcejear y me quedé mirándola boquiabierto.

—No.

«Ya es demasiado tarde.»

—Tienes muy mal aspecto —dijo su madre, que me soltó y me apartó para acercarse hasta Brooke—. ¿Estás bien? Creo que voy a llamar al médico.

—No es nada, mamá; estoy... cansada, nada más. Dentro de unas horas estaré mejor.

—No —repetí y choqué contra la barandilla—. Por favor, dime que no.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre.

—No es nada, mamá —dijo Brooke—. John se ha enterado de que estaba enferma y ha venido a ver qué tal me encontraba. Debo de tener un aspecto horrible para que haya reaccionado de esa manera.

Sonrió con debilidad; estaba ligeramente rígida.

Su madre frunció el ceño.

—Me da igual lo que le pase, Brooke: quiero que se marche ahora mismo. John, no sé qué piensas que estás haciendo, pero tal y como has irrumpido en mi casa, creo que debería llamar a la policía.

Me quedé mirando a Brooke con la mente entumecida. «¿Qué hago? ¿Cómo puedo detenerla? Si ya está dentro de ella, no puedo hacer nada en absoluto.»

—Ya me voy —dije. Su madre me soltó y di un paso hacia las escaleras—. Yo... Lo siento.

—John, estoy bien —dijo Brooke—. De verdad. Antes estaba fatal, pero ahora me siento... perfectamente.

«Se acabó.»

Cerré la puerta de mi cuarto y me dejé caer sobre la cama; me tapé los ojos y apreté los dientes hasta que me dolió toda la mandíbula.

«Ahora Nadie está dentro de Brooke. Nadie está en Brooke. No puedo matar a una sin acabar con la otra.»

Sonó el teléfono, pero no le hice ningún caso. Mi madre ya escucharía los mensajes del contestador cuando subiese. Viajé hacia atrás en mi memoria, siguiendo el camino que había recorrido Nadie, de chica en chica. «Tiene que haber algo de lo que no me he dado cuenta; una pieza fundamental que permite que todo encaje y tenga sentido.» El demonio empezó en... No lo sabía. En un cadáver que nadie había encontrado aún. De allí se apoderó de Jenny Zeller, pasó un tiempo dentro de ella y en junio la mató y saltó a Allison Hill. Se quedó dentro de Allison durante dos meses y después cambió a Rachel. «¿Qué dijo Rachel la mañana que murió Allison? “Anoche me llamó cinco veces.”» Entonces sucedió lo mismo con Rachel, que se pasó la noche del baile obsesionada con Marci; y por fin ésta se había obcecado con Brooke. Saqué una libreta de la mochila y anoté lo siguiente: «Concentración intensa en la nueva anfitriona justo antes de matar a la actual.»

¿Qué era lo que daba lugar a esa obsesión? ¿Se trataba simplemente de una lenta caza en la que yo era la presa? Eso no tenía sentido: si el demonio sabía quién era yo, no le hacía falta ir saltando de una chica a otra; podría haber venido directamente a por mí. Y aquella madrugada, cuando me sinceré con Marci y le conté lo de los demonios, en realidad estaba hablando con Nadie. Le estaba diciendo que era yo a quien buscaba. La caza había terminado y solamente tenía que matarme, pero en lugar de hacerlo, acabó con su anfitriona y se metió en Brooke. Yo no era su objetivo, tenía que haber algo más.

El teléfono volvió a sonar con insistencia; se oía por toda la casa, pero seguí sin contestar. «¿Qué le he dicho a Marci esta mañana? —pensé—. ¿Qué ha pasado en nuestra conversación que le haya hecho querer dejarla y pasar a poseer a Brooke?» Yo le había alertado de la asesina; le había dicho que iría a su casa; le había advertido de que mientras

no estuviese sola estaría a salvo. ¿Era por eso? Puede que se asustase y creyera que, si no salía de Marci en ese momento, no volvería a estar sola y no tendría una nueva oportunidad. Y ahora que había ido a ver a Brooke, ¿era consciente de que me había dado cuenta de todo? ¿Acababa de ponerla también en peligro?

«¿A quién quiero engañar? Brooke jamás saldrá de ésta con vida.»

Quizá fuese otra cosa; puede que haber mencionado específicamente a los demonios hubiese provocado que Nadie matase a Marci y entrase en Brooke. Yo le estaba hablando de los demonios y su primera respuesta fue... no sé qué sobre Brooke. Me preguntó si yo había estado en la casa y le contesté que sí, y entonces ella dijo que «Brooke también estuvo allí». Quizá quisiera convertirse en ella por la experiencia que había vivido con Forman.

O puede que lo importante fuese la experiencia que compartimos ella y yo al vivir juntos lo de Forman. Aunque no estuviese intentando matarme, no cabía duda de que se iba acercando cada vez más a mí. ¿Tenía algún otro plan que no tuviese ninguna relación con el asesinato?

«Me dijo que me quería: ésas fueron sus últimas palabras. Me pregunto si aquélla era Marci arreglándose para enviarme un último mensaje.»

«¿O era Nadie?»

El teléfono volvió a sonar. De pronto sentí como si tuviera un gran agujero en el estómago; la cabeza me daba vueltas y tenía una especie de vértigo. ¡Riiing! Salí a rastras de la cama y abrí la puerta de la habitación. ¡Riiing! Recorrí el pasillo, paso a paso, y miré el teléfono. El identificador de llamada decía Watson: la familia de Brooke. Descolgué el auricular. ¡Riiing! Apreté el botón.

—¿Sí?

—Hola, John. —Era Brooke, su voz aún sonaba débil y muy baja—. ¿Qué tal?

—Bien.

«¿Por qué me llama? ¿Sabrá que me he dado cuenta de todo? ¿Qué está haciendo?»

—Quería pedirte disculpas por lo de mi madre —dijo—. Ya sabes cómo pueden ser los padres. ¿Qué haces?

No sabía qué contestar. «¡Estoy hablando con un demonio!» Miré las paredes, las ventanas, cualquier cosa que me hiciera reaccionar, pero la cabeza no me funcionaba. «Ésta es la cosa que mató a Marci.»

—¿Sigues ahí? —preguntó ella.

Cerré los ojos.

—Eres tú, ¿verdad?

Ella tosió.

—Disculpa que tenga la voz tan mal, estoy un poco ronca. Soy Brooke.

—No, no eres Brooke. Eres Nadie, ¿verdad? Eres la amiga de Forman.

Silencio. El ruido de la línea de teléfono, un poco de ruido blanco, el reloj haciendo tictac. Ella inspiró, cogió aire muy suavemente, tanto que apenas fue audible. Moví los pies con inquietud.

Su voz se volvió la sombra de un susurro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Has matado a Marci —dije—. Las has matado a todas.

—No...

—Y también vas a matar a Brooke. ¿Cuánto tiempo le queda?

—No —susurró—. Nunca más.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué matas a todas esas chicas?

—Yo no quería hacerlo. Nunca he deseado lastimar a nadie, pero... Ya no aguantaba más. Pero ahora ya estoy bien; todo eso ha quedado atrás.

—¿Qué es lo que ha quedado atrás? ¿Matar? ¿Por qué dices eso?

—Creí que Marci iba a ser la última, de verdad. Era más guapa que Rachel y más lista, tenía novio y parecía muy feliz... Pero nada de eso era real. Era una dejada. Estaba gorda. Era muy boba.

—Marci era genial —interrumpí—. Y no estaba gorda ni mucho menos.

—Venga ya —espetó. Era la voz de Brooke, pero sonaba más dura y fría de lo que ella había sido jamás—. Marci era una imbécil. Rachel era patética, pero al menos estaba flaca. Brooke, por otro lado, es perfecta. Es alta, delgada, es como si fuera... un árbol. O una brisa, quizá. Tiene el pelo largo y cuidado, no como el de Marci, que parecía pelo de rata de tantos nudos que tenía. Ella es limpia y su habitación, muy luminosa.

—Estás loca.

—Tú eras la última pieza —dijo—. Me di cuenta cuando viste a Brooke en el Friendly Burger de que la querías. Yo podía...

—Yo no quiero a nadie.

—Lo vi en tus ojos —dijo—. Vi cómo la mirabas. Y con ella has compartido cosas que Marci nunca ha tenido. Yo creía que iba a conseguir que te quedaras conmigo, pero las cosas fueron a peor, y esta madrugada me has llamado para avisarme y al final has hablado de ella...

—Tú eres la que has hablado de Brooke, no yo.

—Tú has mencionado a los demonios —replicó—. Había empezado a pensar que quizá fueras tú, por todos los recuerdos de Marci, pero no he estado segura hasta que lo has dicho esta madrugada. Tú eres el cazador y eso es lo que yo quería por encima de todo lo demás: por eso vine aquí.

—¿A matarme?

—¡No! —insistió—. Vine a unirme a ti. Por eso sabía que tenía que ser Brooke, porque ella había compartido esas vivencias contigo. John, son horribles; son malignos y horrorosos, y debemos destruirlos a todos. Yo puedo ayudarte. Puedo guiarte hasta ellos y tú puedes matarlos... Podemos estar juntos.

—Pero tú eres una de ellos.

—¡No lo soy! —dijo lo más alto que le permitía su voz ronca y débil—. No soy uno de los dioses de Kanta, ángeles o como él quisiera llamarlos. Soy Brooke Watson. Soy una chica humana guapa y perfectamente normal.

Kanta. Ése era el otro nombre de Forman, el que usaba entre el resto de los demonios. Nadie más lo conocía. Si me quedaba alguna duda de que Brooke fuese Nadie, aquella palabra las acababa de disipar.

—¿Es que no ves lo perfecta que es la situación? —preguntó en tono de súplica—. Puedo ayudarte. Podemos permanecer juntos y destruirlos a todos. Podemos deshacernos de ellos, eliminarlos para siempre. Tú consigues a la chica que siempre has querido y yo te tengo a ti, para siempre.

«Alguien con quien cazar —pensé—. Alguien con quien hablar.» La tentación se apoderó de mí con más fuerza de lo que hubiese podido imaginar: alguien con quien pasar la vida, que nunca me abandonaría, que siempre se quedaría conmigo y que haría las cosas que yo también quería. Saber que, sin importar qué hiciera ni adónde fuese, Brooke siempre iba a estar allí vigilándome, ayudándome, sonriendo y contenta de verme...

Siempre atrapada dentro de su propio cuerpo, indefensa y asustada. Siempre que la mirase a los ojos sabría que hay un demonio devolviéndome la mirada, estudiándome, esperando a que...

«Yo siempre lo sabría y Brooke también.»

«Y Nadie.»

—No durará —dije—. La matarás y ya está.

—Ni hablar.

—Eso es lo que pensabas de Marci y ¡mira lo que ha pasado! ¿Cuántas veces ha ocurrido?

Silencio.

—¿Cuántas? —exigí saber—. ¿Cuántas veces has matado a una chica inocente porque era muy baja, demasiado alta o tenía los dientes torcidos? ¿Cuántas veces te has suicidado y una pobre chica se ha cruzado en tu camino?

—No soy yo...

—¡Sí lo es! Odias a los demonios, pero tú eres exactamente eso. Te odias a ti misma. No importa lo perfectas que sean las chicas, siempre serán despreciables, porque tú estás dentro de ellas.

—¡No! —Su voz se convirtió en un rugido sin rastro de debilidad, de crudeza aterradora.

«Estoy poniendo a Brooke en peligro —pensé—. Tengo que hacer que se calme y se ponga contenta mientras pienso cómo actuar.»

—¡Tú no tienes idea de lo que es esto! —gritó—. No sabes lo que tengo que sufrir día tras día por culpa de ser una de ellos.

—Lo siento —dije mientras buscaba un plan—. Tienes razón. Esta vez será diferente porque... me tienes a mí.

Se quedó callada un instante.

—John, te quiero.

Cerré los ojos.

«No mates a Brooke.»

—Estás enferma porque estás acomodándote al cuerpo nuevo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo te sentirás mejor?

—Mañana. No debería tardar mucho.

—Entonces te veré mañana. Podemos ir a algún lado y hablar.

—¿Una cita?

Respiré hondo.

—Sí, una cita. ¿Te parece bien?

—Me parece maravilloso.

—Entonces, perfecto. Nos vemos mañana. Yo... —«No puedo decirlo»—. Nos vemos.

23

«Debo matarla. No tengo elección.» Recorrí el pasillo de un lado a otro con la cabeza gacha y los puños lívidos de tanto apretarlos. «Tarde o temprano se suicidará de todos modos, así que Brooke puede darse por muerta. Pero si la mato primero y encuentro la manera de acabar también con Nadie, se romperá la cadena y nadie más tendrá que morir. No puedo salvar a Brooke, pero puedo hacer que ella sea la última.»

Me detuve porque noté la garganta fría y el estómago revuelto. Entré en el baño tambaleándome y vomité en el váter. Y luego lo volví a hacer, hasta que tuve las tripas vacías y lo único que conseguía con las arcadas era bilis y dolor. «No puedo. No puedo matar a Brooke.» Me sequé la boca con el dorso de la mano y me apoyé contra la pared; me había quedado sin fuerzas, tenía el cuerpo agotado. Me sentía como una cáscara, a punto de romperme, de que me arrastrase el viento.

«Vive en la sangre de Brooke. Cualquier cosa que le haga a ella dejará al demonio en libertad; Nadie saldrá y seguirá viviendo mientras el cuerpo de Brooke muere. —Otra arcada—. Quizá podría estrangularla; hay muchas maneras de matar sin verter ni una gota de sangre. Podría ahogarla, darle un golpe en la cabeza o atarla y tirarla al lago.»

Aporreé el suelo con los puños. «¡Deja de pensar en eso!» Pero no podía parar: la cabeza seguía dándome vueltas y más vueltas, repleta de ideas e imágenes; veía el cadáver de Brooke dar una sacudida y volver a la vida, forzado a moverse por el demonio que habitaba en sus venas. «No basta con matar a la anfitriona: tengo que acabar con el demonio que tiene dentro.»

Me hice un ovillo en el suelo, apreté los ojos y me tapé las orejas, pero esas ideas estaban ocurriendo dentro de mi cabeza y no tenía modo de bloquearlas.

«El fuego serviría. Si la meto en un fuego suficientemente grande, el demonio se quemará antes de conseguir escapar.»

»Quizá haya alguna forma de salvarla. Una máquina de diálisis podría sacarle la sangre, filtrar el demonio y volver a inyectársela. O quizá no; la materia viscosa es demasiado espesa y la presión que haría falta para bombearla al exterior contra su voluntad seguramente mataría a la anfitriona. Y de todos modos, ¿cómo iba a conseguir una máquina de diálisis?»

La puerta de casa se abrió y oí que alguien entraba, sus pasos; se me aceleró el pulso y de pronto sentí una certeza total e irracional de que el demonio había venido a hablar conmigo con la cara y la voz de Brooke. Pero la cadencia de los pasos era la de mi madre; relajé los músculos, apoyé la cabeza en el frío suelo de baldosas y respiré hondo tratando de calmarme. Los pasos se dirigieron a la cocina; oí que abría el grifo y lo volvía a cerrar. Los pasos salieron parsimoniosamente al pasillo, desaparecieron con un crujido al llegar a la suavidad de la moqueta y después mi madre ahogó un grito junto a la puerta del baño.

—¡John!

Dejó caer el bolso y se arrodilló a mi lado; me tocó los hombros, me puso la mano en la frente y me tomó el pulso. Vi que miraba dentro del váter y apretaba los dientes, y después me cogió por debajo de los brazos y me levantó.

—Venga —dijo en voz baja—. No pasa nada, vamos a levantarte.

Me agarré a su brazo con una mano, me apoyé en la pared con la otra y dejé que me ayudase a ponerme en pie. Juntos nos tambaleamos hasta el salón, donde me tumbó en el sofá. Se sentó a mi lado, me apoyó la cabeza en el regazo y me alisó el pelo con la palma de la mano.

—Lo siento mucho, John. Siento mucho lo de Marci.

«¿Es cierto que ha ocurrido esta misma mañana?» No habían pasado ni siete horas desde que llamé a Marci y ya llevaba tanto tiempo muerta que me parecía que había transcurrido una eternidad. Me sentí viejo y cansado, como un neumático desgastado por los elementos, agrietado por los rayos del sol.

—Oí cómo entrabas en casa después de salir corriendo —dijo mi madre—. Creí que sería mejor dejarte a solas un rato, pero debería haber subido.

—No es solamente Marci —dije—. Has visto la sustancia negra del demonio, ¿verdad?

Pausa.

—Sí.

Cerré los ojos.

—Ha estado yendo de chica en chica, estaba dentro de todas las que se suicidaron. Y ahora ha entrado en... otra persona.

Mi madre se quedó callada otra vez.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. «Voy a matar a Brooke.». No lo sé —repetí—. Creía que lo que estaba haciendo era matar demonios, pero entonces me di cuenta de que acabar con ellos no era suficiente y que además tenía que salvar a personas y ahora... Ahora no puedo hacer

ninguna de las dos cosas.

Sin embargo sabía que eso no era cierto: era consciente de que podía encontrar las fuerzas que necesitaba para matar al demonio. Ya no tenía la opción de salvar a Brooke, pero siempre podía matar. A veces tenía la sensación de que eso era lo único que se me daba bien.

—No quiero ser un asesino —afirmé.

Nos quedamos en silencio un minuto y después mi madre volvió a hablar.

—Lauren me ha contado lo de anoche. Que le dijiste que me sacase de casa.

Me presioné la frente con las yemas de los dedos, intentando deshacerme de un principio de dolor de cabeza, pero no funcionó.

—Ella no sabía por qué. No es culpa suya.

—Es verdad, no lo sabía; pero eso no le sirve de nada. Está destrozada pensando en lo que podría haberte pasado.

—Dadas las circunstancias, creo que ésa no es la mejor manera de expresarlo.

Mi madre suspiró.

—John, por favor; no puedes escudarte en chistes y tecnicismos. —Pausa—. ¿Mataste a ese hombre?

—No.

—¿Tenías planeado hacerlo?

—Sí.

Volvió a suspirar y sentí cómo el brazo que tenía encima del hombro se tensaba. La pierna donde tenía la cabeza apoyada también lo hizo. Cerré los ojos y me preparé para una pelea, aunque la siguiente pregunta la hizo en voz muy baja.

—¿Por qué no lo hiciste?

«Eso sí que no lo esperaba.»

—No quería hacerlo. Era... era un tío normal y corriente. Estaba mal de la cabeza, pero no era un demonio ni nada parecido.

—Era un sociópata —dijo mi madre.

—Era como yo dentro de veinte años, exactamente aquello en lo que me estoy convirtiendo. Por eso decidí que no quería hacerlo.

Mi madre se relajó y sentí que me caía una gota de líquido en la cara: una lágrima.

—Entonces —dijo—, ¿qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

—¿Sabes dentro de quién está... el demonio?

—Sí.

Hizo lo que pudo por reprimir un sollozo.

—¿De quién?

—De nadie. —«Pero ella ya ha adivinado de quién se trata», pensé—. No la conoces. —Me aparté de ella, me incorporé y miré hacia la pared—. No importa.

—Sólo quiero...

De pronto sonó el teléfono. Volví a sentir frío, temiendo la llamada como si ésta fuese mi propia muerte. Mi madre se levantó, cogió el teléfono y contestó.

—¿Sí? —Pausa—. Oh, hola, Brooke, me alegro de hablar contigo. Iba a... Oh, sí, está aquí, pero... —Me miró, frunció el ceño y volvió a la conversación—. Me temo que no está muy...

—¡Espera! —dije y di un brinco—. Ya lo cojo. Hablaré con ella.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Se quedó quieta con el teléfono en la mano.

—Por favor —le supliqué.

Mi madre se llevó el teléfono a la oreja.

—Te lo paso.

Me dio el teléfono, yo me lo acerqué al oído y cerré los ojos.

—Hola.

—Hola, John. —La voz de Brooke, la boca de Brooke, el cuerpo de Brooke. Me hizo sentir náuseas—. Estaba pensando en mañana, intentando decidir adónde ir. ¿Has pensado algún plan en concreto?

Respiré hondo y me obligué a sonar normal. «Haz que esté contenta; sólo un día más, puede que dos. Ya se me ocurrirá algo, pero de momento tengo que hacer que esté feliz.»

Mi madre frunció el ceño.

—¿Seguro que estás bien?

—No te preocupes —dije y lentamente fui hasta mi cuarto por el pasillo—. No te preocupes por mí.

«No seré yo el que muera.»

El fuego era la única manera de conseguirlo. Era lo único que podía atrapar a Nadie y matarla con total garantía, sin margen de error ni oportunidad de escapar. «Tengo que hacerlo. Debo evitar que Nadie siga matando a una chica tras otra.» Brooke también iba a morir, pero iba a ser la última. Nadie no iba a poder sacrificar el cuerpo de ninguna otra chica más para alimentar su propia búsqueda imposible de la perfección.

El fuego era ideal. Era la encarnación de la destrucción e, incluso en el caso de que Nadie fuese capaz de regenerarse como Crowley, un buen fuego podía destruirla a medida que ella se regeneraba, podía hacerlo más deprisa y vencer. La mataría antes de que tuviese ocasión de escapar del cuerpo. Lo único que tenía que hacer era conseguir un buen fuego o un buen lugar donde provocarlo y después hacer que Brooke se acercase lo suficiente para empujarla dentro. Pero ¿cómo hacerlo sin levantar sospechas? ¿Dónde podía llevar mi plan a cabo sin que nadie nos viese ni intentase salvarla?

«Quizá vivir con Nadie no sería tan terrible. Puede que incluso llegase a ser feliz; yo podría hacerla feliz para siempre, mantenerla dentro de ese cuerpo, y podríamos cazar a los demonios tal como ella me propuso.» Si sopesaba el valor de las vidas según una escala puramente objetiva, Nadie y yo podríamos salvar a cientos, puede que miles, con sólo matar un puñado de demonios. Los Forman de este mundo, los líderes de ese comité infernal, eran la presa principal; quizá Nadie se suicidase unas cuantas veces más, pero ¿qué significaba eso en comparación con miles de personas, miles de familias? Yo no tenía ni idea de cuántos demonios más había pululando por el mundo, y cuántas de las muertes, asesinatos y ataques de los que oía hablar a diario eran obra de este diminuto subconjunto de la población. Nunca envejecían, así que si yo no les paraba los pies, podían seguir matando durante toda la eternidad. Yo estaba dispuesto a pasarme la vida impidiéndoselo: ¿no era posible que la anfitriona de Nadie pensase lo mismo? ¿No era justo intercambiar la vida de una chica, o puede que dos, cinco o diez, para salvar millones?

«Me siento así porque he tomado una decisión —pensé—. Pero las chicas que Nadie mata no tienen esa opción. Brooke no escogió las cartas que le han tocado en este asunto y, de tener la oportunidad, tampoco elegiría estar donde está.» Ella hablaba de salvar personas, no de matarlas; ella había dicho que el mundo necesitaba más gente que se ayudase entre sí. Y, sin embargo, ¿cómo podía yo pensar lo mismo si para ayudar a una persona era necesario que matase a otra?

«Brooke no tuvo elección, pero si la hubiera tenido, ¿qué habría escogido?» Ella no decidiría convertirse en una asesina. Y mucho menos escogería que la quemasen viva. Apreté las palmas de las manos contra los ojos y lo hice tan fuerte que me dolieron. Pensé en Marci, muerta y fría. Pensé en Brooke, atrapada y enmudecida mientras un demonio manejaba su cuerpo como si fuera una marioneta. Y en cuestión de semanas ella también iba a estar muerta. Me acordé de Forman y Crowley, de cuando se estaban muriendo tirados en el suelo; pensé en sus víctimas, sus familias; en los ojos sin vida de Max, reflejando la luz mortecina del televisor. Pensé en mi padre, que llevaba la mitad de mi

vida desaparecido: perfectamente vivo y ausente.

«¿Por qué se marcha la gente?»

Llevaba un año persiguiendo asesinos en serie, metiéndome dentro de sus cabezas para ver qué pensaban y cómo. Me había planteado prácticamente todas las preguntas que uno se pueda imaginar sin importar lo truculentas o espeluznantes que fuesen y, sin embargo, esta cuestión me resultaba demasiado difícil para planteármela.

«¿Por qué se marcha la gente?»

Los suicidios me habían afectado tanto porque eran voluntarios, o al menos eso creíamos. Ahora que sabía que alguien nos estaba arrebatando a estas jóvenes en lugar de que ellas se marchasen por propia voluntad, me resultaban más fáciles de aceptar. Por mucho que me siguiesen afectando, tenían sentido y al menos podía encontrarles un lugar en mi cabeza. De algún modo extraño, saber que Marci había muerto luchando por su vida me daba ánimos; hacía que la vida pareciese más fuerte, que merecía la pena vivir. Si alguien podía renunciar a la vida con tanta facilidad, ¿qué valor tenía?

Miré el teléfono, contento de que estuviera en silencio. Brooke llevaba una hora sin llamar. Cogí el auricular, me quedé mirando los números un momento y marqué el cero.

—¿Con qué número desea que le conecte?

—¿Puede buscar un número de Nueva York?

La última vez que habíamos sabido algo de mi padre había sido hacía casi un año, cuando nos había enviado los regalos de Navidad. No había dirección de remitente, pero el matasello era de la ciudad de Nueva York.

—Un momento, por favor.

La línea se quedó en silencio y después empezó a sonar una melodía fácil y muy animada. Miré la pared sin hacer caso de la música hasta que paró y una voz diferente empezó a hablarme.

—¿Con qué número desea que le conecte?

—Nueva York, por favor.

—¿Ciudad de Nueva York?

—Sí.

—¿Qué nombre?

—Sam Cleaver —dije—. Puede que esté por Samuel.

Pausa.

—Me temo que no aparece ningún abonado por ese nombre.

—Ninguno.

—No, señor.

—¿No hay ningún Sam Cleaver en toda la ciudad de Nueva York? Pero si hay ocho millones de personas...

—Ninguno con ese nombre, señor.

Silencio.

—¿Le gustaría intentarlo con otro, señor?

—Pruebe con S. Cleaver.

—Me sale una Sharon, pero nada más. ¿Tiene la persona a la que busca un segundo nombre? Quizá aparezca con ése.

—No —dije mirando la pared fijamente—. Gracias.

—Gracias por llamar a informa...

Colgué y dejé caer el teléfono sobre la cama, a mi lado. Miré a mi alrededor y vi las paredes, las ventanas, las puertas; pero no entendía nada. Mis ojos fueron a dar con el teléfono: lo cogí y lo lancé contra la puerta del armario; rebotó contra la madera. Cayó al suelo, pero yo me levanté de un salto, lo cogí y empecé a golpear la puerta con todas mis fuerzas, una y otra vez, hasta que la madera se astilló y se hundió. Se me estaban clavando las astillas, pero di un golpe más y después lancé el teléfono contra la otra pared. Tenía la mano dolorida, salpicada de gotas de sangre. Toqué una de ellas con un dedo, suavemente, y después pasé la mano por la pared, donde quedó una ligera mancha de sangre.

«Fuego. Es la única manera.»

24

Dejé que el teléfono sonara dos veces antes de contestar.

—Buenos días, John.

—Hola... Brooke.

Me estremecí al pronunciar su nombre y dejé la cuchara sobre la mesa.

—¿Qué tal?

«Parece muy alegre, como si no pasara nada en absoluto.»

—Bien —respondí—. ¿Te encuentras mejor?

—Un poco, sí. Dentro de unas horas ya podremos salir a hacer algo divertido.

—Sí —dije y repasé el plan mentalmente una vez más—. He pensado que estaría bien ir al lago a pescar. A Brooke le gustaba.

—Lo sé —contestó fríamente—. Soy Brooke.

—Sí, eres Brooke, lo sé. Bueno, ¿qué? ¿Te parece bien?

—Me parece genial —dijo ella—. ¿Vamos después de clase?

—Perfecto. —Hice una pausa e intenté sonar lo más natural posible, fingiendo haber recordado algo—. Oh, mierda. Se me había olvidado que tengo que recoger unas cosas para mi madre. Le da miedo que empiece a nevar pronto y quiere que vaya a por gasolina para la máquina quitanieves. Y sal para la entrada de casa y todo eso. No debería tardar mucho, pero...

—Oh, no —dijo Brooke—. ¡Tengo muchas ganas de hacer algo hoy mismo!

—Bueno... —La dejé esperando un poco para crear suspense—. Supongo que podríamos encontrarnos allí, así yo iré directamente desde la gasolinera. Si tú vas en bici primero y escoges un buen sitio, ganaremos mucho tiempo.

—Un buen sitio, ¿eh?

—Sí, un lugar resguardado.

—John Cleaver —dijo fingiendo cierto asombro—, ¿qué es lo que pretendes hacer en

un lugar apartado junto al lago?

Me estaba costando mucho interpretar el tono, pero la idea general la tenía clara: ella estaba ansiosa por que llegase el momento y creía que yo estaba planeando algo romántico.

—Te veo allí —dije.

«Y cuando llegue con varias garrafas de gasolina no te sorprenderás ni pizca.»

—Genial —dijo ella—. Te quiero, John.

—Hasta luego.

Colgué justo en el instante en que mi madre entraba en la cocina.

—¿Con quién hablabas?

—Con Brooke.

Escondérselo sería inútil porque, si quería, podía mirarlo en el registro de llamadas.

—¿Vas a alguna parte con ella?

—Sí.

—¿Es una cita?

Parecía sospechar más de lo habitual. «¿Qué se huele?»

—Supongo que sí. Algo así.

A ella le caía bien Brooke, así que no debería parecerle mal, ¿no?

—Ajá —dijo. Pasó junto a mí y sacó una caja de cereales del armario—. Entiendo que no seas tan emocional como la mayoría de la gente, pero aun así... ayer murió tu novia. Me parece un poco pronto, ¿no crees?

«Mierda.»

—Por eso no es una cita de verdad —dije—. Sólo vamos a ir al... vamos a hablar del tema, para aceptarlo. Ya sabes.

—Ya —asintió, aunque era obvio que no lo decía en serio—. Ya sé a qué te refieres.

—¿Y tú? —pregunté, desesperado por cambiar de tema—. ¿Vas a hacer algo esta noche?

—Ya que lo preguntas, Lauren y yo vamos a ir de compras. —Se sirvió los cereales en un bol y abrió la nevera para sacar la leche. Yo me relajé y desconecté de su charla—. La otra noche hablamos durante un buen rato, antes de la película y de... —Hizo un gesto con la mano— ...lo de la comisaría. Resulta que odia hacer la compra semanal porque no sabe dónde tienen las mejores ofertas. Así que vamos a ir juntas, a ver qué encontramos.

—Muy bien —dije aunque prácticamente no le estaba haciendo caso—. Entonces nos veremos luego.

—Pero no muy tarde —dijo.

—Sí. —Me levanté de la mesa—. No tardaré mucho.

Cogí la chaqueta y la mochila y me dirigí hacia la puerta.

—Adiós, John —dijo—. Que tengas un buen día.

Le dije adiós con la mano.

—Te quiero, John.

—Sí —dije mientras salía de casa.

«Últimamente me lo dicen mucho.»

Pasé el día en clase como si estuviera en un sueño; un desfile sin fin de profesores aburridos y alumnos tristes, llenos de palabras de consuelo. «Sentimos mucho lo de Marci.» «Era una persona maravillosa y todos la echaremos de menos.» «Es muy valiente por tu parte volver tan pronto al instituto.» Pero yo no me sentía valiente; me sentía como atontado. Frío. Cansado.

Había estado toda la noche en el coche con un destornillador y un cortapernos, retirando los paneles para cortar los cables de todas las ventanas y manecillas de las puertas. El tirador de fuera funcionaba, pero si alguien se quedaba encerrado dentro, estaba atrapado. Afortunadamente, tenía un coche viejo, porque uno con cierre centralizado y elevavinas eléctrico hubiese sido prácticamente imposible de sabotear. «Supongo que los coches nuevos tienen mejores medidas de seguridad —pensé—. Si algo les pasa a las puertas, como en mi caso, los coches viejos pueden convertirse en una trampa mortal.»

Sonaban timbres, se oía el zumbido de la muchedumbre, los pasillos se llenaban y vaciaban una y otra vez. En el cielo, el sol se veía blanco y frío, como un disco de hielo. Yo vagaba por el instituto como un fantasma, silencioso, taciturno, muerto. Cuando sonó el timbre que anunciaba el final de la última clase, salí penosamente hacia el coche, fui a la gasolinera y llené de gasolina cuatro garrafas de veinte litros cada una. «Ochenta litros.» Suficiente para utilizar nuestra enorme quitanieves durante varias tormentas de nieve. «Suficiente para encender un fuego muy, muy grande.» Me deshice de todo pensamiento y motivación; mis nervios, mis miedos, mi pena. «Soy un sociópata. Soy una máquina. Soy una ráfaga de viento: sin nombre, sin rostro, sin culpa.»

Puse tres de las garrafas en el asiento de atrás y les quité los tapones; las coloqué junto a varias cajas de revistas viejas que había robado de casa del padre Erikson. La última garrafa la metí en el maletero junto con un embudo estrecho que había cogido de la cocina. No me hizo falta robar las cerillas de ninguna parte porque siempre llevaba una

carterita en el bolsillo. Por último, me senté en el asiento del conductor y toqué el interior del techo para palpar el agujerito que había hecho con un disparo de la pistola con silenciador del padre de Max.

Me dirigí hacia el lago, me detuve a medio camino y vertí dos garrafas de gasolina sobre las revistas y el asiento trasero. El olor era insoportable, pero no hice caso.

Seguí por la carretera buscando a Nadie y la encontré prácticamente en el extremo más alejado, haciéndome señas desde un camino de tierra. Frené, salí de la carretera, la pasé de largo y aparqué detrás de unos árboles. Era un buen lugar: la carretera seguía bordeando el lago, pero allí no había nada en kilómetros a la redonda, así que no era probable que pasase nadie por allí; no iban a vernos. Salí y cerré la puerta del conductor con llave. Nunca jamás iba a volver a abrirse. Nadie corrió hacia mí, sonriendo con la boca de Brooke.

—¡Has venido! —dijo y entonces tosió y se echó hacia atrás, agitando la mano por delante de la cara—. ¡Buf! Gasolina para la quitanieves, ¿eh?

—Las garrafas son bastante viejas y sueltan muchos gases.

—Bueno, habrá tiempo de que se airee mientras pescamos —dijo—. Tengo las cosas aquí.

Señaló unos árboles y vi la bicicleta apoyada contra uno de los troncos, junto a dos cañas y una mochila.

—Vaya —dije procurando parecer una persona viva—, ¿las has traído en la bici?

—Soy asombrosa. No es la primera vez que vengo hasta aquí en bici para pescar. —Se acercó a mí—. Pero sí es la primera vez que vengo tan lejos con un joven tan guapo.

—Sí —dije mirando a mi alrededor.

«Ésta es tu oportunidad. No pienses, no esperes: hazlo.»

—La verdad es que yo había pensado ir a otro sitio; no está tan lejos, pero podemos apartarnos mucho más de la carretera. Es muy bonito.

—¿De verdad?

—Sí. Muy íntimo.

—Me parece genial —dijo sonriendo—, pero esta vez no pienso llevar las cañas. —Fue hacia la bicicleta—. ¿Una carrera?

—¿Por qué no vienes conmigo? Podemos meter la bici en el maletero.

—¿No crees que nos asfixiaremos con ese olor a gasolina?

—Yo he llegado hasta aquí, ¿no? Bajaremos las ventanillas y ya está.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Vamos allá.

Fue hacia el coche y yo la seguí. Nadie hablaba y actuaba como si fuese la mitad de Brooke, como si las memorias de Brooke estuviesen mezcladas de algún modo con las suyas. Si eso era cierto, seguro que esperaba a que yo le abriese la puerta: en detalles como ése, Brooke estaba muy chapada a la antigua. Se paró a esperar frente a la puerta y yo me obligué a sonreír. «Perfecto.» La abrí y ella tosió y se rió, pero entró dentro del coche; después cerré la puerta.

«Adiós, Brooke. Lo siento.»

Llevó la mano a la manivela de la ventanilla y yo me di media vuelta para ir al maletero. Lo abrí, escuché en silencio mientras Nadie intentaba bajar la ventanilla sin éxito, y saqué la garrafa de gasolina y el embudo.

—John, creo que la ventanilla está rota. —La puerta cerrada amortiguaba la voz del demonio. Oí una serie de clics y supe que intentaba abrir la puerta—. La puerta también. Vaya, aquí dentro apesta.

Cerré el maletero y vi que Nadie se había movido al lado del conductor y estaba intentando abrir la puerta. Me vio, me miró y se dio cuenta de que llevaba una garrafa en la mano.

—¿Qué haces?

Dejé la garrafa sobre el maletero, me subí encima y me tumbé para llegar al agujero del techo. El embudo cabía, pero a duras penas.

—¡John! —chilló el demonio—. John, ¡déjame salir! ¿Qué haces ahí arriba?

Nadie volvió a cambiar de asiento y el coche se movió con su peso. Cuando me giré para subir la garrafa al techo, vi que estaba saltando al asiento de atrás para alcanzar la puerta. Apoyó la mano en las revistas empapadas de gasolina y retrocedió, asqueada.

—¿Es gasolina?

Se olió la mano y abrió los ojos como platos, completamente aterrorizada. Saltó a la parte de atrás y sus pies chapotearon en los charcos de gasolina que había en el suelo. Se puso a dar golpes en la ventana de atrás.

—¡John! ¿Qué haces? ¡Déjame salir!

Levanté la garrafa hasta el techo, desenrosqué el tapón y la incliné ligeramente sobre el embudo. Un chorro de gasolina cayó en el interior y levantó otra nube de gases. Nadie siguió gritando. En el coche ya había suficiente gasolina, pero esos gases eran lo más importante: eran lo primero que iba a prender y, al mezclarse con el aire, iban a llenar todo el coche de llamas. Nadie intentó abrir una puerta, después otra y al final siguió aporreando las ventanas.

—John, ¡déjame salir! ¡Me vas a matar! ¡Estás loco!

Seguí vertiendo el líquido mientras intentaba que el chorro cayera recto a pesar de que el coche se balanceaba debajo de mí.

—John, no era más que una broma —chilló—. No soy un demonio, no soy Nadie. Soy Brooke. ¡Era broma! ¡No me mates!

Cerré los ojos y le di la vuelta a la garrafa para que cayeran las últimas gotas. Nadie le dio un golpe al embudo desde dentro y lo sacó del agujero, de modo que los restos de gasolina se vertieron sobre el techo del coche. Ella tapó el agujero con el dedo.

—John, por favor, no lo hagas. No lo hagas. —Estaba llorando a lágrima viva—. No puedes matarme. Soy Nadie, lo admito: soy Nadie. Pero ¡éste es el cuerpo de Brooke! ¡Ella todavía está aquí dentro! ¡También la matarás! Sé que quieres acabar con los demonios y yo también, pero vas a matar a Brooke. ¡A tu amiga! ¡La quieres! Y ella te quiere a ti, maldita sea, ¡déjame salir!

Lancé la garrafa vacía, me puse en pie y con mucho cuidado me limpié la gasolina de las manos. Busqué las cerillas que llevaba en el bolsillo, las saqué y arranqué la primera.

Nadie estaba junto a la ventana trasera, dando golpes y gruñendo como un animal, arrugando los rasgos de Brooke en una máscara de furia: con la boca abierta y enseñando los dientes. El pelo y el rostro de Brooke estaban empapados de gasolina.

—Te voy a matar, John. ¡Te comeré el corazón, cabronazo! —Chillaba tanto que su voz no era más que un rugido irreconocible—. ¿Crees que no podré salir del coche? ¿Que el fuego me puede lastimar? —Dio un puñetazo contra el cristal—. ¡No puedes matarme!

Doblé la carterita de cerillas alrededor de la que había separado, la apreté contra la lija y tiré con fuerza. La cerilla se encendió, una diminuta llama hambrienta de combustible. Me incliné hacia delante sin tocar la gasolina y estiré la mano para dejar caer la cerilla por el agujero del techo, pero antes de que la soltase, Nadie se lanzó contra la puerta con todo su peso, el coche dio una sacudida y la llama prendió el charco de gasolina que se había derramado. El techo se cubrió de llamas y yo me tambaleé y caí sobre el maletero. La caída me dejó sin respiración y la carterita de cerillas se me escapó y salió volando. Mientras luchaba por recuperar la respiración, la gasolina empezó a deslizarse hacia mí por la ventana trasera. Nadie volvió a lanzarse contra la puerta y oí cómo el cristal de la ventanilla se rajaba. Me dejé caer del coche rodando y, de rodillas junto a la rueda de atrás, por fin conseguí respirar. El coche volvió a dar una sacudida, la ventanilla reventó con un gran estruendo y una lluvia de cristales salió despedida hacia afuera. El cuerpo de Brooke salió a rastras por la ventana, chorreando sudor y gasolina; se había arañado con los cristales rotos y tenía largos tajos por brazos y piernas. Se desplomó en el suelo, tomando bocanadas de aire y gimiendo de dolor, y yo me aparté de ella. «Está cubierta de gasolina; si encuentro las cerillas, aún puedo matarla.»

—Eres... —dijo con voz muy ronca— un hijo de puta.

Miré a mi alrededor frenéticamente, buscando las cerillas; estaban detrás de mí, a unos tres metros, así que me lancé a por ellas. Pero algo me cogió la pierna, caí de bruces y, al hacerlo, me torcí la muñeca. Chillé de dolor.

—John Cleaver —susurró el demonio mientras la mano de Brooke me sujetaba fuertemente por el tobillo.

Giré sobre el costado y vi que se arrastraba hacia mí; tendía la otra mano y me agarraba de la pierna. Sus ojos relucían con un brillo infernal, detrás de una mata de pelo mojado y ensangrentado.

—Tendría que haber sabido que intentarías matarme. Tú nunca has querido a Brooke porque es débil y estúpida. Jamás podrías amar a una rubia tan imbécil como ella.

Me clavó los dedos —los dedos de Brooke— en la pierna como si fuesen garras y tiró para acercarse más a mí. Me soltó el tobillo y me agarró por el pecho. Intenté apartarla de una patada, pero se me sentó sobre las piernas y me dio un puñetazo en el estómago. El dolor me dejó prácticamente KO.

—Debería haberme dado cuenta de que no podía ser feliz siendo Brooke, pero tú... tú perteneces a otra categoría. Tienes poder y mucho empeño; tienes pasión. —Sonrió vorazmente, enseñando la dentadura—. Te quiero.

Por fin una gota de gasolina ardiendo cayó por el agujerito y el interior del coche adquirió vida con una enorme llamarada. Nadie se me había sentado sobre las caderas y me tenía bien sujeto. Cogió una esquirra de cristal. Era un pedazo pequeño del cristal de seguridad de la ventana, pero tenía el borde muy afilado.

—No —dije forcejeando con ella. Levantó el cristal y lo apretó con tanta fuerza que se le tiñeron los dedos de rojo y le chorreó la sangre por el antebrazo—. La vas a matar —dije con voz ronca, pero ella sonrió.

—Solamente estoy terminando lo que tú empezaste. Pronto estaremos juntos, más cerca el uno del otro y en una relación mucho más perfecta de la que podrías haber tenido con Brooke. Seremos uno. Seremos la pareja perfecta.

Le agarré los brazos e intenté separárselos, pero ella lo impidió con una fuerza aterradora y sobrehumana y se clavó la esquirra en el brazo. La hundió en la carne y rasgó músculos y arterias, y me cubrió la cara con un chorro de sangre roja y caliente. La sangre salía bombeada hacia el exterior a chorros y me llenó de arriba a abajo. El cuerpo de Brooke se estremecía de dolor. A medida que la sangre se vertía, se iba debilitando y conseguí arrebatárselo el cristal de la mano. Tenía el antebrazo hecho trizas y yo se lo sujeté con ambas manos, intentando detener el flujo de sangre caliente y pegajosa.

Y entonces noté que algo se movía, espeso y húmedo, debajo de mi mano.

En un gesto involuntario de repulsión, me eché hacia atrás. Un fino tentáculo oscuro salía del brazo de Brooke. Parecía estar vacilando, como la lengua de una serpiente. Se hizo más largo y vino hacia mí, pero de pronto había dos, después tres, y por fin un gran manojo de tentáculos negros que salían de su cuerpo en una especie de marea viscosa. Me cubrí la cara con un brazo y agité el otro para protegerme de ellos, intentando apartarlos desesperadamente, apretando los dientes para soportar el dolor de la muñeca. Cuando esa especie de tentáculos me tocó la piel sentí náuseas y enseguida los tenía por todas partes, agarrándome, tocándome, pegándose a mí. Intenté apartarlos, liberarme y salir corriendo, pero las piernas de Brooke me mantenían preso contra el suelo mientras un mar de tentáculos negros me agarraba de los brazos y me obligaba a separarlos. Nadie se alzó por encima de mí y en la cara medio muerta de Brooke vi una odiosa mezcla de dolor y victoria.

—Te quiero, John. Te quiero desde el día en que me llamaste y juraste destruirnos a todos. Es lo que yo siempre había querido y jamás me había atrevido a hacer. Pero tú no eres como yo. Tú sí puedes hacerlo. Tienes la fuerza que a mí me faltaba. A veces me gustaría poder ser... tú.

La materia viscosa salía de la raja como por oleadas, ondulando hacia mí provista de su propia vida horripilante. Parecía colgar del aire, una masa tóxica suspendida en el tiempo, pero de pronto se abalanzó sobre mi cara como un rayo negro.

25

Cerré la boca con todas mis fuerzas y también los ojos, pero estaba por todas partes: dentro de mi nariz, en las orejas, apartándome los labios y haciendo presión contra los dientes. Hice fuerza con piernas y brazos, y gruñí esforzándome por soltarme, luchando con la masa viscosa hasta con la lengua. Tenía la boca repleta del sabor de la ceniza y la sangre, y una sensación como de arenilla y limo. Aquel lodo repugnante se me estaba metiendo dentro, abriéndose camino por la boca, por la nariz, entrando por la fuerza por todas las grietas y agujeros. La cabeza me palpitaba, necesitaba aire, me quemaban los pulmones y me zumbaban los oídos con el ruido enloquecido de los latidos de mi corazón y el avance pegajoso de aquella materia. Estaba sordo y ciego, ahogándome en una sustancia viscosa y maligna, perdido y solo.

«No dejaré que me posea —pensé—. ¡No dejaré que lo haga!» Pero no había manera de impedirselo: era demasiado fuerte, había demasiados tentáculos y su oscuridad había ocupado todo mi mundo. Sentí que me estallaba el pecho y se me hundía, estaba desesperado por conseguir aire. De pronto el peso del cuerpo de Brooke cayó repentinamente hacia atrás, aflojó el agarre durante un instante y conseguí liberar las manos de entre los tentáculos. Tenía la cabeza cubierta de alquitrán negro, caliente y viscoso, y luché contra aquello como un animal.

Me arranqué la cosa de la cabeza y al abrir los ojos sentí un calor cegador: el coche estaba ardiendo y de la ventana rota salían llamaradas como si estuviéramos en una fundición. Tenía esa cosa por todas partes, aferrándose a mis manos, avanzando hacia mi cabeza; Brooke estaba tumbada en el suelo, encima de los cristales rotos, sangrando y moviéndose débilmente. Tenía su cuerpo conectado al mío mediante una telaraña negra y viviente; los dos estábamos atrapados como un par de moscas. Unas manos empezaron a quitarme el lodo de encima, tirando de él, apartándolo de mí. Las mías y otras manos, ajadas y conocidas.

Mi madre estaba encima de mí, enseñando los dientes en una mueca de esfuerzo, real y viva, luchando con el demonio como si fuera sirope negro y calcinado.

Me arranqué aquella materia de la boca, escupí, me la saqué de la nariz y de las encías usando los dedos como si fueran zarpas.

—Mamá —dije con voz ronca.

Mi voz era demasiado fina y distante, y la suya era inaudible. Tiré de la sustancia viscosa que tenía en las orejas y luché por sacarla de dentro, y de pronto el mundo irrumpió con una explosión de sonido, como cuando sales a la superficie después de bucear por las profundidades del mar.

—No te acerques a él —gruñó mi madre, pero fue inútil.

Nadie se había recuperado del ataque inicial que la había derribado y se había adaptado para enfrentarse a un nuevo oponente. Los tentáculos barrieron a mi madre por los pies y unos duros látigos negros la cogieron por los brazos para que no pudiese amortiguar la caída. Cayó como un peso muerto y el impacto la dejó sin aire. La sustancia negra se abalanzó de nuevo sobre mí como una nube de gusanos hambrientos.

—No podrás pararnos —dijo entre dientes la voz de Brooke, débil y frágil.

Tenía los ojos cerrados y yacía totalmente lánguida, como una marioneta. La cosa negra me obligó a abrir los brazos y me subió lentamente por el torso, hacia la cabeza. La boca de Brooke se movía de forma sobrenatural, como si fuera independiente del resto de su cuerpo.

—John y yo somos uno. Ahora soy John y estaremos juntos para siempre.

—¡Cállate! —rugí, pero la amenaza no era real porque yo estaba inmóvil e indefenso.

—Seas lo que seas, apártate de él.

La materia viscosa se alejaba de mi madre para centrarse en mí, así que ella logró soltarse.

—Le amo —susurró la voz de Brooke— y él me ama a mí.

Aquella cosa negra me llegaba hasta el cuello, y la sensación era caliente y repugnante.

—Jamás —dijo mi madre y se abalanzó sobre la masa viscosa—. Puede que ame a Brooke, pero a ti no.

—Sí me ama —dijo la voz, y los tentáculos de ceniza negra me llegaron a la cara y empezaron a abrirme la boca.

Apreté los labios todo lo que pude, pero esa cosa me los separó y empezó a entrar dentro de mí.

Mi madre me miró sin saber qué hacer, con los ojos inundados en lágrimas y las manos escarbando inútilmente entre la marea de lodo negro. Chilló, cerró los ojos y de pronto volvió a abrirlos y se tambaleó hacia atrás.

—John se odia a sí mismo —gritó; nos miraba a Brooke y a mí como si no supiera a quién hablar—. Si te conviertes en parte de él, también te odiará. Te odiará para siempre.

La masa viscosa se detuvo y los tentáculos quedaron suspendidos en el aire. «¿Qué estás haciendo?», pensé.

Mi madre tragó saliva y continuó.

—A Brooke tampoco la quería, ni a Marci ni a ninguna otra persona, y nadie lo ha querido a él.

Me miró con ojos suplicantes. «Siente lástima —pensé—. Conozco esa expresión; la conozco mejor que nadie en el mundo. ¿Por qué dice esas cosas si le hacen sentir lástima?» Pero escondida detrás de esa mirada se adivinaba otra. «¿Qué está haciendo?»

—Solamente ha querido a una persona en toda su vida —dijo—, la única persona que lo ha querido a él.

De pronto comprendí aquella mirada y supe que se estaba despidiendo de mí. «¡No lo hagas!», quise gritar, pero tenía la boca llena de cenizas y no pude emitir ningún sonido.

Mi madre me lanzó una mirada intensa y aterrorizada.

—Yo.

La masa viscosa dejó de moverse.

—¿Quién ha estado siempre a su lado? —preguntó mi madre—. ¿Quién es la única persona que nunca se ha marchado, a quien él jamás ha dejado? A veces se abandona incluso a sí mismo, pone su vida en peligro con un estúpido plan tras otro. Pero a su madre nunca la abandona. A mí no. Yo llevo aquí desde el principio y lo he ayudado a superar todas las crisis: juntos ocultamos a la policía los restos del primer demonio y le enseñé a controlarse a sí mismo y a dominar su lado oscuro. Soy la única persona a quien él ha querido, la única a la que querrá y si quieres que él te quiera, entonces... —Hizo una pausa con los ojos como platos y tragó saliva—. Entonces tienes que poseerme a mí.

—¡No! —grité otra vez.

Pero ya era demasiado tarde; el demonio se alejaba de mí, se deslizaba hacia ella. Empezó a lanzarle tentáculos negros y se enredó a su alrededor con voracidad.

—Sabía que ibas a venir —dijo mirándome mientras el demonio le trepaba por las piernas— y sabía por qué. —Nadie le envolvió el torso con avidez y me dejó caer al suelo a medida que corría hacia la cara de mi madre—. Sabía lo que estabas planeando y no podía dejar que lo hicieras. Yo...

Entonces le llegó al rostro y se vertió por todos los orificios: la boca, la nariz, los oídos, los ojos. Yo me levanté como pude y corrí hacia ella, pero un tentáculo negro me tiró de una de las piernas hacia un lado y caí sobre la muñeca que me había lastimado; se oyó el crujido del hueso y aullé de dolor. Me giré sobre el costado entre gritos y con gran esfuerzo conseguí ponerme de rodillas y mirar a mi madre. El demonio la tenía solamente a ella, una masa amorfa que ya no estaba conectada a mí ni a Brooke. A medida que la

sustancia iba penetrando su cuerpo, abriéndose paso a la fuerza, mi madre iba quedándose rígida. El último hilito negro desapareció en su interior justo cuando llegué a tocarla.

—Mamá —dije—, lucha.

Le agarré la boca y las orejas inútilmente, como si pudiera sacarle los hilos con mi fuerza de voluntad.

—¡Lucha contra ella! —chillé—. ¡Échala! ¡Podemos salvarte!

Mi madre cayó encima de mí y después se tambaleó hacia un lado. Extendí el brazo para sujetarla, pero se apartó. Apretó los dientes y gruñó.

—Aún... no... me controla. —Dio una sacudida hacia delante—. Soy... yo.

Hizo una pausa y cayó de rodillas, casi sin poder mantener el equilibrio. Se movía con mucha dificultad, rígida como un maniquí viviente. Intenté ayudarla a incorporarse, buscando algo que hacer para salvarla, pero se soltó de una sacudida. Levanté la cabeza, vi hacia dónde se dirigía y grité:

—¡No!

Iba directa hacia el coche en llamas.

—No... hay otra... forma.

Se detuvo de repente y torció la cabeza a la izquierda de forma pronunciada; me acerqué de un salto para tirar de ella, pero levantó el brazo, duro como un bate, y se las arregló para darme un golpe en la muñeca que me había roto. Aullé y caí de rodillas; el dolor me estaba nublando la vista.

Ella se dejó caer contra un lado del coche, se apoyó en la puerta para recobrar fuerzas, se volvió y me miró a la cara.

—Te quiero, John.

La voz sonó densa y múltiple, en armonía consigo misma: dos voces en una. Me levanté, extendí el brazo hacia ella, pero se dio media vuelta como pudo y se sumergió en la voraz llamarada que salía de la ventanilla rota. Aulló de dolor, estremeciéndose y abalanzándose hacia el interior al mismo tiempo y en un instante cayó dentro, en el suelo del coche. Las llamas saltaron sobre ella como animales salvajes, danzando y rugiendo a su alrededor.

Yo me quedé en estado de choque, mirando el fuego, viendo como un pasmarote cómo ella se levantaba en mitad de las llamas, retorciéndose y chillando mientras los hilillos negros escapaban de su cuerpo para arrugarse en aquella atmósfera ardiente y se quemaban pegados al techo y las ventanillas que el fuego había puesto al rojo vivo. Mi madre luchaba y lanzaba los brazos al aire; pero finalmente se ennegreció y murió; humana y demonio alimentaron el fuego hasta que éste entonó su canción con alegría.

No podía moverme. Me quedé mirando el fuego, el sitio exacto donde la silueta de mi madre se había hecho un ovillo; ésta se desdibujó y por último desapareció, y no pude moverme ni un centímetro. Miles de pensamientos se me arremolinaban dentro de la cabeza, se apelotonaban y reclamaban mi atención, hasta que se convirtieron en ruido blanco y la cabeza se me quedó vacía. Yo era un agujero en mitad del mundo, el vacío encarnado. No era nada. No era nadie.

Brooke se movió y giré la cabeza instintivamente para seguirla. Estaba tendida en el suelo, herida y sangrando. Había movido la pierna y volvió a dar una minúscula sacudida. Yo me agaché y le puse los dedos debajo de la nariz para sentir su respiración; le tomé el pulso en la muñeca sana y lo sentí, aunque era muy débil. «Está viva.» La miré, pero estaba atontado, demasiado sorprendido por el hecho de que estuviese viva como para poder pensar cualquier otra cosa. Volvió a mover la pierna y empecé a pensar, como si ése fuese mi primer pensamiento, el primordial, que sería una buena idea apartarla del coche en llamas. La cogí de los antebrazos, se los levanté por encima de la cabeza y la arrastré a un lado. Del corte de la muñeca seguía saliendo sangre, aunque más lentamente; busqué algo para hacerle un vendaje. No había nada, así que me quité la camisa, empapada de gasolina y sangre, y se la até alrededor del corte.

El coche de mi madre estaba unos metros más allá, con el motor aún en marcha y la puerta abierta; seguramente había llegado a toda prisa y había salido de un salto para auxiliarme. Mi madre me había salvado. Me erguí, miré el coche en llamas y luego a Brooke. «Ha venido a impedírmelo, vio al demonio y me salvó.» Di un paso en dirección al coche en llamas, después hacia el de mi madre y me quedé quieto. «Mi madre ha muerto. El demonio ha muerto.»

«Me ha salvado.»

Brooke gimió. «Tengo que llamar a una ambulancia.» Me agaché, busqué en el bolsillo de su chaqueta, encontré su móvil y lo saqué. Mientras marcaba el número de emergencias oí sirenas en la distancia. «Demasiado pronto, aún no he llamado.» Miré hacia la carretera y vi luces por entre los árboles, rojas y azules y naranjas: camiones de bomberos, coches de policía y ambulancias. El oficial Jensen corría hacia mí y de pronto yo estaba en el suelo, arrodillado junto a Brooke, con el brazo pegado al pecho. «¿Qué me pasa en el brazo? Debo de habérmelo roto.»

—John, ¿estás bien?

Estaba rodeado de uniformes: enfermeros de las ambulancias y agentes de policía. Vi un rostro familiar y le hablé.

—Mi madre está muerta.

—Nos ha llamado ella —dijo la cara conocida. Era el oficial Jensen—. Dijo que estabas en apuros.

—Está muerta. Estaba en el coche.

—¿Qué ha pasado?

—Ella mataba a las chicas —dije—. Los suicidios, era ella.

—¿Tu madre?

—No. —Sacudí la cabeza, de pronto estaba muy enfadado—. Nadie.

Otra cara apartó el rostro conocido y entró en mi campo de visión, me tomó el pulso y me hizo cosas con aparatos de médicos.

—Te vamos a llevar al hospital —dijo—, estás a punto de entrar en choque. ¿Puedes decirme cómo te encuentras?

—Me siento...

«¿Qué siento?»

«Supongo que con eso basta: siento.»

26

Brooke se despertó de noche, justo cuando los médicos acababan de enyesarme la muñeca. Inmediatamente preguntó por mí y, cuando entré en su habitación, una enfermera estaba colocando un jarrón lleno de flores; docenas de floreros y macetas adornaban la sala. «Cuando yo estuve ingresado la primavera pasada, nadie me trajo flores. ¿Es porque soy un chico o porque no le caigo bien a nadie?»

—Hola, John —dijo Brooke.

Estaba pálida y agotada, y tenía el pelo sin brillo y pegado a la cabeza. Tenía unas ojeras enormes y sus brazos parecían más delgados que de costumbre. La enfermera se marchó y cerró la puerta, así que nos quedamos solos. Brooke levantó el brazo que llevaba vendado.

—Parecemos mellizos.

Yo alcé el yeso y asentí.

—Las grandes mentes piensan igual.

—Y las grandes muñecas... no sé —dijo—. ¿Qué te ha pasado a ti?

—Rota —dije—. Primero tú me tiraste al suelo y después mi madre. O bueno, supongo que técnicamente fue el demonio, las dos veces.

«¿Cuánto sabía Brooke?»

—El demonio —dijo Brooke antes de bajar la mirada—. ¿Es eso lo que son?

«Al menos recuerda una parte.»

—No lo sé —respondí—. Forman los llamaba dioses. Crowley odiaba ser uno de ellos y Nadie, la que se metió en tu interior, los odiaba a todos.

—Crowley —susurró Brooke—. ¿Fue el primero? ¿El asesino de Clayton?

—Sí.

—¿Y tú lo mataste?

Me quedé callado durante un buen rato y finalmente asentí.

—Sí.

Brooke se tocó el vendaje.

—Y ahora esto. —Respiró hondo—. Fue aterrador, ¿sabes? Todo. Lo recuerdo absolutamente todo.

—Me preguntaba si te ibas a acordar.

—Era como si nuestras mentes se hubiesen mezclado, pero yo no tenía ningún control; veíamos y pensábamos las mismas cosas, pero ella estaba al mando y yo únicamente podía mirar. —Cerró los ojos—. John, sus pensamientos... eran pura oscuridad. Nunca pensaba nada bueno sobre nadie, jamás. Y menos sobre sí misma. Todo lo que hacía era odiar y querer cosas, necesitar cosas; constantemente, hasta el infinito. Prácticamente quería que me matases para no tener que seguir escuchando sus pensamientos.

—Lo siento.

Brooke negó con la cabeza.

—No lo sientas. Hiciste lo que creías necesario. Si yo hubiese sabido lo que estaba ocurriendo, seguramente te habría ayudado a matar a los dos primeros. —Se estremeció—. Sabiendo lo que sé ahora, no me cabe duda de que lo haría.

La miré fijamente y ella me devolvió la mirada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Habló con calma, sin que le temblase la voz, mirándome a los ojos sin vacilar.

—Digo que tenemos que pararles los pies. Hay demasiados. Y éstos no son nada en comparación con lo que hay ahí fuera. Tenemos que encontrarlos e impedirles que sigan así.

—Pero he perdido el teléfono de Forman —dije—. Era nuestro único vínculo, la única manera de encontrarlos y seguirles la pista y...

—Me parece que no me entiendes. No necesitamos el teléfono de Forman. Te lo he dicho: me acuerdo de todo.

Me quedé de pie, en silencio, procesando sus palabras y todo lo que implicaban. Todo. Asentí.

—Vale. Ahora intenta descansar; de momento se ha acabado.

Se recostó en la cama y miró el techo.

—No, John. Nunca se acaba.

La agente Ostler me esperaba en el pasillo. Cuando salí de la habitación, me saludó con un gesto de la cabeza.

—El médico dice que te han dado el alta —comentó—. Te recuperas muy rápido de los traumas, los de la ambulancia estaban muy sorprendidos.

—He tenido suficiente práctica.

—Cierto. —Mientras recorría el pasillo, caminó a mi lado—. Brooke estará unos días más en el hospital. Por otro lado, obviamente, tu madre ha muerto.

—Gracias por anunciármelo con tanta delicadeza.

—Quizá puedas explicarme por qué había un agujero de bala en el techo del coche.

—Lo compré de segunda mano.

—El estudio preliminar del coche sugiere, basándose en pruebas muy convincentes, que alguien lo incendió a propósito. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Si le soy sincero, era un coche muy feo.

—Hace unos días alguien entró por la fuerza en casa del padre Erikson, después se metió en la iglesia y, por muy raro que te parezca, desvió las llamadas al móvil del agente Forman. —Me lanzó una sonrisa irónica—. Ese número aparece en las circunstancias más extrañas que te puedas imaginar, ¿no crees?

—O puede que se equivocase al copiarlo —dije encogiéndome de hombros—. No se preocupe, esas cosas pasan.

La agente Ostler me adelantó y se puso delante de mí para bloquearme el paso.

—Quizá esto me consiga una respuesta de verdad: esta tarde me ha llamado tu madre para decirme que tenía algo que pensaba que me interesaría ver. Quizá ya te imaginas lo que me ha enseñado.

Respiré hondo y expulsé el aire lentamente, fingiendo que pensaba.

—¿El museo del calzado?

—Una sustancia viscosa de color negro —dijo—. Tenía algunas teorías interesantes al respecto. Y estaba muy preocupada porque te estabas metiendo en toda clase de líos.

Abrí los brazos y señalé el hospital.

—Un comentario muy profético.

Ostler me miró un momento y frunció el ceño.

—Sigues sin querer hablar. Bueno, no pasa nada. Sin embargo, aún hay un par de cosas que no entiendo. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Si mi teoría es correcta, te has cargado a tres de esos malditos. —Levanté la mirada y ella la sostuvo mientras continuaba hablando—. Es mucho más que cualquiera de los de mi equipo, y eso que nosotros llevamos años tras ellos. ¿Cómo lo haces?

Me quedé mirándola. «¿Realmente ha dicho lo que creo?» Valoré las opciones que se me presentaban y decidí alargar la conversación un poco más.

—¿Tres qué?

—Dímelo tú. Nadie lo ha averiguado aún.

Sonreí.

—De hecho, Nadie sí lo ha averiguado. —Miré a mi alrededor; estábamos completamente a solas, así que me incliné hacia ella—. Todo eso de lo que has hablado: el fuego, los allanamientos de morada y demás, tiene que desaparecer. —Me quedé callado un instante—. Cuando esté resuelto, Brooke y yo tenemos una propuesta que hacerte.

El cuerpo de Marci estaba tendido sobre la mesa de embalsamar, pálido e inmóvil debajo de la sábana. Levanté la parte superior con la mano sana y dejé al descubierto la cabeza y los hombros. Era muy guapa. Me rasqué debajo del yeso mirando su rostro: una cara que había visto miles de veces, diez mil veces, en la vida real y en sueños. Tendí la mano y con un dedo, suavemente, con mucho cuidado, le toqué la mejilla. Estaba fría.

—Hola —dije, vacilante—. Sé que en realidad no estás ahí y que esto no es más que tu cuerpo. Supongo que tiene su gracia que el único que no te quería por tu cuerpo sea el que al final lo consigue, pero pierde todo lo demás. —Apoyé la mano en la mesa y bajé la mirada—. No quería decir que tiene gracia; creo que quería decir que es irónico. Tú eras la que mejor se expresaba de los dos.

Levanté la sábana por un lado y le destapé el brazo para acariciarle los dedos.

—Mi padre se marchó cuando yo tenía siete años. Era un imbécil. Le pegaba a mi madre y un par de veces nos zurró a mí y a Lauren. Lo odiábamos, pero... también le queríamos, ¿sabes? Es así; es tu padre. No creo que eso se pueda cambiar. Y entonces se marchó y eso me rompió el corazón, tanto que empecé a pensar que ya no tenía, que no me quedaba ni un pedazo. —Le sujeté la mano con fuerza mientras miraba aquel rostro sin vida—. Nunca se lo he contado a nadie: ni a mi madre ni al doctor Neblin. A nadie. Supongo que, técnicamente, sigue siendo así porque tú no estás aquí, pero... me siento mejor por haberlo dicho en voz alta.

Le miré la mano y palpé los picos y valles de los nudillos, frotándolos con los dedos.

—Ahora mi madre también se ha ido y sé que suena a una auténtica locura, pero... es una de las peores cosas que me ha pasado jamás y también una de las mejores. Ha muerto y se me ha vuelto a partir el corazón, y eso significa que... —Volví a mirar a Marci a la cara y después al techo, donde me fijé en el ventilador que giraba lentamente tras la rejilla de metal—. Creo que significa que aún tengo corazón. —Resoplé, a medio camino entre una risa y un sollozo—. Quién se lo iba a imaginar, ¿eh?

Las lágrimas me corrían por la mejilla. Solté la mano de Marci para secármelas con la

mano y después volví a teparle el brazo.

—Escucha, esto no se me da bien. Sigo estando fatal; ahora que mi madre ha muerto seguramente estaré mucho peor y no puedo cambiar de un día para otro, así como así. De los dos, tú eres la que ha tenido la suerte de escapar antes de llegar a conocerme del todo y darte cuenta de lo fastidiado que estoy. Sin embargo, quería que supieses (o al menos poder decirte) que me has ayudado mucho. La muerte de mi madre me ha demostrado que no estoy tan perdido como creía y que todavía estoy a tiempo de tener una vida más o menos normal, pero tú eres la que me enseñó cómo podía ser esa vida. Me enseñaste a vivir. Siento que no estés aquí para disfrutarlo, pero... estés donde estés, si es que te encuentras en alguna parte, a lo mejor te alegra saber que me ayudaste mucho.

Me quedé callado, mirándola, y entonces me agaché y le di un beso; la rocé muy ligeramente con los labios, nada más.

—Ahora que ya no estás, creo que al final sé que en realidad sí te quería. Sólo que no me había dado cuenta. —Me erguí—. Supongo que eso tampoco tiene ninguna gracia. —Volví a cubrirle la cabeza con la sábana y fui hacia la puerta.

—Buenas noches, Marci. —Me quedé callado un instante—. Te quiero.

Apagué la luz y cerré la puerta.

Notas

[1] Buffalo Bill ha muerto (Antología poética 1910-1962), edición bilingüe, Hiperión, 1996. <<



DAN WELLS (1977). Fue iniciado muy pronto en el mundo de la ciencia ficción: cuando tenía sólo cuatro meses le llevaron al cine a ver *La Guerra de las galaxias* y, cuando tenía seis, su padre le leyó *El Hobbit*. A los nueve años comunicó a sus padres que iba a ser escritor. Pasó la infancia leyendo, yendo casi cada día a la biblioteca. Leyó ciencia ficción, novela histórica, divulgación histórica e investigación criminal. En el instituto descubrió a los clásicos de la literatura, primero en inglés (Dickens, Austen, Twain, Conrad) y más tarde siguió con los de la literatura universal (Hugo, Dostoievski). Por su pasión por la lectura, decidió estudiar Filología Inglesa. Ha trabajado en marketing y como publicista. Fundó una página web de reseñas de videojuegos, y su juego favorito es *Battlestar Gallactica*. Está casado y tiene cinco hijos. *No soy un Serial Killer* es su primera novela, el inicio de la *Trilogía de John Wayne Cleaver*, a la que siguen *Mr. Monster* y *No voy a matarte*.

Actualmente se encuentra escribiendo su segunda trilogía, *Partials*.